

15-1-11 Mayo 2/68

EL CURA EN EL PÚLPITO.

OBRA ORIGINAL PREDICABLE:

COMPUESTA EN OBSEQUIO

DEL VENERABLE CLERO PARROQUIAL DE ESPAÑA

POR EL

*P. Lector Juan Planas,*

DOMINICO.



GERONA.

Establecimiento tipográfico de Gerardo Cumané y Fabrellas,  
plaza de las Castañas, número 32.

1868.

12.606  
sep 1872

L47  
1031

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

CHICAGO, ILL.

RECEIVED

NOV 10 1954

1954

PHYSICS DEPARTMENT  
UNIVERSITY OF CHICAGO  
CHICAGO, ILL.

L47-1031

4518

**EL CURA EN EL PÚLPITO.**

EL CURIA DE EL POBLENTO.

# EL CURA EN EL PÚLPITO.

OBRA ORIGINAL PREDICABLE:

COMPUESTA EN OBSEQUIO

DEL VENERABLE CLERO PARROQUIAL DE ESPAÑA

POR EL

P. Lector Juan Planas,

DOMINICO.



GERONA.

—♦—  
Imprenta de *Gerardo Cumané y Fabrellas*,  
plaza de las Castañas, número 32.

1868.

EL CURA EN EL PÚRPITO.

OBRA ORIGINAL PREDICABLE:

IMPRESION EN LA ESTACION

DE LA imprenta DE DON PABLO DE ESPANA

1841

P. Pastor Juan P. Pastor

*Es propiedad del autor.*



1841

Imprenta de Don Pablo de España y Don Juan P. Pastor  
Calle de la Catedral número 33

AL EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. CONSTANTINO BONET Y ZANUY,

Obispo de Gerona, Prelado doméstico de Su Santidad, Asistente al Sacro Sólido Pontificio, Noble Romano, Caballero Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, Individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia y Académico de la de Religión Católica de Roma, del Consejo de S. M., &c., &c.

EXCMO. Sr.ª

Dedicando á V. E. la presente en todos conceptos pequeña obra, cumplo un deber, obtengo una muy autorizada recomendacion, y lleno el justo deseo de muchos. Cumplo un deber, porque muy debido es que, ya que esta obra ha sido escrita por un sacerdote del presente Obispado, sea dedicada al dignísimo Prelado que tan sabiamente lo gobierna. Obtengo una muy autorizada recomendacion, porque los que vean que V. E. no ha rehusado la dedicatoria de este mi pobre trabajo, desde luego lo

EL CURA EN EL PULPITO.

OBRA ORIGINAL PREDICABLE:

DE DON JUAN PARRON DE SAN JUAN

DE LA UNIVERSIDAD DE BURGOS

TOMO II

D. Juan Parron de San Juan

Es propiedad del autor.



GENOVA

Impreso en la imprenta de Don Juan Parron de San Juan, número 13.



AL EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. CONSTANTINO BONET Y ZANUY,  
Obispo de Gerona, Prelado doméstico de Su San-  
tidad, Asistente al Sacro Sólilo Pontificio, No-  
ble Romano, Caballero Gran Cruz de la Real  
Orden Americana de Isabel la Católica, Indivi-  
duo correspondiente de la Real Academia de la  
Historia y Académico de la de Religión Cató-  
lica de Roma, del Consejo de S. M., &c., &c.

EXCMO. SR.<sup>xx</sup>

Dedicando á V. E. la presente en todos concep-  
tos pequeña obra, cumpla un deber, obtengo una  
muy autorizada recomendacion, y lleno el justo de-  
seo de muchos. Cumpla un deber, porque muy de-  
bido es que, ya que esta obra ha sido escrita por  
un sacerdote del presente Obispado, sea dedicada al  
dignísimo Prelado que tan sabiamente lo gobierna.  
Obtengo una muy autorizada recomendacion, por-  
que los que vean que V. E. no ha rehusado la de-  
dicatoria de este mi pobre trabajo, desde luego lo

tendrán en mejor concepto y le dispensarán mas buena acogida de la que quizás por su mérito intrínseco merece. Lleno el justo deseo de muchos, porque nada tan deseado por todo el muy digno Clero parroquial de esta Diócesis, como ver el nombre de su venerado y muy querido Prelado escrito en la primera página de un libro que va exclusivamente destinado á prestarle algun auxilio en el cumplimiento de uno de sus deberes mas árduos y sagrados. Reciba, pues, V. E. con su acostumbrada amabilidad este insignificante obsequio que tiene el honor de tributarle su respetuoso S. S. Q. B. L. M. D. V. E.

*Fr. Juan Planas*, del Orden de Predicadores.

## DICTAMEN DEL CENSOR.

---

*Cumpliendo con lo dispuesto por el Excmo. y Rmo. señor Obispo de esta Diócesis, he leído atentamente la obra titulada EL CURA EN EL PÚLPITO, escrita por el R. P. Lector Fr. Juan Planas, Dominicó, y nada he hallado en ella contrario á la Fe y buenas costumbres; antes bien creo que podrá servir de mucha utilidad á los Sres. Párrocos y de edificacion á los Fieles.*

Gerona 8 de Abril de 1868.

Dr. José Armada,

Pbro., Catedrático de Moral en el Seminario de Gerona.

---

## APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

---

Vista por Nos la censura emitida por el digno Profesor de Teología moral en nuestro Seminario, á favor de la obra predicable titulada *El Cura en el púlpito* escrita por el R. P. Lector Juan Planas, Dominicó; y siéndonos por otra parte bien conocidas las cualidades de tan recomendable autor, no solo le autorizamos para que pueda imprimirla, sino que la recomendamos muy encarecidamente á todo nuestro Clero, confiando que con la sana doctrina y buen método que se refleja en toda ella se verán nuestros amados Párrocos enriquecidos con un tesoro de suma utilidad para ellos y de edificante instruccion para sus feligreses.

Gerona y Abril 22 de 1868.

Constantina, **OBISPO DE GERONA.**

## CORRECCIONES MAS NOTABLES.

---

- Pág. 95, línea última dice *cuya*... léase *cuyo*.  
Pág. 135, línea primera dice *VIII*, léase *VI*.  
Pág. 172, línea 29, dice *santo*... léase *sancto*.  
Pág. 211, línea 24, dice *vista*... léase *visto*.  
Pág. 219, línea 33, dice *abre*... léase *no abre*.  
Pág. 228, línea 26, dice *hacen*... léase *hace*.  
Pág. 246, línea 8, dice *efectos*... léase *afectos*.  
Pág. 247, línea 20, dice *saturati*... léase *satiati*.  
Pág. 247, línea 22, dice *afectos*... léase *efectos*.  
Pág. 248, línea 5, dice *efectos*... léase *afectos*.  
Pág. 278, línea 27, dice *fecit*... léase *fecerat*.  
Pág. 279, línea 5, dice *fecit*... léase *fecerat*.  
Pág. 308, línea 35, dice *el palacio*... léase *al palacio*.  
Pág. 309, línea 4, dice *habetis*... léase *affertis*.  
Pág. 315, línea 24, dice *vinagre*... léase *vino*.

---

## PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

---

Evangelio. Luc. XXI.

*El fin del mundo será anunciado con señales extraordinarias que se dejarán ver en el cielo y en la tierra. Por lo que hace al cielo, habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas: y en la tierra consternacion de las gentes por la confusion que causará el ruido del mar y de sus olas. De modo que los hombres quedarán yertos por el temor y recelo de las cosas que sobrevendrán á todo el universo: porque las virtudes de los cielos serán conmovidas, y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con gran poder y majestad. Cuando empezaren, pues, á verificarse estas cosas, mirad á lo alto, y levantad vuestras cabezas hácia el cielo, porque cerca está vuestra redencion. Y les dijo despues esta semejanza ó comparacion: Mirad la higuera y todos los árboles: cuando ya producen de sí el fruto, entonces entendeis que el estío está cerca. Así tambien vosotros, cuando viereis cumplirse estas cosas, sabed que está cerca el Reino de Dios. En verdad os digo que no pasará esta generacion hasta que estas cosas sean cumplidas en la destruccion de Jerusalem, como en la figura mas viva y expresa del fin del mundo, cuyas señales verán los hombres de aquel tiempo. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán ni dejarán de cumplirse.*

## **Discurso 1.º** *Los preludios del juicio final.*

*Erunt signa. Luc. XXI, 23.*

Cuando Dios trata de enviar un castigo ejemplar y severo á alguna ciudad, provincia ó nacion, no siempre se lo manda de improviso y como haciéndoles una sorpresa; sino que á veces las avisa con anticipacion por medio de alguna señal ó portento, á fin de que, apercibiéndose de él oportunamente, puedan, si no ya evitarlo del todo, al menos atenuarlo en parte con la penitencia.

Acercábase el dia en que todo el ejército de Egipto con su rey al frente debía ser sepultado en las profundidades del mar Rojo; y antes que tuviese lugar aquella horrible catástrofe, hubo muchas señales portentosas que la pronosticaron: las nubes arrojaron piedras de tamaño nunca visto, el aire se cubrió de tinieblas que podian palpase, la tierra produjo ejércitos de ranas que todo lo invadian, las plantas se agostaron, los ganados perecieron y todos los hijos primogénitos murieron en una misma noche sin saberse de qué. Iba tambien aproximándose el dia fatal en que la infeliz Jerusalem debía ser asaltada por las tropas de Jason y anegada en un lago de sangre; y antes que sucediese este gran desastre hubo tambien señales horribles que lo anunciaron. Por espacio de cuarenta dias vieron por los aires numerosos escuadrones de caballería que, simulando una batalla sangrienta, combatian cuerpo á cuerpo con denuedo y encarnizamiento, siendo tal la griteria de los combatientes, el estrépito de los caballos y el ruido de las armas, que los pobres moradores de Jerusalem, cual si presenciasen un combate real y verdadero, tenian el espíritu lleno de angustias y el cuerpo bañado de un sudor frio y mortal.

Que si, tratándose de la ruina de una sola ciudad ó nacion, Dios ha hecho preceder señales tan horribles, ¿qué será cuando se trate de la ruina del mundo entero? Aquellas señales

nosotros no las veremos tal vez, pero conviene las sepamos, conviene las meditemos, á fin de que, conociendo por ellas cuán formidable ha de ser el día del juicio final, nos apercibamos con tiempo, y prevengamos sus horrores con la penitencia. Me limitaré, pues, á exponer las señales ó preludios del fin del mundo, persuadido de que esto bastará para inspirarnos un temor santo y saludable.

---

Así como en el acto que un gran edificio enteramente comido y viejo va á hundirse, comienza por hacer un ruido sordo que apenas se percibe, óyesele luego crujir claramente por sus cuatro lados, y en seguida viene el estruendo horroroso causado por el hundimiento de los techos, paredes, tabiques, herramienta y maderaje; del mismo modo cuando esté próxima á descomponerse esta gran máquina del mundo, se comenzará por descubrirse de ello tal ó cual indicio, luego aparecerán señales ya mas claras y patentes, y al último se presentará todo el cúmulo de portentos y horrores de que nos hablan los libros santos. Recorrámoslos con atencion, que ellos van á decirnos cuán terrible estará Dios el día que trate de vengarse de los pecadores.

La primera señal la darán los astros, siendo congruente que ellos que fueron los primeros en anunciar la creacion del mundo, lo sean tambien en pronosticar su destruccion y su ruina: *Erunt signa in sole, et luna, et stellis*. El sol retirará una tercera parte de su luz, la luna amenguará una tercera parte de su claridad, y las estrellas apagarán una tercera parte de su resplandor; de suerte que, como dice san Juan, el día y la noche quedarán una tercera parte mas oscuros de lo regular: *Ita ut... divi nos luceret pars tertia, et noctis similiter*.<sup>1</sup> No faltará quien atribuya este fenómeno á causas puramente naturales, bien que desconocidas; pero es cierto que será un fenómeno milagroso, como lo fué el oscurecimiento de los cielos en la muerte del Redentor. Y será como si dijese el sol: Retiro

---

<sup>1</sup> Apoc. VIII, 12.

mi luz, porque palidezco de temor ante el Juez que está próximo á venir; como si dijese la luna: Amenguo mi claridad, porque quisiera no ver los grandes castigos que van á darse á los malos; como si dijese las estrellas: Apagamos nuestro resplandor, porque queremos dar á los pecadores una idea anticipada de las tinieblas eternas en que van á ser envueltos. ¡Tristes anuncios!... ¡preludios fatales!...

Luego seguirán señales en la alta region del fuego. De allí comenzarán á desprenderse centellas de formas espantosas y nunca vistas, las que, cruzándose horriblemente por los aires, y acercándose en mil direcciones á la tierra, parecerán amenazarla con un incendio general. Estas son las estrellas que el Evangelio, hablando al estilo vulgar, dice que caerán del cielo, figurando con su triste caída la desventura de tantas almas caídas de la gracia en el pecado, y del pecado en el infierno. En medio de la consternacion general que producirá este fenómeno inaudito, heos otro mucho mayor, un enorme cometa que, ardiendo como tea, caerá del firmamento, el cual, con el horrible choque que dará con la tierra, se desmenuzará en mil partecitas, las que, cayendo de rechazo en los rios y fuentes, inficionarán todas sus aguas y las pondrán amargas como el ajeno; por cuyo motivo aquel funesto cometa tiene por nombre *Ajeno*, como dice san Juan: *Et nomen stellæ dicitur Absynthium.* <sup>1</sup> ¡Ay! aquellas aguas amargas no serán mas que un triste pronóstico de la hiel de dragones con que los réprobos serán abrevados en el abismo, conforme se lo amenaza Dios en el Deuteronomio: *Fel draconum vinum eorum.* <sup>2</sup>

De la alta region del fuego pasarán las señales á la region inferior del aire. Este se impregnará de miasmas fétidos y pestilentes que producirán enfermedades las mas extrañas, resultando de aquí una mortandad cual nunca se habrá visto: *Erunt per loca et pestilentia.* <sup>3</sup> Añadiráse un calor sufocante y casi infernal que dejará á los hombres medio azados, pues, co-

---

<sup>1</sup> Ib. vers. 11.

<sup>2</sup> Deut. XXXII, 33.

<sup>3</sup> Luc. XXI, 11.



mo asegura san Juan, Dios dará á los pálidos rayos del sol una fuerza que casi equivaldrá á la del fuego: *Et datum est soli æstu affligere homines, et igni.* <sup>1</sup> ¡Cosa horrenda, y que prueba hasta donde puede llegar la protervia humana! Este castigo, léjos de abatir el ánimo de los impíos y estimularlos á la penitencia, no hará mas que obstinarlos en la maldad, induciéndolos á proferir mil blasfemias contra Dios: *Et blasphemaverunt nomen Dei... neque egerunt pœnitentiam...* <sup>2</sup> Increíble sería esto, si no lo viésemos aun hoy en muchos desalmados, los cuales, cuanto mas Dios los castiga, mas perversos se hacen; cuanto mas Dios aprieta la mano, mas tercos é indomables son.

Del aire pasarán las señales al elemento del agua. ¡Qué horrendo se pondrá el mar! Primero se pondrá tan agitado, que sus bramidos llevarán el terror hasta los moradores del desierto: *In terris pressura gentium præ confusione sonitus maris:* <sup>3</sup> luego caerá en medio de él una montaña de fuego que incendiará gran parte de las naves: <sup>4</sup> y por último sus aguas tomarán el color de sangre, no de sangre roja, como la natural; sino de sangre negra, cual suelè ser la que mana de los cadáveres: *Factus est sanguis tamquam mortui.* <sup>5</sup> ¡Vista horrorosa!...

Del agua pasarán las señales á la tierra. Aquí será donde Dios hará mayor ostentacion de su ira, por lo mismo que aquí habrá sido donde los hombres hicieron mas alarde de su malicia. ¡Qué de desgracias y desastres, qué de calamidades y horrores lloverán sobre este infortunado suelo! Omitamos las guerras parciales, los trastornos políticos, las conmociones intestinas que, armando á unos pueblos contra otros pueblos, llevarán por todas partes el estrago y la devastacion: *Surgat gens contra gentem.* <sup>6</sup> Omitamos tambien la guerra general y desastrosa que el Anticristo moverá contra todas las naciones

---

<sup>1</sup> Apoc. XVI, 8.

<sup>2</sup> Ib. vers. 9.

<sup>3</sup> Luc. XXI, 23.

<sup>4</sup> Apoc. VIII, 9.

<sup>5</sup> Apoc. XVI, 3.

<sup>6</sup> Luc. XXI, 10.

juntas, á fin de proclamarse rey único y universal. Aparte de todo esto, ¿qué me decís de aquel terremoto horrible que hará volar como pajas los mas grandes edificios, que derrumbará como castillos de naipes las ciudades mas opulentas, que partirá de arriba á bajo los montes mas antiguos y encumbrados? *Terræmotus factus est magnus, qualis numquam fuit.* <sup>1</sup> ¿Qué de aquellos truenos, de aquellos rayos, de aquellos granizos, y sobre todo de aquellas voces articuladas por séres invisibles que se oirán por los aires? *Et facta sunt fulgura, et voces, et tonitrua.* <sup>2</sup> ¿Qué, en fin, de aquella multitud de langostas salidas de los abismos que atormentarán á los hombres con sus mordeduras? *Exierunt locustæ... et datum est illis... ut cruciarent.* <sup>3</sup> ¿Todas estas señales no serán bien espantosas? Sí que lo serán, y no tanto porque anunciarán la proximidad del último juicio, cuanto porque indicarán la severidad del Juez que deberá presidirlo.

Porque, decidme: ¿qué delito habrán cometido las criaturas materiales, para que Dios las trastorne entonces á todas, imponiendo á cada una un especial castigo? ¿Qué hizo el sol para que le prive de su luz? ¿qué la luna para que amengüe su claridad? ¿qué las estrellas para que apague su resplandor? ¿qué el fuego para que lo saque de su esfera natural? ¿qué el aire para que lo inficione con contagios? ¿qué el mar para que agite tan horriblemente sus olas? ¿qué la tierra para que la sacuda con tan grandes terremotos? ¿qué, en fin, las demás criaturas inanimadas para que las revuelva y las trastorne á todas?— ¿Qué?... lo mismo que habian hecho los muros de Jericó que mandó destruir, lo mismo que habian hecho los ganados de Amalec que mandó degollar, lo mismo que habia hecho el becerro de oro fundido por Aaron que mandó fuese reducido á polvo. ¿Qué mal habian hecho aquellos séres privados de razon? No otro que el de servir de instrumentos á los hombres para cometer grandes maldades. Pues hé aquí tambien todo el pecado del sol, de la luna y demás criaturas irracionales: cada cual

---

<sup>1</sup> Apoc. XVI, 18.

<sup>2</sup> Ib.

<sup>3</sup> Ib. IX, 3 et 5.

á su manera habrán servido de instrumentos para ofender á Dios, y esto bastará para que Dios las castigue tambien á su modo.

Que si Dios ha de mostrarse tan severo con ellas, ¿qué hará, decídmelo, qué hará con el pecador? Cuando los moradores de Damasco entendieron que Holofernes habia mandado incendiar las mieses de su hermosa campiña, dice el texto sagrado que quedaron todos poseidos del terror: *Incidit timor illius super omnes.* <sup>1</sup> ¿La causa? la causa fué porque discurrieron así, y discurrieron bien: si de este modo Holofernes se ensaña contra esos seres, no solo inofensivos, sino útiles, solo porque son cosa nuestra, ¿qué hará con nosotros que somos el blanco de su ira, y cuyo exterminio es lo que principalmente intenta? Pues así debe discurrir el pecador sabiendo el castigo que Dios dará á las criaturas insensatas: si tanto ha de enfurecerse Dios contra esas criaturas, no solo inocentes, sino bellisimas, solo porque me serví de ellas para ofenderle, ¿qué debo esperar yo? ¡yo que seré el verdadero culpable y el principal objeto de su furor!...

Y tanto mas debe el pecador discurrir así, cuanto que todas las calamidades hasta aquí enumeradas no serán mas que un principio, un preludio, un ensayo de otras mucho mayores que vendrán despues, como dijo Jesucristo: *Hæc autem omnia initia sunt dolorum.* <sup>2</sup> Porque despues de todo esto, y cuando sea ya inminente la venida del gran Juez, caerá un diluvio de fuego tan universal, que en pocos momentos reducirá á cenizas todo cuanto hay de inflamable en la tierra y en el mar. Imagínese quien tenga valor para imaginarlo el aspecto horrible, el cuadro desolador que ofrecerá este globo terrestre todo envuelto en llamas, todo hecho un volcan, todo convertido en una inmensa hoguera. Así acabará este mundo tan bello, tan delicioso, tan fascinador: este será el trágico fin de este mundo que tanto se ama, por el cual tanto se disputa, y al que muchos casi adoran. ¡Cuán bien podria entonces decirse á los

---

<sup>1</sup> Judith II, 18.

<sup>2</sup> Matth. XXIV, 8.

mundanos aquello que Daniel dijo á los babilonios mostrándoles muerto á sus piés el gran dragon que adoraban por Dios: *Ecce quem colebatis!* <sup>1</sup> Hé aquí, necios, hé aquí en que ha venido á parar ese mundo que fué vuestro Dios, y al que amasteis hasta el delirio. ¿Veis á qué ha venido á reducirse su grandeza, su fausto, su opulencia, sus placeres, sus locuras? ¿lo veis?...

Despues de esto seguirá inmediatamente la universal resurreccion. Saldrán del cielo algunos ángeles con trompetas, dice Jesucristo, y haciendo resonar su potente voz por todo el universo, entonces sepultado en el silencio mas profundo y mas triste, llamarán á todos los hombres á juicio: *Mittet angelos suos cum tuba, et voce magna.* <sup>2</sup> ¡Ay, qué impresiones tan diferentes hará en los buenos y en los malos el sonido monótono de aquellas trompetas! Para los buenos será una invitacion festiva que los llenará de contento y de gozo; para los malos será un pregón espantoso que los cubrirá de consternacion y de horror: á los buenos les parecerá oír el sonido alegre de aquella trompeta que en la antigua ley solia tocarse en tiempo de jubileo, la cual anunciaba un año entero de descanso y de ventura; á los malos les parecerá oír el sonido lúgubre de aquella campana funesta que suele tocarse en dias de ejecucion, la cual anuncia la próxima salida de algun reo de la cárcel para ser conducido al suplicio.

Entonces se verificará aquel dicho de un santo: «Vendrá tiempo en que los condenados quisieran no salir del infierno, y en que los santos sentirian quedarse en el cielo:» *Veniet tempus quo damnati nollent egredi ex inferno, et beati nollent manere in celo.* Efectivamente será así: los bienaventurados desearán salir del cielo, ya para ver con los ojos corporales el rostro amabilísimo de Jesucristo, ya para recibir públicamente de su mano la corona debida á sus méritos, ya para unirse de nuevo á sus cuerpos, con los que disfrutarán de un nuevo premio y de una mayor dicha. Los condenados, por el contrario,

---

<sup>1</sup> Dan. XIV, 26.

<sup>2</sup> Matth. XXIV, 31.

quisieran poder quedarse en el infierno, ya por no ver la cara airada de su Juez, ya por no tener que soportar la vergüenza pública de su condenacion, ya por no estar precisados á juntarse de nuevo con sus respectivos cuerpos, con los que saben bien tendrán que sufrir nuevos y mayores tormentos. Mas ¡ay! péseles que les pese, no tendrán mas recurso que acatar la voz de las trompetas, y salir... y resucitar...

Entre tanto, por la accion omnipotente de Dios, se habrán ya juntado las cenizas de cada uno, y á cada alma, ora haya de bajar del cielo, ora haya de subir del infierno, le estará aguardando su propio cuerpo, organizado, entero, inmortal. Sí, dice san Pablo, todas las almas recobrarán su propio cuerpo, bien que no todas lo encontrarán de igual condicion: *Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur.* <sup>1</sup> Lo encontrará el alma justa, y lo encontrará bellissimo, impassible, glorioso: lo encontrará tambien el alma pecadora, pero disforme, pero fétido, pero horrible. Figuraos con que cara han de mirarse aquella infeliz alma y aquel desventurado cuerpo al verse de nuevo, al ponerse la una delante del otro. ¡Qué mútuas recriminaciones! ¡qué rabias! ¡qué furores! Alma maldita, dirá el cuerpo, ¡qué por tu culpa tenga yo que arder eternamente!... ¡qué por no haber tú reprimido mis instintos brutales haya yo de padecer tormentos sin fin!... ¡qué por haberte tú hecho cómplice de mis malas tendencias haya de ser yo un eterno tizon del abismo!... Así será, alma infame, ya que así lo quisiste tú; pero pagarás caras las penas que voy á sufrir: yo te acompañaré á do quiera que vayas: yo te perseguiré donde quiera que te escondas: yo seré el infierno de tu infierno, y el tormento de tus tormentos. Huye, escóndete, abismate; jamás te soltaré, jamás cesaré de torturarte y de arreciar tus penas.—Cuerpo asqueroso, dirá el alma, vil y despreciable lodo, ¿cómo osas reprocharme, siendo tú la principal causa de mi condenacion? ¡Ay, que soy condenada por causa de tí! ¡ay, que por complacerte á tí ofendí á Dios y pequé! ¡ay, que por no disgustarte falté á mis deberes y me perdí! Cuerpo

<sup>1</sup> 1 Corint. XV, 51.

brutal, maldito cuerpo; tú serás mi cárcel perpétua, pero yo seré tu eterno verdugo; tú acrecentarás mis tormentos, pero yo á mi vez aumentaré los tuyos.

¡Qué escena tan diferente ofrecerán el alma y el cuerpo del justo! Al verse por primera vez despues de tan larga separacion, ¡oh qué ósculos! ¡oh qué abrazos! ¡oh qué júbilos y bendiciones! Cuerpo dichoso, dirá el alma, bendito cuerpo, ¡y qué bello te recobro! ¡y qué glorioso estás! tu hermosura me arrebatada, tu gloria me deslumbra: *Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus*. Y tú, alma feliz, responderá el cuerpo, ¡cuán hermosa, cuán pura, cuán santa te presentas á mis ojos! tu hermosura eclipsa al mismo sol, tu belleza es como la del cielo: *Ecce tu pulchra es, amica mea, ecce tu pulchra*.—Gracias á tí, cuerpo, que me ayudaste á merecerla.—Y gracias á tí, alma, que me ayudaste á alcanzar la mia.—Sin tu ayuda, cuerpo bendito, ¿qué hubiera podido hacer yo?—Y sin tu direccion, bendita alma, ¿qué podia yo hacer?—¡Feliz tú, que tanto me ayudaste!—¡Dichosa tú, que tan bien me dirigiste!

Verificada la universal resurreccion, iremos todos al valle de Josafat, allá junto á Jerusalem, entre el Calvario y el Olive-te, para que se verifique que allí se vea bajar á Jesucristo de los cielos de donde se le vió subir á ellos, y allí se le vea rodeado de gloria donde se le vió cubierto de ignominia, y allí juzgue él severamente á los hombres donde los hombres le juzgaron inicuaamente á él, y allí quede consumada la obra de nuestra redencion donde tuvo su origen y su principio, y... y aquí concluyo, porque no entra en mi plan abrir á vuestra vista el tremendo tribunal en que hemos de ser todos juzgados. ¡Oh tribunal! yo no te he visto aun, pero todo me dice que debes de ser muy formidable: me lo dicen los astros eclipsados, el cielo oscurecido, los elementos perturbados, el fuego saliéndose de su esfera, el mar dando horrendos bramidos, la tierra temblando sobre sus bases, la naturaleza agonizando entre horribles convulsiones, el mundo espirando en medio de un incendio. Pecadores, por toda exhortacion, oid y pesad estas tres palabras: *El juicio vendrá, el Juez será severo, el castigo durará tanto como Dios mismo*. Aprovechaos del aviso. Amen.

## Discurso 2.º *La aparicion de Jesucristo en el Josafat.*

Videbunt Filium hominis...  
*Luc. XXI, 27.*

Jesucristo apareciendo en lo alto del Josafat sobre una milagrosa nube, para juzgar al género humano rendido y tembloroso á sus piés, hé aquí la verdad formidable que la Iglesia propone á nuestra consideracion al entrar en este santo Adviento. ¡Dichoso quien la reciba con fé y la medite con fruto! Lo que admira, lo que pasma es que una verdad tan cierta, tan positiva y cuya impresion deberia ser tan profunda y duradera, no haga en muchos mas que una sensacion ligera, superficial y momentánea. ¿Será porque consideran muy lejano el dia de su cumplimiento? Lo cierto es que hay motivos para sospechar que aquel gran dia nos viene encima: lo cierto es que cada dia nos vamos aproximando mas á aquel dia supremo: lo cierto es que, ora esté próximo, ora diste mucho el dia de la liquidacion general, él nos ha de encontrar en el mismísimo estado en que nos hallemos al tiempo de morir.

Lo mas formidable de aquel dia no será ni el eclipse de los astros, ni el oscurecimiento del cielo, ni la agitacion de la tierra, ni la perturbacion de los elementos, ni las horribles convulsiones de la naturaleza puesta en su postrer agonía: será sí la aparicion de Jesucristo en el Josafat para juzgar al mundo culpable. Él aparecerá como *Hijo del hombre*, no ya humilde y abyecto, no ya rodeado de angustias y dolores, no ya clemente y benigno; sino rodeado de gloria, sino lleno de majestad, sino armado de su poder y justicia infinita. Mal para los impios que verán ser Dios verdadero el que ellos no quisieron reconocer por tal: bien para los justos que verán ser Redentor amabilísimo el que ellos amaron y sirvieron: desesperacion para los réprobos que verán ser Juez inexorable el que ellos ofendieron y despreciaron: *Videbunt filium hominis.*

Fijémonos en estos tres pensamientos, y pidamos á Dios nos dé luces para profundizarlos.

¡De qué modo tan diferente, pues, aparecerá Jesucristo cuando venga á juzgar al mundo del que apareció cuando vino á redimirlo! ¡Qué contraste entre Jesucristo Juez y Jesucristo Redentor! ¡Qué diferencia entre la primera venida y la segunda! En la primera, dice san Pablo, vestido de nuestra frágil humanidad, y disfrazado con el velo de una carne pasible y mortal, apareció lleno de benignidad y mansedumbre, abriendo á todos los hombres las fuentes inagotables de su inmenso amor: *Apparuit benignitas, et humanitas Salvatoris nostri Dei.* <sup>1</sup> En la primera, dice Isaías, fué una oveja mansa que se ofreció espontáneamente á ser inmolada; fué un cordero mudo que, tendido pacientemente bajo la tijera del trasquilador, se dejó quitar el vellon sin dar un solo balido; fué un niño tímido y desfigurado, semejante á una raíz lánguida y sin humor plantada en terreno árido: *Sicut ovis ad occisionem ducetur, et quasi agnus coram tondente se obmutescet... et sicut radix de terra sitiendi.* <sup>2</sup> En la primera, dice David, mas que hombre pareció ser un gusanillo de la tierra, pues fué el oprobio de los hombres, la befa del público y el escarnio de la plebe: *Ego autem sum vermis, et non homo, opprobrium hominum, et abjectio plebis.* <sup>3</sup> En la primera, dice san Mateo citando otro vaticinio de Isaías, fué tan pacífico, que nadie le oyó jamás contender ni vocear: tan manso, que no sabia quebrar una caña ya cascada: tan débil, que parecia incapaz de apagar una torcida humeante y ya casi extinguida: *Non contendet, neque clamabit.... arundinem quassatam non confringet, et linum fumigans non extinguet.* <sup>4</sup>

Así vino Jesucristo la primera vez; y vino así, porque convenia para nuestra salud, y porque, como él mismo ha dicho,

<sup>1</sup> Tit. III, 4.

<sup>2</sup> Isai. LHI, 2 et 7.

<sup>3</sup> Psalm. XXI, 6.

<sup>4</sup> Matth. XII, 19 et 20.



así estaba dispuesto en los decretos eternos: *In capite libri scriptum est de me.* <sup>1</sup> Pero la segunda venida... ¡ah! la segunda venida la hará con tal aparato de majestad y grandeza, que sus enemigos tendrán que bajar la vista y reconocerle por Dios verdadero. Aquel Jesús, en otro tiempo envuelto en pobres paños y transido de frío en un pesebre, aparecerá glorioso sobre una refulgente nube, que le servirá de trono: *In nube venientem.* Aquella tierna Humanidad, en otra ocasión expuesta al rigor del hambre, á la intemperie de las estaciones y á los insultos de sus enemigos, aparecerá rodeada de un círculo inmenso de espíritus bienaventurados, que le harán la corte como á su Jefe y Cabeza: *Et omnes angeli cum eo.* <sup>2</sup> Aquella frente, en otra estación coronada de espinas, brillará con los resplandores de la divinidad, que se hará claramente ostensible en ella. Aquel rostro, tan triste y desfigurado en el día de sus amarguras, despedirá una claridad mas deslumbradora que la del mismo sol. Aquellas manos, obligadas un día á aguantar la caña de irrisión, empuñarán el cetro, señal de su poder, y las llaves del abismo, instrumentos de su justicia. El lecho doloroso de su agonía y de su muerte, la cruz... ¡ah! la santísima cruz aparecerá refulgente en los aires, como el trofeo solemne de su victoria y el testimonio público de sus inefables bondades: *Parebit signum filii hominis in celo.* <sup>3</sup> ¡Espectáculo asombroso, que recibirá nuevo lustre y mayor interés con el silencio universal y la general ansiedad de todo el género humano anonadado en su presencia!

Pueblo matador de profetas, nación desventurada que gritaste: *Caiga sobre mí y sobre mis hijos la sangre de ese delincuente;* ¿qué dirás cuando le veas rodeado de tanta gloria? *Veré,* gritarás, *veré Filius Dei erat iste;* sí, lo reconozco, aunque tarde; lo confieso, aunque sin fruto: Jesús era verdadero Dios. Y vosotros entusiastas panegiristas de la humana razón, que os mofáis de la simplicidad de nuestra fé, y teneis por necedad y

---

<sup>1</sup> Psalm. XXXIX, 11.

<sup>2</sup> Matth. XXV, 31.

<sup>3</sup> Ib. cap. XXIV, 30.

locura el culto que damos á nuestro Señor Jesucristo; ¿qué diréis cuando le veais lleno de tanta majestad? *Veré*, clamaréis, *veré Filius Dei erat iste*: sí, lo comprendemos, aunque fuera de tiempo; lo confesamos, aunque inútilmente: Jesús era Dios verdadero. Y tú desgraciado Renan, plagiaro insulso de los antiguos herejes, que á la mitad del siglo décimo nono has osado escribir tu asqueroso libelo contra la divinidad del Hijo de María Santísima; ¿qué dirás cuando le veas acompañado de tanta grandeza? *Veré*, gritarás, *veré Filius Dei erat iste*: sí, lo conozco, aunque tarde; lo publico, aunque rabiando: Jesús era verdadero Dios. Y vosotros, cristianos en la apariencia y verdaderos incrédulos en el fondo, que si aparentais algo de cristianismo no es sino porque así conviene á vuestras miras terrenas; ¿qué diréis cuando veais á Jesucristo sentado sobre la terrible nube? *Veré*, diréis, *veré Filius Dei erat iste*; sí, Jesús era Dios verdadero; y su religion, su evangelio y su doctrina eran algo mas que ignorancia y fanatismo.

Que si la simple vista de Jesucristo bastará para arrancarles esta desesperada confesion, ¿qué será cuando se manifieste rodeado de toda la Iglesia triunfante allí reunida? ¡La Iglesia triunfante!... ¡oh, justos que me escuchais! ¡qué cosas tan gratas voy á deciros! Allí veréis congregado todo cuanto hubo en el mundo de santo, de grande, de perfecto, de heróico, de consumado. Allí estarán los antiguos patriarcas, ornamento de las primeras edades; los santos profetas, historiadores anticipados del futuro Mesías; y tantos y tan ilustres personajes como florecieron en tiempo de la antigua ley: pontífices llenos de piedad, como Onías; legisladores dotados de prudencia, como Moisés; jueces pacíficos, como Samuel; reyes santísimos, como David; guerreros insignes, como los Macabeos. Allí estarán los apóstoles, piedras angulares de la nueva Iglesia; y los mártires, víctimas inocentes probadas con grandes tribulaciones; y los confesores, modelos cumplidos de toda perfeccion; y las vírgenes, esposas bellísimas del *Cordero sin mancha*. Allí estará la gran turba de predestinados que san Juan dijo era imposible contar, escogidos de todas las naciones, tribus y lenguas de la tierra, los cuales, distribuidos por sus órdenes y

gerarquías, formarán la Corte augusta del Rey inmortal de la gloria. ¡Oh vista! ¡oh espectáculo!

Y... ¿lo diré? allí, entre aquellos felices cortesanos, estaréis también vosotros, hombres tiernos y caritativos, que, llenos de misericordia, abris generosamente la mano para socorrer al pobre, y partís vuestro pan con el que padece hambre: *Beati misericordes*. Allí estaréis también vosotras, almas de corazón limpio, que, viviendo en medio de un mundo tan pervertido y desmoralizado como el nuestro, conservais vuestra inocencia y pureza cual si vivieseis en una sociedad de santos: *Beati mundo corde*. Allí estaréis también vosotros, hombres verdaderamente humildes, que, no aspirando á otra gloria que la que os dá el título de cristianos, despreciais la del mundo, así como el mundo á su vez os desprecia á vosotros: *Beati mites*. Allí estaréis también vosotros, padres piadosos, que, llenos de fé y de religion, trabajais por perpetuar en vuestra familia la probidad y el santo temor de Dios que heredasteis de vuestros mayores: *Beati qui esuriunt... justitiam*. Allí estaréis también vosotras, almas verdaderamente cristianas, que, conociendo la caducidad é insuficiencia de las cosas terrenas, teneis puesta vuestra mirada en el cielo, y trabajais sin descanso para hacer os dignas de él.

¡Ah, sí! vosotros os aplicais ahora á adquirir méritos para la otra vida: vosotros marchais ahora por el camino estrecho que os dejó trazado vuestro amabilísimo Redentor: vosotros mostrais ahora ser verdaderos discípulos suyos, puesto que seguís sus pisadas, llevais su cruz, cumplís sus preceptos y sois fieles imitadores de su vida santísima. Tanta fidelidad, sacrificios tantos ¿habian de quedar sin recompensa? No: la fé, trasportándoos al valle de Josafat, y desplegando á vuestra vista el grandioso cuadro del juicio final, os asegura que Jesucristo recompensará magníficamente todos vuestros méritos y servicios, llamándoos á formar parte de aquel pueblo sacerdotal, de aquella Corte augusta de que estará él rodeado en el día memorable. Consolarse, carísimos, con esta esperanza: animarse á no retroceder en el camino emprendido: *Consolamini invicem in verbis istis*.

Porque, en fin, Jesucristo aparecerá tambien como Juez, y aparecerá con todo el aparato de su justicia infinita. No importa, dice el Doctor angélico, que el hombre quede ya definitivamente juzgado al tiempo de morir; es menester que sus obras se publiquen, y que él aparezca tal cual es á la cara de todo el universo. Háse tambien de arrancar la máscara á tantos hipócritas que bajo un exterior decente supieron ocultar los mas grandes vicios: háse de rasgar el velo engañoso que, aparentando por defuera las mas bellas virtudes, cubria por dentro las mayores infamias y bajezas.

Sí, dice el Señor por un profeta, yo presentaré al pecador al público en el dia grande, y arrancándole todos sus disfraces á vista del cielo y de la tierra, verá todo el mundo cuál fué su vida, cuál su historia secreta, cuál el motivo de sus obras buenas, cuáles las especies de sus delitos, cuáles las circunstancias de sus desórdenes y cuáles las consecuencias de sus escándalos: *Ostendam gentibus nuditatem tuam.* <sup>1</sup> Comenzaré por examinar sus obras buenas, aquellas obras tan laudables en la apariencia, tan generalmente aplaudidas y con tanto entusiasmo celebradas: yo les buscaré el motivo, el fin, la intencion; y entonces aparecerán lo que realmente fueron, obras de una vanidad pueril, de una ambicion refinada, de una hipocresía insensata ¡Cuán pequeños aparecerán entonces muchos hombres á quienes ahora el mundo apellida grandes! El mundo celebra sus limosnas, y en esas limosnas yo no descubriré mas que el orgullo de una alma sedienta de aplausos: el mundo admira su piedad, y en esa piedad yo no veré mas que un cálculo bien estudiado de los propios intereses: el mundo aplaude su celo, y en ese celo yo no hallaré mas que un deseo desmedido de adquirir fama y gloria mundana: el mundo los califica de santos, y yo manifestaré que esos santos no fueron mas que unos insignes hipócritas: *Ostendam.*

Mas haré, dice el Señor: deslindaré todas las circunstancias de sus pecados, ¡y con qué exactitud! ¡con qué precision! Cir-

---

<sup>1</sup> Naum. III, 5.

cunstancia de *lugar*: sí, fué en mi templo y delante de mis altares mismos donde tú, mujer vana, veniste á insultarme, compareciendo con los adornos propios de una mujer perdida, y atizando en los demás, con miradas atrevidas, el amor profano de que tu alma estaba llena. Circunstancia de *tiempo*: sí, mientras mi sangre corria sobre las aras, y al mismo tiempo que se estaba celebrando el tremendo sacrificio, tú, jóven libertino, asociándote á otros libertinos semejantes á tí, fuiste á sacrificar al ídolo de tus pasiones, haciendo de mis fiestas los dias mas perdidos y escandalosos de tu vida. Circunstancia de *edad*. ¡Qué! viejo asqueroso, ¿en los mismos años de tu vejez infame, en los mismos dias de tu caducidad poner la vista sobre las castas Susanas, y alimentar en tu corazon deseos los mas indignos? ¡Qué! jóven disoluto, ¿al desprenderte de los brazos de tu madre, al tocar en los primeros años de la mocedad, haber ya progresado tanto en el vicio, que dejaste atrás á los ancianos mas viciosos? Circunstancia de *estado*: tú fuiste madre, y en este concepto debias haber sido otro ángel custodio de tus hijas. ¡Ah, indigna! que, en vez de educarlas para mí, las educaste para el mundo: en vez de enseñarlas el recato, el pudor y la virtud, las enseñaste el arte de provocar, de escandalizar y de propagar el libertinaje entre la juventud ya harto desmoralizada: *Ostendam.*—¡Gran Dios! ¡cuántos misterios de iniquidad se descubrirán en aquel dia! Tantos, dice Isaías, que los unos nos miraremos á los otros llenos de espanto y de horror: *Unusquisque ad proximum suum stupebit.* <sup>1</sup>

Mas haré todavía, dice el Señor: sus escándalos no morirán con el impío, sino que le sobrevivirán en sus fatales consecuencias; y estas consecuencias se las mostraré yo como una deuda personal en el dia de la cuenta. Yo presentaré el diario fiel en que estarán anotadas, año por año, dia por dia, hora por hora, todas sus palabras y acciones escandalosas. Allí estarán consignados esos pecados, en cierto modo originales, que fueron principio, origen y causa de otros muchos: allí aparecerán esas malas doctrinas esparcidas en secreto, pero

---

<sup>1</sup> Isai. XIII, 8.

cuyo contagio se propagó luego de persona en persona, de familia en familia, de generacion en generacion: allí estará escrita la desventura de tantas almas seducidas por sus discursos, pervertidas por sus ejemplos, extraviadas por sus consejos, y... ¡ah! y perdidas sin remedio: *Ostendam*.

¡Dios santo! ¡Dios justo! ¿qué dirán los desventurados réprobos cuando vos los presenteis á todo el mundo reunido en el Josafat, y se los presenteis bajo este horrible punto de vista? Escuchemos, escuchemos lo que dice uno de ellos que nos habla en nombre de todos los demás, y no perdamos ninguna de sus palabras. ¡Ah! dice ¡ah!... nosotros nos hemos fatigado yendo por el camino de la iniquidad y de la perdicion: *Lassati sumus in via iniquitatis, et perditionis*.<sup>1</sup> ¡Camino falso y engañoso! que debajo las flores de que estaba cubierto, ocultaba innumerables espinas que penetraron hasta nuestro corazon, y llenaron de sinsabores nuestra vida: *Ambulavimus vias difficiles*.<sup>2</sup> Nuestros placeres, si placeres pueden llamarse las ilusiones, han sido muy breves... ¡oh! tan breves, que pasaron como una sombra: *Transierunt omnia illa tamquam umbra*.<sup>3</sup> ¿Y ahora?... ¡oh rabia! ahora juzgados con el mas severo rigor, perdidos sin remedio, despues de echar una eterna maldicion al dia que nos vió nacer, no nos queda mas recurso que reclamar del Supremo Juez el anatema que ha de hacernos eternamente desdichados.

¿El anatema reclamais? pues hélo aquí: *Discedite, maledicti, in ignem æternum*: Id, malditos, al fuego eterno.—Y ya está concluido todo, y ya acabó la última escena que se había de representar en el mundo: no mas espectáculos, no mas decoraciones. Con remontarse los justos al cielo, y hundirse los pecadores en el abismo, sonó la última hora, concluyó el tiempo, y se entró en la eternidad. ¿Y cuál será para nosotros esta eternidad? ¿feliz ó desgraciada?

Vos solo, Dios mio, sabeis la suerte que nos cabrá en el

---

<sup>1</sup> Sap. V, 7.

<sup>2</sup> Ib.

<sup>3</sup> Ib. vers. 9.

último día, solo vos conoceis quienes serán destinados á la corona y quienes serán entregados á las llamas. ¡Ah, mi Dios! ¡ah, mi dulce Padre!... no merezco que oigais mis súplicas aunque acompañadas de lágrimas y gemidos: *Preces meæ non sunt dignæ*; con todo haced, por vuestra bondad y misericordia infinita, que yo no haya de ser pasto del fuego eterno é inextinguible: *Sed tu bonus fac benignè, ne perenni cremer igne*. ¿Se opondrá á esto vuestra justicia? Pues no olvidéis, amabilísimo Redentor mio, que por mi amor hicisteis un viaje del cielo á la tierra, y tomasteis una naturaleza mortal y pasible: *Recordare, Jesu pie, quòd sum causa tuæ viæ*: tampoco olvidéis que, hallándome yo irremisiblemente perdido, me buscasteis con grandes sudores y fatigas, y moristeis por mí en una triste cruz: *Quærens me sedisti lassus, redemisti crucem passus*. ¿Y permitiríais que tantos trabajos y tormentos fuesen respecto de mí del todo estériles y perdidos? ¡Ah no! no lo permitáis: *Tantus labor non sit cassus*. Yo, dulce Jesús mio, lloro delante de vos como llora un hijo que ha ofendido á su padre, suspiro como un reo que ve airado el rostro de su juez: *Ingemisco tamquam reus*: y es tal el rubor que me causa la memoria de mis culpas, que llega á enrojecer mi rostro: *Culpà rubet vultus meus*. Perdon, mi buen Jesús; yo os lo suplico por vuestra cruz, por vuestra sangre y por vuestra muerte: *Supplici parce, Deus. Amen*.



---

## SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

---

Evangelio. *Matth. XI.*

Como Juan, estando en la cárcel, oyese las obras maravillosas de Cristo, envió dos de sus propios discípulos al Salvador, y por medio de ellos le dijo: ¿Eres tú el que ha de venir á salvar el mundo, ó esperamos á otro? Bien sabia Juan quien era Jesucristo; pero quiso que sus discípulos conociesen por sí mismos que era el verdadero Mesías que esperaban. Y por esto Jesús, entrando en este designio, obró en presencia de ellos algunos milagros, que probablemente consistieron en dar vista á algun ciego, habla á algun mudo, oído á algun sordo, como y tambien en limpiar algun leproso, curar algun cojo y resucitar algun muerto, y despues respondiendole, les dijo: Id, y contad á Juan lo que habeis visto y oído. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan y á los pobres les es anunciado el Evangelio. Y dichoso el que no se escandalizare de lo que ve en mí, ni en la bajeza de la naturaleza humana de que estoy revestido, hallare pretexto para desconocer mi grandeza divina. Más luego que ellos se fueron, comenzó Jesús á hablar de Juan á las turbas, diciendo: ¿Qué salisteis á ver en el desierto? ¿Un hombre inconstante en su doctrina, semejante á una caña movida del viento? No lo es por cierto. Pero ¿qué salisteis á ver? ¿Un hombre vestido lujosamente de ropas blandas? Cierto los que visten ropas blandas están, no en los desiertos donde no serian vistos de nadie, sino en las casas de los reyes, donde hacen brillar su magnificencia. Más ¿qué salisteis á ver? ¿un profeta? Sí, yo os lo aseguro, y aun mas que profeta es Juan, porque él es de quien está escrito en la profecía de Malaquías: He aquí yo envio mi Angel delante de tí, que te preparará el camino por donde debes andar.



## Discurso 1.º *El sensual.*

Quid existis videre? ¿hominem molli-  
libus vestitum? *Matth. XI, 8.*

Asombra ver reunida en el Bautista tanta inocencia con tanta mortificacion, penitencia tanta con tanta santidad. Es el hombre mas santo de cuantos han nacido de mujer, y con todo tiene por morada un hórrido desierto: es el Angel enviado de Dios para preparar los caminos al Salvador del mundo, y no obstante lleva por vestido una miserable tela tejida de cerdas de camello: es el gran Precursor de Jesucristo, primero santificado que nacido, y sin embargo no se alimenta de otra cosa que de langostas y de un poco de miel silvestre. ¡Ah! decia el mismo Jesucristo hablando de él á las turbas, vosotros habeis ido expresamente al desierto para admirar á ese hombre extraordinario: y bien ¿qué habeis visto en él? ¿acaso un hombre sensual, voluptuoso y vestido de ropas blandas? *Quid existis in desertum videre? hominem mollibus vestitum?* No, lo que visteis fué un hombre mortificado, austero y penitente: un hombre cuya sola vista es una invectiva enérgica contra la disolucion y la voluptuosidad, y cuyo solo aspecto condena altamente á los sensuales y voluptuosos.

¡Oh! si estos fuesen capaces de comprender las cosas espirituales y del órden sobrenatural, yo les pondria hoy á la vista la horrible descripcion que de ellos hacen la fé, la Escritura y los Santos Padres de la Iglesia; pero como, segun el testimonio de san Pablo, solo perciben las cosas materiales y terrenas, me es preciso valerme de reflexiones que, impresionando mas bien sus sentidos que su materializada inteligencia, los induzcan á conocerse y enmendarse. ¿Y qué les diré al efecto? Que el sensual es un bárbaro que sacrifica todos los dones de la naturaleza, un loco que disipa todos los bienes de fortuna, un impío que aniquila todos los tesoros de la gracia.

---

Sí, los dones mas preciosos de la naturaleza, aunque cultivados con la educacion mas esmerada y bien dirigida, son las primeras víctimas que el libertino sacrifica al infame ídolo de la sensualidad. Y si queremos de esto una prueba tan incontestable como triste, acerquémonos á ese venerable y simpático anciano que pasa sus postreros años en la amargura y en el llanto, y preguntémosle respetuosamente porque llora. «Lloro, nos contestará, lloro la insoportable desgracia de ser padre. ¡Ah! yo he bendecido mil veces á Dios por este fatal título de padre que es hoy toda la causa de mi desesperacion: yo, lleno de satisfaccion y contento, veía crecer á mi lado un hijo que formaba todas mis delicias, y prometia ser el consuelo de mis postreros dias. Jamás planta alguna fué cultivada con mas esmero, jamás jóven alguno dió mas bellas esperanzas. ¡Qué docilidad! ¡qué respeto! ¡qué amor filial! ¡qué propension al bien! ¡qué belleza de sentimientos! ¡qué fondo de bondad!... Yo era feliz, yo poseía un hijo segun mi corazon, yo me prometia un porvenir próspero y dichoso. ¡Vana esperanza del mas desgraciado de todos los padres! Este mismo hijo, pervertido por las malas compañías, arrastrado de los malos ejemplos, vendido, dirélo así, vendido por la misma bondad de su cándido corazon, es hoy el deshonor de mi familia, el oprobio de mis canas, la cruz de mis últimos dias, y será en breve la causa de mi muerte. Desde que en mal hora comenzó á entregarse á ese detestable vicio cuyo nombre poco há ignoraba completamente, ¡ay! cual si se le hubiese propinado una bebida mágica, todo ha cambiado en él: su inocencia ha degenerado en malicia, su docilidad en impudencia, su respeto en fiereza, su virtud en perversidad y su candor en corrupcion. De vivo, enérgico, aplicado y jovial que era, se ha vuelto indolente, perezoso, intratable, estúpido y poco menos que irracional.»

Estos son los tristes lamentos que estamos oyendo todos los dias, estos los lamentables efectos de la sensualidad. Y no hay que extrañarlo, dice el Príncipe de los oradores gentiles, porque desde el momento que esta pasion desatentada llega á dominar á un hombre, desaparecen de su corazon todos los dones con que le habia favorecido la naturaleza, y es ya inútil buscar

en él ni pundonor, ni justicia, ni probidad, ni compasion, ni cosa alguna que pueda llamarse virtud: *Virtutes jacere omnes necesse est voluptate dominante*; porque el hombre sensual es un sér estúpido, envilecido y degradado que, no gustando sino de lo que halaga sus sentidos, se hace insensible á todo lo noble, á todo lo justo, á todo lo laudable.

Insensible á la pérdida de sus propios intereses, los que sacrifica estúpidamente al deshonorado ídolo de su mas todavía deshonorada pasion. Su pasion por este ídolo infame es un delirio constante, es un frenesí perpétuo, es una locura continua que no le deja un momento lúcido. El talento que Dios le ha dado, y á favor del cual podria hacer una carrera honrosa; el buen nombre que ha heredado de su familia, y que podria proporcionarle una regular posicion en la sociedad; la fortuna que le legaron sus mayores, y con la que podria sostenerse á la altura de las primeras familias de su pueblo, todo lo renuncia, todo lo sacrifica, todo lo entierra en el lodo.

Insensible á la pérdida de su reputacion. Es el horror de todas las personas honradas; es el blanco de las sátiras mas sangrientas; es la irrision de todo un pueblo, de toda una comarca, de todo un distrito: unos le compadecen, otros le murmuran, otros se apartan de él, otros cortan con él toda relacion, otros se le mofan á la cara; y en medio de la execracion pública y universal, él solo es quien nada percibe, quien nada comprende, quien nada siente.

Insensible á las afecciones mas arraigadas en el humano corazon. Mal esposo, con la mas indigna serenidad ve correr las lágrimas de una esposa desesperada y digna de mejor suerte: con crueldad inaudita se complace en tiranizar á una infeliz, cuya principal falta tal vez ha sido amar á un mónstruo como él: con un cinismo del que se avergonzarian los mismos salvages, llega á celebrar como otros tantos triunfos los delitos que comete contra la fé conyugal. Mal padre, es no pocas veces el primer corruptor de la inocencia de sus hijos, el primer maestro que les enseña la maldad; no dádoles en vida sino ejemplos de corrupcion, y no dejándoles despues de muerto otra herencia ni patrimonio que la memoria escandalosa de sus

infamias. Mal amigo, no conoce otros amigos que los depravados cómplices de su disolucion, y por uno de esos lances que el brutal llama *lances felices*, haria traicion y sacrificaria á todos los amigos del mundo. Mal... pero abandonemos ya la descripcion de un miserable que ha disipado todos los dones de la naturaleza, y ha palpado ya los primeros efectos del libertinaje y de la sensualidad.

Y nadie diga, grita la Escritura santa, nadie diga: Yo sabré entregarme á la disolucion sin experimentar sus fatales consecuencias, porque tengo una razon que me ilumina, un sentido comun que me dirige, una experiencia que me contendrá dentro los límites convenientes: *Ne dicas: sufficiens mihi sum: et quid ex hoc pessimabor?*<sup>1</sup> ¡Ah! razon, sentido comun y experiencia tenia tambien Salomon, y no creo vaya nadie á disputarle una superioridad de talento que jamás le han disputado los mas grandes sábios; y con todo ¿no deshonró el fin de su reinado con las locuras mas extravagantes? ¿no llegó hasta á abrazar el politeismo y arrodillarse á los piés de los ídolos mas ridículos? ¿Quién trastornó su clara razon? ¿quién pervirtió su corazon naturalmente religioso? ¿quién le indujo á hacer tales bajezas?—¿Quién?... el amor á las mujeres, responde el Espíritu-santo, y la impetuosidad con que se lanzó á los placeres sensuales: *Cumque jam esset senex, depravatam est cor ejus per mulieres, ut sequeretur deos alienos*<sup>2</sup> Hízose libertino, y desde entonces ya no fué aquel monarca prudente, justo, religioso y amable que era en su mocedad; ya no fué aquel rey sabio, aquel escritor inspirado, aquel inventor de parábolas cuyos oráculos escuchaba silencioso todo el mundo: fué un viejo escandaloso, un idólatra público, el oprobio del trono y la risa de sus vasallos. Pregunto ahora, y lo pregunto con san Jerónimo: ¿hay quien crea ser mas sabio que Salomon? ¿hay quien presuma tener mas talento, juicio y experiencia que él? Pues si él no supo librarse de los fatales efectos de la incontinencia, ¿habrá quien se atreva á decir: Yo soy bastante sagaz para librarme

<sup>1</sup> Eccli. XI, 26.

<sup>2</sup> 3 Reg. XI, 4.

de ellos? No digas esto, repite la Escritura santa, no lo digas en tu vida: *Ne dicas: sufficiens mihi sum: et quid ex hoc pessimabor?*

Porque el hombre sensual es, no solo un bárbaro que sacrifica todos los dones de naturaleza, sino tambien un loco que derrocha todos los bienes de fortuna. ¿Veis al Hijo pródigo? Aquí teneis un hombre que, habiendo heredado un grandioso caudal, lo disipa en poco tiempo y viene luego á ser victima de la mas triste indigencia: *Dissipavit substantiam suam... et ipse caput egeret.*<sup>1</sup> No preguntéis la causa de una disipacion tan pronta: el Evangelio dice claro que toda la causa fué su inclinacion á la lascivia, y la impetuosidad con que á ella se entregó: *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriosè.*

¡Ah! si examinásemos la causa de muchas quiebras que hoy dia tienen lugar, y buscásemos el primer origen de la ruina de tantísimos patrimonios que en poco tiempo vemos cada dia aniquilarse, seguro es que mas bien lo encontraríamos en las profusiones de la sensualidad que en los reveses de la fortuna, mas bien en las locuras de un heredero libertino que en las malas cosechas y en la paralización del comercio. Ni puede ser de otra manera, porque la prodigalidad sigue siempre á la disolucion como la sombra sigue al cuerpo; y pretender que un disoluto ponga medida á sus gastos y profusiones, es pretender que la prodigalidad sea económica, la locura razonable, la imprudencia discreta; y que un libertino, sin mudar de conducta, no sea libertino.

Todo conspira, todo se junta para despojar y empobrecer al hombre sensual y disoluto. Por aquí una Dálila astuta que, mas enamorada de sus bienes que de su persona, solo trata de sacarle el dinero con mil caricias fingidas, haciéndole tal vez pagar contribucion por cada una de las burlas que hace de él en secreto. Por allí uno de esos corsarios públicos, á cuya caja tiene él que acudir, el cual, cargándole el quince ó el veinte por ciento, le va empobreciendo del modo mas bárbaro é inhu-

---

<sup>1</sup> Luc. XV, 13 et 14.

mano. Por acá una de esas mujeres cubiertas de infamia que, no teniendo medios decentes con que regalarse, y haciendo el deshonorado oficio de proporcionar citas, le vende á precios muy altos las entrevistas que quizás ha vendido cien veces á su rival. Por acullá sus compañeros de libertinaje que, esplotando hábilmente su fatuidad y torpeza, le adulan mientras tiene, y en no teniendo le dejan y se mofan de él. Júntese á todo esto su manía por el lujo, su aversion al trabajo, su inclinacion al juego, á las diversiones y á los festines; y se verá que es un loco verdadero, capaz de destrozár en poco tiempo las riquezas del mismo Creso.

Es mas, es un impío que aniquila todos los tesoros de la gracia. La primera víctima que en el órden sobrenatural suele sacrificar, es la fe. Como ésta condena su conducta, reprueba sus desórdenes y le amenaza con castigos eternos, ¿qué hace él? como el insensato de la Escritura, dice en su corazon: ¡No hay Dios! No que niegue la existencia de un Sér supremo, independiente y criador de todo; sino que á ese Sér supremo se lo imagina á su gusto y tal como le convendría que fuese, es decir, un Dios que no hace mas caso de lo que practican los hombres que de lo que obran los jumentos, un Dios que, no haciendo distincion entre el hombre y la bestia, dice: Mortales, dejad que cada cual discurra á su manera: vosotros escuchad únicamente el grito de vuestro corazon. ¿No os está pidiendo á toda hora placeres? Pues dádselos sin temores ni aprensiones, que él sabe lo que pide. Sabed ser felices: disfrutad de lo presente mientras pasa, que eso que llaman otra vida será lo que será. «Ved aquí, dice el libertino, ved aquí el Dios que yo adoro. No adoro á ese Dios del vulgo que quiere aturdirme con sus leyes y amenazas, y no trata sino de tiranizarme; un Dios que no me habla sino de cruces, de abnegaciones y de sufrimientos; que no aprecia ni recompensa sino los padecimientos, las lágrimas y la penitencia; que me dice me arrojará al infierno si llevo á tocar á un *cierto árbol*. No, este Dios no es el mio: yo venero al Dios de los sabios, yo adoro al Dios de la razon. Quítenme de delante esa religion molesta que quisiera espantarme con la idea de un Dios cruel que toma

venganza de los hechos mas inocentes. ¡Qué! ¿no puedo yo suponer que toda esa religion ha sido forjada en la imaginacion de algun visionario?»

Así habla el hombre sensual, y habla así, porque así le obliga á hablar la impureza. Véase si discurría de esta manera cuando tenía el corazon limpio, y las pasiones estaban sujetas al dominio de la razon. ¡Ah! muy lejos entonces de sublevarse contra la idea de un Dios rémunerador de la castidad y castigador de los deshonestos, la acataba con docilidad y la saboreaba con gusto: muy lejos entonces de parecerle la religion obra de algun visionario, la miraba como la obra mas digna de Dios y el monumento mas insigne de su bondad para con el hombre. Cuando la voluptuosidad hubo entrado de lleno en su corazon y levantado en él su ignominioso estandarte, entonces fué cuando la razon comenzó á oscurecérsese, la fe le desamparó, y la religion le pareció un delirio.

Desalojada la fe del entendimiento, sigue la esclavitud en el corazon, en términos de quedar el hombre sensual casi sin libertad para disponer de sí mismo. Vedlo en Salomon, tipo y modelo de todos los voluptuosos. Él amó á mujeres cuyo enlace estaba prohibido á los hijos de Israel, ¿y qué sucedió? que, hecho esclavo de su atractivo, perdió la libertad, y quedó como prisionero en su mismo palacio. Él disponia de grandes ejércitos, mandaba sobre muchas provincias, era dueño de la vida y de la muerte de millones de vasallos; pero al mismo tiempo se hubiera guardado bien de desairar á alguna de sus concubinas oponiéndose al mas mínimo de sus antojos. ¡Pobre rey, si rey puede llamarse quien depende del capricho de mujeres, y tiene que acceder á todas sus exigencias por extravagantes que sean! Si la una exige que levante un templo á Astarte, diosa de los Sidonios, es preciso obedecer, sufra lo que sufre la buena reputacion. Si la otra quiere que erija altares á Cámos, ídolo de Moab, es forzoso erigirlos, aunque la nacion horrorizada aparte la vista por no verlo. Si la otra pide que se arrodille ante la estatua de Moloc, ídolo de los Ammonitas, no hay que replicar, por mas que la razon se avergüence. ¿Cabe servidumbre mas ignominiosa, esclavitud mas degradante? Pues

es la servidumbre y esclavitud en que se hallan comunmente los sensuales.

De ahí es que estos séres degradados tienen casi enteramente obstruido el camino de la salvacion, siendo trabajo perdido todo cuanto se hace para volverlos al buen sendero. ¿Qué le decís, en efecto, al hombre libertino que sea capaz de inducirlo á mirar por la suerte eterna de su alma? ¿Le recordais las máximas de la religion? es inútil, porque él las ha abjurado. ¿Le haceis presente la justicia de Dios? es en vano, porque él se ha forjado un Dios sin justicia. ¿Le ponderais la dignidad y excelencia de su alma? es en valde, porque él ha dicho cien veces que su alma es á poca diferencia como la de un caballo. Resultado, que fuera de un prodigio de la gracia de Dios, el sensual vive como salvaje, muere como bestia, y se hunde en un abismo de tormentos.

Ved aquí los horribles resultados de esos placeres que el mundo ofrece en copa dorada, y las desastrosas consecuencias de esa voluptuosidad que es el gran dios de nuestro siglo. ¡Siglo profano!... cuando no tuvieses otro pecado que el ser tan sensual como eres, por este solo merecerias ser borrado de la historia. Pero vosotros, amados cristianos, aprended á conducirlos dignamente en medio de un siglo tan desmoralizado y libertino como el nuestro. Vosotros, jóvenes, huid el consorcio de esas almas de lodo que, habiendo perdido todo sentimiento noble y digno, no conocen otros placeres que los sensibles y bestiales. Vosotras, mujeres, mirad con horror esas relaciones y amistades con personas de poca religion, que suelen ser el escollo fatal del pudor y de la inocencia. Vosotros, padres, fomentad en vuestros hijos el santo temor de Dios, que es el gran defensor de la castidad, y el que da la victoria en los combates de la carne.

Y vos, Cordero divino, que quisisteis nacer de una Virgen purísima y sin mancha, que nos alimentais con ese Pan angelico que apaga los ardores de la sensualidad, y nos dais á beber ese Vino misterioso que produce las vírgenes, ¡ah! haced que jamás nos domine el espíritu de la lascivia, para que podamos un dia recibir en el cielo la aureola que dais á los que viven pura y castamente. Amen.



**Discurso 3.º** *La sátira.*

Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam? *Matth. XI, 7.*

Desde el gran día que fuimos hechos cristianos por el sacramento del Bautismo, y aun mas desde el momento que por el de la Confirmacion recibimos la gracia que los teólogos llaman de *fortaleza*, es deber nuestro, y deber muy sagrado, mantenernos firmes en la fe y piedad; de suerte que de nosotros pueda decirse, como Jesucristo lo dijo del Bautista, que no somos inconstantes y mudables como las cañas que se doblegan á todo viento: *Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam?*

No es mi ánimo fortaleceros hoy contra todos los enemigos que pretenden haceros fluctuar en la fe y piedad cual cañas frágiles; porque son tantos, que difícilmente pudiera combatirlos en un solo discurso. Me limitaré á uno tan solamente, declarándoos desde ahora que mereceréis bien de la Religion y os adquiriréis una gloria inmarcesible si lo venceis siempre y cuando suceda venir con él á las manos. Y no es que el tal enemigo sea de suyo muy fiero y espantable: todo lo contrario, es impotente, es imbécil, y, si lo quereis, es hasta ridículo. Para rendirle ni se requiere gran valor, ni es menester mucha táctica, ni se necesitan grandes esfuerzos: se le derrota solo con ser un tanto formal, solo con tener un poco de carácter, solo con no ser lo que llamamos un hombre frívolo y enteramente nulo. Y sin embargo, rendidle, y conseguiréis un triunfo glorioso: vencedle, y alcanzaréis una victoria que pocos logran.

¿Estais impacientes por saber cuál es? Pues voy á decirlo: es ese hombrecillo ignorante y libertino que con sátiras y mofas acostumbra combatir vuestra fé y piedad, al objeto de que, ó las abandoneis por completo, ó al menos las oculteis como quien se avergüenza de profesarlas. ¿Cabe enemigo mas imbé-

cil, frívolo y despreciable? No, porque quien combate la fé y la piedad con la sátira y la mofa, muestra ser un enemigo innoble que emplea armas de mala ley: no, porque quien vacila en la fe y piedad por miedo á la mofa y á la sátira, muestra ser un cristiano imbécil que no tiene dignidad ni carácter: no, porque quien en lo tocante á la piedad y á la fé desprecia la sátira y la mofa, muestra ser un hombre digno que se estima y no se deshonra á sí mismo. Esplanemos estas ideas, y veremos cuán poco temible es en sí ese enemigo que muchos temen hasta el punto de rendírsele á discrecion tan pronto como les acomete, faltando indignamente á lo que prescriben la fe, la piedad y la dignidad propia.

Que quien combate la fe y la piedad con la sátira y la mofa, es un enemigo innoble que emplea armas vedadas y de mala ley, cosa es tan clara que se ve á primera vista. Y sino decidme: esos que, al objeto de quitaros ciertas preocupaciones, como dicen, ó bien de comunicaros las luces de una religion mas filosófica é ilustrada, como blasfeman, comienzan por mofarse de vuestro profundo respeto á los objetos sagrados, de vuestra dócil obediencia á las leyes de la Iglesia, de vuestra cordial veneracion al sacerdocio, de vuestro justo horror á las malas doctrinas, de vuestro laudable celo en cumplir los deberes que la Religion os impone, ¿con qué armas se os presentan? ¿con qué armas os embisten? ¿Os presentan un argumento siquiera vulgar, os proponen una dificultad siquiera aparente, os dan una razon siquiera especiosa que, bien ó mal, mucho ó poco, pruebe que vais equivocados en ser religiosos como sois? ¿os dan alguna prueba, una razon cualquiera de que vuestros sentimientos religiosos son verdaderas preocupaciones? Todo menos esto, todo menos daros de ello prueba ó razon alguna: por toda demostracion os presentan una frasecilla chistosa, una satirilla aguda, una expresioncilla burlesca; pero frasecilla, pero satirilla, pero expresioncilla tan maliciosamente formuladas, que hiriendo vivamente vuestra susceptibilidad, os dejan medio avergonzados, sin saber de pronto qué contestar. ¡Ah! ellos saben que ser burlado á pocos gusta, que verse escarne-

cido á pocos agrada, que el sarcasmo, el insulto y la befa á poquísimos hacen gracia: y ved porque, como enemigos inno- bles, os acometen con esta arma indigna: ved porque, en vez de emplear la argumentacion y el racionio, como cumpliria á competidores honrados, solo emplean la sátira y la burla. Es que así os dirigen la estocada á la parte mas delicada de vues- tra persona: es que así ellos quedan siempre á cubierto y fue- ra de tiro; porque, como no proponen ningun argumento, tam- poco tienen que temer una respuesta que los aplaste.

¡Qué modo tan infernal de combatir la fe es este, Dios mio! Mientras los Celsos, Porfirios y Julianos combatan la Religion con argumentos sérios, y guardando las formas que prescriben la decencia y buena educacion, no faltarán Justinos, Origenes y Tertulianos que les contesten victoriosamente; pero desde el momento que, dejando aquellos el estilo sério y la discusion honrada, comienzan á echar mano de la burla y del insulto, hé aquí que á nuestros eminentes apologistas la pluma se les cae de la mano, no sabiendo ya que contestar; porque, en efec- to, ya no queda lugar á ninguna contestacion. ¿Y qué se le contesta al hombre chocarrero que solo sabe proferir sandeces ó chuladas contra la Religion? ¿Cuál es el hombre decente que se atreve á lidiar con él? Ahora sabréis porque Volter, ese es- critor tan pedante como impío, tan malvado como truan, no ha tenido el honor de que algun autor de nota le refutase: ha sido porque es de todo punto imposible refutar á un miserable que á cada argumento contesta con una burla, y á cada razon opo- ne una carcajada. ¡Ay! los impíos de ahora, dignos discípulos de un tal maestro, han adoptado la misma táctica en la guerra que hacen á vuestra fe y piedad: en vez de emplear argumen- tos que os convenzan, solo emplean mofas que os intimiden: en vez de probaros que la Religion es digna de desprecio, solo procuran rendiros con el desprecio indigno que hacen de la Religion y de vosotros.

Pero ¿tienen ellos al menos convencimiento de lo que ma- nifiestan con sus burlas? ¿abrigan ellos la conviccion de que la Religion es despreciable? De ningun modo, y esta es otra circunstancia que debeis tener muy en cuenta para convence-

ros enteramente de su procedimiento poco noble. Para que estuviesen convencidos de que la Religion merece ser objeto de mofa, seria menester que la hubiesen estudiado á fondo, en términos de poderse decir que la conocen perfectamente. Si despues de haber hecho un estudio imparcial y profundo sobre sus dogmas y preceptos, y haber leído sin prevencion cuanto se ha escrito en pro y en contra de ella, no hubiesen hallado razones, á su juicio, suficientes para creerla divina, y en consecuencia se pusiesen á escarnecerla, ridiculizarla y cubrirla de oprobio, paciencia: diríamos que son unos pobres ciegos que no han sabido ver la luz á la mitad del dia, pero al menos en su misma ceguedad podríamos reconocer algo de sinceridad y buena fe, al menos podríamos creer que, si no son hombres sábios y de talento, son hombres sinceros y leales que se burlan de la Religion porque están convencidos de que es digna de ser burlada. Mas ¿podemos hacerles este honor? Muestren los estudios que han hecho sobre el particular, presenten los libros religiosos que han leído, publiquen las razones que han hallado contra la divinidad de nuestra Religion adorable; y desde luego se echará de ver que solo la desprecian por perversidad, por malicia, por el mal gusto de hacerla despreciable á los demás.

Y siendo ello así, ¿no será un cristiano sin dignidad ni carácter quien, por miedo á las irrisiones de unos hombres enteramente nulos, abandone ó disimule su fe y piedad? Porque, preguntémoslo de una vez sin consideraciones, ¿quién es que viene á intimidaros con sátiras y burlas? ¿es el hombre sabio? ¿es el hombre prudente? ¿es el hombre sinceramente amigo? ¿es el hombre de honradez y probidad? ¿es el hombre bien educado? No: el hombre sabio os admira, el hombre prudente os estima, el hombre sinceramente amigo os aplaude, el hombre bien educado os respeta, el hombre honesto y honrado aprueba vuestra conducta. Los que vienen á mofarse de vuestra piedad y religion son hombres frívolos, desconceptuados y sin importancia alguna; hombres que en materia de religion no saben mas que cuatro chistes insulsos, cuatro chuladas maliciosas que han aprendido en alguno de esos escritores de-

gradados que, despues de haber abjurado la fe, han renunciado tambien á todo pudor, á toda decencia y hasta á la estimacion de sí propios.

Yo pregunto ahora, y muy especialmente á tí, juventud cristiana, yo te pregunto si esos hombres son de temerse ó mas bien de despreciarse, y si merece ser calificado de jóven honrado aquel que renuncia ó esconde sus sentimientos religiosos por atencion á tales nécios. Por lo que á mí hace, siempre tendré por hombre muy poco digno al que, estando convencido de la solidez de su fe y de la honestidad de sus costumbres, las renuncia por el solo temor de que le zahiera algun chocarrero. Y por esto cuando veo... ¡y lo veo con tanta frecuencia, Dios mio!... que algun jóven, que en virtud de la buena educacion que ha recibido, se siente estimulado á frecuentar los sacramentos, á concurrir á las funciones religiosas, á huir el roce con personas de poca moralidad; y esto no obstante, por temor de que le motejen los de su clase, abandona las prácticas piadosas, se aparta de los sacramentos, entra en intimidad con los discolos, y adopta sus ideas, su lenguaje y sus costumbres, ¡ah miserable! digo para mí, ¿así, para no ser burlado, ahogas en tu corazon los sentimientos cristianos que con la leche te comunicó tu piadosa madre? ¿así, para que cuatro nécios no se rian tontamente de tí, entierras en el lodo los bellos frutos de la esmerada educacion que tu virtuoso padre te procuró á costa de mil dispendios y sacrificios? ¡Cobarde! si en presencia de algunos libertinos no sabes defender tu religion, ¿qué harias si hubieses de sostenerla á la cara de un tirano? Si cuatro sátiras te intimidan y hacen temblar, ¿qué sucederia si se te amenazara con un suplicio? Ruega, imbécil, ruega á Dios que jamás llegue el caso de que tu fe haya de ser probada en el crisol de la persecucion; porque si desgraciadamente llegase, es casi seguro que veríamos en tí un público apóstata de la fe y un declarado desertor de las banderas de Jesucristo.

¡Ah! el cristiano que se estima procede de un modo mucho mas digno: viendo la contradiccion monstruosa de un hombre que se llama católico, y al mismo tiempo escarnece la fe y la piedad, le desprecia altamente en su corazon, y le aplica este

terrible dilema: «O tú, llamándote católico, crees lo que enseña el catolicismo, ó no lo crees: si lo crees, eres un infame, porque te burlas exteriormente de lo que veneras en tu interior: si no lo crees, eres un embustero, porque te arrogas un título que no te corresponde. O infame, ó embustero: escoge.» Así sabe castigar al charlatan el hombre formal y verdaderamente sabio, así sabe taparle la boca de una sola vez para que no vuelva á importunarle mas.

Pero como desgraciadamente no todos los cristianos son tan formales como deberian ser, como muchos hacen mas caso de un estrivillo que de una razon, como no pocos gustan mas de reir que de raciocinar; de ahí es que la burla impía consigue sobre muchos el triunfo mas completo, pudiéndose asegurar que el adversario mas peligroso que hoy dia tiene la fe es la sátira; y que mas almas roba ella sola á la Religion que todas las demás causas juntas. Preguntadle á aquel jóven, poco há muy piadoso y al presente hecho todo un libertino, preguntadle por donde comenzó su prevaricacion y cuál fué la primera causa de su lamentable extravío; y si es franco os dirá, que fué el temor de ser burlado, y el no querer, como ahora se dice, hacer un papel ridículo en la sociedad. ¡Desgraciada sociedad en la que ya no representa buen papel sino el que es libertino! Preguntad á aquella mujer, en otro tiempo tan ejemplar y ahora poco menos que volteriana, preguntadle cuál fué el origen de su triste y sorprendente perversion; y si es sincera os contestará, que fué el miedo á las mofas. Hubo quien comenzó á zaherirla por su traje modesto, por su retiro, por sus libros piadosos, por su frecuencia de sacramentos, por su retrainamiento de ciertas diversiones, etc. y. . y esto bastó para que ella abandonase al punto su vida ejemplar, y se declarase alta y resueltamente mundana. ¡Ved que mujer tan formal! ¡ved qué alma tan digna!

Exhorto á cuantos me escuchan á no ceder á una tentacion tan ridícula, ni rebajarse hasta el punto de rendirse á un enemigo que no tiene mas importancia que la que le dan la aprension y el miedo de los cobardes. Una palabra, una sola palabra pronunciada con resolucion y energía bastará para

desconcertarlo y ponerlo en precipitada fuga. ¿Y cuál? la misma ú otra equivalente á la que dijo el rey David á su esposa Micol un dia que ésta se propasó á mofarse de su piedad y á zaherirle con una punzante sátira. Oid el caso tal como lo refiere la Escritura.

Lleno David de respeto y veneracion por el arca del Señor, resolvió trasladarla solemnemente de la casa de Obedom á la ciudad santa de Jerusalem, ordenando al efecto que en un determinado dia se juntase todo Israel para acompañarle en una ceremonia tan religiosa. Ordenóse la procesion mas magnífica que quizás se haya visto en el mundo: treinta mil guerreros abrian la marcha; seguia luego una turba innumerable compuesta de ministros, generales, togados, grandes y empleados que acompañaban al rey; tras de estos venia el arca rodeada de levitas, sacerdotes y cantores que con sus melodiosos cánticos remedaban los himnos que los ángeles entonan en el cielo; y al último venia una tal oleada de pueblo que parecia haberse juntado allí el mundo entero. No bien la magnífica procesion comenzó á entrar en Jerusalem, cuando todos sus moradores se pusieron en agitacion para verla: unos se abocaban á las calles, otros corrian á las plazas, otros tomaban una esquina, otros subian á las azoteas. Tambien Micol quiso recrear su vista con tan bello espectáculo, y á este efecto se colocó en un balcon por debajo del cual la procesion debia pasar. Mira, y... ¡oh Dios, qué es lo que vel ve que su esposo David, depuestas las vestiduras reales, y cubierto con una túnica de lino, no solo anda á pié como un simple particular, sino que danza con todas sus fuerzas delante del arca: *David saltabat totis viribus ante Dominum... erat accinctus ephod lineo.*<sup>1</sup> ¡Vista repugnante para una reina que, si no era libertina, tampoco pecaba de mística y devota! Por el momento no hizo mas que despreciarle en su interior: *Despexit eum in corde suo;*<sup>2</sup> pero tan pronto como, concluida la funcion, volvió David á

---

<sup>1</sup> 2 Reg. VI, 14.

<sup>2</sup> Ib. vers. 16.

palacio, hété á la orgullosa reina que sale á recibirle, saludándole con esta sátira sangrienta: ¡Oh que glorioso ha estado hoy el rey de Israel deponiendo sus vestidos como los depone un bufon ó un cómico! *Quám gloriosus fuit hodie rex Israel, discooperiens se... quasi si nudetur unus de scurris.* <sup>1</sup> ¡Sátira aguda, mofa ingeniosa, capaz de desconcertar al hombre mas imperturbable y sereno! Pero David, sin inmutarse un punto, le contesta con desenfado: ¿Porque me he humillado delante del Señor te muestras resentida y burlona? pues entiende que estoy dispuesto á humillarme aun mas de lo que he hecho: *Vilior fiam plús quám factus sum.* <sup>2</sup>

Así, así es como se contesta á los mofadores de la piedad, así es como se les impone eterno silencio. ¿Se mofan porque somos religiosos, timoratos y píos? Contestacion: en adelante pienso serlo todavía mas: *Vilior fiam plús quám factus sum.* ¿Se rien porque nos retraemos de sus concurrencias, reuniones y vicios? Respuesta: de hoy mas aun me mantendré mas retraído: *Vilior fiam plús quám factus sum.* Y cuenta que no será menester librar con ellos muchas batallas; porque, así como son muy atrevidos y fieros con los tímidos y cobardes, así huyen siempre de aquellos en quienes han encontrado una vez resolucion y firmeza. Animarse, pues, que el enemigo es débil, el triunfo es fácil, y el premio sera grande en el cielo. Amen.

<sup>1</sup> Ib. vers. 20.

<sup>2</sup> Ib. vers. 22.





## TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

Evangelio. Joan. 1.

Este es el testimonio que dió Juan, cuando los *que componian el gran Consejo de los judíos* le enviaron de Jerusalem sacerdotes y levitas á preguntarle: ¿Quién eres tú? Y confesó, y no negó, y confesó *la verdad, diciendo: Yo no soy el Cristo. ¿Pues qué eres?* le preguntaron ellos. ¿Eres tu Elías? Y dijo: No lo soy. ¿Eres tú el gran Profeta *que esperamos, y nos prometió Moisés?* Y respondió: No. Dijéronle ellos: ¿Pues quién eres, para que podamos dar respuesta á los que nos han enviado? ¿Qué dices de tí mismo? Yo soy, les dijo, la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo Isaias profeta. Y los que habian sido enviados eran *de la secta de los fariseos.* Y preguntáronle *aun,* y le dijeron: ¿Pues por qué bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Juan les respondió, diciendo: Yo bautizo en agua *solamente, á fin de conducir á los hombres á la penitencia;* mas en medio de vosotros estuvo *uno,* á quien vosotros no conoceis, *que los bautizará en el Espíritu-santo, para comunicarles una verdadera santidad.* Este mismo es el que ha de venir en pos de mí, que ha sido engendrado antes de mí, *porque lo ha sido ab æterno, y es tan superior á mí,* que yo no soy digno de desatarle la correa del zapato. Esto aconteció *en un lugar llamado Betania, situado á la otra parte del Jordan, donde Juan estaba bautizando.*

## Discurso 1.º *El huésped de un solo día.*

Tu quis es? *Joan. I, 19.*

No preguntemos á los sabios del mundo cuál es la naturaleza del hombre: *Tu quis es?* porque todos juntos no serian capaces de resolvernó satisfactoriamente la cuestion. Si deseais saber lo que es el hombre, preguntadlo á los escritores divinamente inspirados, y veréis cuán pronto os descifran este problema que, despues de muchos estudios, no sabria aclararos la sabiduría terrena. Decidnos, pues, autores sagrados: ¿Qué es el hombre? *Tu quis es?*

Si se me pregunta á mí, responde Job, diré que es una hoja que el viento se lleva: *Folium quod vento rapitur;*<sup>1</sup> con lo que quiero decir, que es de una vida sumamente incierta y contingente, porque, así como á la hoja, mientras está en el árbol, siempre se la ve agitada y temblona, hasta que al fin, ó cae por sí misma, ó es arrebatada por el viento; así la vida del hombre siempre vacila, siempre fluctua, hasta que el día que menos se piensa, ó acaba por sí misma, ó es arrebatada por un sucesó inesperado: *Folium quod vento rapitur.*

Si he de decirlo yo, contesta Isaías, diré que el hombre es heno, y que toda su gloria es semejante á la flor del campo: *Omnis caro fenum, et omnis gloria ejus quasi flos agri;*<sup>2</sup> y con esto quiero indicar que, así como la flor, con todo y ser una cosa muy bella, es de lo mas frágil que hay, puesto que, para secarla, bastan algunos rayos del sol; igualmente el hombre, no obstante ser la mas hermosa de las criaturas sensibles, es de una vida tan extremadamente delicada y frágil, que cualquiera cosa basta para destruirla: *Tamquam flos agri.*

<sup>1</sup> Job XIII, 23.

<sup>2</sup> Isai. XXXX, 6.

Si se quiere mi voto, dice el Sabio, en pocas palabras diré lo que es el hombre. ¿Veis á uno que, yendo de viaje, entra en una posada, se detiene un dia en ella, y sale luego para no volver mas? pues esto precisamente es el hombre: entra en el mundo, mora en él por brevísimo tiempo, y luego sale para nunca mas volver: *Tamquam memoria hospitis unius diei prætereuntis.*<sup>1</sup>

¡Qué fondo de desengaños encierran estos tres oráculos! Pero el que, á mi juicio, pone mas de manifiesto toda la vanidad de las cosas terrenas, es el del Sabio que dice, que nosotros somos huéspedes en este mundo, y huéspedes de un solo dia: *Tamquam memoria hospitis unius diei prætereuntis.* ¡Cuántas cosas dicen estas pocas palabras! ¡cuánta moralidad encierran! Veámoslo.

---

Que somos huéspedes en este mundo, y huéspedes semejantes á un hombre que, yendo de camino, entra en una posada, pernocta en ella, y el dia siguiente sale muy de mañana para no volver mas, es una verdad que el Espíritu-santo ha consignado en el libro de la Sabiduría. Y que el mundo se conduce con nosotros por el mismo estilo que el posadero se porta con el huésped que se aloja en su casa, es otra verdad que la enseña la experiencia. Y sino, oid.

Entrais vosotros en una posada; y no bien el dueño se apercibe de ello, cuando se adelanta á poner á vuestra disposicion la casa, los muebles y los sirvientes. Entrais y salís siempre que os gusta, mandais y disponeis lo que mas os agrada, echais mano de los utensilios cual si fuesen propios. Bien, muy bien, pero decidme: de su casa y de sus muebles ¿qué os concede el posadero? ¿acaso la propiedad? ¿por ventura el dominio? No, no os concede mas que el simple uso. Os permite usar de sus cosas mientras morais con él; pero os obliga á dejarlas todas en el mismo momento que salís, de suerte que ni siquiera un plato os es permitido extraer.

---

<sup>1</sup> Sap. V, 15.

Pues así es también como el mundo se conduce con nosotros: pone á nuestra disposición cuanto tiene y posee: nos entrega sus bienes, nos confía sus riquezas, nos permite echar mano de todo cuanto hay en él. Bien, excelente; pero ¿cómo nos permite tomar sus cosas? ¿cómo dueños? ¿cómo propietarios? No, no; sino tan solo como simples usuarios. Nos tolera usar de todo mientras vivimos en él; pero en muriendo nos despoja de todo, nos obliga á dejárselo todo, y nos envía desnudos al otro mundo. ¿Desnudos? Sí, dice el Eclesiastés, desnudos: como salió el hombre del vientre de su madre, así tornará, y nada llevará consigo: como vino, así se volverá: vino pobre, y saldrá desnudo: *Quomodo venit, sic revertetur.*<sup>1</sup>

Si ello es así, si el mundo solo nos concede el uso de sus bienes, y en muriendo nos obliga á dejárselos, ¿para qué nuestro desmedido afán por adquirirlos? ¡Ah! nos dice el Profeta, vuestro trabajo es semejante al de una rueda de molino, la que, después de haber estado todo el día dando vueltas y más vueltas, al anochecer se halla en el mismo punto en que estaba por la mañana, sin haber andado un solo paso: *In circuitu impii ambulat.*<sup>2</sup> En efecto: toda la vida estamos dando vueltas en busca de bienes mundanales: nos fatigamos, nos extenuamos por encontrar una fortuna, un empleo, un placer: ¿y qué, al fin, qué?... Al morir nos hallamos en el mismo punto en que estábamos cuando nacimos: entonces en una cuna, ahora en un féretro: entonces en los brazos de la madre, ahora en las entrañas de la tierra; pero tanto aquí como allí igualmente pobres, igualmente miserables, igualmente desnudos: *Quomodo venit, sic revertetur.*

Si fuésemos cuerdos, ¿sabeis qué haríamos? trataríamos al mundo como él nos trata á nosotros; y ya que él nos obliga á devolverle todo lo que es suyo, nosotros en cambio no le dejaríamos nada de lo que es nuestro. Observad lo que hace el huésped antes de salir de la posada: pasa revista de todo su

---

<sup>1</sup> Eccle. V, 13.

<sup>2</sup> Psalm. XI, 9.

equipaje, y recogiendo todo lo que es suyo, todo lo acomoda en su maleta, todo se lo lleva, sin dejarle al posadero ni una mala navaja. Así deberíamos hacerlo tambien nosotros con el mundo: deberíamos retirar de él todo lo que nos pertenece, y decirle lo que dijo Moisés á Faraon cuando éste le suplicaba que, ya que iba á salir de su reino con todo el pueblo hebreo y con todas sus riquezas, dejasen siquiera en Egipto las ovejas y los ganados: *Oves tantúm vestrae, et armenta remaneant.*<sup>1</sup> No, no, respondió el noble caudillo, todos los ganados vendrán tambien con nosotros, y de ellos no ha de quedar en Egipto ni una pezuña: *Non remanebit ex eis ungula.*<sup>2</sup> Así deberíamos contestar á ese mundo socarron que, no obstante la dureza con que nos trata al morir, aun tiene la gracia de pedirnos le honremos con nuestro amor y apego: *Oves tantúm vestrae, et armenta remaneant.* No, no, debemos decirle, de nuestro amor y apego no te cabrá ni una pequeña parte: *Non remanebit ex eis ungula.*

Y con tanta mas razon deberíamos hablarle así, cuanto que él no parece sino que trata de jugar con nuestra no sé si diga bondad ó simpleza, conduciéndose en todo con nosotros al estilo del posadero. Observad: éste va vendiendo sucesivamente una misma cosa á los diferentes huéspedes que van presentándose: la comida que sobró á los de primera mesa, la presenta á los de segunda; la que sobra á los de segunda, vuelve aun á presentarla á los de tercera, y así sucesivamente. Y, lo que aun tiene mas gracia, hácela pagar á cada uno tan por entero, como si la hubiese vendido á él solo, y como si él solo la hubiese consumido toda. ¿A cuántos huéspedes vende un mismo queso? ¿á cuántos hace pagar una misma fruta?

Pues otro tanto hace el mundo con nosotros: una misma dignidad, un mismo empleo, una misma hacienda la va vendiendo sucesivamente ahora á uno ahora á otro, cobrando

---

<sup>1</sup> Exod. X, 24.

<sup>2</sup> Ib. vers. 26.

empero de cada uno el total, como si él fuese el único favorecido. ¿Sabriais decirme cuántas veces han cambiado de dueño esas mismas haciendas que actualmente poseeis? Primero fueron de Pedro, despues de Antonio, mas tarde de Juan, ahora son de Felipe, y antes de mucho serán no sabemos de quien. ¿Qué es esto? ¡qué ha de ser!... el mundo que se divierte con los hombres, el mundo que vende hoy lo mismo que ya vendió ayer, y volverá á vender mañana lo mismo que ha vendido hoy. Mirad ahora los tronos de los papas, de los emperadores y de los reyes: ¿qué veis? Ayer los ocupaban unos, murieron estos, y han venido á ocuparlos otros: mañana estos morirán tambien, y otros vendrán á sentarse en su lugar. No há muchos años ocupaba la Silla de san Pedro un pontifice llamado Gregorio décimo sexto; hoy la ocupa otro llamado Pio nono; mañana la ocupará otro que tendrá un nombre diferente. Hace poco que el primer soberano de Europa era un hombre llamado Luis Felipe; desapareció de la escena, y fué á morir en un rincon de Inglaterra: hoy lo es otro hombre llamado Luis Napoleon; este desaparecerá tambien en breve, y cederá el puesto tal vez á quien menos pensamos. ¿Qué es esto? ya lo he dicho: el mundo que va favoreciendo ora á este ora á aquel, y mofándose de todos.

En vista de esto ¿qué dicta la prudencia? Que hagamos lo que practica el viajero experimentado que sabe perfectamente el estilo de las posadas. Cuando nota que se le presenta mas comida de la que él necesita, y comprende de consiguiente que ha de sobrar mucha que luego será tambien presentada á otros huéspedes que vendrán tras de él, reparte la sobrante á los pobres, quitándole así al posadero la ocasion de venderla segunda vez. ¿Y por qué, viendo nosotros que el mundo ha de ofrecer dentro poco á otros lo que actualmente poseemos, no hemos de usar de ello de un modo conveniente al bien de nuestras almas, depositando lo sobrante en el seno de los pobres? ¡Ah! si esto hiciésemos, si de los bienes que no nos son necesarios para la vida procurásemos hacernos un capital de méritos para el cielo, si, en vez de emplearlos en objetos de lujo, regalo y disolucion, destinásemos una buena parte al so-

corro del pobre, del huérfano, del enfermo y del desvalido; entonces sí que obraríamos como hombres cuerdos y prudentes, entonces sí que trataríamos al mundo como merece.

Poco nos costaría hacerlo así, si una vez nos convenciésemos bien de que este mundo es en todo una verdadera posada. Sucede que, yendo vosotros de viaje, estais precisados á alojarnos en alguna; y héte que, no bien el posadero se apercibe de vuestra llegada, cuando viene á saludaros todo festivo y alegre, diciéndoos que en su casa vais á estar perfectamente, porque él todo lo tiene bueno: buena mesa, buenos estrados, buenas camas, todo bueno y excelente. Piense usted, añade, que está en su propia casa, use, disfrute de todo como mejor le guste. En cuanto á la paga... ¡bah! de esto no ocurre hablar; porque las cosas yo no las vendo, sino que puede decirse que las regalo. Despues os acompaña á la mesa, y allí os hace todo género de obsequios y cumplimientos: ora os excita á comer, ora os estimula á beber, ora rie, ora se chancea, ora os adula. Por fin, concluida la cena, os conduce á vuestro dormitorio, y renovando allí sus finezas, os desea una buena noche, un feliz descanso, un sueño tranquilo, plácido, profundo. Vosotros, en vista de tanta galantería, decís para vosotros mismos: ¡Qué cumplido es este hombre! ¡qué caballero! este no es un fondista; es un bienhechor, es un amigo, es un hermano. Pero sucede que el dia siguiente, al querer vosotros partir, le llamis para ajustar la cuenta; y hé aquí que el hombre, todo diferente de lo que era la noche antes, muy serio y formal os presenta una cuenta tan alta que os deja atónitos. ¡Cómo! exclamais, ¿tanto he de pagar? ¿á tanto sube el gasto que he hecho? Comí bastante mal, dormí algo peor, ¿y he de pagar tanto?—Prescinda usted de esto, caballero, responde el hombre en tono seco y desabrido: es tanto, y pagar.

Esta es la verdadera imágen del mundo. Nosotros, viajeros sobre la tierra, entramos en él por el nacimiento, y no bien se apercibe de nuestra llegada, cuando sale á recibirnos muy festivo y alegre, celebrando nuestra venida, prometiéndonos mil felicidades, y convidándonos á comer, divertirnos y holgar. Pensad, dice, que el cielo es para Dios, y la tierra para los hom-

bres: *Cælum cæli Domino: terram autem dedit filiis hominum*: y así, aprovecharse... Por lo que hace á la cuenta, ó no pagaréis nada, ó pagaréis poco. Dios es bueno, y no ha hecho á los hombres para condenarlos. Leed una sola vez el salmo *Miserere*, ó, si no quereis cansaros tanto, decid de corazon: *Dios mio, pequé*; y hélo arreglado todo.—¡Qué bien suena este discurso al oido de muchos! Si así es, dicen, venid, y gocemos de los bienes presentes, y gocémoslos aprisa como en la juventud: *Venite, fruamur bonis tamquam in juventute celeriter*. Entreguémonos á todo género de placeres antes que se nos pase la flor del tiempo: coronémonos de rosas primero que se marchiten, y no haya prado por el que no pase nuestra licencia. *Neque ullum sit pratium quo non pertranseat luxuria nostra*.

Así lo dicen, y así lo hacen. Pero cuando despues se presenta la muerte... ¡ah! entonces oyen que se les dice: ¡Hola, tú! la cuenta... la cuenta... es menester pagues el gasto que has hecho.—¿Y cuánto he de pagar?—¿Cuánto? tormentos eternos.—¡Cómo! ¿tormentos eternos por placeres tan breves?... ¿tormentos eternos por gustos tan frívolos?... He gustado poco, he gozado menos, ¿y tormentos eternos? ¡Oh! jamás hubiese yo entrado en el mundo... perezca el dia en que nací... bórrese aquel dia del número de mis dias.

Para no tener que experimentar este cruel desengaño al salir del mundo, conviene imitemos la prudencia de ciertos viajeros cuerdos, los cuales, sabiendo ya la astucia de algunos posaderos, antes de tocar la comida, preguntan cuánto les ha de costar; y si el precio es justo, la toman; de lo contrario la dejan. Sí, antes no gustemos los placeres ilícitos, antes no tomemos los bienes injustos, antes no admitamos los honores indebidos con que el mundo nos brinda, preguntemos cuánto nos han de costar; y desde luego nos dirá la fe, nos dirá la razon, nos dirá la conciencia, que nos han de costar tormentos eternos. Pues entonces, debemos decir, que los compre quien guste, que yo no quiero comprarlos á precio tan alto.

Por fin, el posadero olvida presto al huésped que ya partió. Id á preguntarle por uno que algunos dias antes estuvo en su posada: ó no sabrá daros razon, ó bien os dirá que solo con-



serva de él una idea confusa. Así tambien lo hace el mundo sin diferencia alguna: no bien hemos salido de él por la muerte, cuando nos olvida, pierde nuestra memoria, y somos para él como si jamás nos hubiese visto. Pedidle noticias de aquellos hombres que en otro tiempo hicieron en él tan grande y bella figura... ¿qué digo? preguntadle por aquellos mismos que poco há eran sus grandes favorecidos: ¡ah! de muchos ni tan solo sabrá deciros donde están enterrados. Desaparecieron, os dirá con un profeta, hundiéronse en la tumba, morada de olvido, y otros han venido á ocupar su lugar: *Exterminati sunt, et ad inferos descenderunt, et alii loco eorum surrexerunt.*<sup>1</sup>

Si ello es así, grita el Príncipe de los apóstoles, si somos huéspedes en este mundo, y huéspedes de un solo dia: *Tamquam memoria hospitis unius diei prætereuntis*, os exhorto, hermanos, y os ruego que, como peregrinos y estrangeros, os abstengais de todo deseo carnal y terreno que pueda perjudicar á vuestra alma: *Obsecro vos tamquam advenas, et peregrinos abstinere vos á carnalibus desideriiis, quæ militant adversus animam.*<sup>2</sup> No olvideis que no somos criados para la tierra, sino que nuestro destino, nuestro fin último y dichoso es el cielo. Y así, mirando con cierta indiferencia todo lo transitorio y caduco, esforcémonos en acumular méritos que nos hagan dignos de los bienes que nunca acabarán. Amen.

---

<sup>1</sup> Bar. III, 19.

<sup>2</sup> 1 Pet. II, 11.

## Discurso 2.º *Las excusas del pecador.*

Confessus est, et non negavit.  
*Joan. I, 20.*

Quando un hombre ha tenido la debilidad de cometer una falta, le es tan natural buscar luego excusas para disculparse del todo de ella, ó al menos rebajar algunos grados de su malicia, que ni nuestros primeros padres supieron abstenerse de hacerlo. No bien hubieron pecado comiendo del árbol prohibido, cuando Dios fué á pedirles cuenta de esta culpa, diciendo primeramente á Adan: ¿Cómo es que comiste del árbol de que te mandé que no comieras? ¡Ah! Señor, respondió, lo comí porque la mujer que me diste por compañera me lo dió: *Mulier, quam dedisti mihi sociam, dedit mihi de ligno, et comedi.*<sup>1</sup> Y fué como si dijera: si he traspasado vuestro precepto, no soy yo el principal culpable, otros hay mas culpables que yo. Si vos no me hubieseis dado esta mujer, ella no hubiera podido ofrecermelo el fruto vedado, y en tal caso claro es que yo tampoco lo hubiera comido. ¿Por qué, dijo entonces Dios á la mujer, porque, no contenta con comer tú del fruto prohibido, lo has ofrecido á Adan para que lo comiese tambien? *Quare hoc fecisti?* ¡Ah! Señor, contestó Eva, lo he hecho porque la serpiente me ha engañado: *Serpens decepit me.* Y fué lo mismo que decir: Si he delinquido, no es mia toda la culpa, otros hay á quienes debe atribuirse mas que á mí. Si vos no hubieseis criado la serpiente, ella no habria venido á tentarme, y entonces es evidente que yo tampoco habria inducido á Adan á pecar.

¡Ay! este prurito de disculparse de tal manera ha pasado de Adan y Eva á sus descendientes, que es una especie de milagro encontrar un hombre de quien pueda decirse con ver-

---

<sup>1</sup> Gen. III, 12.

dad: *Confessus est, et non negavit*: hé aquí un hombre humilde, sincero y leal que, habiendo tenido una debilidad, no busca razones para excusarla, sino que la confiesa lisa y llanamente. Si, es como un milagro dar con un hombre de tanta sinceridad, y por esto son tantos los que, creyendo ir por el camino de la salvacion, van por el de la perdicion eterna. Porque dígaseme de buena fe: si despues que se ha cometido un pecado, se buscan disculpas para justificarlo, ¿cómo se conocerá su malicia? ¿cómo hará impresion? ¿cómo despertará remordimientos? Y si nada de esto hace, ¿no es claro que nos tendremos por inocentes, siendo grandes culpables? ¿no es evidente que no practicaremos diligencia alguna para justificarnos, y de consiguiente que nos perderemos irremisiblemente? A mas de que ¿hay verdadera excusa para el que ha pecado? Excusas frívolas, insubsistentes, ridículas, mas buenas para engañarse á sí mismo que para justificarse, las habrá sin duda en abundancia; pero excusas sólidas, fundadas, verdaderas, de seguro que no las encuentra el pecador. Recorramos sino las principales que él suele aducir en justificacion de sus culpas, y desde luego se verá toda su puerilidad é insulsez.

---

«He pecado, dice el pecador, pero ¿y la causa? la causa en algun modo ha sido el mismo Dios, que me ha dado malas inclinaciones pudiendo dármelas buenas, que me ha hecho libre para pecar pudiendo hacerme impecable, que me ha impuesto leyes dificiles de cumplir pudiendo imponérmelas muy fáciles y suaves. Si no queria que pecase, ¿por qué no hacerme diferente del que soy? ¿por qué darme libre alvedrío? ¿por qué sujetarme á leyes tan duras?» Asi se explican en su corazon ciertos pecadores para atenuar la gravedad de sus culpas, ya que no lo hagan para justificarse enteramente, procurando que la culpa de sus desórdenes y maldades recaiga mas bien sobre el mismo Dios que sobre su propia perversidad y malicia. Pero ¿son admisibles estas excusas?

Dicen en primer lugar que, si pecan, es porque Dios les ha dado malas inclinaciones. Pasémosles esto de haberles Dios dado malas inclinaciones, aunque hablarian mas sabia y cris-

tianamente si dijese, que las malas inclinaciones las han heredado del primer padre junto con la culpa original, pero ¿qué sacamos de aquí? Sean las que fueren las inclinaciones, y vengan de donde vinieren, el hombre siempre es dueño de seguir las ó no seguir las; porque, como dijo Dios á Caín, las pasiones están sujetas á la voluntad, y si ella quiere, jamás podrán sustraerse de su imperio y dominio: *Sub te erit appetitus... et tu dominaberis illius.* <sup>1</sup> Las pasiones pueden incitarnos al mal, pero no pueden precisarnos á cometerlo: pueden molestar nos para que consintamos en la culpa, pero no pueden obligarnos á consentirla á viva fuerza. Que si nosotros, por no disgustarlas, consentimos y pecamos, es porque queremos, y no tenemos excusa.

Pero Dios, replica el pecador, no debia darme libertad para consentir ó no consentir, sino que debia hacerme de tal naturaleza y condicion, que, aunque quisiera, no pudiese pecar. ¡Entonces sí, respondo yo, que Dios, criando al hombre, hubiera hecho una obra magnífica! ¿Y qué seria el hombre sin libre alvedrío? ¿qué seria sin libertad para obrar indiferentemente el bien ó el mal? seria como los brutos que obran por instinto, por necesidad y por ímpetu de su propia naturaleza. Al hombre Dios le ha hecho de una condicion mas noble y mas digna; pues le ha criado tal que pueda libremente ofenderle ó no ofenderle, á fin de que, no ofendiéndole, tenga mas mérito y mas gloria. ¿Seria para nosotros una cosa muy gloriosa y meritoria el no pecar, si no pudiésemos hacerlo? No, responde el Eclesiástico; porque la dicha y la gloria del hombre consisten en que, pudiendo pecar, no peque; y pudiendo hacer mal, no lo haga: *Erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus: facere mala, et non fecit.* <sup>2</sup>

Bien, vuelve á decir el pecador; pero al menos debia Dios imponerme leyes mas acomodadas á mi flaqueza, y no venirme con unas leyes mas buenas para ser impuestas á ángeles que

---

<sup>1</sup> Gen. IV, 7.

<sup>2</sup> Eccli. XXXI, 10.

á criaturas humanas. Me ordena y manda que sea casto, que aborrezca el mundo, que mortifique mi carne, etc.: ¿puedo yo cumplir leyes tan sublimes? ¿Cómo he de ser casto teniendo pasiones de bruto? ¿cómo he de aborrecer el mundo viendo sus placeres y sus encantos? ¿cómo he de mortificar mi cuerpo siendo él la mitad de mi persona? ¿cómo? ¿cómo?—Todo consiste en la voluntad, contesto yo, y con tal que sinceramente se quiera, se puede hacer esto y todavía mas; porque, como ha dicho san Jerónimo, Dios no manda cosas imposibles, sino perfectas: *Sciendum est... Christum non impossibilia præcipere, sed perfecta.* <sup>1</sup> En prueba de esta verdad podria aducir el ejemplo de muchos que cumplen esto perfectamente y aun van mas adelante: pero prefiero convenceros con el testimonio de vos mismo que calificais la ley de Dios de observancia imposible. Esta ley ¿no la habeis cumplido vos mismo con toda exactitud y puntualidad? ¿no ha habido una época dichosa en vuestra vida en la que ni erais impuro, ni mundano, ni esclavo de la carne? ¡Qué decís, pues, que es imposible no serlo, si hubo tiempo en que vos mismo no lo erais! Dejarse, dejarse de que se peca porque Dios ha hecho libre, porque Dios ha dado malas inclinaciones, porque Dios ha mandado cosas duras; porque estas son excusas mas propias de niños que de hombres reflexivos y formales: se peca, porque se quiere pecar, y nada mas.

Convenidos en cuanto esto, añade el pecador; pero no se me podrá negar que vivir en medio del mundo y no pecar son dos cosas incompatibles, tan incompatibles como tocar el fuego y no quemarse. Está hoy el mundo tan pervertido y desmoralizado, que es menester tomar uno de estos dos partidos: ó huir de él y hacerse anacoreta, ó seguirle á él y perderse. ¿Quién ha de poder conservar su virtud en medio de tanto escándalo, peligro y ocasion como se encuentran á cada paso? Entrad en las casas: ¿qué oís? murmuraciones, obscenidades, críticas, cuentecillos contra la Religion, contra los eclesiásticos, contra toda clase de personas, y otras cosas que os obligan á pecar. Id por las calles: ¿qué veis? inmodestias, galanteos,

---

<sup>1</sup> D. Hieron. libr. 1. Com. in cap. 5 Matth.

indecias y otros objetos que á pesar vuestro os comprometen la conciencia. Volveos adonde queráis: por todo encontraréis ocasiones de pecar, y tantas, y tan peligrosas, que ni un santo sabría librarse de ellas.

Mal, pues, digo yo, muy mal está el mundo, y mucho peor de lo que yo presumía. Que el mundo está todo lleno de iniquidad y malicia, esto ya me lo sabía yo desde que leí aquellas palabras de san Juan en su primera carta: *Mundus totus in maligno positus est*: <sup>1</sup> el mundo está todo puesto en lo maligno; pero ignoraba que fuese tan malo y perverso como aquí se pondera. Yo creía que si en él hay mucho de malo, había también mucho de bueno; que si en él se ven grandes escándalos, se veían igualmente grandes ejemplos; que si en él figuran muchos pecadores, figuraban así mismo no pocos justos. Creía igualmente que, si bien el mundo es un lugar peligroso, no lo era tanto que en él no pueda conservar su inocencia quien proceda con un poco de prudencia y cautela; y que en él quien quiere salvarse se salva, y quien quiere perderse se pierde. Todo esto creía yo fundado en lo que enseñan la fe, la razón y la experiencia: ¿habré ahora de mudar de opinión y decir, que en el mundo nadie puede vivir sin pecar, y de consiguiente que quien peca es excusable? Aseguro que jamás lo haré, antes diré siempre que todas las excusas que se alegan respecto del mundo, son frívolas, insubsistentes y pueriles.

Señor, que en el mundo se ven muchos escándalos... No mirarlos.—Que en él hay muchos peligros... Huirlos.—Que en él se oyen muy malas doctrinas... No escucharlas.—Que en él se hallan hombres muy malos... No rozarse con ellos.—Que en él hay muchas cosas que tientan... Volver la vista á otra parte, y olvidarlas pronto. Porque, ya se ve, si en el mundo se quiere verlo todo, presenciarlo todo, intervenir en todo, por precisión se han de encontrar muchos objetos que induzcan al pecado; pero entonces ¿de quién será la culpa? ¿será del mundo ó será nuestra? ¿Cabe mundo mas libertino y desmoralizado que aquel enmedio del cual hubo de vivir José mientras estu-

---

<sup>1</sup> Joan. V, 19.

vo en el palacio de Faraon? Sin embargo José supo conservar toda su inocencia y virtud. ¿Puede haber gente mas depravada que aquella con la que hubo de tratar Tobías mientras vivió cautivo en Ninive? Con todo Tobías nunca se apartó un ápice de la ley de Dios. Y concretándonos al mundo actual, ¿no hay en él muchas familias que edifican con su religion y pureza de costumbres? ¿no vemos en él muchas personas de todas clases y categorías que se conservan virtuosas y justas? Luego, sin hacerse anacoreta, se puede vivir honestamente en el mundo, luego aducir la perversidad del mundo en defensa de los desórdenes personales, es dar una excusa insulsa y risible.

Pero es el caso, sigue diciendo el pecador, que el demonio siempre vela, siempre está acechando y armando lazos y redes, ¡y es tan astuto!... ¡es tan mañoso!... ¡es tan enredador!... Lo cierto es que hace unas emboscadas tan bien disimuladas, y lleva á unos pasos tan estrechos y difíciles, y pone en unos lances tan críticos y apurados, que no se puede menos de consentir y pecar.—Y caso que se consienta y se peque, contesto yo, ¿basta lo dicho para excusarnos? No por dos razones: primera, porque, como enseña santo Tomás, no todos los pecados se cometen por instigacion del demonio, sino que algunos nacen puramente de nuestra perversidad y malicia: *Non omnia peccata committuntur diabolo instigante, sed quædam ex libertate arbitrii, et carnis corruptione.*<sup>4</sup> Es cómodo echar la culpa á quien no puede defenderse: que si al demonio le fuese dado hacerlo, seguro estoy de que á mas de uno haria bajar la vista de vergüenza. Tú dices, diria á aquella mujer, que yo te induje á cometer aquel delito secreto contra la fidelidad jurada al pié de los altares... ¡falso! quien te indujo á cometerlo fué la amistad imprudente y poco cristiana que contrajiste con quien no debias. Tú dices, diria á aquel jóven, que yo te precipité en aquel vicio nefando que tanto tiempo há te domina... ¡calumnia! quien te precipitó en él fué aquel compañero que nunca quisiste dejar, no obstante que conócias bien su mal co-

<sup>4</sup> D. Thom. I part. quaest. 114, art. 3.

razón y su conducta depravada. Tú dices, diría á aquel padre de familia, que yo te impulsé á proferir blasfemias y juramentos... ¡mentira! quien te impulsó á proferirlos fué tu carácter iracundo y soberbio que nunca quisiste moderar. Así indudablemente se explicaría el demonio si le fuese permitido defenderse.

Esto no es decir que él no intervenga alguna vez con sus sugerencias en nuestras culpas, pero sus sugerencias á nadie precisan, á nadie violentan; pues, como dice san Agustin, el demonio daña, no violentando, sino persuadiendo; no arrancando el consentimiento á la fuerza, sino pidiéndolo con halagos y astucias: *Non cogendo, sed suadendo nocet: non extorquet consensum, sed petit*. El demonio, sigue diciendo el Santo, es como un perro puesto en cadenas, el cual no puede morder sino á quien se le acerca imprudentemente: y así como el que se deja morder por un perro encadenado, muestra ser muy torpe, y no tiene excusa; así el cristiano que se deja tentar y seducir por el demonio, acredita ser un gran necio, y no puede quejarse de él, porque en diciéndole resueltamente: *Vade, satana*, se retira, y queda resuelta la cuestion.

Pero hay todavía, replican ciertos pecadores, otro demonio mas temible que el de que ahora hablamos, ¿y sabeis cuál es? es la necesidad. La necesidad de mi familia, dice el ladron de oficio, es la que me obliga á hacer fraudes y estafas, pues ¿que he de dejarla sin alimento? La necesidad en que me hallo, dice la mujer perdida, es la que me precisa á ser condescendiente con aquel hombre, pues ¿que he de dejarme morir de hambre? Este es el gran argumento que hoy dia nos hace cierta clase de pecadores para sincerarse de sus maldades; argumento tan fuerte y poderoso en su concepto, que se figuran no hay teólogo bastante sabio para rebatirlo. Yo voy á hacerme cargo de este gran argumento, y pronto se verá si tiene toda la fuerza que se le atribuye.

*Nos hallamos en necesidad*, dicen.—Pero ¿cuál necesidad, hermanos míos, cuál? ¿verdadera ó fingida? ¿real ó aparente? ¿cierta ó supuesta? Os hago estas preguntas, no para acibarar mas vuestra penosa situacion, sino porque es cosa ya probada que muchos entienden por necesidad el no poder vivir con to-



da comodidad y conveniencia, el no poder vestir con lujo y esplendor, y el no poder gastar mas de lo que corresponde á su clase. ¿Seria por ventura de este género la vuestra? No, señor, me decís, que la nuestra es una necesidad verdadera, apremiante, insoportable.—Quiero creerlo, bien que no deja de pasarme el que entre nosotros, que aun no hemos renunciado enteramente á todo sentimiento de humanidad y compasion, haya necesidades que puedan denominarse *insoportables*. Como quiera que sea, ¿esa insoportable necesidad no podria remediarse por medios lícitos y honestos, como serian el trabajar, el aplicarse á alguna industria ó profesion decorosa? Os hago esta observacion, porque es cosa harto sabida que algunos se hallan en una situacion apurada porque aborrecen el trabajo, detestan la aplicacion y no quieren les comprenda la sentencia general de Dios que nos condenó á todos á comer el pan con el sudor de nuestra frente. ¿Seriais por ventura vosotros de este número? No, señor, me contestais, hacemos lo que podemos, practicamos las diligencias debidas; pero no bastan, pero no alcanzan á remediar el mal.

Pues en este caso, replico yo, debeis adorar profundamente las disposiciones siempre adorables de la Providencia, debeis soportar con resignacion los males de vuestra situacion angustiosa, prefiriendo pasar por todos los trabajos y penas antes que ofender á Dios y perder el alma. Os hallais en un caso muy parecido al en que se encontraba Tobías cuando dirigia á su hijo estas sentidas y piadosas palabras: Verdad es, hijo mio, que pasamos una vida pobre, angustiosa y llena de trabajos: *Pauperem quidem vitam gerimus*; <sup>1</sup> pero tendremos muchos bienes en el cielo si tememos á Dios y nos apartamos de todo pecado: *Sed multa bona habebimus, si timuerimus Deum, et recesserimus ab omni peccato*. Sí, debeis decir, nuestra posicion en la tierra nada tiene de cómoda ni envidiable; pero mas nos vale ser pobres y justos, que poseer bienes en pecado; mas nos saldrá á cuenta pasarlo mal en este mundo y despues ir al cielo, que pasarlo bien ahora y por remate ir al infierno: *Paupe-*

---

<sup>1</sup> Tob. IV, 23.

*rem quidem vitam gerimus; sed multa bona habebimus, si timuerimus Deum, et recesserimus ab omni peccato.* Que si no lo haceis así, y en vez de resignaros cristianamente en vuestra penosa situacion, empleais medios reprobables para salir de ella, podeis decir cuanto os guste que la necesidad os excusa, pero de seguro que no os excusa delante de Dios, antes disculpándoos añadís un nuevo atentado.

¡Ah! Señor, decia el Real Profeta conociendo la malicia que supone el buscar excusas para justificarse de los pecados, poned una guardia á mi boca, y á mis labios una puerta que los cierre á la redonda: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiæ labiis meis.* <sup>1</sup> No permitais que mi corazon dicte á mi lengua palabras maliciosas, para buscar excusas en los pecados: *Non declines cor meum in verba malitiæ, ad excusandas excusationes in peccatis.* <sup>2</sup> Porque conozco bien que no hay cosa que mas se oponga á vuestra misericordia y mas irrite vuestra justicia, que el querer justificarse en los malos procedimientos.

En efecto es así: Dios mira como un nuevo insulto el querer encubrir los pecados con excusas y disculpas, y su justicia suele estallar de un modo severo contra los que, no contentos con traspasar sus preceptos, tratan de coonestar con razones su trasgresion. ¡Ay! si habeis pecado, tened al menos la sinceridad de reconoceros culpables, confesad siquiera que obrasteis mal. Hijo mio, dijo Josué á un soldado que encubria un hurto, hijo mio, da gloria al Señor Dios de Israel, confiesa y manifiéstame lo que has hecho, y de ningun modo lo encubras: *Fili mi, da gloriam Domino Deo Israel, et confitere, atque indica mihi quid feceris, ne abscondas.* <sup>3</sup> Otro tanto digo á todos los pecadores: hijos mios, dejaos de buscar razones para justificar vuestras culpas. ¿Habeis tenido la desgracia de cometerlas? Dad gloria á Dios: reconocedlo humildemente, confesadlo con sinceridad, que esta confesion franca y humilde tal vez será el primer paso para hallar á Dios y volver á su santa gracia. Amen.

<sup>1</sup> Psalm. CXXXX, 3.

<sup>2</sup> Ib. vers. 4.

<sup>3</sup> Josué VII, 19.

---

## CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

---

Evangelio. *Luc. III.*

En el año décimo quinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de la Judea, y Heródes tetrarca de Galilea, y su hermano Filippo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisantias tetrarca de Abilina, bajo los sumos pontífices Anás y Caifás, *quienes por la confusión de los tiempos y la ambición de los hombres ejercían alternativamente la soberanía espiritual, siendo así que por institucion de Dios solo debía haber un soberano pontífice;* el Señor hizo oír su voz á Juan hijo de Zacarías *que moraba en el desierto. Y de órden suya* fué por toda la region del Jordan predicando el bautismo de penitencia, *para disponer á los hombres á recibir la remision de los pecados que el Hijo de Dios venia á darles,* como está escrito en el libro de las profecías de Isaías: *Se oirá la voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor: haced derechas sus sendas. Porque cuando el Señor venga todo valle se henchirá, todo monte y collado será allanado, y los caminos torcidos se harán rectos, y los fragosos se harán llanos, al modo que se componen y allanan los caminos y se adornan las calles cuando un monarca viaja ó entra en alguna ciudad; y todo hombre verá al Salvador enviado de Dios al mundo.*

## Discurso 1.º *La reconciliacion con Dios.*

Parate viam Domini.  
Luc. III, 4.

Si en algun tiempo debo, á imitacion del santo Precursor, levantar el grito para excitar á los pecadores á preparar el camino al Señor reconciliándose con él, es seguramente ahora que, con motivo de la gran solemnidad del Nacimiento de Jesucristo que estamos próximos á celebrar, los tesoros del cielo van á derramarse copiosamente sobre la tierra, y el Dios de toda consolacion viene en persona á invitarnos á volver á su gracia y amor. ¡Ah, pecadores! ¿no veis cómo, naciendo hombre, os ofrece generosamente su amistad? ¿no oís como desde su pesebre os está pidiendo el corazon? Pero quiere corazones contritos, corazones humillados, corazones sinceramente reconciliados con él y dignos de servirle de morada: *Parate viam Domini.*

Habiendo pecado contra Dios, hallándoos privados de su gracia, estando expuestos á perder eternamente el alma, para remediar tanto mal, no os queda otro recurso que la reconciliacion. La reconciliacion... sí; pero ¿cuál? ¿de qué naturaleza? ¿Acaso una reconciliacion *ideal* y de solo proyecto, como la de muchos? ¿por ventura una reconciliacion *aparente* y de sola perspectiva, como la de no pocos? ¿tal vez una reconciliacion *incompleta* ó á medias, como la de los mas? No, sino una reconciliacion *pronta* que quite desde luego toda culpa, *real* que grabe profundamente el dolor en vuestra alma, *completa* que dé á Dios la debida satisfaccion. Hé aquí, pues, bajo que pactos el Salvador del mundo viene á ofreceros el perdon y la gracia: bajo el pacto de que debeis reconciliaros prontamente con él, bajo la condicion de que debeis estar animados de un sincero arrepentimiento, bajo el supuesto de que debeis darle una satisfaccion equitativa por todo lo mal hecho.

---

¿Has pecado? dice el Eclesiástico, ¿has ofendido á Dios? pues no tardes en reconciliarte con él, y no vayas remitiéndolo de un dia á otro dia, porque la dilacion pudiera costarte cara: *Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subitò enim veniet ira illius.* <sup>1</sup> Sobre todo no añadas pecado sobre pecado, y no digas: La misericordia del Señor es grande, él tendrá piedad del gran número de mis culpas: *Neque adjicias peccatum super peccatum. Et ne dicas: Misericordia Domini magna est, multitudinis peccatorum meorum miserebitur.* <sup>2</sup>

Despues de unas palabras tan formales como las que acabo de aducir, ¿quién no creeria que todos los que viven en pecado, asustados de su situacion crítica y peligrosa, van á reconciliarse sin demora con Dios? ¿quién no pensaria que, ansiosos de poner su alma en seguridad, van á practicar tales cosas para asegurar su reconciliacion, que nos será preciso moderar su celo, contener su fervor, y tal vez reprimir su indiscrecion? Más ¡ay! que ellos por lo comun nos ahorran este trabajo, pues el diferir la reconciliacion con Dios es una costumbre tan generalmente adoptada entre los pecadores, que por milagro se encuentra uno que no la siga; viéndonos de consiguiente obligados, no á moderar su celo, no á contener su fervor, no á reprimir su indiscrecion, sino á reprender su calma, á combatir su indolencia, á gritar contra su temeridad loca é insensata.

Hagámoslo, pues, toda vez que es fuerza hacerlo, y repitámosles aquel gran aviso del Eclesiástico: No tardes en reconciliarte con Dios... no vayas añadiendo pecados sobre pecados, y no digas: La misericordia del Señor es grande: *Ne dicas: Misericordia Domini magna est.* No digas esto, no lo digas en tu vida: *Ne dicas;* porque si has llegado á creerte que la bondad de Dios es una bondad estúpida que no sabe hacer otra cosa que callar, sufrir y perdonar, yerras miserablemente, y conviene te desengañes. Sobre todo guárdate de decir que la misericordia del Señor es grande, impide que tus labios se propasen á de-

---

<sup>1</sup> Eccli. V, 8 et 9.

<sup>2</sup> Ib. vers. 5 et 6.

cir tal cosa: *Ne dicas*.—Y sin embargo ¿no es esto lo que continuamente están diciendo los pecadores? ¿no es este su lenguaje favorito? ¿no es esta la contestacion que dan á todas nuestras exhortaciones y avisos? No digas, les decimos de parte y en nombre del mismo Dios, que la misericordia del Señor es grande: *Ne dicas*; y á pesar de esto ellos no saben decir otra cosa, ellos lo están diciendo incesantemente, ellos se enojan contra todo el que dice lo contrario.

¿Y por qué, dicen, por qué quitarme la idea consoladora de un Dios bueno y misericordioso, que tarde ó temprano se compadecerá de mis miserias? ¿por qué venir á aterrarme con la imágen pavorosa de un Dios castigador de mis dilaciones, é insensible á las lágrimas que algun día me verá derramar abundantemente? No, buen Dios, no: á pesar de la multiplicacion diaria de mis crímenes, vos no tendréis corazon para condenarme: á pesar de mis eternas dilaciones, vos no sabréis retirar de mí vuestra inagotable misericordia: á pesar de la insensibilidad con que al presente recibo vuestras amonestaciones paternales, y del indigno abuso que hago de vuestras gracias mas preciosas, y del corazon terco y obstinado que opongo á todas vuestras promesas y amenazas, ¡oh no! vos no dejaréis de compadeceros de mí; porque ¡sois tan bueno!... ¡es tanta vuestra piedad!—Una vez mas, pecador mio, no digas esto, no lo digas por tu vida: *Ne dicas*; porque esto es ya llevar demasiado lejos la temeridad. Sin duda la misericordia del Señor es grande, y mucho mas de lo que yo sabia decir, mucho mas de lo que tú puedes pensar, mucho mas de lo que ningun entendimiento criado es capaz de comprender; pero ¿impide esto el que tan pronto pueda castigarte como compadecerse de tí? No, responde el mismo Eclesiástico, porque su ira está tan pronta como su misericordia: *Misericordia enim, et ira ab illo citó proximant.*<sup>1</sup>

¡Ah! mi estimado hermano, ¿qué uso haces aquí de esa prudencia que muestras en todo lo demás? ¿cómo esa discrecion, cómo ese fino criterio que manifiestas tener para las co-

---

<sup>1</sup> Ib. vers. 7.

sas del mundo, te abandonan tan pronto como se comienza á tratar del negocio del alma? Porque ¿es prudencia decir: La misericordia del Señor es grande; luego puedo vivir tranquilo en mis desórdenes, acumular cada dia nuevas culpas, y aguardar á que llegue por sí misma la ocasion oportuna de reconciliarme con él? ¿Es cordura decir: La misericordia del Señor es grande; luego no tengo que pensar en corregirme mientras el mundo me sonria, mientras las pasiones estén vivas, mientras dure la lozanía de mis años? ¿Es discrecion decir: La misericordia del Señor es grande; luego bastará que me consagre á él cuando me halle en el último período de mi vida, cuando vengan mis postreros dias?

Dejando que tú mismo juzgues si es de hombre juicioso y cuerdo suponer que Dios se contentará con el sacrificio de la última edad, ¿sabes tú si llegarás á ella?... ¿ó eres tú árbitro de tu vida, de suerte que esté en tu mano prolongarla hasta que tú mismo digas: *Basta de vivir?*... ¿ó es que los hombres envejecen todos?.. Vénte conmigo al campo santo para que ambos recorramos juntos los nichos y tumbas de los que allí descansan, y sepamos por sus inscripciones si son muchos ó pocos los que llegan á envejecer. Toma el lápiz y vé apuntando en una cuartilla de papel la edad en que murió cada uno de los finados que iremos visitando. Forma dos columnas, colocando en la primera todos los que halles haber muerto de sesenta años por arriba, y notando en la segunda todos los que fallecieron antes que llegasen á esta edad. ¿Los tienes ya apuntados todos? Ahora suma, ahora compara las dos columnas, para que veamos cual es la que arroja mayor número. ¿Qué resulta? ¿qué hallas?—Que por cada sesenton hay al menos diez que murieron antes que llegasen á serlo.—¿Diez has dicho? quince querrás decir... pero vamos, no sean mas que diez. Resultado, que de once personas las diez no llegan comunmente á los sesenta años, sino que mueren antes.

Hagamos ahora una suposicion: Supongamos que en una rifa solo se reparten once billetes, y que de estos tú tienes uno. ¿Asegurarías que el tuyo será el que salga premiado?—¿Asegurarlo? de ningun modo.—¿Lo tendrías al menos por

probable?—Ni esto: lo tendria por posible, pero por probable de ningun modo, puesto que quedarian diez billetes contra el mio.—Luego tú, oye bien, luego tú, para redimir una rica prenda que tuvieses empeñada, no contarias con certeza, ni siquiera con probabilidad, con el premio de aquella rifa: ¿no es asi?—Justo, exacto.—Pues ¿no te lo he dicho yo que esa prudencia admirable que tienes para los cosas del mundo, te desampara en el momento mismo que se comienza á tratar de los intereses del alma? De once personas, por un curso regular, solamente una llega al principio de la vejez; y tú cuentas que serás esta, y lo cuentas, no como cosa simplemente posible, no como cosa tan solo probable; sino como cosa cierta, y tan cierta, que precisamente destinas aquella edad para reconciliarte con Dios y poner en salvo tu alma. ¿Es esto prudencia ó es temeridad? ¿es cordura ó es delirio? Tú mismo dale la calificacion que estimes mas justa.

Quiero ahora suponer que la fortuna te es propicia, ó por hablar un idioma mas cristiano, que la Providencia te guarda, de modo que de los once sugetos tú eres el afortunado á quien toca llegar á la vejez. Llegado que hayas, ¿qué te figuras que harás?—¿Qué? como que entonces la conversion será mas fácil, la emprenderé de veras y sin dilacion alguna.—¿Mas fácil dijiste? ¿y en qué consistirá esta mayor facilidad? Dilo, explícalo, si lo sabes. ¿Consistirá en una mayor abundancia de gracia? ¿consistirá en una aplicacion mas eficaz de los méritos de Jesucristo? ¿consistirá en una resolucion mas fuerte de tu voluntad? Comprendo, comprendo. Consistirá en una mayor abundancia de gracia... es decir, segun tus cálculos, que la gracia irá siendo mas abundante á medida que tú la vayas despreciando mas obstinadamente: ¿no es eso? Consistirá en una aplicacion mas eficaz de los méritos de Jesucristo... es decir, segun tus cuentas, que la sangre de Jesucristo tendrá para tí mayor eficacia por lo mismo que tú la habrás profanado por mas tiempo: ¿no es asi? Consistirá en una resolucion mas fuerte de tu voluntad... es decir que, en tu concepto, la voluntad irá adquiriendo mayor energía para emprender el bien á proporcion que irá acostumbrándose mas á practicar el mal: ¿no



es verdad? Tanto como quieras, hermano mio; pero conviene sepas que de pecadores que echaban esas mismas cuentas el infierno está lleno.

Consulta la experiencia, que en las cosas prácticas suele ser la mejor regla. Tú conoces personas—¡oh, y cuántas conocerás!—que, habiendo pasado sus mejores años en el vicio, se encuentran ahora casi en los umbrales de la eternidad, no faltándoles ya para llegar á ella mas que un brevisimo trecho. Y entretanto ¿en qué se ocupan? ¿en qué piensan? en todo menos en lo que mas les convendria pensar, en todo menos en arrepentirse, menos en reconciliarse con Dios, menos en salvar su alma.

No será así, se me dirá, puesto que se nota en ellos un cambio de conducta, fruto sin duda de la experiencia y de los años, en virtud del cual los mismos que en la fogosidad de los años eran unos libertinos insignes, en la vejez acostumbran ser mas comedidos, mas morigerados, mas cristianos.—¡Mas comedidos!... ¡mas morigerados!... ¡mas cristianos!... Demos que sea así, que no lo es respecto de todos, ¿hasta esto para reconciliarse realmente con Dios? Ya he dicho al principio que no basta una reconciliacion puramente exterior, ni una cierta apariencia de buenas costumbres, ni un tenor de vida mas arreglado á la vista de los hombres que á la de Dios. ¡Oh cuántos se engañan lastimosamente en este punto! Porque en algunos observan mas decencia de vida de la que notaban antes, luego se persuaden que se han vuelto radicalmente virtuosos, sin advertir que no han hecho mas que limpiar la copa por defuera, ó como dice Jesucristo, blanquear la fachada exterior del sepulcro, quedando el interior todo lleno de putrefaccion.

El reconciliarse sinceramente con Dios no consiste en una simple cesacion de pecar, como pretenden los protestantes, ni en una reforma de vida puramente exterior, como opinan muchos cristianos poco instruidos; consiste en primer lugar en concebir un dolor interior, sobrenatural y sincero de todas las ofensas que se han hecho á Dios; cual dolor, partiendo de lo mas íntimo del corazon, debe subir hasta el punto de sentir mas las ofensas hechas á Dios que ningun otro mal por grande

que se suponga. Consiste tambien en presentarse, pudiendo, á un médico espiritual que cure las llagas del alma, manifestándose las todas con humildad, con entereza, con compuncion, no ocultando ninguna, por honda, por fea, por asquerosa que sea. Consiste igualmente en tomar fielmente cuantas medicinas prescriba el médico espiritual, no reusando ninguna por desabrida, por amarga, por repugnante. Consiste, en fin, en detestar de tal manera la culpa, que se tomen desde luego las medidas mas eficaces para impedir su repeticion, precaver sus consecuencias y reparar sus daños. Y adviértase que la penitencia que no reúne todas estas condiciones, por mas que el exterior esté muy arreglado, no es otra cosa que una farsa, una ficcion, una comedia.

¿Y bastará esto para reconciliarse con Dios de una manera cabal y completa? No: es menester que el delincuente sienta la pena, es preciso que el que ha osado ofender á Dios experimente los rigores de una prudente y proporcionada mortificacion. Si solamente el alma hubiese delinquido, á ella sola corresponderia llevar el castigo; mas habiendo el cuerpo tenido su parte en la culpa, razon es que sufra tambien la parte del castigo que le corresponde. Y así, dice san Bernardo, esos ojos que han dado miradas atrevidas, impúdicas y lascivas; que sientan el castigo del recato. Esa lengua que ha proferido palabras injuriosas, obscenas, denigrativas; que experimente la mortificacion del silencio. Ese paladar que se ha deleitado en comidas destempladas, prohibidas, opuestas á la sobriedad cristiana; que pruebe la penalidad del ayuno. Ese cuerpo que contra la ley de Dios ha gustado el placer sensual; que sienta la austeridad de la penitencia. Ello es razonable, ello es justo.

Porque, diga lo que quiera el amor propio, la mortificacion corporal es ya de sí un ejercicio tan propio del cristiano, aunque sea el mas inocente y justo, que puede decirse entra en su definicion y constituye parte de su esencia. Todo hombre bautizado ¿no lleva impresa en la frente la imágen del Dios crucificado? Y bien, dice san Pablo, esta imágen igualmente augusta que dolorosa ¿qué nos advierte? Nos advierte que, á imitacion suya, debemos abrazar la cruz, mortificar nuestros sentidos,

macerar nuestra carne, á fin de que la vida de un Dios penitente se manifieste tambien en nuestros cuerpos: *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris.*<sup>4</sup> Pues bien: si, para expresar la imágen de Jesucristo, la mortificacion del cuerpo es necesaria al mismo justo, ¿no será de indispensable necesidad para el pecador? Sin duda alguna; porque si en el justo es una obligacion contraida por los votos del Bautismo; en el pecador, á mas de esta obligacion comun á todos los cristianos, es una deuda personal que él debe pagar á la justicia divina: si en el justo es el asilo de la virtud, en el pecador es la reparacion del crimen: si en el justo es un preservativo contra el contagio de la culpa, en el pecador es un remedio y un castigo de la culpa misma, y de consiguiente una condicion indispensable para reconciliarse verdaderamente con Dios.

Y digo verdaderamente; porque aquí tratamos de una reconciliacion sincera y de una verdadera conversion, y no de esas reconciliaciones aparentes, ni de esas conversiones á medias, ni de esas penitencias ideales con las cuales ni el pecado queda destruido, ni Dios es honrado, ni el pecador evita la condenacion. ¡Ah! si al pecador le queda todavía alguna chispa de fe, algun deseo de salvacion, algun sentimiento de piedad por su pobre alma; si él recuerda aun el precio de esta alma, lo que ha costado á Jesucristo, y lo mucho que arriesga viviendo en pecado; no se contentará con una reconciliacion ideal y de puro proyecto, ni con una conversion aparente y de sola perspectiva, ni con una penitencia incompleta ó á medias; sino que tratará de reconciliarse prontamente con Dios, y de reconciliarse de una manera sólida, perfecta y duradera. Así sea, así lo veamos cumplido. Amen.

---

<sup>4</sup> 2 Corint. IV, 10.

## Discurso 2.º La obstinacion.

Vox clamantis in deserto.  
Luc. III, 4.

Hoy vemos cumplido lo que el profeta Isaias habia anunciado del santo Precursor muchos siglos antes que viniese al mundo: Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas: *Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini, rectas facite... semitas Dei nostri.* <sup>1</sup> Sí, hoy vemos cumplida aquella gran profecía, porque estando ya cerca el dia en que el Salvador va á manifestarse á los hombres, deja Juan el retiro en que habia vivido desde sus primeros años, y sale á recorrer toda la region del Jordan, clamando por do quiera que pasa: Preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas: *Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini, rectas facite semitas ejus.*

Notemos la significacion del gerundio *clamando* de que usa el Evangelio, y que sin duda está escrito en él muy intencionadamente. Juan, queriendo persuadir á los moradores de la region del Jordan que preparen el camino del Señor, haciendo penitencia de sus pecados, no se contenta con decírselo, no se da por satisfecho con gritárselo, sino que se lo intima clamando, y con clamores tales que resuenan hasta en lo mas hondo del desierto: *Vox clamantis in deserto.* ¿Y porque clama así? porque aquellos hombres estaban tan obstinados en sus culpas, que no bastaban palabras, no bastaban gritos, sino que eran menester clamores, y clamores que resonasen á manera de truenos. ¿Con qué, cuando la obstinacion ha llegado á formarse en una alma, son ya inútiles las palabras, inútiles los gritos? Así es por desgracia, así es; y vosotros quedaréis convencidos de

---

<sup>1</sup> Isai. XL, 3.

ello cuando hayais reflexionado conmigo sobre el principio, el incremento y el término de ese fatal estado del alma que llamamos *obstinacion*.

Para que se vea la senda fatal que sigue el hombre que se aparta de Dios, y por la que á pasos contados llega al fin á la obstinacion, conviene entrar en la historia secreta de su vida, y observar atentamente la conducta que él guarda respecto de Dios, y la manera con que Dios va conduciéndose respecto de él. El hombre, á no ser otro Caín, otro Saúl, otro Acab, no se obstina al primer pecado que comete: todo lo contrario, el primer pecado suele costarle grandes desasosones y angustias, acostumbra causarle congojas y remordimientos insoportables. ¡Qué horror no siente cuando va á cometerlo! ¡qué resistencia no hace antes no llega á consentirlo! Vacila, fluctúa, valancea; ora propendiendo al *sí*, ora inclinándose al *no*. Por un lado el pecado le agrada; por otro le causa horror y espanto: de una parte la pasion le empuja; de otra le contiene el rubor, se le atraviesa la fe, se le opone la conciencia. Quiere y no quiere: abanza y retrocede: se rinde y hace resistencia; y si al fin cede, no es sino despues de haber sostenido una lucha terrible, y haber agotado casi todas sus fuerzas en un combate tan fiero como porfiado.

Y luego que ha sucumbido, ¡Dios eterno! ¡qué quejas las de su conciencia! ¡qué amargura la de su corazon! ¡qué dias tan tristes! ¡qué noches tan inquietas! ¡qué tristeza tan insoportable! ¡qué confusion, qué suspiros, qué llantos! ¡Ah! no se puede aguantar mas: es imposible vivir mas tiempo así: es necesario descargarse pronto de tanto peso. Se corre pues al sacramento de la Penitencia: se busca un ministro que diga una palabra de consuelo: se deposita en el seno de un sacerdote un pecado que, á no quitárselo pronto de encima, oprimiria el corazon y lo dejaria aplastado. ¡Y con qué confusion, y con qué amargura, y con qué llanto se descubre al médico espiritual esta primera herida del alma! Es necesario compadecerse de tantas lágrimas: es preciso aligerar un corazon que no vive: es menester hacerse cargo de la flaqueza humana. El sacerdote, pues, reci-

be con cariño la confesion de una alma que no halla bastantes expresiones para reprenderse á sí misma, la ánima, la amonestada, la consuela, y al fin pronuncia sobre ella la gran palabra, la palabra tan vivamente suspirada: *Ego te absolvo*, ya estás perdonada. ¡Dios bueno! ya se respira... ya el corazon se siente aliviado del peso enorme que le oprimia... ya sonriente de nuevo la paz de la conciencia, la alegría del alma, las dulzuras de la gracia. ¡Pecado! ¡ah pecado!... ¡qué leccion tan severa me diste! ¡Pasiones! ¡ah pasiones!... ¡qué momentos tan crueles me ocasionasteis! Juro que escarmentaré... juro que no me causaréis mas desasones... juro que jamás condescenderé con vosotras.

Pero lo malo es que las pasiones han comenzado ya á desenfrenarse, lo triste es que la impresion del escarmiento no está siempre igualmente viva, sino que va atenuándose dia por dia. Hoy se deja un sabio consejo dado por el confesor, mañana se olvida un propósito que era esencial, el otro dia se vuelve á aquella ocasion... y de aquí nuevas tentaciones, de aquí nuevas luchas, de aquí nueva derrota y una segunda caída. ¡Ay! ésta ya no impresiona tanto como la primera, ésta ya causa mucho menos horror, ésta ya se soporta con mas serenidad y mas calma. Misericordia divina, ¿abandonas ya á esta desventurada alma? No: la misericordia de Dios no abandona á esta alma nuevamente extraviada, antes la sigue, antes la llama, antes trabaja para hacerla volver á sí, reclamándola con tiernas y amorosas voces. ¿Visteis lo que hace la tierna é inocente paloma viendo sus caros polluelos entre las uñas del gavilán? Arrulla, suspira, gime; y siguiéndolos con vuelo tímido, ora alejándose, ora acercándose, no cesa de llamarlos, no se cansa de reclamarlos hasta que los ve enteramente destrozados y sin vida. Pues así se conduce la gracia divina con el alma que ve nuevamente presa del pecado: la sigue, la amonesta, la llama, la invita á que vuelva á su tierno y amoroso seno. Pero ella, haciéndose sorda á sus dulces voces, va difiriendo el volver á presentarse en el tribunal de la Penitencia, pareciéndole ya que no es un mal extremo pasar los dias, las semanas y los meses en desgracia de Dios. Entretanto la conciencia va fami-

liarizándose con el pecado, las pasiones van inflamándose y adquiriendo fuerzas, el corazón va haciéndose progresivamente más dispuesto para el mal; y si en un principio eran menester diez grados de fuerza en la tentación para hacerla pecar, ahora basta un solo grado; y si antes el pecado le hacía inquieto el sueño, insípida la comida, ingratas las diversiones, ahora con él duerme tranquila, con él come con gusto, con él ríe, con él pasea, con él vive contenta.

Estando así, héte que llega el tiempo en que la Iglesia manda á todos sus hijos que vayan á purificar sus almas en el sacramento de la Penitencia. ¡Ay! todos van, todos obedecen, todos concurren. También ella desea ir, también ella quiere obedecer, también ella se conforma con el precepto de la confesión anual; pero al mismo tiempo quiere seguir pecando, quiere continuar en aquella ocasión, en aquel trato, en aquel vicio. ¿Cómo conciliarlo? haciendo una confesión de pura fórmula, sin entrar en ciertos pormenores y misterios que, si se descubriesen, tal vez privarian de la absolución; ó bien dejando aquel confesor que tira fuerte del freno, y buscando otro más condescendiente que no tenga ojos para ver ni lengua para hablar. Verdad es que así la confesión será mala, pero paciencia: verdad es que así la comunión será sacrilega, pero no importa: lo importante es hacerlas de un modo ú otro, con tal que no se haya de dejar el pecado. Si Dios todavía llama, si la conciencia todavía reprende, si la fe todavía grita, hé aquí el expediente para hacerlas callar, para privarlas de que vengan á importunar más: procurar de cualquier modo borrar del alma las máximas de la religión, buscar razones para persuadirse que lo que la fe enseña cuando menos es dudoso, persuadirse de cualquiera manera que sea posible que Dios no pesa las debilidades de los hombres. Así es como se vive tranquilo, así es como se ahogan los remordimientos, así es como se disfrutan las dulzuras del pecado sin mezcla de escrúpulos y ansiedades.

Hasta aquí el hombre: ahora entra Dios. Yo, dice el Señor, he hablado á Israel para que se convirtiese de su pecado, le he llamado muchas veces para que volviese á mí, le he hecho oír

mi voz paternal para que se detuviese en el camino de la iniquidad; pero él, haciéndose sordo á mis amonestaciones, no ha querido hacer alto. Pues bien: no le hablaré mas, no le molestaré ya con mi voz importuna; no solo callaré yo, sino que ordenaré tambien que en todos sus ángulos reine el silencio mas profundo: *In omni loco projicietur silentium.*<sup>1</sup> Silencio, profetas, y no le digais á Israel ni una sola palabra que pueda despertarlo de su pecado: silencio, naciones, y guardaos de llevar á Israel ningun castigo que pueda obligarlo á pensar en mí: silencio, elementos, y cuidado en no descargar sobre Israel calamidad alguna que pueda inducirlo á penitencia. ¿Quiere ser pecador? séalo. ¿Quiere vivir tranquilo en su pecado? que viva. ¿Quiere silencio de mi parte? téngalo: *In omni loco projicietur silentium.*

¡Figura horrible, imágen espantosa del silencio fatal que Dios intima á todas las criaturas, para que no despierten al alma que, por sus repetidas culpas, se ha hecho merecedora de caer en la obstinacion! Yo, dice el Señor, he hablado cien veces á esa alma para que dejara el pecado, la he llamado con amor para que se detuviese en la carrera del mal; pero ella, insensible á mis llamamientos, no ha querido parar, ha ido siempre adelante. Pues bien: voy á callar respecto de ella, y á mandar á todas las criaturas que callen tambien: *In omni loco projicietur silentium.* Tú, conciencia, que hasta aquí la has agitado con remordimientos, ¡silencio! déjala en paz, déjala que peque, que vuelva á pecar, sin que sus pecados le hagan ya impresion ni mella: *In omni loco... silentium.* Vosotras, inspiraciones, que hasta el presente la estimulasteis vigorosamente á la conversion, ¡silencio! no la exciteis ya con tanta energía y frecuencia como soliais: excitadla, sí, pero con voz lánguida, pero con acento débil, pero con poca frecuencia, á fin de que insensiblemente y sin que ella se aperciba se vaya obrando el horrendo misterio de su obstinacion: *In omni loco... silentium.* Y tú, gracia de mi palabra predicada, que conviertes

---

<sup>1</sup> Amos VIII, 3.



á los Dionisios filósofos; y tú, gracia del buen ejemplo, que haces santos á los Agustinos impuros; y tú, gracia de la lectura espiritual, que robas al mundo los Ignacios y Antonios, ¡silencio! oiga esta alma mi palabra, pero óigala sin inmutarse: vea los ejemplos mas edificantes, pero véalos sin convertirse: escuche las lecturas mas piadosas, pero escúchelas sin fruto alguno: *In omni loco... silentium*. Y vosotros, sagrados ministros, que con caridad y dulzura procurasteis reducir esta alma extraviada, ¡silencio! encuentre ella lo que busca, perros mudos que no sepan ladrar, profetas falsos que no hablen segun verdad, ministros cobardes que no tengan valor para reprenderla: *In omni loco... silentium*. Y vosotras, adversidades temporales, que pudierais darle un fuerte empuje para salir del pecado, ¡silencio!... enfermedades, que pudierais arrancarla de sus disoluciones, ¡silencio!... traiciones, que pudierais desengañarla de las criaturas, ¡silencio!... pérdidas, que pudierais hacerle comprender la necesidad de volver á mí, ¡silencio! *In omni loco... silentium*.

¿Acertaré ahora á describir el estado deplorable de una alma que, á fuerza de culpas, ha obligado á Dios á callar? La natural petrificacion de los cuerpos es el único ejemplo que hallo un tanto oportuno para dar una idea del estado infeliz de esta alma. ¿Sabeis cómo se verifica el misterio físico de la petrificacion? Un cuerpo cualquiera, una estatua de madera, por ejemplo, se coloca en lugar donde fluyen ciertas aguas muy cargadas de partículas arenosas. Esta agua, infiltrando poco á poco dentro los poros de la madera, va depositando en su seno las partículas arenosas que arrastra, hasta que con el tiempo viene á formarse una especie de argamasa ó cemento, que, endurecido despues ó por la accion del sol ó por la misma condicion de la arena, os da una estatua de madera verdaderamente petrificada. Este es el verdadero tipo y modelo del misterio horrible que invisiblemente se verifica en el alma que llega á la obstinacion: las aguas de la iniquidad van penetrando en ella y depositando en su seno un pecado despues de otro, hasta que son tantas las culpas acumuladas, que, cambiándole la naturaleza, le dejan el corazon duro como una piedra: lo dice

el Espiritu-santo: *Cor ejus indurabitur tamquam lapis.*<sup>1</sup> Resultado, que nada siente, nada la conmueve, nada la impresioná; porque tiene en el seno un corazón verdaderamente petrificado.

Nada siente. ¿Qué no hace la Iglesia para ablandarla? Una vez al menos cada año intima largos ayunos, aumenta sus acostumbradas oraciones, recuerda el sacrificio cruento de su divino Esposo, abre el tesoro inagotable de sus méritos, se viste de luto, suspira, grita, llora, para que todos sus hijos acudan compungidos al cumplimiento pascual. A estos suspiros, á estos gritos, á estos llantos, se forma en todo el cristianismo una verdadera revolución, no habiendo apenas quien á su manera no se agite y conmueva: unos confiesan sus culpas, otros restituyen lo mal adquirido, otros se reconcilian con su enemigo, otros abandonan la ocasión en que estaban enredados, otros suspiran, otros lloran, otros ruegan. ¿Y tú, alma obstinada, qué haces? ¡Ay! en medio de tanta conmoción ella no arroja un suspiro, ella no experimenta la menor impresión, ella ríe á la presencia de la cruz y se chancea á vista de los tormentos de un Dios que muere por amor suyo. No es extraño: es piedra, y las piedras no sienten: es peñasco, y los peñascos no se ablandan: *Cor ejus indurabitur tamquam lapis.*

Nada la conmueve. ¿Qué triunfos no alcanza aun en nuestros días la palabra de Dios predicada? Instruye, reprende, desengaña, corrige, convierte: y cuando no otra cosa, produce ansiedades, temores, remordimientos, que son disposiciones felices y como los primeros pasos para la conversión. ¿Y á tí, alma obstinada, qué efecto te hace? ¡Ay! las máximas de salud no la compungen, las amenazas de Dios no la espantan, las hermosuras del cielo no la enamoran, las dulzuras de la gracia no la enternecen. No hay que hacerle caso: es piedra, y las piedras no sienten: es peñasco, y los peñascos no se ablandan: *Cor ejus indurabitur tamquam lapis.*

Nada la impresioná, ni los castigos mas espantosos, ni las muertes mas horribles, ni las condenaciones mas claras y evi-

---

<sup>1</sup> Job XLI, 13.

dentes. Hermano mio, óyeme: el tal impío que, como sabes, se habia declarado enemigo de Dios y de su Iglesia, ha sido encontrado frio cadáver en su propio lecho... el tal libertino que, como no ignoras, se habia formado un Dios de su cuerpo, ha muerto de repente al salir de una casa sospechosa... aquel compañero tuyo en el vicio, aquella mujer con quien tú... ya me entiendes... han pasado de improviso al otro mundo sin hablar palabra de Dios, sin recibir ni pedir ningun sacramento. Derrítete, piedra: ablándate, peñasco. ¡Ay! la piedra no siente, el peñasco no se ablanda. ¿No le veis? él rie al oír relatar tantas desventuras, él se mofa de quien va á relatárselas como cosas dignas de llamarle la atencion, él contesta que no hay que hacer caso, porque al fin de una manera ú otra se ha de morir: *Cor ejus indurabitur tamquam lapis.*

¡Ah! allá en el desierto veo una gran piedra que, herida con la vara de Moisés, se derrite en copiosas aguas. ¡Quién sabe!... ¡quién sabe!... tal vez si la vara piadosa del Señor viniese á herir á esta alma obstinada, se desharia en lágrimas de compuncion. Vamos, pues, venga un revés de fortuna á empobrecerla. Alma obstinada, ese golpe va para tí... pero ¿llora ella por ventura? llora si la ruina de sus bienes, pero no llora sus iniquidades. Venga ahora la muerte á arrebatarle aquella persona que tanto quiere. Alma empedernida, ese golpe va para tí... pero ¿entra ella en reflexion? se lamenta sí de la pérdida temporal de la persona querida, pero no se lamenta de la pérdida eterna de sí misma. Venga ahora una grave enfermedad á postrarla en cama amenazando seriamente su vida. Alma insensible, ese golpe va para tí... pero ¿se hace ella mas cristiana? detesta sí el mal físico que la oprime, pero sigue vi- viendo como atea.

¡Gran Dios! si nada impresiona ya á esa alma petrificada, si, para hacerla entrar en sí, son ya inútiles los avisos, inútiles las amenazas, inútiles los castigos; ¿qué remedio le queda? —¿Qué remedio? no otro que un milagro patente de la divina misericordia: si un milagro no la salva, contadla irremisiblemente perdida. Un milagro... sí, todo un milagro se necesita; pero este milagro ¿quién osa pedirlo? ¿á quién se pide? ¿en

méritos de quien puede obtenerse? ¡Amabilísimo Salvador mío! ¡mi adorado Jesús crucificado! nosotros infelices pecadores somos los que osamos pedir este milagro, lo pedimos á Vos mismo, y os lo pedimos por los méritos de todo lo que padecisteis en esa cruz santísima en la que os adoramos. ¿Nos lo concedéis, Señor? Suframós el que Dios nos oculte un secreto que se ha reservado para sí, y procuremos mas bien averiguar lo que á nosotros mismos mas interesa. ¿Hay entre nosotros alguna de esas almas que han llegado á la obstinacion? Yo no lo sé, pero tengo motivos para suponer que no; porque las almas obstinadas comunmente no oyen sermones; y si los oyen, no lo hacen con el recogimiento, docilidad y temor que vosotros habeis oido el presente. ¿Hay entre nosotros quien esté en camino de llegar á la obstinacion? Yo lo ignoro; pero tengo razones para temer que sí; porque está en camino para la obstinacion quien ha ofendido muchas veces á Dios, y lejos de arrepentirse, va añadiendo nuevas culpas. ¿Y qué remedio para no llegar á este término fatal? Detenerse inmediatamente en la carrera, borrar desde luego con una buena confesion todos los pecados cometidos, procurar en lo sucesivo proceder con tal prudencia y circunspeccion, que no se abuse mas de la paciencia de Dios, á fin de no obligarle á retirar de nosotros los auxilios eficaces sin los que nadie se salva, y á dejarnos con solos los auxilios suficientes con los que nadie deja de condenarse. Hagámoslo así, y no temamos la obstinacion, antes confiemos que Dios, olvidando lo pasado, nos dará su santa gracia para ir acreciendo nuestros méritos hasta recibir la corona de justicia en el cielo. Amen.



---

## DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA.

---

Evangelio. *Matth. XX.*

*La conducta de Dios en la eleccion de sus escogidos para el reino de los cielos es semejante á la de un hombre padre de familias que salió muy de mañana á ajustar trabajadores que cultivasen su viña. Y habiendo concertado con los trabajadores darles un denario ó cuarenta reales por dia, los envió á su viña. Y saliendo cerca de la hora de tercia ó poco antes de las nueve de la mañana, vió otros operarios en la plaza, que estaban ociosos, y les dijo: Id tambien vosotros á mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Volvió á salir cerca de la hora de sexta y de nona ó poco antes del mediodia y de las tres de la tarde, é hizo lo mismo. Y en fin salió cerca de la hora de vísperas ó una hora antes de ponerse el sol, y encontró otros que se estaban allí sin hacer nada, y les dijo: ¿Qué estais aquí ociosos todo el dia? Dijeron ellos: porque ninguno nos ha llamado á jornal. Díceles él: Id vosotros tambien á trabajar á mi viña, y os daré lo que fuere razonable. Pero al venir la noche, ó á la puesta del sol, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los trabajadores, y págales su jornal, comenzando desde los últimos hasta los primeros. Vinieron pues á cobrar su jornal los que habian ido á trabajar cerca de la hora de vísperas, y recibieron un dena-*

rio cada uno. Y cuando llegaron los primeros, *tocándoles el turno de cobrar*, creyeron que les darian mas *en vista de que á los que solo habian trabajado una hora se les daba un denario entero*; pero no recibió sino un denario cada uno. Y tomándolo, murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos solo han trabajado una hora, y los has hecho iguales á nosotros que hemos llevado el peso del día y del calor. Más él respondió á uno de ellos, y le dijo: Amigo, no te hago injuria: ¿por ventura no te concertaste conmigo en un denario *por jornal*? Toma *pues* lo que es tuyo, y vete, pues yo quiero dar á este postrero tanto como á tí. ¿No me es lícito hacer lo que quiero *de lo que es mio*? ¿Acaso tu ojo es malo, ó tu corazon está lleno de envidia, porque yo soy bueno y generoso?—Así *en el dia del juicio los que habian sido los últimos en el mundo, pero trabajaron con celo en la obra de su salvacion, serán los primeros; y los que habian sido los primeros, pero desperdiciaron los talentos que el Señor les habia dado, serán los últimos y excluidos del reino de los cielos. Y estos serán en mayor número que aquellos; porque muchos son los llamados á la fe, más pocos los escogidos para la gloria.*

---

**Discurso 1.º** *El cielo ofrecido por poca cosa.*

Cum venissent... qui venerant circa undecimam horam, acceperunt singulos denarios.  
*Matth. XX, 9.*

¡Qué doctrina tan peregrina y nueva nos enseña el presente Evangelio! Un señor tenía una viña que estimaba en mucho, porque la había comprado con el fruto de sus fatigas y sudores; y, como era muy natural, deseaba tenerla bien cultivada, á fin de que le rindiera frutos abundantes. Al efecto salió un dia muy de mañana en busca de jornaleros que fuesen á cultivarla, y habiendo encontrado algunos, y convenido con ellos sobre el estipendio diario, los envió á dar principio al trabajo. No contento con estos, volvió á salir cerca de las nueve de la mañana en busca de otros, y viendo algunos en la plaza que estaban sin hacer nada, los envió igualmente á cultivar su viña. Lo mismo hizo al mediodia, lo mismo volvió á hacer á las tres de la tarde, lo mismo practicó una hora antes de ponerse el sol. ¡Tanto era lo que deseaba que su viña predilecta recibiese el conveniente cultivo! Y como por otra parte era hombre muy caballero y justo, al venir la noche, llamó á todos los jornaleros y les dió la paga de su trabajo. ¿Y cuánto diriais recibieron los últimos que acudieron al trabajo? Recibieron el jornal entero cual si hubiesen trabajado todo el dia: *Cum venissent... qui venerant circa undecimam horam, acceperunt singulos denarios.* Verdad es que algunos reclamaron contra esta generosidad, diciendo que no merecian tanto; pero el buen señor, sin hacer caso de sus reclamaciones, sostuvo su derecho respondiendo: ¿Acaso no soy dueño de dar lo mio? *Aut non licet mihi quod volo, facere?*

Esta es la parábola pronunciada por los labios de nuestro Señor Jesucristo, y referida por el evangelista san Mateo. ¿Y

qué nos enseña? una doctrina muy extraña y rara para muchos, á saber, que Dios, que es el verdadero dueño de la Iglesia, porque la ha adquirido con el precio de su sangre, y nos destina á trabajar en ella como operarios suyos, ofreciéndonos el cielo por paga y recompensa, no exige de nosotros grandes fatigas y sudores, sino que nos lo da por un trabajo insignificante y casi enteramente nulo. Sé que esta verdad no la aceptan todos, y que muchos, entendiendo mal algunos textos de la Escritura, quieren persuadirnos que Dios, para darnos el cielo, exige de nosotros cosas duras, difíciles, insoportables; pero la verdad es que nos lo da por cosa poca, y tan poca que casi equivale á nada. Favorecedme con vuestra atencion, que voy á demostrarlo.

---

Si cuando Dios por su infinita bondad se dignó destinarnos á un fin tan alto y dichoso como es la posesion de su reino, hubiese decretado al mismo tiempo que para conseguirlo era indispensable que practicásemos obras las mas heróicas, y ejercitásemos virtudes las mas sublimes y perfectas, cierto es que el tal decreto hubiera sido muy justo, y que con razon nadie hubiera podido tildarlo de demasiado duro ó rigoroso; ya porque, no siendo la eterna bienaventuranza debida por título alguno á nuestra miserable naturaleza, era Dios muy dueño de imponernos las condiciones que mejores le pareciesen, ya porque, como ha dicho san Pablo, todo el bien que nosotros somos capaces de hacer en la vida presente, y todos los males que en este mundo podemos tolerar por Dios, son nada, nada absolutamente en comparacion de la gloria eterna que esperamos, y algun dia se manifestará en nosotros: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis.* <sup>1</sup> Pero no: previendo Dios que si al efecto exigia de nosotros méritos muy altos, serian muy contados los que conseguirian la eterna bienaventuranza, no ha querido exigir mas que aquello que está en la facultad de cualquiera hacerlo y

---

<sup>1</sup> Rom. VIII, 18.



practicarlo. No importa que él mismo diga, que el cielo es una paga que hemos de merecerla trabajando sin descanso, y una corona que hemos de ganarla peleando con valentía, y un reino que hemos de conquistarlo venciendo y derrotando enemigos: esto, dice David, lo dice el Señor no mas que para animar nuestro celo y estimular nuestra emulacion, suponiendo gran dificultad y trabajo donde en realidad no lo hay: *Qui fingis laborem in precepto*; <sup>1</sup> al modo que el discreto maestro, para estimular y fomentar la aplicacion de su discípulo, alaba y pondera sus insignificantes progresos cual si fuesen adelantos muy grandes.

Y en verdad: diciéndonos Dios que el cielo es una paga que hemos de merecerla trabajando, ¿acáso nos dice tambien que trabajando hemos de sudar todo el dia? Diciéndonos que es una corona que hemos de ganarla peleando, ¿por ventura nos dice igualmente que peleando hemos de derramar toda nuestra sangre? Diciéndonos que es un reino que hemos de conquistarlo venciendo, ¿tal vez nos dice así mismo que hemos de vencer asaltando murallas y ganando brechas? No, Dios no dice tal cosa, Dios no exige sacrificios tan grandes, Dios no quiere que su reino se compre á precios tan altos: se contenta —¡ved qué bondad; ¡ved qué deferencial!—se contenta con que cada cual haga lo que buenamente pueda, con que cada uno trabaje á medida de sus fuerzas. Y si alguien hubiese, dice él mismo, que nada pueda hacer, entienda el tal que tambien se lo daré solo tenga una voluntad sincera de hacer algo: *Venite, emite absque argento*. <sup>2</sup> ¡Dios bueno! ¡cuánta es vuestra generosidad! Yo no puedo borrar mis culpas practicando grandes maceraciones y austeridades, porque ni mis fuerzas físicas lo permiten, ni mi salud delicada lo sufre, ni mi posicion especial lo tolera. Bien, dice Dios, asegúrame que las borrarás con lágrimas de amor, con una confesion exacta, con una enmienda perfecta; y ya me tienes contento, y ya ganaste el cielo: *Emite*

---

<sup>1</sup> Psalm. XCIII, 20.

<sup>2</sup> Isai. LV, 1.

*absque argento*. Yo no puedo reparar mis escándalos emprendiendo la penosa carrera del ministerio apostólico, porque me faltan las luces, me falta la autoridad, me falta la mision que un ministerio tan alto requiere. Justo, dice el Señor, prométeme que los repararás con una vida ejemplar, cristiana, irreprochable; y héme satisfecho, héme dispuesto á darte mi reino: *Emite absque argento*. Yo no puedo elevarme hasta la observancia de los consejos evangélicos, porque mi fragilidad, mi estado y hasta mi temperamento se oponen á ello. Entendido, dice Dios, dame palabra de que al menos observarás bien los preceptos de mi Evangelio, y las leyes de la Iglesia y los deberes especiales de tu estado; y con esto ganaste el cielo, y con solo esto el paraíso es tuyo: *Emite absque argento*. ¡Dios bueno! exclamaré otra vez ¡cuánta es vuestra liberalidad! Tuvo razon vuestro Profeta cuando dijo en uno de sus salmos, que nos dais el cielo por nada: *Pro nihilo salvos facies illos*.<sup>1</sup>

¿Por nada?... oigo decir á alguno: ¡y qué! ¿es nada tener que guardar refrenadas las pasiones, mortificados los sentidos, encadenada la concupiscencia? ¿es nada tener que llevar una vida rigurosamente cristiana, velar cuidadosamente sobre sí mismo, violentar la naturaleza depravada para que nunca salga de regla? ¿es nada tener que vivir en el mundo sin ser mundano, vestir carne sin ser carnal, alimentar pasiones sin jamás condescender con ellas?—Id hablando, que yo escucho con grande atencion... ¿callais? ¿no decís mas? pues os quedasteis cortos, pues ni con mucho lo habeis dicho todo. Yo quiero decir aun mas á favor vuestro, quiero dar mas peso á vuestro argumento, añadiendo lo que tal vez por modestia habeis callado. ¿Es nada tener que amar á quien nos aborrece, tener que bendecir á quien nos maldice, tener que hacer bien á quien nos hizo mal? ¿es nada tener que conservar el corazon libre de todo odio, limpio de todo amor ilegítimo, puro de todo afecto desordenado? ¿es nada tener que cumplir escrupulosamente todos los preceptos de una religion austera, que parece solo ha venido al mundo

---

<sup>1</sup> Psalm. LV, 8.

para contradecir nuestros deseos, mortificar nuestro amor propio y torturar nuestro cuerpo? ¿Qué me decís? ¿es nada todo esto?

*Distingo*, diréis: si hemos de hacerlo por el mundo, por el cuerpo, por el capricho, entonces es nada: si hemos de hacerlo por Dios, por el alma, por el cielo, entonces es mucho.—Dijisteis bien, y efectivamente es así: para el mundo los mayores sacrificios son nada, para Dios el mas ligero trabajo es mucho: por adquirir los bienes de la tierra todo se encuentra fácil, por ganar los tesoros del cielo todo se halla difícil, penoso, insoportable.

Hablo al sensual, y le digo: señor, esas relaciones que usted mantiene son un pecado: como hombre que se estima, como cristiano que cree, como criatura que ha sido criada para el cielo, debe usted cortarlas pronto. ¡Ay! me contesta que no puede ser, me responde que le pido un imposible; y luego, si en ello le va un empleo, una adquisicion, un puntillo, la dificultad desaparece, el imposible ya no subsiste. Hablo á aquel hombre acaudalado, y le digo: señor, de tantos bienes una partecita para los pobres de Jesucristo: con esto y las gracias que la limosna le atraeria, usted ganaba el cielo. Me dice que no puede, que los gastos de familia... que las atenciones de su estado... que los deberes de padre... qué se yo qué mas; y luego en objetos de lujo, de vanidad, de capricho invertirá sumas enormes, y esto ya lo encuentra fácil, y esto ya le parece nada. Hablo á aquella dama, y le digo: señora, de tantas horas de que usted dispone, una cada dia para asistir á la misa, al sermon, á alguna funcion religiosa: con esto pagaba usted los pecados de la juventud y se disponia para ganar el cielo. Me contesta que no puede ser: hoy la hora es incómoda, mañana el aire está frio, el otro dia la estacion es destemplada; y luego para asistir al teatro, al baile, á la reunion, toda hora es buena, todo tiempo es oportuno: el frio ya no la incomoda, la temperatura ya no la mortifica, la humedad ya no la daña. Hablo, en fin, á aquella jóven, y le digo: ¿Sabes que en la edad peligrosa en que te hallas, te seria muy útil, por no decirte necesario, frecuentar los sacramentos y darte á los ejercicios de

piedad? Casi osaria decirte que con esto ganabas el cielo. Me responde que no es posible, porque el madrugar no le prueba, porque el estar en ayunas le causa vahidos, porque el recogimiento le desconcierta la cabeza y le afecta los nervios; y luego si el mundo lo exige, si la vanidad lo reclama, si la moda lo requiere, se sujetará á tales privaciones y molestias, que, si las sufriese por un fin mas noble y cristiano, pudiéramos llamarla heroína. ¡Dios eterno! ¡qué confusion la de estas almas menguadas cuando, puestas ya en el otro mundo, vean lo poco con que podian salvarse! ¡Qué desesperacion cuando vos les digais: ¿Ves ahora, ves lo poco que yo te pedia para ponerte en posesion del paraíso? ¡miserable! si de tanto como has hecho por el mundo, hubieses hecho una pequeña parte por mí, ahora el cielo seria tuyo! Vé, infeliz, y lleva al infierno este horrible pensamiento: *soy condenado porque no hice lo poco que se me pedia por salvarme.*

Bien, dicen algunos, sea poco en sustancia lo que Dios exige por el cielo: lo cierto es que lo exige por siempre, ¡y eso de *siempre!*... *siempre* haber de observar la ley, *siempre* haber de violentar las pasiones, *siempre* haber de refrenar los sentidos, ¡*siempre!*... Al oir tales aspavientos, ¿quién no creeria que los que así hablan piensan vivir eternamente en este mundo? Alambiquemos ese gran *siempre* que con tanta énfasis se nos objeta, y veamos qué queda de él en último análisis. Decidnos grandes ponderadores del *siempre*: ¿cuántos siglos pensais vivir?—¡Siglos! aquí no se trata de siglos, pues sabemos por el Real Profeta, y lo confirma la experiencia, que la vida del hombre, por regla general, no pasa de los setenta años; y si los mas robustos llegan á los ochenta, lo que pasa de estos es trabajo y dolor: *Dies annorum nostrorum... septuaginta anni. Si autem in potentatibus octoginta anni: et amplius eorum, labor et dolor* <sup>1</sup>.—Perfectamente: ¿estais al menos seguros de vivir algunos años?—¡Seguros! lo que es seguridad no la tenemos ni de un solo dia, pues dice el Evangelio, que *qua hora non puta-*

---

<sup>1</sup> Psalm. LXXXIX, 10.

tis la muerte vendrá á llamar á nuestra puerta.—Supongamos, replico yo, que viniese á llamar á la vuestra dentro dos, cuatro ó seis años, que es muy posible sea antes; en este caso ¿seria muy largo ese *siempre* que tanto os asusta?... Demos que lo fuese: él habria de acabar, ¿no es verdad? Pues no digais que es gran cosa, que cosa muy poca es todo lo que acaba.

Pero si quereis conocer aun mejor la ninguna importancia de ese *siempre*, comparadlo con el *siempre* de la eternidad, y me diréis despues si es mucho ó poco lo que Dios nos pide por el cielo. ¿Qué me decís? comparado el siempre de la vida presente con el siempre de la eternidad venidera, ¿hallais proporcion? Yo la hallo entre una gotita de agua y todo el océano, entre un granito de arena y todo el globo terrestre, entre uno de esos átomos que vuelan por el aire y todo el mundo visible; pero no la hallo entre el *siempre* de la vida y el *siempre* de la eternidad, porque no la hay, porque no puede haberla entre lo finito y lo infinito, entre lo temporal y lo eterno. ¡Oh, si nos penetrásemos bien de esta inmensa desproporcion! ¡si cuando el amor propio, abultándonos los objetos, nos representa como de muy larga duracion los servicios que Dios nos pide, nos hiciésemos aquella pregunta que san Bernardo se hacia á sí mismo: *Quantum hoc ad æterna secula?* ¿qué es todo esto en comparacion de la eternidad? Es cosa dura, dice el amor propio, tener que llevar toda la vida el yugo del Señor, sin condescender jamás con ninguna pasion, sin salirse jamás de las reglas que prescribe el Evangelio. Séalo en buen hora tanto como él supone, bien que mucho le falta: ¿qué es todo esto en comparacion de la eternidad? *Quantum hoc ad æterna secula?* ¡Ah! dice un santo, aquí todo es transitorio, todo es breve, todo es pasajero; pasajeras son las mortificaciones, pasajeras las penitencias, pasajeros los sufrimientos. *Transit citó quod cruciat.* Pero en la eternidad todo es duradero, todo es permanente, todo es invariable: invariable el gozo, permanente la dicha, inamisible la corona: *Permanet in æternum quod coronat.*

Y aquí me ocurre una razon mas para convencersos de que es poco, poquísimo, lo que Dios nos pide en comparacion de los bienes eternos que nos ofrece. San Pablo nos explica la

grandeza de estos bienes diciéndonos, que lo que ahora es para nosotros de una mortificación momentánea y lijera, produce en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria: *Quod in præsenti est momentaneum, et leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis.* <sup>1</sup> No os admire que el santo Apóstol llame *peso* aquella gloria que nos aguarda en el cielo: llámala así, porque ver á Dios, y verle á cara descubierta, es un bien tan grande, tan excesivo, tan superior á nuestra fragilidad, que se nos haría insoportable, si no fuésemos alentados por lo que los teólogos llaman *luz de la gloria*. Representaos una alma en el acto que entra en el paraíso y da la primera mirada á todo cuanto hay en él... Dios mio, ¡qué admiracion, qué asombro, qué pasmo! Al ver la magnificencia de aquel reino bienaventurado, la belleza de aquellos espíritus que lo pueblan, la hermosura de aquella luz que todo lo baña... al verse á sí misma moradora de los tabernáculos eternos, libre de todo peligro, exenta de todo mal, llena de felicidad y de gozo... y sobre todo al verse en posesion de Dios, su primer principio, su último fin, su único y sumo bien... ¡Oh Dios! paréceme la oigo exclamar, ¡oh Dios, Dios bondadísimo! ¿qué he hecho yo por merecer bienes tan grandes? ¡Ah! que si no estuviese cierta de que en este lugar no caben errores, engaños ni ilusiones, diria que yo sueño, que yo deliro, que yo no estoy en mí. ¡Qué, munificentísimo Dios, qué! ¿por pocos servicios premios tan grandes? ¿por pocas lágrimas gozos tan inefables?... ¿por cortas penitencias glorias sin fin?... Gloria, honor, alabanza á vos, Bondad infinita, que de este modo sabeis cumplir lo que dijisteis: *Quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam;* <sup>2</sup> porque fuiste fiel sobre lo poco, yo te recompensaré con lo mucho.

Así me parece se expresa una alma al entrar por primera vez en el cielo, y así creo hemos de expresarnos tambien nosotros cuando nos llegue el dia feliz de pisar sus umbrales. ¡Ah!

---

<sup>1</sup> 2 Corint. IV, 17.

<sup>2</sup> Matth. XXV, 23.

mientras esperamos que llegue aquel día dichoso, levantemos con frecuencia nuestra mirada á lo alto, fijemos la vista en aquella hermosa corona que el Justo Juez nos tiene preparada; y no dudemos que todo cuanto él nos pide ahora por conseguirla, nos parecerá poco, fácil y suave. Si Dios, mostrándonos visiblemente aquella corona bellísima, nos dijese: ¡Ea! quien quiera obtenerla, es menester, ó que pase toda la vida haciendo penitencia en un desierto, ó que destruya su cuerpo con disciplinas y cilicios, ó que entregue su vida á los verdugos. Si Dios exigiese esto de nosotros, y no quisiese darnos aquella corona á menor precio, ¡ah! yo gritaría á cuantos me escuchan: «Hermanos, comprémosla, comprémosla por el precio que se nos pide, que al fin resulta barata, y baratísima. Niños, doncellas, jóvenes, ancianos, todos, corramos á los desiertos, corramos á las grutas, corramos al martirio. Nada nos arredre, nada nos detenga; que por conseguir una corona tan rica, todo trabajo es poco, todo sacrificio es nada.» Pero alegraos, que Dios por dárnosla no exige tanto: que observemos sus santos mandamientos, que seamos cristianos... hé aquí todo lo que quiere. ¿Diremos que aun así el cielo cuesta mucho? Es verdad, el cielo cuesta mucho, muchísimo, pero ¿á quién? A vos, dulcísimo Jesús mio, á vos que, por merecérnoslo, vertisteis vuestra sangre y disteis vuestra vida. A vos sí que os costó mucho el cielo, y quisisteis que os costase tanto, á fin de que á nosotros nos costase poco. Pues bien, Redentor amabilísimo, no reusamos hacer lo poco que nos pedís, porque sabemos que este poco, unido á lo mucho que vos hicisteis, nos merecerá un día el cielo. Amen.

---

## **Discurso 2.º** *La vida cristiana.*

Exiit primo mané conduce-  
re operarios in vineam suam.  
*Matth. XX, 1.*

Una gran cuestion hace tiempo se está ventilando en el cristianismo, sin que hasta ahora se haya adelantado un paso en su resolucion, á pesar de lo mucho que se ha dicho tanto en pro como en contra. Esta gran cuestion versa sobre el carácter de la vida cristiana, sosteniendo unos con textos de la divina Escritura que es muy cómoda y suave, y defendiendo otros con citas de la Escritura misma que no hay cosa mas áspera y penosa. Emprended sin temor una vida cristiana, dicen los de la primera opinion, que la hallaréis incomparablemente mas deliciosa de lo que nadie puede pensar. Guardaos de emprenderla, responden los de la opinion contraria, porque la encontraréis molesta, penosa y poco menos que insoportable.

Si se me pregunta cual de estas dos opiniones tengo por verdadera, sin vacilar un momento responderé que ninguna, antes reputo las dos sumamente peligrosas: peligrosa la primera, porque prescinde por completo de las penalidades que efectivamente hay en la vida cristiana, formándose un evangelio á su gusto: peligrosa la segunda, porque finge en la vida cristiana penalidades que en verdad no hay, retrayendo así á los cristianos de abrazarla. Conviene pues tomar un término medio entre estas dos opiniones extremas, diciendo para aviso de unos y desengaño de otros, que la vida verdaderamente cristiana ni es tan áspera como pondera la timidez de los del primer bando, ni tan cómoda como supone la relajacion de los del partido opuesto.

Yo leo en el Evangelio del presente dia que los jornaleros del gran padre de familias, figura de los cristianos, fueron en-



viados á cultivar una viña, prueba clara de que se les exigió alguna penalidad y trabajo: *Exiit primo mané conducere operarios in vineam suam*; pero no leo que en el cultivo de la viña sudasen mucho, prueba evidente de que el trabajo impuesto no era insoportable. Así puntualmente es la vida cristiana: tiene sus penalidades y mortificaciones; pero no tantas que deban arredrarnos. Dejad que yo dilucide este punto interesantísimo, y os convenceréis.

---

Sí, sí, dicen los unos, la vida verdaderamente cristiana, que consiste en la entera y puntual observancia de la ley de Dios, es penosa, penosísima, y poco menos que insoportable: *Arcta est via quæ ducit ad vitam*. Está toda erizada de espinas, toda sembrada de cruces, toda salpicada de sangre: *Qui vult venire post me, tollat crucem*. El yugo del Señor, que algunos pintan sumamente delicioso y suave ¿sabeis en qué consiste? oidlo, oidlo: consiste en hacer un esfuerzo continuo para vencerse á sí mismo, sujetar las pasiones y contradecir á la propia naturaleza: *Qui vult venire post me abneget semetipsum*: consiste en tener libertad, pero solo para abnegarse; en tener amor, pero solo para concederlo al enemigo; en tener ódio, pero solo para emplearlo contra de sí mismo: *Diligite inimicos vestros... Si quis... non odit... animam suam, non potest meus esse discipulus*: consiste en tener pasiones, más para combatir las; en poseer riquezas, más para despreciarlas; en vivir en el mundo, más para aborrecerlo: *Beati pauperes... beati mites... beati mundo corde*. ¿Y dirán que la vida cristiana es cómoda y deliciosa? ¡engaño! ¡engaño!...

Convengamos en que en todo lo dicho hay mucho de exageración. Sea que la vida cristiana se considere de una manera absoluta, sea que se la mire con relacion á la vida opuesta que lleva el vicioso, no tiene cosa alguna que con razon pueda llamarse insoportable. Si yo la miro en sí misma, desde luego mis propios ojos me convencen de que no hay en ella ni sombra de esas grandes penalidades que tanto se nos quieren ponderar; porque veo que los que viven cristianamente, observando la ley santa de Dios en todos sus puntos esenciales, viven ale-

gres, gozan de una paz envidiable, y pasan felices sus dias. ¿Sucederia así si tan penosa fuese la vida que llevan?

Verdad es que el mundo, que no entiende de otra satisfaccion que la disoluta, ni de otro placer que el sensual, ni de otra felicidad que la de la carne, no entiende, no concibe cómo pueden vivir satisfechos y alegres unos hombres que ni buscan sus placeres, ni siguen sus máximas, ni toman parte en sus maldades, antes las huyen, las aborrecen, las detestan; pero ¿qué importa que el mundo no lo conciba, si por esto no deja de ser así? El mundo, decia san Pablo escribiendo á los corintios, puede tenernos por tan infelices como guste, viéndonos cumplir fielmente nuestra santa vocacion; pero la verdad es que enmedio de nuestra infelicidad supuesta gozamos de una verdadera dicha, puesto que el vivir cristianamente, á mas de hacernos gustar las dulzuras de la virtud, que son las únicas sólidas y verdaderas, nos libra de todas las penas y amarguras que son inseparables del vicio y acompañan siempre á los viciosos: *Quasi tristes, semper autem gaudentes.*<sup>1</sup>

Y en verdad: concediendo que en la vida cristiana haya algo de molesto y penoso, que lo hay en efecto, ¿es por ventura menos penosa y molesta la vida opuesta que lleva el vicioso? ¿Tiene acaso que sufrir menos el que huye de la virtud que el que la sigue? ¿No está mas llena de disgustos y sinsabores la vida del libertino que la del buen cristiano? ¡Quién puede dudarle si, á mas de decirlo la fe, lo enseña la experiencia! No veo yo, no ve todo el que quiere verlo que mas ha de sufrir el soberbio que el humilde, mas el vengativo que el pacífico, mas el impuro que el honesto, mas el que suelta el freno á sus pasiones que el que las tiene sujetas y reprimidas? Una sola passion que llegue á desencadenarse ¡qué tempestades, qué borrascas no levanta en el alma! ¡Qué dias tan inquietos, qué noches tan pesadas tiene que soportar el esclavo de la avaricia! ¡Qué humillaciones, qué bajezas, qué desaires y repulsas es fuerza que trague el ambicioso! Y el que se ha propuesto

---

<sup>1</sup> 2 Corint. VI, 10.

saturar de placeres su temperamento sensual y disoluto ¿qué no tiene que sufrir ya de los celos que le devoran, ya de los rivales que le hacen guerra, ya del público que le murmura? Y la que cifra su felicidad en lucir, figurar y verse rodeada de un gran círculo de adoradores insensatos, ¿no lleva tantas espinas hincadas en el corazón cuantas son las envidias que la desgarran viendo que otras brillan más, cuantas son las historietas que de ella se cuentan con menoscabo de su reputación y buen nombre, y cuantos son los disgustos que incesantemente recibe, ora de quien desaprueba su fausto, ora de quien critica sus amistades, ora de quien interpreta mal sus procedimientos equívocos y sospechosos? ¿Y qué diré de la imprudente que, llevada de su genio novelesco, se ha lanzado inconsideradamente á la carrera de los amores? ¿hay día que para ella sea del todo sereno?... ¿hay noche que para ella sea enteramente tranquila?... Los temores, las sospechas, los sobresaltos, los celos, las lágrimas, las rabias y desesperaciones ¿no son su alimento diario? ¿no son su pan de cada día?

Pero en la vida cristiana hay también sus penalidades y molestias.—¿Y quién lo niega esto? más no es esa la cuestión que tratamos. La cuestión es si, comparando las dos vidas, la cristiana y la viciosa, la primera resulta ser mucho menos áspera que la segunda: la cuestión es si, pesando lo que Dios pide á sus servidores y lo que el mundo exige de sus secuaces, resulta ser Dios mucho menos exigente que el mundo. Esta es la verdadera cuestión, y para acabar de resolverla solo me falta hacer un paralelo muy sencillo. ¿Qué le pide el mundo al sensual por dejarle disfrutar de sus placeres? ¿no le pide el sacrificio de su salud, de sus bienes, de su fama, de su reposo, de su conciencia? Pues mucho más barato me concede Dios á mí el cielo: por la simple observancia de una ley justa, sencilla y santa me concede los placeres inefables del paraíso. ¿Qué exige el mundo del ambicioso por otorgarle las dignidades y honores que con méritos ó sin ellos pretende obtener? ¿no exige de él que adule á un altanero intercesor, que se arrastre á los pies de un medianero vanidoso, que tiemble como vil esclavo ante aquel magnate de cuya valimiento depende el

honor, el empleo, la dignidad á que aspira? Pues por mucho menos me da Dios á mí el cielo: tan solo cumpla unos preceptos que por otra parte me impone la misma razon, promete ceñirme la frente con una corona de gloria eterna, ¿Qué le exige el mundo al codicioso por concederle sus riquezas? ¿no le exige afanes, vigiliias, disgustos, pleitos, temores, pérdidas, reveses y todo lo que suele dispensar esa deidad loca que llamamos fortuna? Pues por sacrificios incomparablemente menores me da Dios á mí el cielo: cumpla yo fielmente una ley que al cabo viene á reducirse á dos capítulos, y las riquezas todas del paraíso me vendrán infaliblemente á la mano.

Si ello es así, se me dirá, debemos concluir que en la vida cristiana todo es fácil, todo es suave, todo es placentero.—Mala conclusion, mala consecuencia que debo rechazar y rechazo con todas mis fuerzas; porque precisamente contiene el sistema anticristiano del bando opuesto. Llevo ya sentado que la entera observancia de la ley de Dios, que es lo que propiamente se llama vida cristiana, no va exenta de asperezas y mortificaciones, y esta verdad he debido sentarla para aviso de esos cristianos de vida cómoda y delicada, los cuales, formándose un evangelio á su gusto, y muy diferente del de Jesucristo, piensan que todo el cristianismo se reduce al cumplimiento de tres ó cuatro preceptos, por cierto los mas fáciles y menos esenciales. Limitando así el evangelio, reduciendo á solo esto toda la ley de Dios, suponiendo que la vida cristiana no abraza otra cosa que oír misa los dias festivos, comulgar una vez al año, asistir á alguna funcion religiosa y hacer pocas otras prácticas de piedad, entonces sí, no cabe duda que la ley cristiana es la cosa mas dulce y placentera del mundo, y tanto que ni el mismo Alcoran la aventaja en dulzura y suavidad. Pero ¿consiste en esto solo la ley que profesamos?

Pues ¿qué mas falta? ¡Ah, hermanos, respondió san Agustin á unos que le hicieron esta pregunta, falta precisamente lo principal, falta lo que tiene de mas penoso la ley de Jesucristo. Falta, en primer lugar, refrenar ese apetito insaciable de placeres, que os conduce á conculcar todas las leyes del decoro, de la decencia y del pudor, haciéndoos dar en excesos que

avergonzarian á los mismos paganos: *Restat lucta cum carne*. Falta reprimir esa sed de bienes mundanales, que os hace egoistas, duros, crueles, insensibles á las necesidades del pobre, á los clamores de la caridad, á los gritos de la justicia: *Restat lucta cum mundo*. Falta renunciar á esa vida enteramente terrena y animal, toda tejida de goces, pasatiempos y placeres, sin que en ella tengan apenas cabida algunos actos de religion, y como si Dios solo os hubiese puesto en el mundo para comer, reir y holgar: *Restat lucta cum seipso*. Falta, en fin, cumplir con el Evangelio entero, no solo en los puntos mas fáciles, sino tambien en los que mortifican el amor propio, chocan con las pasiones, contradicen á la naturaleza depravada y ajan la carne siempre propensa al mal; habiendo dicho la misma Verdad eterna, que quien deja de cumplir un solo precepto, es tan poco cristiano como si dejase de cumplirlos todos: *Qui delinquit in uno, factus est omnium reus*.

¿Sabian esta doctrina de san Agustin esos cristianos partidarios de la opinion que sostiene, que en la ley de Dios no hay cosa que repugne y mortifique? Ya se ve, si de ella se descartan los principales preceptos, si de ella solo se cumple la parte que no incomoda, claro es que nada tiene de repugnante ó pesada. Y cuenta que aun no les he hecho mencion de las obligaciones que son propias del individuo, y cuyo cumplimiento les está severamente mandado por la misma ley que profesan. ¿Hánse jamás apersonado con algun teólogo para saber de él cuáles son los deberes que les incumben por razon de su estado? Examine un poco aquel hacendado si es lícito á un cristiano gastar los bienes del modo que él lo hace. No le hago la injuria de creer que hace los gastos con perjuicio del artesano que le ha entregado sus manufacturas, ni del jornalero que le ha cultivado su hacienda, ni del criado que le ha estado sirviendo de la manera mas dócil: solo deseo saber si está conforme con la ley de Jesucristo gastar en objetos de puro lujo sumas que bastarian para alimentar á muchas familias pobres que casi perecen de hambre. Examine un poco aquella madre de familia si es cosa bien cristiana asistir á cuantas reuniones la invita la gente alegre y de buen humor. Libreme Dios de

sospechar que en las tales reuniones se hace ó dice cosa alguna que no esté conforme con la buena moralidad: solo quisiera entender cómo se concilia esto con la buena educacion que debe dar á sus hijos, con el buen órden que debe mantener en su casa, y con el buen ejemplo que debe dar á la servidumbre.

¡Eh! dicen, estas cuestiones nos llenarian la cabeza de escrúpulos y de dudas. ¿Y por qué, pues, replico yo, venís aquí á escuchar todos los dias estos documentos del Evangelio: Quien quiere venir en pos de mí, tome su cruz, niéguese á sí mismo—Dichosos los que lloran—No querais amar al mundo ni las cosas que hay en él? ¡Ah! no tiene formada una idea justa de la santidad de la divina ley quien piensa cumplirla sin ninguna molestia ni trabajo, ni sabe lo que es vida cristiana quien pretende conciliarla con el espíritu del mundo. Ella dista mucho de ser tan pesada como la pintan algunos, es verdad; pero tampoco es tan suave que no prescriba cosas algo penosas y molestas.

Fijémonos en un término medio, huyamos los extremos, no seamos del número de aquellos cobardes que rehusan llevar el yugo del Señor por temor de hallarlo sumamente pesado; pero tampoco seamos del partido de aquellos necios que pretenden conciliar el yugo del Señor con el espíritu del mundo, la satisfaccion de la carne y el contentamiento de las pasiones. Así, no declinando ni á la derecha ni á la izquierda, seguiremos el camino verdadero que infaliblemente conduce á la gloria. Amen.



---

## DOMINGO DE SEXAGÉSIMA.

---

Evangelio. *Luc. VIII.*

Y como hubiese concurrido un crecido número de pueblo, y acudiesen solícitos á él, *es decir, á Jesucristo* de las ciudades *á fin de oírle*, les dijo por semejanza ó *parábola lo siguiente*: El sembrador salió á sembrar su semilla, y al sembrarla, una parte cayó junto al camino y fué hollada, y la comieron las aves del cielo. Y otra parte de ella cayó sobre piedras, y habiendo nacido se secó, porque no tenía humedad. Y otra cayó entre espinas, y las espinas que nacieron con ella, la ahogaron. Y otra cayó en buena tierra, y habiendo nacido, dió fruto á ciento por uno. Dicho esto, clamó: Quien tenga oídos para oír, *y entender estas cosas*, oiga. Sus discípulos le preguntaban, qué parábola era esta, *y cual era su significacion*. Y él les dijo: A vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios, más á los otros, *á causa de su malicia, solo se les propone* en parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. La parábola pues es esta: la simiente es la palabra de Dios. Y los *que vienen significados por la semilla que cae* junto al camino, son los que la oyen, pero viene despues el diablo, y quita la palabra del corazon de ellos, á fin de que no se salven creyendo. Aquellos *que son figurados por el grano que cae* sobre piedras, son los

que oyendo la palabra *divina*, la reciben con gozo, *más* como estos no tienen *el corazón dispuesto para que ella pueda echar hondas raíces*, creen *no mas que* por algun tiempo, y viniendo la tentacion vuelven atrás. Y la *simiente* que cayó entre espinas *denota* á aquellos que oyeron la *palabra divina*, pero despues en lo sucesivo quedan ahogados de los afanes, de las riquezas y deleites de la vida, y no llevan fruto. *En fin* el grano que cae en tierra buena, *significa* á los que oyendo la palabra de *Dios* con corazón bueno y muy dispuesto, la retienen *cuidadosamente*, y llevan fruto en paciencia, *sufriendo los trabajos que Dios les envia, y esperando la recompensa.*



## Discurso 1.º Pérdida de Dios.

Ad tempus credunt, et in  
tempore tentationis recedunt.  
Luc. VIII, 13.

Perder á Dios, y perderle despues de haberle dichosamente poseido por un tiempo bastante largo: perder á Dios, y perderle despues de haber gustado las inefables dulzuras de su presencia, de su gracia y de su amor; ¡ah! es esta una desventura tan grande, que es imposible haya otra mayor. ¡Perder á Dios!... ¡ay! decia san Juan Crisóstomo, un cristiano que ha perdido á Dios deberia vestir siempre de luto, deberia ir siempre triste y cabizbajo, sin osar levantar jamás la mirada al cielo. ¡Cristiano infeliz! sigue diciendo el mismo Padre, tu desgracia me consterna, tu desventura me excita á verter lágrimas. Pero por donde comenzaré á llorar? ¿qué lloraré primero? ¿qué despues? ¿lloraré primero el bien que perdiste, ó bien comenzaré por llorar el mal que hallaste? *Unde incipiam? Quid primum querar, quid ultimum? Bona commemorem quæ perdidisti, an mala desleam quæ invenisti?*<sup>1</sup>

O justos, que teneis la inestimable fortuna de poseer á vuestro Dios, vuestra suerte es envidiable, vuestra dicha es indecible; y tanto mas cuanto que no la tienen probablemente todos los que están aquí. Hay aquí entre vosotros quien, siendo del número de aquellos que, segun el presente Evangelio, *ad tempus credunt, et in tempore tentationis recedunt*, hace tiempo que ha perdido á su Dios por el pecado, y á quien podriamos hacer aquella pregunta del Real Profeta: *Ubi est Deus tuus?* ¿dónde está tu Dios? ¿qué has hecho de él? ¿dónde lo tienes? Pero ¿será verdad que estás aquí presente tú que vives sin

---

<sup>1</sup> Crysost. ad virg. lapsam.

Dios? ¿y qué buscas? ¿qué pretendes? ¿qué he de decirte yo? ¡Pobre infeliz! ¿que he de decirte sino lo que te dice Dios mismo por boca de un profeta: *Scito, et vide, quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum;*<sup>1</sup> entiende y considera que cosa mala y amarga es el haber dejado tú el Señor tu Dios, y haberle obligado á él á dejarte á tí. ¿Conoces tú esto? ¿lo comprendes? pues óyeme con atencion, que yo haré que lo conozcas y lo comprendas.

---

¡Un cristiano que ha perdido á Dios por el pecado!... ¿cabe pérdida mas lamentable? ¿es posible desgracia mayor? ¡Ha perdido á Dios! ¿y no se viste de luto? ¿y no anda siempre triste y cabizbajo? ¿y osa levantar ni una sola vez la mirada al cielo? ¡Vive sin Dios!... ¡ah! yo le haré comprender su desgracia inmensa, si él sabe contestarme á una pregunta. Dime, cristiano, dime: ¿cómo está tu corazon desde que, por la mas grande de todas las desventuras, perdiste á tu Dios? ¿sientes tú tan funesta y lamentable pérdida? ¿sí ó no? Si la sientes, te digo que eres el mas infeliz de todos los hombres: si no la sientes, te advierto que eres el mas desventurado entre todos los pecadores. Grande es tu desventura si la sientes, mayor si no la sientes, extrema si, sintiéndola ó no sintiéndola, no procuras remediarla pronto.

Grande si la sientes. Y en esta suposicion déjate de querer disimular lo mucho que sufres, porque es ya inútil todo disimulo. ¿Negarás que desde el momento que Dios se ausentó de tí, te se metió dentro del corazon una vívora que lo desgarras con crueles mordeduras? ¿que te se hincó una espina que te atormenta con agudísimas punzadas? ¿que estás triste y conurbado, en términos de preguntarte tú mismo: ¿Qué es lo que me pasa? ¿por qué estás tan triste y desasosegada, alma mia, y por qué me molestas sin cesar? *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?* Pero ¿qué? ¿no eres tú quien decias que sin aquel placer, sin aquella amistad, sin aquella adquisicion

---

<sup>1</sup> Jerem. II, 19.

jamás vivirías contento? ¿y que, en obteniéndolas, quedarías satisfecho, serías feliz y te tendrías por el mas dichoso? ¡Y bien! el placer ya lo gozaste, la amistad ya la conseguiste, la adquisicion ya la has hecho: cállate ahora, y estáte contento. ¡Callar!... ¡estar contento!... ¿es esto posible á un corazon que vive sin Dios? ¿es esto dable á una alma que se agita entre remordimientos?

Yo no sé, decia David hallándose en semejante situacion, yo no sé quien es que de tal modo me pone siempre mi pecado á la vista, que por mas que hago nunca puedo quitármelo de delante: *Peccatum meum contra me est semper.* <sup>1</sup> ¿Qué especie de hiel es esta, que siempre amarga mi interior? ¿qué suerte de llaga es la mia, que siempre mana sangre? ¿qué género de enfermedad es la que sufro, que nunca halla alivio? *Peccatum meum contra me est semper.*—¡Ah! la hiel que siempre amarga, la llaga que siempre escuece, la enfermedad que nunca halla alivio es el pecado, es la pérdida de Dios. Dios, dice san Agustín, no tiene reemplazo, no tiene suplente: su ausencia nada puede suplirla, su pérdida nada es capaz de indemnizarla: una vez él se ha ausentado de un corazon, es consiguiente, es necesario que este corazon sufra, suspire y esté violento: *Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum donec quiescat in te.*

Para los otros males de la vida hay siempre algun alivio: contra la melancolía está la distraccion, contra la enfermedad está la medicina, contra la misma muerte está la esperanza de una vida mejor. Pero á una alma que está triste por el pecado ¿quién la consuela? á un corazon que se desespera por la ausencia de Dios ¿quién lo tranquiliza? ¡Ah! responde Jeremías, nada de este mundo es ya capaz de aquietarlo. Dadle placeres, dadle distracciones, dadle todo lo que él mas ama y apetece: todo junto no bastará á dejarlo contento: *Non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.* <sup>2</sup> Perdiendo á Dios, esta alma ha

---

<sup>1</sup> Psalm. L, 4.

<sup>2</sup> Thren. I, 2.

quedado cual mujer repudiada de su esposo, cual hijo desechado de su padre, cual palacio abandonado de su señor, ¿y que-  
reis que encuentre alivio? ¿y pretendéis que sosiegue? ¿Puede  
el fuego estar quieto, si se le separa de su esfera? ¿puede el  
cuerpo grave descansar, si se le coloca fuera de su centro?  
Pues tampoco puede estar tranquilo, tampoco puede sosegar el  
corazon humano una vez privado de Dios, porque Dios es su  
centro, su fin, su todo: *Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum  
est cor nostrum donec quiescat in te.*

¿Y cómo había de sosegar el pecador, si siempre sospecha,  
si siempre teme, si siempre sueña castigos y desastres? El des-  
venturado Caín, no bien se ve desechado de Dios, cuando todo  
trémulo y agitado, exclama: ¡Infeliz de mí! todo el que me ha-  
llare, me matará: *Omnis... qui invenerit me, occidet me.*<sup>1</sup> En  
vano el mismo Dios le asegura que no será así: *Nequaquam ita  
fiet:*<sup>2</sup> en vano le dice que le pondrá una señal, para que nadie  
se atreva á tocarle: *Posuitque Dominus Cain signum, ut non in-  
terficeret eum omnis qui invenisset eum:* nada de esto basta para  
quitarle sus temores y aprensiones, sino que, todo tembloroso,  
confuso y agitado, va errante y fugitivo por todas partes, pa-  
reciéndole ver un asesino en cada bulto, y temiendo y estre-  
meciéndose hasta á la vista de su propia sombra. Tal es el es-  
tado infeliz del alma desechada de Dios por el pecado: figúrase  
siempre que todos los rayos de la divina justicia van á caer so-  
bre ella. Al modo que el malhechor encarcelado, á quien se ha  
leído ya la sentencia de muerte, siempre tiene atento el oído  
hácia la puerta de la cárcel, y á cualquiera ruido de llaves pa-  
lidece y dice: Aquí está el verdugo que viene á buscarme; así  
el corazon del malvado á cualquier anuncio de calamidad pú-  
blica, á cualquier trastorno de la naturaleza, á cualquier ruido  
de noche, se extremece y dice para sí: Aquí está Dios que vie-  
ne á castigarme. ¡Desventurado pecador! ¿con ese corazon vi-  
ves tú? ¿ese es el corazon que llevas al juego, al trabajo, al

---

<sup>1</sup> Gen. IV, 14.

<sup>2</sup> Ib. vers. 15.

paseo, á la visita, á la mesa y á la cama? ¿con ese corazon te levantas y te acuestas? ¡Buen Dios, qué vida! Déjate, déjate de aparentar satisfaccion y alegría, de querer persuadirnos que vives tranquilo y satisfecho; porque con solo mirarte al rostro se conoce que tu alma no está bien, con solo oírte hablar se comprende que tu corazon no tiene paz.

¿Y cómo tenerla, recordando, como alguna vez no dejarás de recordar, los dias venturosos de tu inocencia? ¡Oh, qué dias eran aquellos! Compara lo que fuiste con lo que eres, y tú mismo no te conocerás. ¿Dónde está aquella inocencia candorosa que tan amable te hacia á Dios y á los hombres? ¿qué se ha hecho aquella pureza de costumbres que no toleraba ni las culpas mas ténues y lijeras? ¿Eres tú aquel mismo que en otro tiempo eras el modelo de la juventud por tu piedad, devocion y costumbres intachables? Sí, tú mismo eres: aun en algunas iglesias se conserva muy viva la memoria de tu piedad juvenil, aun los de tu edad recuerdan y relatan algunos rasgos de fervor con que los edificaste en tus primeros años, aun, si bien sabes mirarlo, hallarás quizá entre tus papeles algun fragmento de los fervientes propósitos que formaste al prepararte para hacer la primera comunión. ¿Y recordando esto, que mas de una vez hará Dios que lo recuerdes, ¿es posible no exclames: ¡Oh tiempo, tiempo feliz! que nunca mas volverás?

¡Eh, padre! habrá quien diga, esas declamaciones patéticas convendria haberlas oído diez ó quince años atrás, que entonces quizá hubieran hecho efecto; mas ahora ya no llegan á tiempo. Soy hombre experimentado, y sé por experiencia propia que, si bien la pérdida de Dios al principio inquieta y desazona un poco, despues con el tiempo va uno acostumbrándose á ella, y al fin queda enteramente en paz. Prueba: de todo lo que usted ha dicho hasta aquí, yo no siento nada, nada absolutamente.—Verdaderamente, *no sentir nada, nada absolutamente* de lo que hasta aquí llevo dicho, prueba, y de un modo incontestable, que vives con perfecta paz en tu pecado; pero ¿sabes lo que prueba tambien? prueba que si en el mundo hay pecadores abandonados ya enteramente de Dios, tu eres uno de ellos ¿Crees tú la inmortalidad del alma, la existencia de

un infierno, la eternidad de las penas y demás dogmas fundamentales de nuestra Religión? ¿estás firme en estas creencias? Sí, me respondes, lo estoy. ¿Y á pesar de estas creencias, replico yo, *no sientes nada, nada absolutamente* de lo que llevo expuesto hasta aquí, ni remordimientos, ni temores, ni tristeza, ni ansiedades, ni zozobras? Pues lo dicho: si en vida hay pecadores dejados de la mano de Dios, tú eres uno de ellos. ¿Qué indica el *no sentir nada, nada absolutamente* de esto? indica que Dios ya no se cuida de tí, que te deja el freno libre para que vayas adonde quieras. De Lutero se lee que, notando un día en sí esta insensibilidad y dureza, exclamó: ¡Hola! ¿con que la conciencia ya no me remuerde? pues se acabó para mí, soy decididamente condenado.

¿Qué pues?... ¿se acabo definitivamente para el pecador que ha llegado al extremo de no sentir ni poco ni mucho la pérdida de Dios? ¿no le queda ya ninguna esperanza de corregirse? No, responde el Eclesiastés, no le queda ya ninguna esperanza, si es que Dios le ha abandonado definitivamente; porque ya no hay ángel en el cielo ni hombre en la tierra que sea capaz de hacerle entrar en sí: *Considera opera Dei, quód nemo possit corrigere quem ille despexerit.*<sup>1</sup> Vayan á exhortarle los predicadores mas elocuentes, y represéntele con la mayor viveza todo lo que tiene de mas terrible la muerte, de mas espantoso el juicio, de mas formidable el infierno; contestará: *Yo no siento nada, nada absolutamente.* Vayan los mismos ángeles á intimarle la rendicion, y castíguenle ora con pérdidas, ora con enfermedades, ora con la muerte de personas las mas íntimas y queridas; responderá: *Yo no siento nada, nada absolutamente.* En efecto es así, *él no siente nada:* las exhortaciones de los predicadores son gritos dados á un sordo, las amenazas de los ministros de Dios son rayos de luz dirigidos á un ciego, los castigos de los ángeles son golpes descargados sobre un cadáver: *Considera opera Dei, quód nemo possit corrigere quem ille despexerit;* lo que, traducido al español, quiere decir: Considera las

---

<sup>1</sup> Eccl. VII, 14.

obras de Dios, que ninguno puede corregir al que él ha desechado.

Pero ¿qué? preguntará aquí uno de esos que dicen que *ya no sienten nada, nada absolutamente*, ¿debo yo renunciar á toda esperanza de salvacion? ¿debo tenerme ya por condenado?—Si es que Dios se ha apartado definitivamente de tí, si, cuéntate condenado como si ya estuvieses en el infierno: si es que Dios aun no te ha dejado del todo, no, no debes tenerte por decididamente perdido.—¿Y cómo podré conocer si Dios me ha dejado enteramente ó no?—Oye: ¿sientes en este momento algun temor de que Dios se haya ausentado por siempre de tí? ¿este temor te causa alguna inquietud? ¿sí ó no? Es nó? pues tente por enteramente dejado de Dios, porque, como dice la Escritura, no hay señal mas segura de serlo que el no temerlo ni sentirlo: *Impius, cüm in profundum venerit peccatorum, contemnit.* <sup>1</sup> ¿Es sí? pues animate, que aun no estás del todo dejado, porque, como dice la Escritura misma, quien conserva algun temor de Dios aun da esperanzas de que volverá al buen camino: *Qui timet Dominum, excipiet doctrinam ejus.* <sup>2</sup>

En prueba de esto, oye, alma pecadora, oye atentamente á tu Dios que, despues de tan largo silencio, viene en este momento á hablarte. Yo, te dice, yo jamás he podido olvidarme enteramente de tí, no obstante que tú hace tiempo me tienes del todo borrado de la memoria. Recuerdo aun el dia feliz que te tomé por esposa en el Bautismo, recuerdo la mañana dichosa que te estreché amorosamente entre mis brazos en tu primera comunión; y el amor que tú me manifestaste entonces, y el cariño que me mostraste mientras fuiste jovencita, aun los tengo bien presentes: *Recordatus sum tui, miserans adolescentiam tuam, et charitatem desponsationis tuæ.* <sup>3</sup> ¡Ah! la separacion de tantos años aun no ha podido extinguir en mí aquel afecto y ternura que sabes te profesé, y de los que te dí tantas y tan evidentes pruebas. ¡Ingratal! ¿y por qué huir de mis brazos?

---

<sup>1</sup> Prov. XVIII, 3.

<sup>2</sup> Eccli. XXXII, 18.

<sup>3</sup> Jerem. II, 2.

¿y por qué hacerme esta inmerecida injuria? Pero no quiero reconvenirte... no quiero aumentar tu confusion... Ven acá, alma desaconsejada, ven acá, levanta esos ojos avergonzados, y mírame, que aun soy tu Padre. Al menos ahora conoce lo mucho que te quiero, al menos confiesa ahora que me dejaste sin razon, y que al volver te encuentras, no con un amigo resentido, sino con un padre tierno y cariñoso: *Ergo saltem amodó voca me: Pater meus.*<sup>1</sup>

Dios mio, ¿y sois vos quien así hablais al pecador? ¡Oh qué bondad! ¡oh qué clemencia! Ea, pecador endurecido, enternécete á estas voces, compúngete á estas demostraciones, resuélvete á esta invitacion. Piensa que quizá esta es la última vez que Dios te habla, y que si le haces el sordo, no le oirás mas. Abre los ojos mientras la luz brilla, mira por tí mientras la ocasion pasa, acógete al perdon mientras se te ofrece. ¿Qué dices? ¿qué resuelves? ¡Ah, Dios mio! dice que ya no sabe resistir mas, dice que resuelve volver á Vos, y llorar sus ingratitudes, y deshacer con una sincera confesion todo lo mal hecho, y daros por todo la mas cumplida satisfaccion, y amaros, y servirlos, y seros fiel hasta la muerte. Recibidle, Padre clementísimo; abrazadle, Padre cariñoso; y dadle vuestra gracia para que en vuestro amor viva, en vuestro amor muera, y de vuestro amor goce eternamente. Amen.

---

<sup>1</sup> Ib. III, 4.



## Discurso 2.º Muertes sospechosas.

Venit diabolus, et tollit verbum  
de corde eorum, ne credentes sal-  
vi fiant. *Luc. VIII, 12.*

En tres partes, segun el presente Evangelio, fué dividida la semilla que inútilmente echó el sembrador: una cayó junto al camino, otra cayó sobre piedras, y la tercera cayó entre espinas. La que cayó junto al camino ni tan solo llegó á nacer, porque la comieron las aves: la que cayó sobre piedras nació, sí, pero se secó luego, porque le faltó la humedad necesaria para la vegetacion: la que cayó entre espinas nació y aun llegó á crecer un tanto, pero no llegó á dar fruto, porque las mismas espinas la ahogaron.

¿Quién no sabe que estas tres partes de la semilla perdida son figura de las tres partes de cristianos que oyen inútilmente la palabra de Dios? Unos la oyen con atencion, pero sin fruto, porque viene luego el demonio, y hace que la olviden. Otros la oyen hasta con gusto, pero sin provecho, porque la conservan por poco tiempo. Otros la oyen hasta con alguna utilidad, pero no tanta como seria de desear, porque al fin la dejan sofocar por los afanes y cuidados de la vida.

De estas tres partes de cristianos ¿cuál diriais que en mi concepto es la mas desgraciada? Es la primera, es la de aquellos que se la dejan robar por el demonio; porque, como indica el mismo Evangelio, estos cristianos, habiendo pasado la vida en pecado, aunque al tiempo de morir dicen, hacen y obran cosas que á nuestro juicio han de merecerles una muerte santa, con todo suelen morir como réprobos, miserablemente engañados por el demonio mismo: *Venit diabolus, et tollit verbum de ore eorum, ne credentes salvi fiant.* Verdad es que ellos suelen morir rodeados de sacerdotes, auxiliados con sacramentos, ayudados con rezos y oraciones; pero no fiarse de esto, no

creer por esto que su muerte es infaliblemente buena. Todo lo contrario: si han vivido mal hasta entonces, todo induce á sospechar que su muerte es pésima delante de Dios, por mas que parezca que ellos hacen todo lo conveniente para obtener el perdon y salvarse. ¿Dudais de ello? escuchadme con atencion, y saldréis de dudas.

---

Si todos los que pasan la vida en el pecado, acabasen sus dias con una muerte clara y evidentemente desastrosa, ó atravesándose el corazon con una espada, como lo hizo el impío Saúl; <sup>1</sup> ó arrojándose enmedio de un gran incendio, como lo hizo el infame Zambri; <sup>2</sup> ó echándose un dogal al cuello, como lo hizo el deicida Júdas; <sup>3</sup> es de creer que los pecadores escarmentarian, y no habria tal vez uno que tuviese valor para acercarse á la muerte con el alma cargada de culpas: porque una muerte buena y hecha en gracia de Dios es cosa tan apetecible, que no hay quien no la desee, quien no la suspire, quien no la pida. ¿Qué hace, pues, el demonio, á quien interesa en gran manera que el pecador viva tranquilo en su pecado? Sabiendo que si consigue mantenerle en su infeliz estado hasta que venga la última enfermedad, es negocio hecho, es asunto concluido, porque ordinariamente se muere como se ha vivido; se ingenia por todos los medios posibles para que hasta los mas grandes pecadores tengan una muerte en la apariencia la mas santa y envidiable, y que espiren con un sacerdote á la cabecera, con un Crucifijo en la mano, con los santísimos nombres de Jesus y María en los labios.

De ahí resulta que un jóven que ha visto morir al compañero de sus vicios y desórdenes con toda la proporecion de confesar sus maldades, de recibir el santísimo Viático, de ser oleado y ayudado á bien morir, ¡hola! dice, ¿con qué se puede vivir como ateo y despues morir como santo? ánimo, pues, y vamos siguiendo. De ahí se sigue que una mujer que ha sabido

---

<sup>1</sup> 2 Reg. XXXI, 4.

<sup>2</sup> 3 Reg. XVI, 18.

<sup>3</sup> Matth. XXVII, 5.

que su amiga, que iba perdida tras las vanidades del mundo, ha ido al otro mundo cargada de absoluciones, sacramentos é indulgencias, ¿sí? dice, ¿con qué, por lo visto, se puede vivir deshonestamente como una Jezabel y despues morir santamente como una Magdalena? sigamos, pues, y afuera aprensiones. De ahí es que aquel impío que ha visto que el otro tan impío como él, y que en tiempo de salud se mofaba de Jesucristo y de su Iglesia, al llegar á la hora de morir, ha llamado sacerdotes, ha pedido los sacramentos y ha ordenado gran número de misas por el descanso eterno de su alma, ¿así es? dice, ¿con qué, segun acabo de ver, se puede vivir sin religion y despues morir muy santamente? Tonto es, pues, el que se preocupa: sigamos en nuestra impiedad; y tú, miedo, retírate.

¡Persuasion funestísima! ¡engaño verdaderamente diabólico, y que solo puede ser ocasionado por el gran padre de la mentira! Yo no diré que no pueda suceder, y no suceda alguna vez, que muera en gracia de Dios quien pasó toda la vida en el pecado; porque si tal dijese, me desmentiría la Escritura que en mil lugares enseña que la misericordia de Dios no tiene límites: lo que digo es que aquellas señales de arrepentimiento que da un pecador en la hora suprema, no prueban en manera alguna que él se haya convertido sinceramente á Dios, ni que Dios haya usado con él de misericordia; porque no es temeridad suponer que cuando él suspira, llora, confiesa y comulga, ignora completamente qué es lo que está haciendo. ¿Os sorprende esta expresion? pero decidme: ¿cuándo es que él practica estas cosas? ¡Ay de mí! es cuando el mal ha llegado á tal punto de gravedad, que ya no deja esperanza alguna de curacion: es cuando un pariente ó un amigo, viendo que el juicio comienza ya á faltarle, que la razon ya se le perturba, se anima y se resuelve á hablarle de confesion; y tanto dice, y tanto hace, y tanto se empeña, que al fin el doliente accede á hacerla. Pero ¡Dios inmortal! ¿qué confesion va á ser la suya? La cabeza está débil... el mal oprime... el espíritu no está para nada. Dice algunas palabras, y luego las interrumpe: quiere proseguir, y no sabe como expresarse. Quisiera pensar, quisiera decir, quisiera explicarse; pero las ideas no le vienen,

pero las expresiones no le ocurren, pero los vocablos le faltan. Cuanto mas discurre mas se enreda, cuanto mas dice menos explica, cuanto mas habla menos se entiende. No es extraño, porque en aquel crítico estado todo conspira á perturbarle: le perturba la violencia del mal, le perturba el temor de la muerte, y sobre todo le perturba el estado embrollado de su conciencia. Y en tal situacion ¿es temeridad suponer que ignora qué es lo que está pasando por él? Ved lo que os acontece á vosotros puestos en circunstancias incomparablemente menos apuradas. Si cuando sentís un gran dolor en algun miembro del cuerpo, ó bien os hallais en alguna grande afliccion de espíritu, os viene alguien á llamaros la atencion sobre un negocio cualquiera, ¡por Dios! le decís, déjame en paz, que mi cabeza no está para nada. ¿Y quereis esté para algo quien se halla en la mayor postracion de cuerpo y alma que darse pueda?

Pero aquella serenidad con que algunos de ellos aguardan la muerte, aquella tranquilidad y sangre fria con que esperan el juicio particular, aquella paz y perfecta resignacion con que entregan el alma á Dios, ¿qué prueban sino que la gracia ha santificado sus últimos momentos, y que ellos, á semejanza del buen Ladron, han hallado misericordia despues de una vida del todo depravada?—Lo que en mi concepto prueban, si es que prueben algo, es lo que tengo dicho, á saber que ellos no saben lo que hacen; que si lo supiesen, seguro estoy de que temblarian de cabeza á piés. ¡Cómo! las almas justas, al encontrarse en aquellos momentos solemnes y decisivos, sienten los mas grandes temores y ansiedades, y es menester á veces toda la industria del sacerdote asistente para consolarlas, animarlas y tranquilizarlas un poco; ¿y un pecador que quizá cuenta mas vicios que años y mas pecados que días, puede estar tranquilo en aquel lance tremendo y saber lo que hace? es imposible. Si él conociese entonces qué quiere decir comparecer delante de Dios para darle cuenta de toda la vida, ¿seria posible dejase de temblar y horripilarse? Y si no lo hace ¿por qué, hermanos, por qué? Porque da aquel paso á ciegas, porque ignora lo que está pasando por él, porque no comprende ni de donde viene; ni donde se halla, ni adonde va á parar.

¿Quereis ahora que me desdiga de todo cuanto llevo dicho, y os conceda que el pecador en aquella hora tremenda sabe perfectamente lo que hace? ninguna dificultad tengo en concedérslo. Os concedo que tiene muy despejada la razon y del todo claro el juicio; os concedo que está bien penetrado de que se halla en el lance mas crítico en que hallarse puede un hombre; os concedo que, en vista de la muerte que mira ya próxima é inevitable, prorumpe en actos vehementes de dolor de sus culpas, concibe propósitos los mas fervientes de la enmienda, y con las lágrimas en los ojos pide perdon á Dios, y se lo pide besando tiernamente un Crucifijo. ¿He concedido bastante? pues ahora digo, que con todo y esto hay grandes motivos para sospechar que todo lo dicho de nada le sirve, porque puede muy bien suceder que no lo haga cómo le vendria hacerlo.

Os daré la razon de esto, pero antes quiero veais á uno de estos pecadores puesto en el trance de la muerte: y este es Antioco, el soberbio, el sanguinario, el sacrilego Antioco. Puesto en el extremo de la vida, dice, hace y promete cosas, que cualquiera le creeria mas sinceramente arrepentido que David. Su estado crítico, dice la Escritura, le abre los ojos del alma, y él comienza á entrar en conocimiento de sí mismo; de modo que comprende bien toda la importancia del caso terrible en que se halla: *Cœpit... ad cognitionem sui venire.* <sup>1</sup> Luego se humilla delante de Dios, á quien tan atrevidamente habia ofendido, y dice que es justo que todo hombre se le someta, y que ningun mortal debe pretender apostárselas con él: *Ait: Justum est subditum esse Deo, et mortalem non paria Deo sentire.* <sup>2</sup> Despues declara públicamente que se arrepiente del mal que ha hecho, y promete repararlo: dice que llenará de beneficios á los pobres hebreos cuyos cuerpos queria arrojar á las aves y á las fieras, y que los hará iguales á los atenienses: *Judæos, quos... avibus ac feris deripiendos traditurum... dixerat, æquales nunc Atheniensibus*

---

<sup>1</sup> 2 Machab. IX, 11.

<sup>2</sup> Ib. vers. 12.

*facturum pollicetur:* <sup>1</sup> añade que el templo santo, que antes habia despojado, lo adornará de preciosos dones, multiplicará sus vasos sagrados, y pagará de sus rentas los gastos pertenecientes á los sacrificios: *Templum etiam sanctum, quod prius expoliaverat, optimis donis ornaturum, et sancta vasa multiplicaturum, et pertinentes ad sacrificia sumptus de redditibus suis præstaturum.* <sup>2</sup> ¿Qué mas? se obliga de palabra á hacerse judío, á dejar el culto de los ídolos, á abrazar la verdadera religion y hacerse apóstol del Dios verdadero, predicando en todas partes su poder y su gloria: *Super hæc, et judæum se futurum, et omnem locum terre perambulaturum, et prædicaturum Dei potestatem.* <sup>3</sup> ¿Qué mas puede hacer este gran pecador para alcanzar de Dios el perdon? Si él no lo obtiene ¿quién lo obtendrá? Si su muerte no es santa, ¿cuál diremos que lo es? ¡Muerte santa!... así la llama quien juzga por las apariencias, pero Dios, que es escudriñador de los corazones, la llama muerte de condenado sin apelacion ni recurso: *Orabat autem hic scelestus Dominum, á quo no esset misericordiam consecuturus.* <sup>4</sup>

Pero ¿cómo es esto? ¿es que Dios en aquella hora no escucha los suspiros de un corazon verdaderamente arrepentido y humillado?—Sí que los escucha. ¿Es que Antíoco, puesto en aquel lance, lo que decia no lo decia de corazon?—Sí que lo decia de corazon. ¿Cómo, pues, no obtuvo el perdon de sus pecados?—Ahora os daré la razon porque todo lo que hace el pecador á la hora de la muerte, por bueno, por hermoso que parezca, debe inspirarnos muy poca confianza. Antíoco hablaba con sinceridad, no lo dudeis: Antíoco se arrepentia de corazon, tenedlo por cierto: Antíoco tenia ánimo de cumplir exactamente todo lo que prometia, no hay que ponerlo en cuestion. Pero á pesar de todo esto, murió condenado, porque su penitencia no fué verdadera; y no lo fué porque el motivo no era el que convenia fuese. Antíoco no sentia las ofensas

<sup>1</sup> Ib. vers. 15.

<sup>2</sup> Ib. vers. 16.

<sup>3</sup> Ib. vers. 17.

<sup>4</sup> Ib. vers. 13.

que habia hecho á Dios, lo que sentia era la muerte que veia cerca: no le causaba dolor el mal de la culpa, lo que se lo causaba era el horror á la pena; de suerte que toda el alma de su arrepentimiento no era Dios, sino el amor de sí mismo.

Y ved aquí lo que comunmente sucede á los pecadores puestos en los extremos de la vida: ruegan, suspiran, confiesan; pero esto lo hacen, no porque el pecado les desagrade, sino porque el castigo inminente les asusta. Cuando el marinero en una horrosa tormenta tira las riquezas al mar, ¿por ventura lo hace porque las desprecia? ¿ó porque han dejado de agradarle? No: las riquezas no le desagradan; lo que le desagrada es el peligro de naufragar que ellas aumentan con su peso, que si no fuese por esto, de seguro no las tiraria. Así el pecador, viéndose en la pavorosa tempestad de la muerte, se apresura á descargarse de sus culpas con gemidos y confesiones; pero ¿por qué lo hace, por qué? No porque las aborrezca, no porque hayan cesado de agradarle, sino por el temor natural de que ellas le hundan en el infierno, que si no fuese por este temor vil, es mas que moralmente cierto que las acariciaria como antes.

San Agustin explica esto con una paridad tan oportuna como todas las suyas. Cuando el leon, dice, viéndose acosado de una multitud de cazadores que le acometen por todos lados, suelta la presa que llevaba entre dientes, y muy agachado huye á su cueva, ¿por ventura lo hace porque en un momento ha depuesto su natural fiereza? No: si fiero era cuando mordía la presa, fiero es cuando la ha soltado: *Leo venit, leo redit*. Pues de una manera idéntica, añade, cuando el pecador, viéndose acometido por todas partes de las angustias de la muerte, deja el pecado, no es porque haya depuesto la malicia de su corazon, es tan solo porque las circunstancias le precisan: en el fondo si perverso era, perverso continúa siendo: *Leo venit, leo redit*. ¿Quereis de esto una prueba? Haced que el leon conozca desde su cueva que los cazadores se han retirado; no tardará él en volver á salir al campo para hacer de las suyas: igualmente, haced que el pecador se vea fuera de peligro y convalezca; no pasará mucho tiempo sin que vuelva á las andadas.

Quiero hacer ahora una suposición que no puede verificarse sino en el caso que Dios haga un milagro, y un milagro mayor que no fué la creación del mundo; quiero con todo hacerla para que acabeis de convenceros de que no hay que contar con la conversión que se hace en los extremos de la vida. Supongo que el pecador en aquella hora es tan afortunado, que logra hacer bien todo lo que es indispensable para una verdadera conversión, y de consiguiente tiene la dicha de ponerse en gracia de Dios. ¿Tenemos por esto seguridad de que morirá bien? Todo lo contrario, tenemos gran probabilidad de que morirá mal; porque es fácil, facilísimo, que del estado de la gracia recaiga en el de la culpa. Nunca el demonio embiste con tanto furor al alma como cuando la ve próxima á salir del cuerpo, porque de aquel último combate depende todo: los asaltos que da entonces son tan repetidos, tan fieros, que á veces falta poco para que sucumban en ellos los mayores santos. Leed la historia, y os pasmaréis al ver los grandísimos aprietos en que puso á una Catalina de Sena, á una Magdalena de Pazis y á otros personajes eminentes en santidad. Que si á todos presenta el maligno en aquellos momentos tan fiera batalla, ¿qué hará, decídmelo, qué hará con un pecador que por un milagro acaba de escapársele de la mano? ¿le dejará así? ¿no empleará todos los medios de que su malicia es tan fecunda para cautivarle de nuevo? ¿Y cómo lo hará el recién convertido para defenderse de un enemigo tan valiente? Él está acostumbrado á rendirse á la primera tentación, él es como un soldado visón que no sabe el uso de las armas, él se encuentra tan débil en el espíritu como agobiado en el cuerpo... ¿qué hará este pigmeo acometido por un gigante?—Que pida el auxilio del sacerdote asistente.—Pero ¿qué, si cuando es acometido, está ya casi privado de sentidos, ó no puede manifestar sus afanes interiores, ó no se halla en estado de percibir la voz del sacerdote que le asiste?—Entonces le confortará la gracia.—Pero ¿qué gracia? ¿una gracia extraordinaria, privilegiada, eficaz? No puede prometérsela, porque la desmerece. ¿Una gracia comun, ordinaria, suficiente? No es regular sepa aprovecharse de ella en una batalla campal quien no supo ha-



cerlo en combates regulares. Resultado, que su muerte podrá ser tan hermosa como se quiera, pero que sea buena delante de Dios hay sobrado motivo para dudarlo.

¿Qué digo? Todos los oráculos divinos inducen á creer que la muerte de quien siempre vivió mal, es mala en realidad por mas que las apariencias sean buenas. El hombre de corazon duro, dice el Eclesiástico, lo pasará mal al fin de su vida: *Cor durum habebit malé in novissimo*.<sup>1</sup> Por cuanto, dice Dios en los Proverbios, por cuanto llamé al pecador, y dijo que no; extendí mi mano, y no quiso mirar; yo tambien me reiré de él en su muerte, y le escarneceré cuando le sobrevengan las últimas angustias: *Quia vocavi, et renuistis: extendi manum meam, et non fuit qui aspiceret... Ego quoque in interitu vestro ridebo*.<sup>2</sup> De ahí es, dice David, que la muerte de los pecadores, por regla general que falla en muy pocos casos, es mala, no como quiera, sino en grado superlativo: *Mors peccatorum pessima*.<sup>3</sup> No importa que mueran tranquilos en su lecho, ni que tengan toda la asistencia espiritual que puede desearse, ni que salgan de este mundo con todos los sacramentos, indulgencias y bendiciones: ninguna de estas cosas es indicio seguro de buena muerte. El indicio cierto, seguro y casi infalible ¿sabeis cuál es? es una vida buena. Cuando se haya vivido bien, aunque se muera sin sacerdotes, sin sacramentos, sin ningun auxilio espiritual, no se puede menos de hacer una muerte santa; porque, como ha dicho san Agustin, no puede morir mal quien haya vivido bien: *Non potest malé mori qui bene vixerit*.<sup>4</sup> Viva-mos bien, y contemos con una muerte buena, santa y preciosa á los ojos de Dios. Amen.

---

<sup>1</sup> Eccli. III, 27.

<sup>2</sup> Prov. I, 24 et 26.

<sup>3</sup> Psalm. XXXIII, 22.

<sup>4</sup> D. Aug. in Psalm. XXXIII.



---

## DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA.

---

Evangelio. *Luc. XVIII.*

Y tomó Jesús aparte á los doce *apóstoles*, y les dijo: Mirad, vamos á Jerusalem, y *allí* se cumplirán todas las cosas que los profetas escribieron del Hijo del hombre. Porque será entregado á los gentiles, y escarnecido, y azotado, y escupido. Y después que le hubieren azotado, le quitarán la vida, y al tercer día resucitará. Mas ellos no comprendieron nada de esto, y era este un lenguaje desconocido para ellos, y no entendían lo que se les decía. Y aconteció que, acercándose á Jericó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna. Y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron, que pasaba Jesús Nazareno. Y clamó diciendo: Jesús hijo de David, ten misericordia de mí. Y los que iban delante le reñían para que callase. Más él gritaba mucho mas: Hijo de David, ten misericordia de mí. Entonces Jesús se detuvo, y mandó que se le trajesen. Y cuando estuvo cerca, le preguntó diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que vea. Y Jesús le dijo: Ve, tu fe te ha hecho salvo. Y al instante vió, y le seguía glorificando á Dios. Y cuando vió esto el pueblo, dió loor á Dios.

## Discurso 1.º La Cuaresma.

Ecce ascendimus Jerosoly-  
mam. *Luc. XVIII, 31.*

Lo que refiere la Escritura haber sucedido al jóven Tobías al pasar de Nínive á la Media en compañía del arcángel Rafael, lo propio acontece á muchos cristianos al acercarse la Cuaresma. Iban los dos haciendo su viaje siguiendo la ribera del Tigris, cuando, habiendo llegado á la primera posada, quiso el jóven lavarse los piés. Al efecto se quitó las sandalias, se acercó al rio y comenzó á entrar en él. ¡Cosa horrible! no bien hubo metido los piés en el agua, cuando del fondo salió repentinamente un disforme pez en ademan de querer devorarle: *Piscis immanis exivit ad devorandum eum.* <sup>1</sup> Asustado á su vista el buen jóven, dió un gran grito diciendo al ángel: Señor, que se tira contra mí: *Domine, invadit me.* No temas, le respondió este, que no te hará daño alguno: cógelo por una agalla, y tíralo fuera del agua. Animado Tobías, lo coge, lo saca arrastrando fuera, y observa que, no bien está en lo seco, cuando comienza á palpar á sus piés: *Et palpitare capit ante pedes ejus.* ¿Ves? le dijo el ángel, esto no ha sido mas que un susto: destrípalo ahora y guárdate su hígado y su corazon, que son muy medicinales: *Sunt enim hæc necessaria ad medicamenta utiliter.*

Lo propio sucede á muchos cristianos en estos dias: vamos pasando los meses que trascurren desde Navidad á la Pascua, y hé aquí que á la mitad del camino se nos presenta la Cuaresma con su semblante austero y armada de todas las penalidades que suelen acompañarla, ayunos, abstinencias, supresion de diversiones, sermones, exámenes, confesion, arreglo

---

<sup>1</sup> Tob. VI, 2.

de vida, restitucion de lo mal adquirido, enmienda de costumbres: *Ecce ascendimus Jerosolyam*. Señor, exclaman muchos á su vista, Señor, que la Cuaresma viene á devorarme: *Dominé, invadit me*; que si he de cumplir lo que ella me prescribe perderé la salud y tal vez la vida. No temer, respondo yo, que todo eso no será mas que susto: hasta aquí no hemos enterrado á nadie de resultas de haber cumplido bien con las prescripciones de la Cuaresma. Verdad es que durante este tiempo la Iglesia nos ordena algunas prácticas que chocan con el amor propio é incomodan un tanto á la concupiscencia; pero no nos ordena cosa alguna que, mirada sin preocupacion, deba asustarnos. Sé que la gente delicada no piensa así, sé que algunos se sublevan contra las disposiciones emanadas de la Iglesia para el tiempo de Cuaresma, tildándolas de duras, severas, é insoportables; pero yo repito lo que he dicho: No temer, que en todo eso hay mas de aprension que de fundamento sólido y verdadero. Oídme, y lo veréis.

La primera penalidad que la Iglesia nos impone en este santo tiempo, son la abstinencia de carnes y el ayuno. ¡Oh! exclama la gente delicada, ¡qué penalidad tan insoportable es esta! No tanto como eso, respondo yo, si se mira sin preocupacion. ¿Y que por ventura el hombre solo vive de carne? Yo leo que los antiguos patriarcas apenas comian mas que vegetales, y con todo vivian mucho mas tiempo que nosotros: yo observo que mucha gente del campo apenas come carnes tres ó cuatro veces al año, y no obstante comunmente se mantiene mas sana y robusta que los que vivimos en ciudades: yo veo que no pocos, sea por gusto ó por economía, prefieren á la carne otros alimentos mas sencillos, y sin embargo no dejan de llegar á una edad á la que no siempre llegan otros. Pero dijo bien un profeta, que los hombres somos como los peces del mar: *Hominés quasi pisces maris*; <sup>1</sup> porque, así como los peces cuando están dentro de la red quisieran salir, y cuando están fuera quie-

---

<sup>1</sup> Habac. I, 14.

ren entrar; así nosotros siempre solemos desear aquello que nos está prohibido. ¿Se nos permite una cosa? por lo mismo no hacemos caso de ella. ¿Se nos prohíbe? hé aquí que la misma prohibicion enciende nuestros deseos. De tantos árboles como habia en el paraíso terrenal, solo de uno prohibió Dios á nuestros primeros padres comer el fruto, y por cierto que no era el mas hermoso y agradable, pues otros habia que le sobrepujaban en belleza y en sabor; pero ¿qué quereis? aquel era precisamente el que Dios les tenia prohibido, y por lo mismo fué el que mas excitó su deseo y el que prefirieron á todos los demás. Ved aquí cómo somos los hombres: séanos lícita una cosa, por la misma razon no la apetece: séanos prohibida, basta esto para desearla con furor. Si la Iglesia levántase la prohibición de comer carnes en la Cuaresma, quizá mas de cuatro se abstendrian de comerlas por gusto y por conveniencia: basta que lo prohíba para que algunos tengan el gusto miserable de comerlas hasta el día de cenizas, los viernes y semana santa. ¿Veis cómo somos los hombres?

Otro tanto sucede con el ayuno: id á contar los cristianos que lo observan, y es seguro que encontraréis bien pocos. ¿La causa? para muchos no es precisamente la dificultad que hay en ayunar, es el ser el ayuno un precepto eclesiástico: quitad el precepto, y la dificultad habrá desaparecido. Porque ¿puede la Iglesia ser mas benigna en este punto? A mas de la comida ordinaria, permite una regular colacion por la noche, no prohíbe una pequeña refeccion por la mañana, no reprende el que al mediodía se haga una comida algo mas abundante: exceptúa los domingos, exceptúa á los que no tienen veintin años, á los ancianos faltados de fuerzas, á los pobres que no pueden hacer una comida regular, á los que ejercen algun oficio ó profesion que gasta el cuerpo: exceptúa á los enfermos, á los débiles, á los que, ayunando, no podrian cumplir las obligaciones de su estado... ¿qué mas puede hacer la Iglesia para que el ayuno sea suave todo lo posible?

Si fuésemos verdaderamente cristianos, si los ejemplos de nuestro Señor Jesucristo nos moviesen como seria justo, abrazaríamos el ayuno, no como una práctica molesta y repugnante

te, sino como un ejercicio suave y delicioso. Jesucristo abandona las ciudades, se retira á un desierto, y allí pasa cuarenta dias y otras tantas noches sin tomar ningun género de alimento. ¿Y por qué ayuna? ¿para satisfacer por sus pecados? no, que es esencialmente impecable. ¿Para domar sus pasiones? no, que es santísimo y la Santidad misma. ¿Por qué, pues? para animarnos con su ejemplo á abrazar una mortificacion que nos es harto necesaria, ya para satisfacer por nuestras culpas, ya para domar nuestra concupiscencia. ¿Decís que el ejemplo de Jesucristo no le quita el ayuno un ápice de su penalidad? Ya se ve, si somos cristianos de solo nombre, claro es que el ejemplo de nuestro Salvador no hará en nosotros impresion alguna; pero si lo somos en realidad, ¿cómo no ha de inducirnos á su imitacion? Yo veo que el buen soldado hace sin repugnancia aquello que ve hacer á su general, que el dócil discípulo practica con gusto aquello que ve practicar á su maestro, que el fiel vasallo sigue con alegría el ejemplo que le da su soberano. Bastó que el rey de Nínive abrazase el ayuno á la predicacion del profeta Jonás, para que toda la ciudad, que era populosisima, lo abrazase tambien, sin que quedase una persona, ni grande ni chica, ni rica ni pobre, ni noble ni plebeya, que no quisiese seguir el ejemplo de su rey. Y nosotros soldados, discípulos y vasallos de Jesucristo, ¿tendremos dificultad en imitarle en el ayuno de cuarenta dias? Si la tenemos, conviene por nuestro honor y decoro que no lo digamos á nadie, pues nos exponemos á que se nos conteste que de cristianos no tenemos mas que el santo Bautismo.

Otra penalidad, si así puede llamarse, nos impone la Iglesia en tiempo de Cuaresma, y es la confesion sacramental, la cual se nos intima todos los años con estas testuales palabras del Concilio de Letran: «Todo fiel, tanto del uno como del otro sexo, despues que habrá llegado á la edad de discrecion, confiese fielmente todas sus culpas al propio sacerdote... y á quien no lo hiciere así, privesele mientras viviere de entrar en la iglesia, y despues de su muerte séale negada la sepultura eclesiástica.»<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Concil. lateran. sess. 4, can. 21.

Ved aquí, dicen algunos cristianos, ved aquí una penalidad verdaderamente insoportable. ¡Que vayamos á confesar al sacerdote todos nuestros pecados! ¿puede haber cosa mas dura y repugnante á la humana fragilidad?—Antes de contestar á esa inocentada, simpleza, ó lo que sea, debo poner en claro lo que ignoran ó afectan ignorar los que la profieren. Una cosa es el precepto de la confesion, otra cosa es la obligacion de cumplir este precepto en determinado tiempo. El precepto lo ha impuesto el mismo Jesucristo, y no creo haya quien pretenda disputarle el derecho de imponerlo: la obligacion de cumplir este precepto por la Cuaresma la ha puesto la Iglesia autorizada por el mismo Jesucristo, y no habla con sinceridad quien dice que, poniéndola, ha dado una ley dificilmente practicable.

Yo sospecho que lo que se encuentra dificil de practicar en tiempo de Cuaresma, no es precisamente la confesion, sino sus apéndices y consecuencias: el tener que enmendar la vida, dejar las ocasiones del pecado, restituir lo mal adquirido, separarse de tal persona, ser en lo sucesivo mas religioso y cristiano, esto es lo que se encuentra dificil, esto lo que se tiene por insoportable. Que la confesion precisamente... ¡ah! yo estoy seguro de que si en esta Cuaresma todos los confesores nos pusiésemos á decir á cuantos penitentes se presenten, que no tienen obligacion de dejar los vicios, ni de quitar las ocasiones próximas, ni de restituir lo injustamente adquirido; si les dijésemos que pueden continuar frecuentando aquel juego, aquella persona, aquella casa, y que no han de tener dificultad en vivir en adelante cómo han vivido hasta aquí; si tales cosas les dijésemos, seguro estoy de que la confesion nada tendria de duro, que los confesonarios tendrian que estar abiertos dia y noche, y que, al llegar la semana santa, no habria un solo pecador que no hubiese confesado. Pero como tales cosas no podemos decírselas, antes estamos precisados á decirles todo lo contrario, de ahí el que la confesion sea pesada, dura, insoportable.

Tan insoportable como se quiera; pero por causa de la mala disposicion de los cristianos, no por razon de ella misma. Porque ¿qué tiene la confesion sacramental que pueda justa-

mente llamarse insoportable? La declaracion de las propias faltas, se me dirá. ¿Es decir que es cosa insoportable manifestar al médico la enfermedad oculta, para que él la cure? ¿es decir que es cosa molesta franquearse con un amigo fiel y abrirle el corazon, para hallar un desahogo en los males que interiormente oprimen? ¿es decir que es cosa dura declarar á un hombre de toda confianza alguna imprudencia que se haya cometido, para que él dé un censejo acertado sobre lo que conviene hacer? Así será sin duda, así será, puesto que el confesor que recibe la declaracion de vuestras faltas, no es otra cosa que un médico experto destinado á curar las enfermedades ocultas de vuestra alma, un amigo sincero á quien podeis confiar los males que interiormente os aquejan, un hombre lleno de caridad y experiencia que sabrá daros consejos los mas acertados para impedir los efectos de vuestras indiscreciones y flaquezas. Que si á pesar de ser el confesor un médico, un amigo y un padre, hallais duro el tener que declararle vuestras culpas, pensad, dice san Bernardo, que mas dura encontraréis la sentencia que dirá: Id al fuego eterno: *Si jugum penitentiae suave non creditis... suavissimum est comparatione illius de quo dicitur: Ite in ignem æternum.*

Otra obligacion impone la Iglesia á sus hijos en tiempo de Cuaresma, y es comulgar dignamente; cual obligacion consta del mismo Concilio de Letran, el que, despues de haber ordenado que todo fiel confiese al menos una vez cada año, añade: Y recibirá reverentemente el Santísimo Sacramento de la Eucaristía: *Suscipiens reverenter... Eucharistiae sacramentum.* Aquí tenemos otra, dicen algunos: dejad vuestros negocios, suspended vuestras tareas, arreglaos, disponeros, y andad á comulgar. ¡Cómo si no hubiese mas que hacer! sobre todo cuando un dia y otro dia nos vienen diciendo que, para comulgar dignamente, es menester gran pureza de espíritu, mucha limpieza de corazon, y no poca virtud y vigilancia sobre sí mismo. ¿Quién no dirá que esta es cosa dura? Lo dirá, respondo yo, aquel hombre bestia semejante al otro de quien nos habla el Evangelio, el cual, por pereza de ponerse de fiesta, tuvo el descaro de presentarse á la mesa de todo un rey con un vestido sucio y derrotado. Ningun



hombre decente, ningun hombre que se estime tendrá jamás por cosa molesta ser convidado á la mesa de un príncipe bajo condicion de que ha de presentarse de una manera digna, ó sea vestido de etiqueta. Si los mismos que tienen por cosa insoportable el disponerse para la comunión pascual, fuesen invitados á sentarse á la mesa de un monarca, ¿no lo tendrían por grande honor? ¿no harían todas las diligencias posibles para presentarse dignamente? ¿no tomarían los mejores vestidos? ¿no se informarían del ceremonial que deben observar? ¿no estudiarían las palabras que han de decir y hasta los cumplimientos que han de hacer? Si ciertamente: y todo esto lo encontrarían, no molesto, no duro, no pesado; sino fácil, suave, delicioso.

Pues bien: ¿no es cosa fuerte que aquellos mismos que se tendrían por dichosos de asistir á la mesa de un rey de la tierra, se resistan á acatar el precepto de la Iglesia que ordena á todos sus hijos asistir en la Cuaresma á la mesa del Rey del cielo? Y nótese que la Iglesia no hace mas que determinar el tiempo de cumplir con el precepto de la comunión. La obligación de comulgar alguna vez está impuesta por el mismo Jesucristo, es de derecho divino y necesaria para salvarse, segun aquello que dijo el mismo Salvador: Si no comiereis mi cuerpo, y no bebiereis mi sangre, no tendréis vida en vosotros: *Nisi manducaveritis carnem filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.*<sup>1</sup> ¿Qué es, pues, lo que hace la Iglesia en tiempo de Cuaresma? Conociendo la desidia de muchos de sus hijos, y temiendo muy justamente que si dejase á su libertad el comulgar cuando quisiesen, ó nunca lo harían ó lo harían muy raras veces, ordena que lo hagamos al menos una vez cada año, obligándonos á ello bajo culpa grave, y amenazándonos, caso de no cumplir, con penas canónicas las mas severas. Ciertamente esta solicitud maternal con que mira por nuestro bien, mereceria ser agradecida y secundada con docilidad; pero muchos, lejos de agradecerla, ó murmuran de

---

<sup>1</sup> Joan. VI, 54.

tan sabia disposicion, tildándola de áspera; ó, lo que es peor, dejan de cumplirla; ó, lo que no puede decirse sin horror, la cumplen haciendo una comunion sacrilega. ¡Así es, amabilísimo Redentor mio, cómo muchos de vuestros redimidos santifican este santo tiempo de Cuaresma que vos instituisteis con vuestro ejemplo! ¡Así es, Iglesia santa, cómo no pocos de vuestros hijos acatan vuestras disposiciones sabias y maternas!

¡Ah! no seamos nosotros del número de estos hijos desnaturalizados, que fingiendo grandes dificultades donde no las hay, y aparentando temores que no tienen, se esfuerzan en ponderar los rigores de la Cuaresma para justificarse de su inobservancia y disimular en lo posible su poca religion. Seamos mas bien del número de aquellos hijos dóciles que, respetando la autoridad de nuestra madre la Santa Iglesia, aguardan la Cuaresma con santa alegría, entran en ella con cristiano fervor, y cumplen lo mejor que pueden todo cuanto en ella está ordenado. Así nos haremos dignos de que Dios nos perdone nuestras culpas, nos conceda gracias abundantes, y al fin nos corone en el cielo. Amen.

## Discurso 2.º Cinco preguntas al pecador.

Jesu fili David, miserere mei.  
Luc. XVIII, 38.

Si apenas hay pecador que haga penitencia de su pecado, si son pocos los pecadores que detestan sus culpas, menos los que las lloran, y menos todavía los que tratan de repararlas, es, dice el Señor por un profeta, porque apenas hay quien considere el gran mal que es pecar, y se pregunte á sí mismo: ¿Qué hice yo cuando pequé? *Nullus est qui agat pœnitentiam super peccato suo, dicens: Quid feci?*<sup>1</sup> ¡Ah! si esto lo considerase un poco el pecador, si lo reflexionase con alguna detencion, no tardaríamos mucho en verle humillado, compungido y vertiendo lágrimas en abundancia; porque es imposible conocer el pecado y no arrepentirse de haberlo cometido, considerar su malicia y no llorarlo amargamente, reflexionar sobre sus consecuencias y no tratar de borrarlo por medio de una penitencia tan pronta como sincera.

Que me escuche hoy el pecador, que pare atencion á las cinco preguntas que vengo á hacerle en forma de otras tantas consideraciones, y estas cinco preguntas, descubriéndole toda la malicia de su pecado, haciéndole ver todos los males que este mónstruo le ha acarreado, y poniéndole ante los ojos todos los motivos que tiene para detestarlo, no podrán menos de conducirle á los piés de Jesucristo, y allí llorar amargamente, y allí clamar misericordia, diciéndole con el ciego del presente Evangelio: Jesús... tened misericordia de mí: *Jesu fili David, miserere mei*. Basta de exordio, y entremos en el asunto.

---

<sup>1</sup> Jerem. VIII, 6.

Primera pregunta: *Quid fecisti?* ¿Qué has hecho? Esta pregunta está tomada del capítulo cuarto del libro sagrado del Génesis, y es la misma que Dios hizo al desventurado Caín, para hacerle comprender toda la enormidad de su fratricidio. ¿Qué has hecho, infeliz, le dijo, qué es lo que has hecho? ¿Cómo has tenido valor para asesinar á tu inocente hermano? ¿cómo has podido concebir en tu corazon un atentado tan grande? *Quid fecisti?*

Igual pregunta dirijo yo á mi vez á toda alma pecadora, para que comprenda el gran mal que hizo pecando: *Quid fecisti?* ¡Alma infeliz, desventurada alma! ¿qué es lo que has hecho? ¿lo conoces? ¿lo reflexionaste alguna vez? ¿lo has meditado un solo instante? Escucha, escucha; que si aun tienes algo de fe, no podrás menos de espantarte de tí misma, y exclamar llena de horror: ¡Desgraciada de mí! ¿qué es lo que he hecho yo pecando? *Quid feci?*

¡Ah! en primer lugar has ofendido, y del modo mas indigno, á tu Criador, á tu Padre, á tu Dios: á aquel Criador bondadosísimo que, siendo tú un puro nada, te dió el sér que tienes imprimiéndote su propia imágen; á aquel Padre tiernísimo que, siendo tú un vil esclavo del demonio, te sacó de su poder adoptándote por hijo; á aquel Dios benignísimo que, siendo tú polvo y ceniza, te destinó para el cielo preparándote allí una felicidad eterna. ¿A un Criador tan bueno, á un Padre tan amable, á un Dios tan benigno has tenido valor de ofender? ¿Cómo pudiste cometer un tal atentado? ¿cómo ni tan solo pudo venirte al pensamiento? *Quid fecisti?*

Has ofendido á Jesucristo tu Redentor amabilísimo, reedificando el pecado que él con tantos trabajos y penas habia destruido, profanando indignamente aquella sangre preciosísima que él habia vertido tan generosamente por tí, renovándole aquellas llagas que con tanta crueldad los judíos abrieron en su cuerpo santísimo allá en el Calvario, y, como dice san Pablo, clavándole de nuevo en la cruz: *Rursus crucifigentes Filium Dei*. ¡Posible hayas tenido valor para tanto! *Quid fecisti?*

Has ofendido, y del modo mas inhumano, á Maria santísima tu tierna Madre y Abogada dulcísima, volviendo á crucifi-

car á Jesús ante sus mismos ojos, traspasando de nuevo su santísima alma con las agudas espadas de sus dolores, haciéndole sentir otra vez todas las amarguras que le causaron cuantos contribuyeron á la muerte de su adorabilísimo Hijo, Júdas vendiéndole, Pedro negándole, Pilatos condenándole á muerte, los judíos insultándole, los soldados azotándole y coronándole de espinas, y los sayones clavándole en una cruz. ¡Posible hayas podido hacer todo esto! ¿dónde tenias el juicio cuando tal cosa hiciste? *Quid fecisti?*

Has ofendido á los santos ángeles, ya despreciando á su comun Señor cuya gloria procuran y desean ellos con tanto celo, ya privándoles del gozo accidental que sentian con motivo de tu conversion y fidelidad, ya en fin haciendo estériles y enteramente inútiles sus cuidados, sus consejos y sus avisos. ¡Cuánto se ofenderia el Angel santo de tu guarda viendo que, á pesar de su proteccion y solicitud, pasabas á cometer aquel pecado y á ofender á Dios! ¡Cuánto se indignarian los Angeles custodios de tu prójimo viendo que seducias á sus clientes y encomendados, y llevabas al camino de la perdicion aquellas almas por cuya salvacion ellos tanto se desvelan y trabajan! ¡Posible hayas tenido ánimo para inferirles una tal injuria! ¿Qué pensabas cuando tal hiciste? *Quid fecisti?*

Has ofendido á todos los santos que reinan con Dios en el paraíso, ¡y de cuántos modos! ¡y en cuántos conceptos! Primero, cometiendo aquel pecado que ellos, antes que consentirlo, se sometieron á toda suerte de trabajos y sacrificios, unos huyendo á los desiertos, otros sufriendo la pérdida de todos sus bienes, otros entregando su cuerpo á la mas áspera penitencia, otros yendo al destierro, otros consumiéndose en las cárceles, otros muriendo en el patíbulo. En segundo lugar, les ofendiste retardándoles la satisfaccion de ver cumplido el número de los elegidos, y de consiguiente alejándoles el dia de recobrar sus propios cuerpos con los que disfrutarán de una nueva dicha; siendo cierto que la universal resurreccion no se verificará hasta que esté cumplido el número de elegidos que Dios ha decretado introducir en los tabernáculos eternos. Por último les ofendiste despreciando á aquel Sumo Bien cuya vista hace

toda su felicidad en el cielo, y á quien ellos cantan continuas alabanzas. ¿Cómo osaste ofender á unos personajes tan ilustres? *Quid fecisti?*

Y por decirlo todo en pocas palabras, has ofendido á toda la Iglesia militante, atrayendo sobre ella el desprecio de sus enemigos, la perversion de sus propios hijos, y, lo que es mas, los castigos de Dios; siendo cosa sabida que todos los males que afligen á esta esposa de Jesucristo provienen del pecado. Has ofendido á las benditas almas del purgatorio, privándolas del valor de los sufragios que ellas esperaban y tenían derecho á esperar de tí: á los mismos condenados del infierno, aumentando sus penas y tormentos, sobre todo los de aquellos de cuyos escándalos tu pecado fué efecto y consecuencia: á las mismas criaturas irracionales, haciéndolas servir de instrumento para ofender á su Criador, á quien ellas á su modo respetan y obedecen. ¿Es posible hayas tenido corazon para tanto? ¿dónde estaba tu juicio cuando tal hiciste? *Quid fecisti?*

Pero escucha otra pregunta: *Unde venis?* ¿De dónde vienes? Esta pregunta está tomada del capítulo décimo sexto del Génesis, y es la misma que un ángel hizo á Agar mujer secundaria del patriarca Abrahan, al encontrarla errante y fugitiva en un desierto. O Agar, le dijo, ¿cómo es que te encuentro aquí? ¿por qué vas fugitiva y perdida por medio de esta soledad? ¿de dónde vienes? *Unde venis?* ¡Posible que la consorte de un tan gran Patriarca se halle en tan infeliz estado!

Idéntica pregunta hago yo al alma pecadora. O alma que andas perdida y errante entre vicios y pecados, ¿de dónde vienes? *Unde venis?* ¿qué te ha sucedido? ¿cómo andas sola, triste y abandonada? ¡Ah! respondió Agar al ángel, voy huyendo de la presencia de Sarai mi señora: *A facie Sarai dominæ meæ ego fugio.*<sup>1</sup> ¡Ah! me respondes tú tambien, huyo de los brazos de mi Dios, huyo del cielo, huyo de la amable compañía de mi Señor Jesucristo.—¿De Dios huyes? ¿del cielo te apartas? ¿de tu Redentor te separas? ¿Y por qué, ¡y por qué?—¡Ay de mí!

<sup>1</sup> Gen. XVI, 8.

he pecado, y por esto Dios me ha despedido de su casa: he pecado, y por esto el cielo me ha cerrado sus puertas: he pecado, y por esto Jesucristo me ha repudiado como á esposa infiel y traidora. Sin Dios, sin cielo, sin Salvador, voy perdida y errante por este mundo; perdida la alegría, perdida la paz interior, perdido el consuelo de la buena conciencia, y lo que es mas triste, perdida la gracia y la salvacion: *A facie Sarai dominæ meæ ego fugio.*

¡Infeliz Agar! ¡desventurada alma! triste es tu situacion, pero cierta. Desde el momento que pecaste, tu nombre quedó borrado del libro de la vida, perdiste el derecho que tenias al cielo, Jesucristo se divorció de tí como de una esposa infame y adúltera, y Dios que antes te miraba como á hija, é hija muy querida, ha renunciado respecto de tí el dulce título de padre, de suerte que él nada tiene ya que ver contigo, ni tú nada tienes ya que ver con él. No mas Padre, no mas Dios, no mas cielo. ¡Ay! exclamaba David viéndose en una situacion algo parecida á la tuya, yo no descanso, yo no vivo, yo no sé hacer otra cosa que llorar dia y noche, oyendo que á toda hora se me está preguntando dónde está mi Dios; y no pudiendo yo responder sino que no lo sé, que le he perdido, que se ha separado de mí porque yo primero me he separado de él: *Fuerunt mihi lacrymæ meæ panes die ac nocte, dum dicitur mihi quotidie: Ubi est Deus tuus?* Tambien á tí, alma pecadora, te se está preguntando cada dia ¿dónde está tu Dios? Te lo pregunta tu corazon, te lo pregunta tu conciencia, te lo pregunta tu fe: *Ubi est Deus tuus?* sin que tú puedas responder otra cosa sino que le has perdido, porque huiste de él por el pecado: *A facie Sarai dominæ meæ ego fugio.* ¿Y no lloras?...

Oye otra pregunta: *Ubi es?* ¿Dónde estás? Esta pregunta está tomada del tercer capitulo del mismo libro del Génesis, y es idénticamente la misma que el Señor hizo á Adan poco despues de su pecado. O Adan, le dijo, ¿dónde estás? No te pregunto el lugar, sino el estado; no te hablo del punto en que te hallas, sino de la miseria en que has caido. ¡Qué diferente te encuentro del que te dejé! Te dejé vestido de gloria, y te encuentro cubierto de ignominia: te dejé rico de bienes, y te en-

cuentro lleno de males; tanto, que tú mismo, confuso y avergonzado, huyes de mi presencia, estándote escondido en el hueco de un árbol: *Timui conspectum tuum, ideo abscondi me.* ¿Dónde está tu justicia original? ¿dónde el admirable concierto de tus pasiones con la razon? ¿dónde tu paz, tu felicidad, tu dicha? *Ubi es?*

Semejante pregunta haré yo al alma pecadora: *Ubi es?* ¿Cuál es tu situacion desde que pecaste? Yo te veo toda diferente de la que te ví: te ví vestida de gracia, y te veo cubierta de oprobio: te ví rica de virtudes, y te veo llena de culpas: te ví adornada de méritos, y te veo cargada de vicios: te ví heredera del cielo, y te veo merecedora del infierno. *Ubi es?* ¿Dónde está aquella confianza con que antes acudias á Dios? ¡Ah, que ni tan solo osas mirarle! *Timui conspectum tuum.* ¿Dónde están tus antiguas virtudes, tus pasados méritos, tantas buenas obras practicadas en estado de gracia? ¡Ah, que se desvanecieron cual sombra fugitiva! Y todo el bien que actualmente practicas ¿de qué te servirá? ¡Ah, que de todo él no te cabrá ninguna recompensa en el cielo! ¿Y no suspiras?...

Cuarta pregunta: *Quomodo cecidisti?* ¿Cómo has venido á caer en un estado tan vil y abyecto? Esta pregunta está tomada del capítulo décimo cuarto de Isaías, y es la misma que este profeta hacia á Lucifer, considerando atónito su caída de lo mas alto del cielo. O Luzbel, le decia, astro bellissimo que resplandecias por la mañana, ¿qué es lo que te ha precipitado de lo mas alto del paraíso hasta lo mas profundo de los infiernos? ¿qué fué lo que del mas hermoso de los serafines te trasformó en el mas feo de todos los demonios? *Quomodo cecidisti?* ¡Ah! fué una cosa muy insignificante: fué un solo pensamiento desarreglado, fué el querer ser feliz independientemente de Dios! ¡Por tan pequeña cosa veniste á perder tu hermosura, tu gloria, tu felicidad!

La misma pregunta hago al pecador: *Quomodo cecidisti?* ¿Cuál fué la cosa que del estado de la gracia te precipitó en el de la culpa? ¡Ay! fué una cosa pequeña, insignificante, nula. Un placer momentáneo que tomaste contra la divina ley, una adquisicion frívola que hiciste contra las reglas de la justicia,



una blasfemia, un odio, un nada, hé aquí todo el motivo de tu caída y toda la causa de tu desgracia. Si hubieses pecado por ganar un cetro, una dignidad muy alta, un tesoro muy grande, paciencia: habrias sido un necio en hacerlo, pero al fin hubiera sido menos pasmosa tu necedad. Pero pecar, pero jugar te la gloria por un placer momentáneo, por un interés mezquino, por un juguete... ¡ah! esta fué necedad sin ejemplo, fué necedad imperdonable á un fátuo.

Última pregunta: *Quò vadis?* ¿Adónde vas? Esta fué una segunda pregunta que el ángel hizo á Agar, al encontrarla, como he dicho, fugitiva en el desierto. Mujer imprudente, le dijo, indiscreta Agar, ¿adónde vas por medio de estas malesas? *Quò vadis?* ¿Quieres saberlo? ¿quieres te lo diga? pues vas á ser pasto de las fieras, vas á ser víctima de tu indiscrecion y temeridad. Vuelve, vuelve á la casa de donde huiste, humíllate á Sarai tu señora, pídele perdon de las ofensas que sabes le hiciste, que mas te valdrá así: *Revertere ad dominam tuam, et humiliare sub manu illius.*<sup>1</sup>

Pecador indiscreto, diré yo también á mi vez, imprudente pecador: *Quò vadis?* ¿Adónde vas? ¿adónde te encaminas siguiendo el derrotero que sigues? ¿Lo sabes?... ¿quieres te lo diga?... pues vas al infierno, te encaminas á la eterna perdición. Vuelve, infeliz, vuelve á los brazos de aquel buen Padre de quien has huido, humíllatele con una sincera confesion de tus culpas, pídele perdon de todas las ofensas que sabes le has hecho, que mejor te irá así: *Revertere ad dominam tuam, et humiliare sub manu illius.* Agar tomó el consejo del ángel, Agar fué á echarse á los piés de su señora, Agar no omitió diligencia para reconciliarse con Sarai, y lo consiguió.

¿Y tú no tomarás mi consejo? ¿y tú no correrás á echarte á los piés de tu Dios? ¿y tú no harás todos los medios posibles para reconciliarte con él? El mismo te llama, él mismo te invita á volver á sus amorosos brazos. ¿Y por qué, te dice, por qué huir de mí, y querer condenarte? Vuelve á mí, y yo te recibi-

---

<sup>1</sup> Gen. XVI, 9.

ré: *Revertere ad me, dicit Dominus, et ego suscipiam te.* <sup>1</sup> ¡Qué me has ofendido!... ya lo sé; pero tú vuelve, que todo se compondrá: ¿no soy yo tu Padre? *Revertere.* ¡Qué has cometido muchas culpas!... bien me consta; pero tú vuelve, que para todo habrá remedio: ¿no he muerto yo por tí? *Revertere.* ¡Qué has vivido mucho tiempo en pecado!... muy cierto es; pero tú vuelve, que todo puede aun arreglarse: ¿no soy yo infinito en misericordia? *Revertere.* Dos cosas quiero únicamente de tí para estrecharte entre mis brazos y olvidar todo lo pasado; que hagas una buena confesion, y que no me ofendas mas. Hélo aquí todo, hé aquí todo el castigo que te impongo: confesion y enmienda. Haz esto, y me tienes contento; cumple esto, y quedamos amigos.

Nada tengo que añadir despues de haber hablado Dios al pecador del modo que acabais de oír. Si esta invitacion tierna y paternal del Señor no le conduce á sus brazos, será inútil todo cuanto yo le diga. Yo espero que, meditando él las cinco preguntas que le tengo hechas, entrará en reflexion, suspírará por el momento de verse restituido al estado de la gracia, y no omitirá diligencia por conseguirlo. ¡Haga Dios que mi esperanza no falle! Amen.

---

<sup>1</sup> Jerem. III, 1.



---

## MIÉRCOLES DE CENIZA.

---

Evangelio. *Matth. VIII.*

*Hé aquí las reglas que debéis guardar en vuestros ayunos. Cuando ayuneis, no os pongais tristes como los hipócritas que desfiguran sus rostros, para hacer ver á los hombres que ayunan. En verdad os digo que recibieron ya su galardón con la opinión de penitentes que se grangearon entre los hombres, y así ninguna recompensa tendrán en el cielo. Más tú, cuando ayunas, unge tu cabeza y lava tu cara, no materialmente, sino mostrando la alegría que muestran los que se ungen y perfuman en días de fiesta, á fin de no parecer á los hombres que ayunas, sino solamente á tu Padre Dios que está presente hasta á lo mas oculto; y tu Padre, que ve lo oculto igualmente que lo manifesto, te recompensará delante de todo el mundo. Guardaos tambien de la avaricia no menos que de la hipocresía; y así no queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde el orin y la polilla los consumen, y en donde los ladrones los desentierran y los roban. Más atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde ni el orin ni la polilla los destruye, y donde los ladrones no los desentierran ni los roban. Si así lo hicieréis, vuestro corazón estará en el cielo, que es donde debe estar, porque donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazón.*

## Discurso 1.º *Los obstáculos de la conversion.*

Nunc ergo dicit Dominus: Convertimini ad me. *Joel II, 12.*

Sin necesidad de que yo lo advierta, y con solo considerar las ceremonias religiosas de este dia, puede cualquiera fácilmente comprender que hoy hemos entrado en el tiempo destinado al arrepentimiento, á las lágrimas y á la penitencia. ¿Qué es, en efecto, lo que esta mañana hemos presenciado en el templo? Hemos presenciado cómo la Iglesia, vestida de ornamentos morados, símbolos de dolor y de tristeza, se postraba entre el atrio y el altar, pidiendo á Dios el perdón de nuestras culpas: cómo, tomando un vaso de ceniza, señal de humillacion y penitencia, la iba derramando sobre la frente de sus hijos, diciendo á cada uno las mismas palabras que Dios dijo á Adán despues de su pecado: Polvo eres, y en polvo te convertirás: *Pulvis es, et in pulverem reverteris:*<sup>1</sup> cómo, haciendo suyas las tristísimas expresiones del profeta Joel, decia con acento penetrante y lastimoso: Bastante se ha ofendido á Dios, bastante se ha abusado de su paciencia; ya es tiempo de convertirse á él y aplacarle con el ayuno, con el llanto y con gemidos: *Convertimini... in jejunio, et in fletu, et in planctu.* No sea vuestro arrepentimiento una ceremonia puramente exterior y de sola perspectiva; sea un arrepentimiento interior, penetrante, profundo que afecte al alma igualmente que al corazón: *Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra.* No sea vuestra penitencia privada, oculta, reducida á un cierto número de personas; sea una penitencia pública, solemne, universal, en la que tomen parte todos los que han pecado. Y por esto suene la trompeta en Sion, publíquese un ayuno general, congréguese el pueblo,

---

<sup>1</sup> Gen. III, 19.

reúnanse los ancianos, júntense los niños, deje el esposo su lecho, salga la esposa de su tálamo, y procuren todos aplacar al Señor. Porque esto dice ahora el Señor: Convertios á mí: *Nunc ergo dicit Dominus: Convertimini ad me.*

¡Ah! dice para sí el pecador al escuchar semejante intimación, yo bien quisiera convertirme á Dios, pero son tantos los obstáculos que se me atraviesan, que no me veo con ánimo de verificarlo. Las pasiones, los malos hábitos, la importuna memoria de los placeres, el... Permíteme, hermano, que te interrumpa, que pronto podrás decir todo lo que creas conveniente. Entre tanto oye mi proposición: Los obstáculos para la conversión no son tan grandes que no pueda cualquiera dominarlos con el auxilio divino, que nunca falta. Los recorreremos uno á uno; tú ponderándolos, y yo indicando los medios de vencerlos.

---

Todo me incita á convertirme á Dios en este santo tiempo, dice el pecador, todo me infunde vivos deseos de hacerlo; pero me detengo ante los grandes obstáculos que desde luego se me presentan. ¿Resuelvo emprender mi conversión? desde luego viene á oponérseme este desgraciado hábito de pecar que tengo contraído de mucho tiempo. ¿Venzo este hábito? al punto me sale al encuentro la importuna memoria del gusto que hallaba en el pecado satisfaciendo mis pasiones. ¿Me desembarazo de esta memoria? ya vienen los malos compañeros á hacerme guerra con sus mofas. ¿Triunfo de ellos? aquí están los cuidados del mundo para distraerme. ¿Me desentiendo de estos cuidados? ya entra de refuerzo el horror que me causa la penitencia. ¿Desvanezco este horror? hé aquí la desconfianza de perseverar en el buen camino. ¿Quién los vence estos obstáculos? ¿quién?...

Todo cristiano, contesto yo, que quiera combatirlos en regla. Me habláis del mal hábito que teneis contraído de mucho tiempo. Grande obstáculo es ese, y no hay que burlarse de él, porque el mal hábito es aquella cadena fatal que, formada de tantos eslabones cuantos son los pecados cometidos, tiene al hombre tan aferrado al mal que apenas le quedan fuerzas para desasirse de él. Guardémonos sin embargo de llamarlo obstá-

culo insuperable, pues que se supera, con el auxilio de Dios, de un modo bastante sencillo. ¿Cómo? quitando aquella causa extrínseca que ordinariamente lo mantiene y lo fomenta, sea ella la que fuere. ¿Es, por ejemplo, una amistad? se la deja al momento. ¿Es una casa? no se entra mas en ella. ¿Es un compañero? se le da un adios. En una palabra, se aparta todo objeto exterior que pueda ser causa, motivo ú ocasion de volver á las andadas; porque es evidente que subsistiendo la misma causa, habian de resultar los mismos efectos; y quedando en pié el mismo principio, necesariamente se habian de tocar las mismas consecuencias.

Y permitidme os diga aquí de paso, que muchos padeceis un error lamentable acerca de este punto. Quisierais enmendar el mal hábito, pero sin evitar ninguna ocasion, sin apartar ningun peligro, sin quitar los objetos que encienden é irritan las pasiones. ¡Cómo si esto fuese posible! ¡cómo si fuese dable arrimarse al fuego y no sentir el calor, ponerse á los rayos del sol y no experimentar su virtud! ¿Quereis matar una planta? dejadla sin riego. ¿Quereis apagar el fuego? apartad el combustible. Asimismo ¿quereis acabar con el mal hábito que os domina, y que, segun decís, es grande obstáculo para la conversion? Separad de vosotros aquel objeto exterior que le fomenta; y quedando él cual planta sin riego, y cual fuego sin pábulo, se extinguirá fácilmente y casi por sí mismo, y os dejará el paso libre para convertirlos á Dios si quereis.

Está bien, dice el pecador, pero viene luego otro obstáculo igualmente poderoso, y es la desgraciada memoria del gusto que se hallaba en el pecado satisfaciendo las pasiones. ¡Oh qué obstáculo es este! ¡oh qué... ¿Y que venís á ponderarme ese obstáculo, si yo lo comprendo mejor que vos? Os hallais, mirad si lo comprendo, os hallais en el mismo caso que se hallaba san Agustin cuando comenzó á pensar seriamente en su conversion, segun refiere él mismo en el libro admirable de sus Confesiones. Tan pronto, dice, como traté de renunciar á mis vicios, vinieron todos ellos á hacerme amorosas quejas, pidiéndome la razon y el porqué los renunciaba. ¡Oh qué lucha fué aquella! ¡oh qué combate tan terrible fué el que enton-

ces hube de sostener! ¡Y qué! me decian, ¿es verdad que nos dejas? ¿es positivo que nos renuncias, y nos renuncias por siempre? ¡Cómo! ¿en adelante nunca jamás gustarás de nosotros? ¿nunca jamás? ¿Y cómo podrás vivir tú sin las satisfacciones que nosotros proporcionamos, tú sobre todo que de mucho tiempo vienes saboreando nuestras dulzuras? ¿será posible tengas un momento de alegría en llegando nosotros á faltarte? ¡Oh qué vida va á ser la tuya! ¡qué triste, qué fastidiosa, qué insoportable!

Estos son tambien los tristes pensamientos que apuran al hombre vicioso tan pronto como comienza á tratar de su conversion y enmienda. ¡Y qué! le dicen desde luego sus propias pasiones, ¿nunca jamás en aquella casa? ¿nunca jamás con aquella persona? ¿jamás con aquellos placeres? ¡Oh qué vida tan triste va á ser la tuya! ¡qué dias tan desabridos te esperan! Lucha terrible, funesto combate, que no pocas veces hace que el pecador, que estaba á punto de volver al buen camino, duda, vacila, fluctúa, no sabiendo qué partido tomar, si se vaya con la virtud ó si se quede con los vicios. Nadie piense por esto que este obstáculo sea insuperable, porque se supera con reflexionar un poco sobre lo que nos enseña la fe. Supóngase que yo soy quien he de deliberar, quien he de decidirme ó por la virtud ó por el vicio: ¿qué hago en esta situacion? Comparo los dos extremos, y miro cuál es el que mas me conviene adoptar como hombre, como cristiano y como criatura que tengo un destino eterno. Con la virtud está la honra, con el vicio está la infamia: con la virtud está Dios, con el vicio está el demonio: con la virtud está el cielo, con el vicio está el infierno. La virtud me brinda con delicias sólidas y verdaderas, el vicio solo me ofrece placeres transitorios y superficiales: la virtud me promete paz y alegría de conciencia, el vicio no puede darme sino angustias y remordimientos: la virtud me dice: Por poco padecer eterno gozar: el vicio me dice: por poco gozar eterno padecer. Dígaseme ahora: entre estos dos extremos ¿puede ser dudosa mi eleccion? ¿puedo yo omitir mi conversion por atencion al vicio?

Convengo, dice el pecador; pero no puede negarse que el

solo nombre de penitencia es ya de sí un obstáculo muy grande para la conversion. Tener que revolver la conciencia con un exámen serio y minucioso, tener que declarar á un hombre todas las debilidades en que se ha incurrido, tener que sujetarse á la pena que este hombre imponga ¿á quién no asusta? A ningun hombre, respondo yo, que no se deje asustar por quimeras y fantasmas, que fantasmas y quimeras son esas grandes dificultades que algunos encuentran en la penitencia. Me hablais de dificultades en examinar la conciencia, en confesar las culpas, en manifestarse á un hombre y que sé yo qué mas, faltando poco para que digais con los protestantes, que la confesion sacramental es una institucion bárbara é inhumana. Os paso por ahora vuestra exageracion, y doy por sentado que la confesion sacramental es efectivamente tan costosa como ponderais: ¿qué importa esto, si por otra parte es de necesidad absoluta á todo pecador? Cuando para conseguir un fin no hay mas que un solo medio, se adopta este, y seria hasta ridículo querer discutir si es fácil ó si es costoso. ¿Qué hariais en el caso que el médico os dijese, que para salvaros la vida no cabe otro recurso que cortaros un miembro cangrenado? ¿discutiriais si la amputacion ha de seros ó no dolorosa? No, que dando esto por sentado, la sufririais como único medio de salvar la vida, bien que sensible. Pues la fe, el evangelio, la conciencia os dicen unánimemente, que para salvar vuestra alma no os queda otro medio que la confesion sacramental, porque así lo quiso Jesucristo; y vosotros salís con que es árdua, penosa y difícil.

— Pero ¿es exacto eso? ¿tiene realmente la confesion alguna cosa por la que merezca esos adjetivos? Sí, respondeis, y es la declaracion de las culpas que ha de hacerse á un hombre. Pero esas mismas culpas ¿no las confiais á veces á vuestros amigos? ¿no llegais á veces á jactaros de ellas? ¿no las relatais como otras tantas dichosas aventuras? Es mucho que decirlas á quien no debierais os cause satisfaccion, y declararlas á quien corresponde os ponga en tortura. Como quiera, á la confesion sacramental se la podrá mirar con todo el horror que plazca, pero ese horror nunca pasará de ser fantástico y pueril.



Bien, dice el pecador, venza yo ese horror fantástico ó fundado, ¿tendré por esto expedito el camino de mi conversion? ¡Ah, que luego vendrán á atravesármeme los cuidados del mundo, los cuales, absorbiendo toda mi atencion, no me dejarán lugar para un negocio tan grave! Muy poco pues, respondo yo, muy poco estimais vuestra alma, puesto que la postergais por cosas tan frívolas y pequeñas. ¿Y no os avergonzais de decirlo? Hé aquí, pues, á un cristiano enteramente semejante á aquellos hombres terrenos de quienes habla Jesucristo en el Evangelio. Un rey los convida á comer en su mesa, y ellos no van, porque se lo impiden negocios urgentes y asuntos de gran consecuencia. Y es que el uno ha tomado mujer, y no quiere dejarla. ¡Vaya un asunto grave! Es que el otro ha adquirido una finca, y quiere ir á verla. ¡Ved qué negocio tan urgente! Es que el otro ha comprado bueyes, y quiere ir á probarlos. ¿Cabe asunto de mas importancia? Pues por cosas tan impertinentes como estas deja el pecador de convertirse á Dios y mirar por la suerte eterna de su alma: ¡no se convierte á Dios, porque los cuidados de la tierra no le dan lugar de hacer las diligencias necesarias! Piense el miserable un poco en la insubsistencia y caducidad de las cosas terrenas: piense que no está muy lejano el dia en que tendrá que dejar todo lo de este mundo: piense que el dia de su muerte de todo lo que actualmente posee no le quedará mas que una simple mortaja: piense esto y medítelo, que esta sola meditacion bastará para animarle á vencer el grande obstáculo que los cuidados terrenos oponen á su conversion.

Vendrá otro, replica el pecador, y mucho mas insuperable que este. Trate yo de convertirme á Dios en esta Cuaresma; desde el momento que se aperciban de ello mis amigos, mis compañeros y cuantos son ahora mis cómplices en el mal, vendrán á hacerme oposicion, y oposicion la mas terrible. ¡Y qué! me dirán unos: ¿has perdido el juicio? ¿te ha trastornado la cabeza algun predicador? ¿quieres ahora hacer un papel ridiculo y pasar por un fátuo delante del público? ¡Qué! dirán otros: ¿qué van á pensar de tí cuantos te han conocido? ¿qué van á decir cuando noten tu cambio brusco y repentino? Di-

rán que has enloquecido, que te has vuelto salvaje, y que ya no perteneces al número de los hombres sociales.—Confieso que los malos amigos son un obstáculo terrible para la conversion de ciertos pecadores, pues que no pocos de estos, que desean vivamente convertirse á Dios, se detienen ante la consideracion de que, si lo hacen, perderán el favor y la estimacion de los compañeros.

Pero yo quisiera saber qué personajes son esos que van á castigaros con su desprecio desde el momento que se aperciaban que os convertisteis á Dios. ¿Que no osais decirlo vosotros? pues lo diré yo con la santa libertad que me concede el sublime ministerio que ejerzo. Esos grandes personajes no son ni el hombre honrado, ni el hombre sabio, ni el hombre de buena educacion, ni el hombre sinceramente cristiano: son cuatro perdidos llenos de mundo y de vanidad, henchidos de orgullo y de presuncion y faltos de todo juicio y criterio: son un grupo despreciable de libertinos que tienen muerta la fe, perdida la conciencia, manchada la reputacion y desacreditada la historia: son un hato de tontos que por su poco juicio y mala conducta merecerian estar en una casa de correccion, ya que no en un manicomio. ¿Y por no perder la estimacion de esos hombrecillos dejariais de seguir los impulsos de la gracia que en este santo tiempo os excita á la conversion? Cuando ellos valiesen el céntuplo de lo que valen, no deberiais temerlos, ¿cuánto menos siendo entidades tan pequeñas? Algo mas de importancia tenian aquellos libertinos que se reian de la conversion y penitencia de David, y con todo ¿dejóse él intimidar por ellos? ¡Ah, Señor! decia, qué me importa á mí que los discolos me motejen y me zahieran viendo mi arrepentimiento y mudanza? Ellos me maldecirán, pero vos me bendeciréis: ellos se levantarán contra mí, pero vos los cubriréis de confusion y oprobio: *Maledicent illi, et tu benedices: qui insurgunt in me, confundantur.* <sup>1</sup> Así es como se ha de contestar á los falsos amigos que con mofas pretenden retraer de la conversion.

---

<sup>1</sup> Psalm. CVIII, 28.

Si reflexionais que habeis ya dejado pasar muchas Cuaresmas sin escuchar la voz de Dios que os llamaba á la penitencia y al perdon, si considerais que la Cuaresma actual es quizá el último plazo que la misericordia divina os ofrece, y que si lo desaprovechais, tal vez retire ella sus gracias, no venga á invitaros mas, y os deje morir en vuestro pecado, ¿será posible no os animeis á vencer los obstáculos que se oponen á vuestra conversion, sean ellos los que fueren? Demos que vuestra conversion ofrezca algunas dificultades, ¡cuántos auxilios, cuántos medios os ofrece tambien este santo tiempo para superarlas! La palabra divina que en él se predica con tanta asiduidad y empeño, la oracion pública que en él se hace con tanto fervor y continuacion, las imponentes funciones religiosas que en él se celebran con tanto recogimiento y compostura, el ejemplo de tantos cristianos que en él se arrepienten de sus pecados y vuelven al buen camino, los ayunos que se practican, los tremendos misterios de que se hace viva memoria, y sobre todo la gracia de Dios que se derrama mas copiosamente en la Cuaresma que en ningun otro tiempo del año, ¿todo esto no ha de ayudaros eficazmente á convertirlos á Dios, si sabeis aprovecharlo? Aprovechadlo, y veréis cómo las dificultades desaparecen, cómo la gracia triunfa, cómo la penitencia se hace suave, y cómo la paz, la alegría y la dicha vienen de nuevo á hacer venturosa vuestra vida. Así se haga, así se cumpla. Amen.

## Discurso 2.º Preparacion para la muerte.

Pulvis es, et in pulverem re-  
verteris. *Gen.* III, 19.

Si, como estoy aquí para inaugurar un curso de sermones cuaresmales, estuviese para decirlos de parte de Dios, que antes que la presente Cuaresma acabe todos debiais infaliblemente morir, ¿cómo recibiríais esta noticia? ¿No es verdad que un susto mortal embargaría de repente todas vuestras potencias y sentidos? ¿y que un sudor frio recorrería de improviso todo vuestro cuerpo? ¿y que, como el rey Ezequías al decirle un profeta: Dispon de tu casa, porque en breve morirás: *Dispone domui tuæ, quia morieris tu,* <sup>1</sup> prorumpiríais en amargo llanto? *Flevit Ezechias fletu magno?* ¿Y por qué esto, por qué?

¡Ah! dirá para sí mas de uno, porque no estoy contento de la vida que hasta el presente he llevado. Si la examino con alguna detencion, ¡oh Dios, cuán digna de lágrimas la encuentro! Si examino la niñez, la veo toda llena de malicia: si miro la mocedad, la hallo toda cargada de corrupcion: si repaso la juventud, la encuentro toda tejida de maldades; y tantas, que debo clamar á Dios cual otro David: No os acordeis, Señor, de los delitos y flaquezas de mi juventud: *Delicta juventutis meæ, et ignorantias meas ne memineris.* <sup>2</sup> Si recorro lo restante de mi vida, y me pongo á contar los pecados que he cometido, ¡ay! encuentro que son tantos, que estoy precisado á confesar con el mismo David, que me es imposible enumerarlos todos, porque su número excede al de los cabellos de mi cabeza: *Comprehenderunt me iniquitates meæ, et non potui ut viderem: multiplicatæ sunt super capillos capitis mei.* <sup>3</sup> Y despues de esto ¿se-

<sup>1</sup> Isai. XXXVIII, 1.

<sup>2</sup> Psalm. XXIV, 7.

<sup>3</sup> Psalm. XXXIX, 13.

ria posible que yo escuchase con serenidad el anuncio cierto de mi próxima muerte?

Es claro que no, mi caro hermano, pero decidme: en la suposicion de que os fuese revelado que antes de finir esta Cuaresma debiais infaliblemente morir, ¿qué es lo que haríais? Comprendo que lo primero seria dar alguna expansion á vuestro corazon acongojado por medio de las lágrimas, de los suspiros y de los lamentos; pero despues que os hubieseis desahogado lo suficiente, ¿qué es, repito, lo que haríais? ¿desesperaros?... No os lo permitiria vuestra religion, no lo consentiria vuestra cordura. Lo que haríais seria aprovechar este tiempo para disponeros á bien morir: y así recapacitaríais con amargura todos los años de vuestra vida, os pediríais cuenta de todos los pecados que habeis cometido, y los detestaríaís con dolor, y los confesaríais con humildad, y los borraríais con áspera penitencia. Mas: os purificaríais de todos vuestros defectos, aun de los mas ténues: os ejercitaríais en todas las virtudes, hasta en las mas difíciles: emprenderíais una reforma tan general y completa, que al llegar la muerte, os encontraria ya hecho todo un santo. Todo esto creo que haríais en la suposicion de saber por revelacion que vuestra vida ya casi toca á su término.

Pues bien, hermanos míos: esto que ahora no pasa de ser una suposicion, ¿no podria llegar á ser una realidad, ya que no respecto de todos, al menos respecto de algunos? Quiero decir: ¿no podria suceder que algunos murieseis primero que venga la Pascua? ¿no podria ser que esta Cuaresma fuese el último plazo que Dios os concede para disponeros á bien morir, de modo que si lo desaprovechais, no tengais mas tiempo para hacerlo? ¡Sí que podria ser! y por esto vengo á recordaros en nombre de la Iglesia aquellas palabras que dijo Dios á Adan despues de su pecado: *Pulvis es, et in pulverem revertetur*: ten presente que eres polvo, y que en polvo te convertirás. Y así prepárate para morir, apresúrate á disponerte para aquel lance inevitable y supremo, que tal vez vendrá antes de lo que presumes; en la inteligencia de que de esto depende nada menos que la suerte eterna de tu alma. ¿Y es realmente así que

la suerte eterna del alma depende de la preparacion para morir que se hace en vida? Así es indudablemente y vosotros vais á quedar convencidos de ello si me escuchais con atencion.

La dicha de morir bien está tan enlazada con el cuidado de prepararse con tiempo para la muerte, y tiene con él tal relacion de subordinacion y dependencia, que puede contar con una muerte santa quien se prepare para ella oportunamente, así como no puede esperar sino una muerte desdichada quien omita esta preparacion. ¿Y qué otra cosa quiso enseñarnos Jesucristo con la parábola de las diez vírgenes, cinco prudentes y cinco fátuas, referida por san Mateo? Todas estaban aguardando la llegada del Esposo, habiendo tomado cada una su lámpara para salir á recibirle cuando llegara; pero con esta diferencia que las cinco prudentes, juntamente con las lámparas, tomaron aceite en sus vasijas, y las cinco fátuas olvidaron esta prevenicion. Tardando el Esposo á llegar, comenzaron todas á cabecear y se durmieron: *Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt.* <sup>1</sup> Cuando hé aquí que á la media noche se oye gritar: El Esposo llega, salid pronto á recibirle: *Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei.* Todas se levantan al momento, todas se apresuran á encender sus lámparas, todas corren hácia el lugar donde está el Esposo: *Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas.* Pero ¿qué sucede? que las que se previnieron con tiempo de aceite, entran con el Esposo y son admitidas á las bodas celestiales: *Quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias;* al paso que las que estaban desprevenidas, son desconocidas del Esposo, no tienen entrada en las bodas, y se les da con la puerta al rostro: *Clausus est janua... nescio vos.* ¿Me preguntais qué significa esta parábola? es cosa muy sencilla: significa que quien se prepara con tiempo para morir, hace una muerte santa; y quien descuida esta preparacion, por regla general hace una muerte impía.

---

<sup>1</sup> Matth. XXV, 5.

Y es que todo asunto difícil y de gran consecuencia requiere una preparacion tan diligente como anticipada. Un abogado que haya de defender una causa de mucho interés delante de una Audiencia, ¿qué prevencion de textos, citas y leyes no hace? Un general que haya de defender una plaza fuerte puesta á su mando, ¿qué provision no hace de armas, víveres y municiones? Un piloto que haya de cruzar mares agitados por grandes vientos y tempestades, ¿qué acópio no hace de cables, velas y áncoras? Y pregunto: ¿aquel abogado aguarda el prevenirse para cuando, sentados ya los jueces bajo sus respectivos doseles, le mandan que hable, que alegue, que diga cuanto tenga por decir en pro de la causa que defiende? ¿Aquel gobernador de plaza deja el proveerse de armas y municiones para cuando el enemigo se presente, comience á abrir brechas y coloque las escalas para dar el asalto? ¿Aquel piloto espera el procurarse cables y áncoras cuando, hallándose ya en alta mar, los vientos se agitan, las olas se enfurecen, y la tempestad ruge? ¡Ay! en la muerte tendremos que sostener delante del tribunal supremo una causa en la que se ventilará nada menos que la suerte eterna de nuestra alma: ¿y aguardaremos el prepararnos para la misma hora en que se habrá de ver, examinar y fallar esta gran causa? Al morir tendremos que atravesar un golfo lleno de tormentas, tempestades y abismos: ¿y dejaremos la preparacion para el momento mismo que la gran borrasca nos venga encima? En la muerte tendremos que sostener un combate terrible, y defendernos de enemigos los mas irreconciliables y fieros: ¿y esperaremos á prevenirnos en el mismo acto de vernos acometidos? ¡Cuán errado va quien, descuidando el prepararse en vida, lo deja para el tiempo de morir!

Es por esta razon que Jesucristo nos avisa por san Lucas que estemos apercebidos: *Et vos estote parati.*<sup>1</sup> No dice: *Preparaos*, notemos bien esto; sino: *Estad preparados*. Y se expresa así, para hacernos comprender que una muerte feliz no se lo-

---

<sup>1</sup> Luc. XII, 40.

gra con preparaciones hechas al tiempo mismo que se muere, sino con preparaciones hechas de antemano con gran cuidado y diligencia. Por manera que, sin echarla de profeta, puedo desde ahora anunciaros cómo morireis, si bien ó si mal. ¿Os preparais con tiempo? pues contad con una muerte dichosa. ¿No os preparais? pues no esperéis mas que una muerte mala.

Pero esta preparacion ¿quién debe hacerla? ¿cuándo, cómo y de qué modo debe hacerse?—¿Quién debe hacerla? todos sin distincion. ¿Cuándo? luego sin dilacion alguna. ¿De qué modo? con toda la actividad que la importancia del caso reclama. Todos debemos prepararnos para la muerte, porque todos hemos de morir infaliblemente: ó por decirlo en forma de argumento, todos moriremos infaliblemente, luego todos debemos prepararnos para morir. El antecedente es cierto, la consecuencia es lógica. Acerca del hombre, dice san Agustin, una sola cosa se puede pronosticar con seguridad y sin peligro de equivocarse, y es que morirá; todo lo demás es incierto, dudoso, contingente, y está sujeto á un *quién sabe*. Es un hombre concebido en las entrañas de la madre: ¿nacirá? *¡quién sabe!* posible es que vea la luz de este mundo, pero posible es tambien que no consiga verla: *Fortè nascetur, fortè abortivus erit*. Ha nacido: ¿vivirá mucho tiempo? *¡quién sabe!* puede ser que llegue á una edad muy adelantada, pero puede ser igualmente que cuente pocas primaveras: *Fortè vivet, fortè non vivet*. Vive: ¿qué estado tomará? *¡quién sabe!* tal vez tomará mujer, tal vez preferirá mantenerse célibe: *Fortè uxorem ducet, fortè non ducet*. Ya tiene estado: ¿será feliz? *¡quién sabe!* quizá la fortuna le será propicia, tal vez le perseguirá la desgracia: *Fortè dives erit, fortè non erit*. Pero este mismo hombre ¿morirá? A esta pregunta ya no se contesta con un *quizá*, con un *tal vez*, con un *¡quién sabe!* ¿Ha nacido? pues morirá infaliblemente, porque, como ha dicho el Eclesiastés, no hay hombre que viva siempre, ni que tenga de esto esperanza alguna: *Nemo est qui semper vivat, et qui hujus rei habeat fiduciam*,<sup>1</sup> Pues si todos

---

<sup>1</sup> Eccle. IX, 4.



debemos infaliblemente morir, ¿no deberemos prevenirnos todos para aquel difícil paso? Quien está cierto de que un día tendrá que pelear, ¿no se ejercita en el manejo de las armas? Quien está seguro de que un día tendrá que dar pruebas de gran saber, ¿no cultiva las ciencias? ¿Cómo, pues, no habrá de prepararse para la muerte quien está segurísimo de que un día morirá?

Pero esta preparacion debe comenzarse luego y sin demora, porque cuanto es cierto que moriremos, tanto es incierto cuando moriremos. Posible es que la muerte esté todavía muy lejos, y que la preveamos con tiempo antes no llegue; pero posible es también que esté muy cerca, y que nos haga una sorpresa. Y si nos la hace, pregunta san Agustín, ¿cómo nos prepararemos, si no nos preparamos pronto? *Si subito obrepit, quomodo... nobis discenda sunt, quae hinc negleximus?* Y aunque no venga de improviso, cosa muy difícil, puesto que asegura Jesucristo que nos vendrá en la ocasión que menos pensamos: *Qua hora non putatis,* <sup>1</sup> ¿cuándo nos prevendremos, si no nos prevenimos ahora? ¿nos prevendremos cuando nos lleguen los años que la Escritura llama pesados y desagradables?... ¿nos prevendremos cuando nos hallemos en el caso de decir con David: Me han cercado los dolores de muerte, y los peligros del infierno me han hallado? *Circumdederunt me dolores mortis, et pericula inferni invenerunt me.* <sup>2</sup>

Pesemos las consecuencias que de prepararnos ó no prepararnos han de resultar, y desde luego comprenderemos la actividad que debemos desplegar en este asunto. ¡Ah! de prepararnos ó no prepararnos para morir depende un Dios, ó poseído por siempre, ó por siempre perdido; depende una alma, ó por siempre salvada, ó condenada por siempre; depende una eternidad, ó por siempre feliz, ó por siempre desventurada; porque la muerte es una, dice san Pablo, y lo que en ella se decidiere de nosotros, decidido quedará por siempre: *Statutum est*

---

<sup>1</sup> Luc. XII, 40.

<sup>2</sup> Psalm. CXIV, 3.

vencidos por siempre: errado el primer paso, errados todos: *In bello non licet bis errare.*—*Erravimus*, gritan los condenados en el infierno, ¡hemos errado! Pues si habeis errado, les digo yo, si lo conoceis, si lo confesais, ¿qué mas os queda que hacer sino enmendar pronto el error? ¡Ah! responden, esto no es posible, porque fué error cometido en la muerte, y estos errores no se enmiendan.

¿Oís? los errores cometidos en la muerte no se enmiendan, de consiguiente prepararse para no cometerlos. ¿Y cómo? primero, haciendo desde luego tales diligencias para poner en buen estado las cosas del alma, que, una vez hechas, podamos decir con verdad: «Creo fundadamente que estoy en gracia de Dios.» Y ya conoceis que estas diligencias han de consistir en confesar todos los pecados, en resarcir todos los daños, en pagar todas las deudas, en reparar todos los escándalos, en reconciliarse con todos los enemigos, en hacer desde luego y con toda reflexion todo aquello que tendríamos que hacer precipitadamente á la hora de morir. Segundo, emprendiendo para lo sucesivo una vida verdaderamente cristiana, es decir, una vida, no solo exenta de obras malas, sino tejida de obras buenas. Y ya comprendéis que estas obras buenas han de consistir en una frecuencia regular de sacramentos, en una distribucion prudente de limosnas, en una práctica constante de oraciones, en un cumplimiento exacto y puntual de los propios deberes. Finalmente, adoptando los medios que sabemos son los mas eficaces para lograr una muerte santa; devocion cordial á María santísima, amor sincero á nuestro Señor Jesucristo, caridad entrañable con los pobres, solicitud religiosa para con las benditas almas del purgatorio, recurso frecuente á la misericordia divina, pidiendo con humildad y confianza el gran don de la perseverancia final. Si así lo hacemos, si así nos prevenimos, contemos con una muerte dichosa, pues no puede morir mal quien ha procurado vivir bien. Amen.

*hominibus semel mori.* <sup>1</sup> Cosa formidable es el morir, pero mas formidable sin comparacion es el morir una sola vez: *Semel*. Si Dios nos hubiese condenado á morir dos veces, tendríamos que pasar por dos grandes males, es verdad; pero estos dos males no equivaldrian al mal de tener que morir una vez sola: *Semel*. Y es la razon, porque muriendo dos veces, podríamos enmendar en la segunda cualquier error que hubiésemos cometido en la primera; por manera que si en la una hubiésemos muerto mal, en la otra podríamos morir bien: pero muriendo una sola vez, ¡ah! todo error cometido en la muerte primera queda por siempre irremediable. Bajo este concepto de unidad la muerte temporal del cuerpo se me presenta mas temible y espantosa que la misma muerte espiritual del alma, porque para esta hallo remedio, y para aquella no. Si el alma muere por el pecado, para resucitarla, basta el sacramento de la Penitencia recibido con las debidas disposiciones, basta la contricion perfecta con propósito de confesarse, basta cualquier sacramento de vivos recibido de buena fe; pero si morimos en cuanto al cuerpo, para arrancarnos del poder de la muerte, no hay penitencia que sirva, no hay contricion que valga, no hay lágrimas que aprovechen. Nuestra suerte está decidida, y decidida por siempre: nuestro destino queda fijado, y fijado irrevocablemente.

Es muy celebrado el dicho de aquél general romano: «En la guerra no es permitido errar dos veces:» *In bello non licet bis errare*; pero yo no lo tengo por muy exacto en el sentido que él lo profirió; porque veo que en las guerras militares el error que se cometió en un principio se enmienda á veces en lo sucesivo, y lo que se perdió en un combate particular se gana despues en una accion general. Solo en la batalla de la muerte se verifica el *non licet bis errare*, solo en la muerte no há lugar á segundo error, ni se puede corregir en el segundo combate la falta cometida en el primero; porque segundo combate no lo hay, porque el primer combate es el último: vencidos una vez,

---

<sup>1</sup> Hebr. IX, 27.

---

## PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

---

Evangelio. *Matth. IV.*

*Despues de haber sido bautizado* Jesús, fué llevado al desierto por el Espíritu Santo, para ser allí tentado del diablo. Y habiendo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, despues tuvo hambre en su naturaleza mortal y pasible. Y el tentador, que vió en esta hambre una ocasion oportuna para tentarle, y descubrir si verdaderamente era el Hijo de Dios, llegándose á él en forma humana, le dijo: Si eres Hijo de Dios, como parece haberlo asegurado la voz del cielo que dijo al tiempo de ser tú bautizado: «Este es mi Hijo muy amado,» dí y manda que estas piedras se conviertan en panes. El cual respondiendo dijo: Escrito está en el capítulo octavo del Deuteronomio: El hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, y así no tengo necesidad de convertir en panes esas piedras. Entonces el diablo, viendo el mal éxito de esta primera tentacion, recurrió á otra, le tomó y le llevó á la Ciudad santa de Jerusalem, y le puso sobre lo mas alto del templo, y puesto allí le dijo: Si eres Hijo de Dios, y puesto que tanta confianza muestras tener en su palabra, échate de aquí abajo sin temor de recibir daño, porque está escrito en el nonagésimo de los Salmos de David: Que Dios ha mandado á sus ángeles cerca de tí, y te llevarán en las ma-

nos, para que no tropieces en piedra alguna con tu pié. Jesús le dijo: También está escrito *en el capítulo sexto del Deuteronomio*: No tentarás al Señor tu Dios, *exponiéndote temerariamente al peligro, para hacer prueba de su poder y bondad*. El diablo, *no dándose aun por vencido*, le llevó de nuevo á un monte muy alto, y *por medio de vision imaginaria* le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrándote me adorares. Entonces le dijo Jesús: Retírate, Satanás, porque escrito está: Adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás. Entonces el diablo le dejó, y luego los ángeles se llegaron á él *visiblemente*, y le servían *de comer*.

### Discurso 1.º *El diablo tentador.*

Ductus est Jesus in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo. *Matth. IV, 1.*

Cuando se nos refiere la historia de las tres tentaciones que el diablo propuso á nuestro Señor Jesucristo, y se nos dice que, despues de haberle propuesto que convirtiese las piedras en panes, le tomó y le llevó, primero sobre la gran cúpula del templo de Jerusalem aconsejándole que de allí se arrojase abajo, y despues sobre la cumbre de un monte altísimo haciéndole ver desde allí todos los reinos de la tierra, y diciéndole que se los daría todos si, echándose á sus piés, le adoraba; nuestro entendimiento, dice san Gregorio Papa,<sup>1</sup> se resiste á creerlo, y nuestro oído se espanta al solo oirlo, porque nos cuesta trabajo persuadirnos que el Hijo de Dios concediese al demonio tal poder sobre su sagrada persona. Pero cesa nuestra admiracion, añade el mismo santo Doctor, luego que reflexionamos que el Salvador permitió cosas aun mas indignas, no ya al demonio, sino á sus ministros y á sus miembros. ¿No fué miembro del demonio aquel Pilátos que le condenó á muerte? ¿no fueron ministros del demonio aquellos soldados que le clavaron en una cruz? ¿Qué extrañeza fué, pues, que permitiese ser llevado por el demonio Aquel que permitió ser crucificado por sus ministros? *Quid ergo mirum, si se ab illo pertulit in montem duci, et tentari, qui se pertulit etiam à membris illius crucifigi?* ¡Ah! concluye diciendo el expresado Doctor, no fué cosa indigna de Jesucristo el permitir ser tentado, porque en esto tuvo tres fines muy altos y adorables, que fueron: enseñarnos con su ejemplo la manera de combatir con el diablo, merecernos con

---

<sup>1</sup> D. Greg. Hom. 16 in Evang.

su triunfo la gracia de vencer en las tentaciones, y hacernos comprender con su historia que nuestra vida es y ha de ser una vida de prueba y de tentacion.

Tal vez el divino Salvador tuvo aun en esto otra mira, y fué quizá dar ocasion al diablo para declararse por lo que es, y poner de manifiesto las sutilezas, las mañas, las mentiras, las astucias de que se vale para seducir á los hombres, á fin de que estos vigilen y se cautelen. Con efecto: siguiendo atentamente el curso de las tentaciones que el diablo propuso á Jesucristo, al instante se echa de ver que es un tentador astuto, sutil, mañoso, embustero, pérfido y vil; y que es menester gran vigilancia y prudencia para no caer en sus lazos. Yo me propongo publicar hoy estas abominables cualidades que forman todo el carácter del diablo tentador, á fin de que entienda quien ha de entender, y oiga quien ha de oír.

---

Puesto que, mientras vivimos en este mundo, hemos de luchar, no con enemigos terrenos y carnales, sino, como dice san Pablo, con el diablo que habita en el aire: *Non est nobis collectatio adversus carnem et sanguinem, sed... contra spiritualia nequitia, in caelestibus;*<sup>1</sup> es de absoluta necesidad conocer bien el carácter de este enemigo, porque de aquí puede depender en gran parte nuestra victoria. Persuadámonos, pues, que el demonio es sumamente astuto, y que posee con perfeccion la maligna ciencia de engañar. Baste decir que es ángel, el cual, si bien por el pecado perdió todos los bienes de la gracia y de la gloria, no perdió un ápice de su viveza natural, de su perspicacia sutilísima y de su comprension asombrosa; porque, como enseña santo Tomás, á los demonios les han quedado del todo intactos los dones naturales que poseian antes que pecasen: *Dona naturalia in dæmonibus integra manent.*<sup>2</sup> ¡Qué hábil en escoger las ocasiones oportunas de tentarnos! ¡qué diestro en conocer la especie de tentacion con que ha de acometernos!

---

<sup>1</sup> Ephes. VI, 12.

<sup>2</sup> D. Thom. 1 part. quæst. 64, 1.

¡qué ingenioso en concebir el plan, el orden y el método con que ha de combatirnos! Veámoslo en la práctica.

¿Visteis lo que hace un general que quiere asaltar una plaza fuerte? La voltea, la mira atentamente por todos lados, nota su situación, se entera de sus baluartes, cuenta sus torres, mide sus murallas; y cuando ya lo tiene todo bien estudiado, entonces dirige el asalto contra el punto que considera mas flaco. Pues del mismo modo el demonio, antes que venga á tentar-nos, examina cuál es nuestra posición, cuál nuestro carácter, cuál nuestro temperamento, cuál nuestra pasión dominante; y cuando lo tiene bien examinado todo, entonces nos embiste por el lado que nos conoce mas débiles y mas dispuestos á sucumbir. Vió que Eva estaba mirando con grande atención y muy despacio el fruto que colgaba del árbol prohibido, y aprovechando luego esta coyuntura, la indujo á comerlo. Vió que David estaba ocioso en una galería mirando á la ventura, y sacando al punto partido de esta circunstancia, le impulsó á cometer un adulterio. Vió que Júdas tenía gran pasión al interés, y valiéndose de esta disposición, le excitó á vender á su divino Maestro. ¿Qué mas? vió que Jesucristo, habiendo ayunado cuarenta días con sus noches, padecía hambre en su naturaleza mortal y pasible, y creyendo que aquella era ocasión oportuna, se le acercó para tentarle y decirle que convirtiese las piedras en panes: *Esuriit. Et accedens tentator, dixit ei: Dic ut lapides isti panes fiant.*

Hé aquí la astucia de que usa tambien con nosotros, y no sin gran perjuicio y ruina de muchas almas. Ve que una mujer de escasa fortuna tiene la gran manía de querer lucir ricos vestidos cual si fuese condesa... ¡hola! dice, esta es la ocasión de buscarle un mal trato que mantenga su lujo á expensas de su honestidad: y se lo busca. Ve que un hombre tiene gran pasión al dinero... ¡bueno! exclama, esta es la hora de inducirle á hacer mil fraudes é injusticias: y le induce. Ve que un jóven comienza á enredarse en amistades y enamoramientos... ¡bravo! piensa, magnífica ocasión es esta de precipitarle en todo género de impurezas: y le precipita. Prudencia, pues, prudencia con este tentador astuto, y no darle motivo, ocasión



ni pretexto para venir á tentarnos; porque si se la damos, de seguro la aprovechará. Seamos cautos, estemos alerta, porque no busca sino una coyuntura para embestirnos y perdernos: el aviso es de san Pedro: *Sobrii estote, et vigilate, quia adversarius vester diabolus... circuit quærens quem devoret.* <sup>1</sup>

Y tanto mas debemos cautelarnos de él, cuanto que, cuando viene á tentarnos, tiene la astucia de proponernos como mal muy leve aquello que sabe ha de costarnos muy caro, y será despues motivo de que experimentemos grandes castigos de parte de Dios. Dí, dijo á Jesucristo, que estas piedras se conviertan en panes: *Dic ut lapides isti panes fiant.* ¡Dí!... es fácil decirlo, pero ¿y hacerlo? para obrar una conversion tan admirable, no basta una simple palabra, es menester intervenza el poder divino. Error, responde el diablo: hacer que las piedras se conviertan en panes es cosa tan fácil, que se hace con solo articular pocas sílabas: *Dic.* Esta es la traza de que usa tambien con nosotros: nos pinta como faltas muy ténues las cosas que en realidad son á veces culpas horribles. ¿Qué es, dice, el condescender con esa pasion? ¿qué el defraudar una que otra cosa? ¿qué el faltar una ú otra vez á la misa, á la abstinencia y á otros preceptos de la Iglesia? ¿qué, en fin, el conversar sobre puntos que hieren un poco la honestidad, la religion y la caridad debida al prójimo? Esas son pequeneces en que Dios ni siquiera para atencion; y dado que la parase, bastaria una confesion para remediarlo todo: *Dic ut lapides isti panes fiant.* Así se explica el astuto, pero ¿tendremos el candor de creerle? Cuidado, nos dice el Espíritu-santo, cuidado en no dar crédito al enemigo: *Ne credas inimico tuo.* <sup>2</sup> Si una cosa es ó no pecado grave, no es el demonio quien ha de decidirlo, sino la Escritura, la fe y la santa Iglesia: preguntemos á estas, y atengámonos á lo que ellas nos digan. Que si el demonio nos sale con que la buena confesion lo cancela todo, contestémosle que no es cosa tan fácil convertir las piedras en panes, y que

---

<sup>1</sup> 1 Petr. V, 8.

<sup>2</sup> Eccli. XII, 10.

una buena confesion no se hace con la facilidad que él supone.

Pero ved aquí otra astucia de que suele echar mano: comienza por proponernos faltas realmente pequeñas, y si somos fáciles en acceder, paso á paso va conduciéndonos á las mas grandes. Observad: primero presenta á Jesucristo un medio de ocurrir al hambre que padece: *Dic ut lapides isti panes fiant*; luego, haciéndose mas atrevido, le aconseja que de lo mas alto del templo se precipite abajo: *Mitte te deorsum*; y al fin, llegando al mas alto grado del descaro, le dice que se arrodille á sus piés, y le adore: *Si cadens adoraveris me*. ¿Veis? comienza por poco, para hacernos llegar á lo mucho. Por esto dice el Crisóstomo que al demonio le basta que comencemos á pecar: *Illi solis dumtaxat iníitiis opus est*; con tal que comencemos, ya tiene el camino abierto para llevarnos á la perversion mas completa.

En verdad: se propone hacer del inocente David un rey adúltero, homicida y escandaloso: ¿qué le pide? poca cosa, no mas que mire con mucha atencion á una vasalla suya llamada Betsabé. ¿Quién ha de hacer caso de una mirada? piensa David. Sí, pero con esta mirada tiene el demonio lo bastante para llevarle al extremo de la perversion. Intenta trasformar al piadoso Saúl en mónstruo de iniquidad: ¿qué le propone? una pequeñez, solo que, contra lo prevenido por el profeta Samuel, adelante la hora del sacrificio y lo haga él mismo. ¿Quién se para en cosa tan frívola? dice Saúl. Sí, pero esta cosa frívola basta al demonio para conducirle á la obstinacion mas espantosa. Resuelve precipitar á Júdas en un abismo de maldades: ¿qué procura? una cosa insignificante, que cobre mucho cariño al dinero. ¿Es esto un gran mal? dice Júdas. Sí, pero ya sabrá el demonio hacerlo crecer: del apego al dinero le conduce á cometer hurtos secretos, de aquí á la venta de su Maestro, de aquí á la comunion sacrilega, de aquí á la desesperacion, y de la desesperacion al suicidio. ¡Ay! estos tristes ejemplos se reproducen diariamente entre nosotros. Viene el demonio á proponer un mal que, mirado en sí y prescindiendo de las consecuencias, no parece ser cosa grave, y así tampoco se tiene dificultad en consentirlo. Un trato algo apasionado, una amistad un poco íntima, una conversacion algo divertida, un amigo

un tanto travieso... ¿quién hace caso de estas cosas? dicen algunos, ¿no son pequeñeces dignas de despreciarse? Tanto como se quiera, respondo yo, pero son tambien los primeros pasos que el demonio hace dar para llevar á la perversion mas completa. Lo cierto es que el Espíritu-santo nos avisa, que quien no hace caso de las cosas pequeñas, poco á poco caerá en las grandes: *Qui spernit modica, paulatim decidet.*<sup>1</sup>

Quiero ahora noteis otra cualidad del espíritu tentador, y es que á su astucia infernal añade una avaricia increíble. ¿Qué le ofrece á Jesucristo cuando va á tentarle? ¡piedras!!! ¡Ved qué presente! *Dic ut lapides isti panes fiant.* Al menos le hubiese presentado las piedras ya convertidas en panes; pero no, que si el Salvador quiere comer, menester es que él mismo haga la conversion. No de otra suerte se conduce con nosotros: nos invita á gozar de las cosas prohibidas, pero haciendo nosotros el gasto, pero cargando nosotros con toda la cuenta. ¿Quereis satisfacer la sensualidad? Bien; pero será menester que lo hagais á vuestras expensas. Si os resignais á esto, podréis satisfacer la sensualidad; de lo contrario, no: *Dic ut lapides isti panes fiant.* ¿Quereis satisfacer la avaricia? Corriente; pero ha de ser cargando vosotros con toda la cuenta, haciendo vosotros todo el trabajo. Si vosotros mismos os procurais las riquezas, podréis disfrutarlas; si ha de hacerlo él, de ningun modo: *Dic ut lapides isti panes fiant.* ¿Quereis satisfacer vuestra ambicion, y alcanzar por la intriga honores que nunca obtendrais por vuestros méritos? Justo; pero será indispensable que vosotros mismos hagais el milagro; si él ha de hacerlo, podeis renunciar á toda esperanza: *Dic ut lapides isti panes fiant.* Pregunto ahora: ¿puede haber locura mayor que sacrificar el alma por complacer á un tentador que nada ofrece en recompensa? ¡Y sin embargo esta locura la padecen muchos cristianos!

Vengamos á otra particularidad que tiene nuestro gran adversario, y es la de ser un grandísimo embustero. Observad: sube á Jesucristo sobre un monte muy alto, y mostrándole

---

<sup>1</sup> Eccli. XIX, 1.

desde allí todos los reinos de la tierra, le dice estas materiales palabras referidas por san Lucas: Te daré todos estos reinos con su gloria, porque á mí han sido dados, y yo los doy á quien quiero. Por lo tanto, si postrado me adorares, todos serán tuyos: *Tibi dabo potestatem hanc, et gloriam illorum: quia mihi tradita sunt, et cui volo do illa. Tu ergo si adoraveris coram me, erunt tua omnia.*<sup>1</sup> ¡Cuántas mentiras en pocas palabras! Contémoslas: en primer lugar le dice que le hace ver todos los reinos de la tierra: mentira. ¿Dónde hay un monte tan alto que desde él puedan verse todos los reinos de la tierra? A mas de que la tierra es esférica, y de consiguiente de cualquier punto que se la mirase, aunque fuese desde la luna, seria imposible ver de ella mas que la mitad. Y aun cuando se presentase toda visible, ¿hay vista corporal bastante fuerte para recorrerla toda de un golpe, y distinguir con claridad todos sus reinos con su gloria? No fué, pues, verdadera aquella vision: fué fantástica, aparente, fingida. Dice luego que todo lo que hay en la tierra es suyo: mentira. La tierra y cuanto en ella hay es de Dios nuestro Señor: *Domini est terra et plenitudo ejus.* Añade que toda la tierra le ha sido dada: mentira. ¿Y quién se la ha dado? ¿Dios?... Dios no ha dado la tierra al demonio, sino á los hijos de los hombres: *Terram autem dedit filiis hominum.* Concluye diciendo, que le dará todos los reinos de la tierra, si, echándose á sus piés, le adora: mentira. Ninguna intencion tenia de dárselos, ni se los hubiera dado aunque Jesucristo le hubiese adorado, y él hubiese podido darlos á quien quisiese; porque en tal supuesto hubiera tenido que quitarlos á otros, ¿y es creible que por adquirir un adorador quisiese perder muchos?

El demonio, pues, promete, y promete mucho; pero de todo lo que promete da muy poco ó nada. Esto lo habreis experimentado vosotros mismos, si por desgracia vuestra le habeis creído alguna vez. Las grandes cosas que esperabais sirviéndole, ¿las habeis conseguido? Confesad que hasta el presente

---

<sup>1</sup> Luc. IV, 6 et 7.

no habeis conseguido ninguna, ó muy pocas. Y esas pocas ¿cómo os las ha dado el demonio? Confesad que os las ha dado mezcladas con mil disgustos, incomodidades, agitaciones, turbaciones de espíritu é inquietudes de corazón. ¿Y por cuanto tiempo os las ha dado? Confesad que por brevísimo tiempo, porque al fin moriréis, y mas pronto de lo que pensais; y entonces todo habrá pasado, todo habrá concluido para vosotros.

Escarmentad, pues, y la experiencia de lo pasado os sirva de regla para lo sucesivo. Ojo, vuelve á decirnos el Príncipe de los apóstoles, ojo al enemigo, que está espiando una ocasion oportuna para perderos: *Vigilate, quia adversarius vester diabolus... circuit querens quem devoret*. No basta esto, dice Jesucristo, para no caer en la tentacion, no basta la vigilancia: es menester añadir la oracion: *Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem*.<sup>1</sup> Velad, sí, y mucho; porque el tentador es eminentemente astuto, y de cualquier descuido sabe sacar partido: *Vigilate*; pero orad tambien, y con gran fervor; porque la oracion os obtendrá luces para descubrir sus lazos, prevision para no caer en sus engaños, fuerzas para resistir á sus asaltos. Orando Moisés, los israelitas vencian; dejando Moisés de orar, los israelitas eran vencidos. ¿Entendeis? Velando y orando venceréis al demonio, dejando la vigilancia y la oracion el demonio os vencerá á vosotros. Tened esto siempre presente, y haga Dios que os conduzcais de manera que, al llegar al término de la vida, podais decir con el santo David: Nuestra alma, cómo pájaro, escapó del lazo del cazador infernal; el lazo fué quebrado, y nosotros quedamos libres: *Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium: laqueus contritus est, et nos liberati sumus*.<sup>2</sup> Amen.

---

<sup>1</sup> Matth. XXVI, 41.

<sup>2</sup> Psalm. CXXIII, 7.

## Discurso 2.º *El cautivo del diablo.*

Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me. *Matth. IV, 9.*

Si cosa hay que pueda darnos una idea justa del valor, nobleza y dignidad de nuestra alma, es ese grandísimo empeño que el demonio tiene en robarla á Dios, son esas diligencias exquisitas que practica para hacerla suya: ¡Qué no discurre, qué no hace, qué no emprende al efecto! Sabiendo que Jesucristo estaba en el desierto padeciendo hambre, á consecuencia de haber pasado cuarenta días y cuarenta noches sin tomar alimento alguno, se encamina allá, toma forma humana, y, presentándole algunas piedras, le dirige estas palabras malignas y seductoras: ¿Qué estás aquí padeciendo hambre? Si eres Hijo de Dios, como la declaró la voz del cielo que resonó en el Jordán el día de tu bautismo, conviérte estas piedras en panes, y saciate: *Si filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant.* Habiendo el Salvador confundido su osadía tirándole al rostro un texto de la Escritura sagrada, no por esto desistió de su empeño, sino que, resuelto á posesionarse de su alma santísima, dado que fuese puro hombre, como él sospechaba, le tomó y le llevó sobre la gran cúpula del templo de Jerusalem, y teniéndole allí, le habló este lenguaje falaz y capcioso: Si verdaderamente eres Hijo de Dios, como me induce á creerlo la respuesta admirable que me has dado en el desierto, échate de aquí abajo, en la seguridad de que ningun daño ha de resultarte: *Mitte te deorsum.* Habiendo el Salvador dado á esta indigna proposición la respuesta que merecía, no por esto cejó el demonio en la idea de hacer suya su santísima alma; y así llevándole á la cumbre de un monte muy alto, y mostrándole, bien que fantásticamente, todos los reinos del mundo, le dijo: ¿Ves esos reinos? ¿ves cuánta es su gloria, su esplendor y su riqueza?

Pues todos, todos te los daré, si postrándote me adoras: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.*

Esto nos dice lo que el demonio estaria dispuesto á hacer por la adquisicion de cualquiera de nuestras almas; y nos lo dicen tambien los lazos que nos para, las tentaciones con que nos combate, y los pecados á que nos provoca. Que si él se afana tanto por hacerse dueño de una alma, ¿qué no hará por conservarla en su dominio una vez la tenga cautiva? Los engaños que al efecto emplea, los medios que adopta, la vigilancia que despliega, serian increíbles si no lo dijese de consuno la razon, la Escritura y las historias. Siguiendo á estas vengo á poner de manifiesto cuál es la infeliz situacion del alma cautiva del diablo, atendida la vigilancia con que este la guarda á fin de que no salga de su dominio. Asunto importante, que debéis escuchar con toda la atencion posible.

---

Despues que el demonio ha conseguido apoderarse de una alma induciéndola á pecar, su primer cuidado y diligencia es atarla bien, á fin de que no le sea fácil recobrar la libertad. Así me ató á mí, dice David, despues que me hubo inducido á cometer el adulterio con Betsabé: *Funes peccatorum circumplexi sunt me.* <sup>1</sup> Así ató á aquella infeliz mujer de que habla san Lucas, la cual estaba tan oprimida de cadenas, que iba encorvada sin poder mirar hácia arriba: *Ecce mulier... erat inclinata, nec omninò poterat sursum respicere.* <sup>2</sup> Que si se me pregunta cómo y de qué manera el demonio ata al alma que tiene cautiva, responderé que no ata á todas del mismo modo, sino segun y conforme se presentan las circunstancias. A veces la ata induciéndola á cometer tantas y tantas culpas, que, sin que ella misma se aperciba, llega á contraer el hábito de pecar, del que muy dificilmente puede despues librarse: así ató á san Agustín en su mocedad, como él mismo confiesa en el libro octavo de sus Confesiones. A veces la ata haciéndola tomar una

---

<sup>1</sup> Psalm. CXVIII, 61.

<sup>2</sup> Luc. XIII, 41.

mala compañía, la que con sus persuaciones, consejos, malos ejemplos, y á veces ruegos y lágrimas, de tal modo la compromete en el mal, que le es moralmente imposible separarse de él por mucho que lo desee: de esta suerte ató á Volter, de quien se sabe que, deseando ardientemente abjurar sus malas doctrinas y reconciliarse con Dios, no pudo lograrlo, porque sus perversos compañeros se lo impidieron. A veces la ata, y esto es muy frecuente, haciéndola tomar amistad ilícita con persona de sexo diferente, de la cual se sirve él como de una soga para tenerla fuertemente amarrada en el crimen, sin que sepa romperla, por mas que su conciencia se lo dicte, por mas que su honor se lo reclame, por mas que su propio corazon lo desee y lo suspire: de este modo ató á Samson, de quien leemos en el libro de los Jueces de Israel, que no sabia abandonar á su amiga Dálila, no obstante haber experimentado varias veces su falsedad y perfidia, y saber de positivo que le tenia vendido á sus capitales enemigos los filisteos. A veces la ata sugeriéndola una repugnancia casi invencible á declarar sus pecados en la confesion, haciéndola pasar años enteros sin descubrir la llaga que interiormente la tortura: así ata á no pocos cristianos, particularmente jóvenes y de carácter tímido, los cuales prefieren permanecer en su esclavitud antes que revelar sus flaquezas en el tribunal de la Penitencia. Fuertes son todas estas ataduras, pero ¿diremos que llegan á ser inquebrantables? Guardémonos de esto: Agustino rompió las cadenas del mal hábito, Samson se desembarazó de las ligaduras de Dálila, y el pecador cautivo del demonio puede destrozarse sus ataduras. ¿Cómo? recurriendo á Dios que nunca desecha la oracion humilde, y haciendo de sí lo que buenamente pueda.

No para aquí el maligno, no se contenta con atar bien á su prisionero, sino que además procura disfrute de una cierta paz y tranquilidad, para que viva contento bajo su dominio, como dice Jesucristo: *Cum fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt, ea quæ possidet.* <sup>1</sup> Así como el perro no ladra á los do-

---

<sup>1</sup> Luc. XI, 21.



mésticos, sino tan solo á los forasteros; así como el cazador no persigue las ovejas que tiene en casa, sino las fieras que andan por el bosque; así como un conquistador no molesta las ciudades que se le sujetan, sino solamente las que le oponen resistencia; así el demonio, al paso que es muy fiero con los que viven en gracia, y los molesta con todo género de tentaciones, al contrario, con el que ha caído ya en su poder, y le considera como doméstico suyo, como oveja acorralada, como ciudad rendida, con este suele conducirse como amigo, dejando de perseguirle y molestarle: *In pace sunt, ea que possidet.* ¿Y para qué habia de inquietarle? Jamás se ha visto, dice san Juan Crisóstomo, que los piratas aborden una nave que saben va en lastre, y nada lleva que pueda ser objeto de su rapacidad y codicia: la nave que ellos abordan es la que saben va cargada de mercancías preciosas. Igualmente, añade el mismo Santo, el demonio no fácilmente persigue y molesta al pecador, que es nave vacía de toda riqueza espiritual; sino mas bien al justo, en quien ve muchos tesoros de méritos y de gracia: *Diabolus non faciliè persequitur peccatorem, sed justum potiùs, ubi multe sunt opes.* Que no se tenga, pues, el pecador por dichoso viendo que el demonio le deja en paz, ni se cuida de molestarle; antes tema, y tema mucho, porque esto es indicio de que ya le cuenta por suyo, y no ve necesidad de cargarle de nuevas cadenas.

Lo que sí procura es, halagarle de muchas maneras, para que duerma profundamente en el pecado. ¿Visteis lo que hace una madre que quiere hacer dormir al niño? se sienta al lado de su cuna, y con voz melodiosa va cantando arias y estribillos hasta que logra hacerle entrar en un sueño plácido y profundo; y si á pesar de esto el niño da señales de querer despertar, procura con algunos halagos y caricias hacerle dormir de nuevo, y así va manteniéndole dormido todo el tiempo que desea. Del mismo modo el demonio, deseando que el alma cautiva duerma profundamente en el pecado, le va diciendo cosas las mas apropósito para hacerla entrar en un sueño dulce y tranquilo, reservando empero las mas melosas para el caso que despierte alguna vez, y trate de salir de su infeliz esta-

do. En efecto: si un dia la conciencia comienza á agitársele y á estimularla á la conversion, al punto acude él á hacerla callar diciendo, que algo se ha de conceder á las pasiones, que otros hay que hacen lo mismo, y que si Dios quisiera condenar á todos los pecadores, no tendria con que poblar el cielo. Si otro dia, recordando el pecador la santa paz y verdadera tranquilidad en que vivia antes de pecar, concibe la idea de recobrarlas por medio de la penitencia, al momento acude él á hacerle olvidar de aquel estado dichoso por medio de satisfacciones vanas y mundanales, á semejanza de los babilonios que, viendo que los israelitas que tenian cautivos no sabian olvidar su amada patria, procuraban distraerles de esta memoria obligándoles á cantar al son de sus órganos los cánticos propios de su pais: *Hymnum cantate nobis de canticis Sion.* <sup>1</sup> Si otro dia, reflexionando el pecador cautivo que tiene el alma en estado de perdicion, comienza á discurrir tambien sobre los medios que le convendria adoptar para ponerla á salvo, no hallando contento mientras no lo consiga, inmediatamente se presenta él á aquietarle y consolarle por medio de algun placer ó diversion, imitando en esto al Príncipe de Siquem, quien, viendo que Dina, á quien habia robado la virginidad y el honor, estaba triste é inconsolable por esta pérdida, procuraba consolarla y divertirla con todo género de caricias y halagos: *Tristemque delinivit blanditiis.* <sup>2</sup>

No para todavía aquí su vigilancia y recelo por custodiar al alma cautiva: como si todas estas diligencias fuesen vanas é inútiles, emplea otras mucho mas seguras y eficaces. Para asegurar aun mas la presa, y hacer que la conversion le sea mas difícil ¿qué hace? A la manera que los filisteos, luego que se hubieron apoderado de Samson, su primera diligencia fué sacarle los ojos á fin de hacerle materialmente imposible la fuga: *Quem cum apprehendissent Philistiim, statim eruerunt oculos ejus;* <sup>3</sup> igualmente el demonio quita al pecador los ojos de la

<sup>1</sup> Psalm. CXXXVI, 3.

<sup>2</sup> Gen. XXXIV, 3.

<sup>3</sup> Judic. XVI, 21.

inteligencia, es decir, llama toda su atención sobre los negocios terrenos y mundanales, para que jamás ni considere los novísimos, ni piense en la eternidad, ni se acuerde de Dios, ni vea su condenación, ni atienda á nada de cuanto podría ayudarle á volver al buen camino. Mas: así como los sacerdotes del gran ídolo Moloc, mientras los niños eran sacrificados y quemados vivos en su altar, movían gran ruido con tambores y clarines, para que sus clamores y desgarradores gritos no llegasen al oído de sus padres que presenciaban el horrible sacrificio; de igual modo el demonio, para que no lleguen al oído del pecador ni las amenazas de Dios, ni los gritos de su conciencia, ni las amonestaciones de los predicadores, ni los consejos de los amigos, ni los clamores de la propia alma que lamenta su perdición, procura mover gran ruido con las cosas del mundo, no dejándole percibir otra cosa que la grande algazara de diversiones, fiestas, recreos, negocios y vanidades. Mas todavía: al modo que á aquel energúmeno de que habla san Lucas le quitó la palabra, para que no pudiese manifestar sus padecimientos; <sup>1</sup> así al pecador cautivo le hace mudo, á fin de que no declare ni los pecados cometidos, ni los hábitos que le dominan, ni las ocasiones en que vive enredado. Es decir, que le hace ciego, sordo y mudo: ciego, para que no vea su infeliz situación: sordo, para que no oiga correcciones ni avisos: mudo, para que no declare sus vicios y pecados. ¿Cabe vigilancia mayor? ¿viéronse jamás tales precauciones? ¿Cuándo se ha visto, oído ni leído que, para asegurar á un prisionero, se le hayan sacado los ojos, tapado el oído, y puesto un candado á la boca? Pues lo que jamás se vió, oyó ni leyó, esto lo hace el demonio con el pecador que ha tenido la desventura de caer en sus manos.

Después de esto, sin duda vais á creer que nada le queda ya al demonio por hacer respecto de su cautivo; pero os equivocais. Haced que éste, ó cansado de su mala vida, ó herido de la voz de algún predicador, ó llamado de la gracia, ó por

---

<sup>1</sup> Luc. XI, 14.

otro motivo cualquiera, trate de convertirse sinceramente á Dios: aquí de las mañas y astucias, aquí de las trampas y ardidés para impedirselo. Ya le exagera la gravedad de sus pecados, pintándoselos tan enormes que no tiene que esperar de ellos el perdón: ya le pondera la dificultad de la conversión, proponiéndosela tan erizada de inconvenientes que no hay medio de vencerlos: ya le abulta la austeridad de la penitencia, fingiéndosela tan severa que no hay fuerzas para llevarla: ya, en fin, le hace presentes la dulzura del pecado, la vergüenza de la confesión, la dificultad de la enmienda. Ya se ve que todo esto no es mas que un tejido de engaños y mentiras, pues ni los pecados son imperdonables, ni la conversión es imposible, ni la penitencia es impracticable, ni la confesión es costosa, ni la enmienda es caso negado. Pero él se lo persuade así, y de un modo tan enérgico y eficaz, que el infeliz cautivo lo cree y lo tiene por cierto. Al modo que las turbas gritaban que la hija de Jairo estaba muerta, y por mas que el Salvador decia, que no estaba muerta sino que dormia: *Non est mortua puella, sed dormit*;<sup>1</sup> ellas insistian en que estaba muerta sin duda alguna; así el demonio, cuando otra cosa no puede, da á entender al pecador que su mal ya no tiene remedio y que su causa es del todo perdida. ¡Qué! le dice, ¿tú confesar tantas y tan abominables culpas? ¿tú dejar aquella amistad? ¿tú sujetar aquella pasión? ¿tú hacer penitencia de tus pecados? ¿Dios perdonártelos? ¿el confesor absolverte de ellos? ¡Error, ilusion, delirio! Así engañó á Caín, y le retuvo en su poder: así engañó á Judas, y le llevó á la desesperacion: así engaña á muchos, y los induce á creerse ya enteramente desahuciados.

Y ya que alguna vez el pecador, no dejándose aturdir por estos espantajos, se anime, como debe, á esperar en la divina misericordia, á confesar sus pecados y á emprender nueva vida, ¿pensais que él deja por esto de adoptar nuevos medios para impedirselo? Está bien, le dice, que enmiendes la vida y te conviertas á Dios; pero ¿qué necesidad tienes de hacerlo

---

<sup>1</sup> Luc. VIII, 52.

desde luego? ¿por qué tanta precipitación? Podrias disfrutar algun tiempo mas de las dulzuras del pecado, y despues... y despues hacer lo que mas te convenga. Así habló á un levita su padre político, segun se lee en el libro de los Jueces de Israel. Habia aquel ido á pasar algunos dias en su casa junto con su esposa, y estando ya para partir, el suegro le presentó una merienda, diciéndole: Ruégote que hoy te quedes conmigo, y nos alegremos juntos: *Quæso te, ut hodie hîc maneat, pariterque lætemur.*<sup>1</sup> Accedió el yerno, y quedóse con él hasta el dia siguiente. Al querer partir, presentóle el suegro otra merienda, y repitiéndole las palabras del dia anterior, le obligó á quedarse un dia mas. Lo mismo hizo el dia siguiente, lo mismo volvió á hacer el otro dia, hasta que el yerno, habiendo diferido demasiado la partida, cayó en poder de los gabaonitas, que dieron muerte á su consorte. Del mismo modo habla el demonio al pecador á quien ve resuelto á verificar de todos modos su conversion. Ruégote, le dice, que no te separes de mí tan pronto, que permanezcas algun tiempo mas en mi compañía, á fin de disfrutar entretanto de los placeres que te ofrezco: *Quæso te, ut hodie hîc maneat, pariterque lætemur.* Lo mismo le dice el otro año, lo mismo vuelve á decirle el año siguiente, hasta que, disfrutando el pecador para demasiado tarde su conversion, cae en manos de la justicia divina, y perece eternamente.

Que si el pecador, desoyendo sus maliciosos consejos, dice con David: No, no mas retardos, no mas dilaciones; quiero convertirme á Dios, y convertirme desde luego: *Ecce nunc cepi,* entonces el demonio, cambiando los halagos en furor, y convirtiéndose de amigo fingido en verdadero verdugo, le hace sentir sus iras, y le toma por blanco de la mas encarnizada persecucion. Así nos lo manifiesta san Márcos con el ejemplo de aquel energúmeno de quien Jesucristo echó el demonio impuro. No bien entendió el maligno que decididamente habia de salir del cuerpo de aquel hombre, cuando comenzó á atormentarle horriblemente de diferentes modos: *Multùm discernens eum,*

---

<sup>1</sup> Judic. XIX, 6.

*exiit ab eo.*<sup>1</sup> ¿Qué nos dice este hecho? que cuando el demonio entiende que el alma pecadora, animada de la gracia de Jesucristo, va á romper sus lazos, y á escapársele de las manos, lleno de ira y de furor, levanta contra ella una tempestad de dudas, desconfianzas, vacilaciones; y á veces de injurias, persecuciones y sufrimientos. Dudas sobre si dejará el pecado ó no lo dejará, desconfianzas sobre si Dios la perdonará ó no, vacilaciones sobre si podrá ó no soportar el rigor de la vida virtuosa: injurias de parte del mundo que la burla, persecuciones de parte de los amigos que la zahieren, sufrimientos de parte de las pasiones que se irritan y se sublevan.

Pues si ello es así, habrá quien piense, si tanta es la vigilancia con que el demonio guarda al alma cautiva, será menester creer que es cosa poco menos que imposible salir de su dominio.—No, no es cosa casi imposible salir de su dominio, ni siquiera cosa muy difícil, porque toda su vigilancia queda burlada con dos medios bastante sencillos: con reclamar el auxilio divino, y con tener un poco de resolucion. Resolved sinceramente salir de la culpa, pedid á Dios su santa gracia para llevar á cabo vuestra resolucion; y veréis cuán pronto recobrais la libertad. Con solo acudir á Dios compungidos de vuestras culpas, y exponerlas debidamente en el tribunal de la Penitencia, se podrá decir á cada uno de vosotros una cosa parecida á la que un ángel dijo á san Pedro: Levántate aprisa, porque han caido de tus manos las cadenas con que el demonio te tenia cautivo: *Surge velociter, quia ceciderunt catenæ de manibus tuis.*<sup>2</sup> Háganos Dios la gracia de ver este milagro en la presente Cuaresma. Amen.

---

<sup>1</sup> Marc. IX, 28.

<sup>2</sup> Act. XII, 7.

## Homilia sobre el Evangelio *Ductus est Jesus.*

El Evangelio del presente domingo es una historia muy circunstanciada de las tres tentaciones con que el diablo acometió á nuestro Señor Jesucristo, y es tan fecundo en reflexiones, que cada palabra suya contiene una instruccion, y en cada texto ofrece una máxima de la mas importante moralidad. Fijémonos en los principales, siguiendo paso á paso al evangelista san Mateo, que es quien nos refiere esta historia interesantísima.

---

Despues de haber sido bautizado Jesús, dice, fué conducido por el espíritu al desierto, para ser allí tentado del diablo: *Ductus est Jesus in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo.* Estas pocas palabras dan pié para suscitar tres cuestiones tan útiles como prácticas. Primera: ¿Era conveniente que nuestro Señor Jesucristo fuese tentado? Segunda: ¿Cuál fué el espíritu que le condujo al lugar de la tentacion, fué el espíritu divino ó el espíritu diabólico? Tercera: ¿Por qué el lugar de la tentacion hubo de ser un desierto?

Acerca de la primera cuestion, oigamos á santo Tomás que la resuelve de una manera admirable: «Era convenientísimo, dice en su *Suma teológica*, que Jesucristo fuese tentado, y esto por tres razones: primera, para darnos auxilio contra las tentaciones á que estamos expuestos, porque era justo que, así como habia venido á destruir nuestra muerte con la suya, así con sus tentaciones venciese las nuestras. Segunda, para que viendo nosotros que el mismo Jesucristo fué tentado, no nos creamos libres de tentaciones por muy santos que seamos. Tercera, para enseñarnos con su ejemplo el modo con que hemos de vencer al diablo siempre que venga á combatirnos.» <sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> D. Thom. 3 part. quæst. 41, art. 1.

De aquí resulta que no debemos quejarnos si somos tentados, porque si el mismo Hijo de Dios lo fué, no hay razon para que no lo seamos nosotros. En él el ser tentado fué eleccion, pues lo fué porque quiso serlo; pero en nosotros es necesidad, pues no podemos dejar de serlo mientras llevemos encima esta carne frágil y corruptible. Pero es una necesidad dichosa, porque, si queremos, redundará en gran ventaja nuestra, dándonos ocasion de acumular grandes méritos para la otra vida. Feliz, dice Santiago, feliz el hombre que padece tentacion, porque despues que habrá sido acrisolado en ella, recibirá la corona de la vida: *Beatus vir qui suffert tentationem, quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ.* <sup>1</sup> No solo por esta razon es dichoso el que padece tentaciones, sino tambien porque de ellas puede tomar motivo para mantenerse mas humilde, acudir con mas frecuencia á Dios, y conocerse mejor á sí mismo; porque, como dice el Eclesiástico, el que no ha sido tentado ¿qué sabe él si es ó no fiel á Dios, si tiene ó no virtud? *Qui non est tentatus, quid scit?* <sup>2</sup>

¿Diremos, segun esto, que hace bien quien busca adrede la tentacion? Antes de contestar á esta pregunta conviene resolvamos la segunda cuestion que propuse antes. San Mateo dice que Jesucristo fué conducido al lugar de la tentacion por el espíritu: *Ductus est Jesus... à spiritu;* pero ¿por cuál espíritu? ¿por el Espíritu-santo, ó por el espíritu malo? Santo Tomás, siguiendo el comun parecer de los Santos Padres, dice que fué conducido por el Espíritu-santo, el cual le impulsó á presentarse espontaneamente en el lugar de la tentacion para derrotar al diablo: *Quod dicitur... Ductus est Jesus in desertum à spiritu, intelligendum de Spiritu santo, ut scilicet, illuc eum Spiritus suus duceret, ubi eum... spiritus malignus inveniret.* <sup>3</sup> Conforme á esto, de dos modos se puede ir al encuentro de la tentacion: ó llevado del espíritu de Dios, es decir, de la necesidad, de la caridad, de la obligacion; ó llevado del espíritu malo, esto es,

---

<sup>1</sup> Jac. I, 12.

<sup>2</sup> Eccli. XXXIV, 9.

<sup>3</sup> D. Thom. ib. ad primum.



de la presuncion, de la temeridad, del capricho. ¿Vais al encuentro de la tentacion del primer modo? id confiados, que no os faltará el socorro divino para vencerla, pues para estos casos ha ordenado Dios á sus ángeles que os guarden en todos vuestros caminos: *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.* ¿Vais al encuentro de la tentacion llevados de la presuncion ó del capricho? temblad, que no volveréis sin haber caido en ella, pues para los presuntuosos ha dicho el Espiritu-santo: Quien ama el peligro, en él perecerá: *Qui amat periculum, in illo peribit.* <sup>1</sup>

¿No os parece extraño que Jesucristo, queriendo derrotar al diablo, escogiese un desierto por campo de batalla? ¿por qué no escogió un lugar público y lleno de espectadores, donde su triunfo habria sido mas glorioso? La respuesta á esta tercera cuestion os mostrará, á mas de lo dicho, la gran cautela con que debeis proceder acerca de las tentaciones. Jesucristo se fué á un desierto, porque, antes de librar la batalla con el enemigo, quiso prepararse con el retiro, con la oracion y el ayuno; enseñándonos con esto que estas tres cosas nos son necesarias para triunfar de los enemigos que por todos lados nos circuyen. Necesario el retiro, al menos el que sea conforme al estado de cada uno; porque si queremos verlo todo, oirlo todo, presenciarlo todo, necesariamente hemos de encontrar objetos que nos provoquen y nos tienten. Necesaria la oracion, porque sin la ayuda de Dios, dice san Pablo, no bastan nuestras fuerzas para resistir á las tentaciones: *Omnis sufficientia nostra ex Deo est;* <sup>2</sup> y la ayuda de Dios no podemos esperarla si no la pedimos. Necesario el ayuno ó la mortificacion, siquiera moderada y discreta; porque quien nunca se mortifica en las cosas lícitas, cae fácilmente en la tentacion de las cosas ilícitas. Esto lo enseña la experiencia, esto lo aseguran unánimemente todos los doctores ascéticos.

Sigamos á san Mateo. Estando ya Jesucristo en el desierto,

---

<sup>1</sup> Eccli. III, 27.

<sup>2</sup> 2 Corint. III, 5.

dice, y sintiendo hambre despues de haber ayunado una cuaresma entera, se le acercó el tentador y le dijo: Si eres Hijo de Dios, valte de tu omnipotencia, y convierte en panes estas piedras: *Cum jejunasset quadraginta diebus, et quadraginta noctibus, esuriit. Et accedens tentator dixit ei: Si filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant.* Hé aquí un texto que no se comprende desde luego. San Mateo dice que estas palabras del demonio fueron una verdadera tentacion: *Et accedens tentator, dixit;* y con todo parece que no lo fueron, porque ¿qué mal hubiera sido el convertir las piedras en panes? «En el concepto del demonio, responde santo Tomás, hubiera sido un pecado grandísimo, porque, aunque el buscar medios por socorrer el hambre de sí no es pecado, lo es querer socorrerla por medio de un milagro cuando es fácil socorrerla por medios puramente humanos.» <sup>1</sup> Así, pues, la propuesta del demonio fué una verdadera tentacion, y tanto mas peligrosa en sí cuanto menos parecia serlo. Así seduce á muchos cristianos: les propone cosas que, miradas á la lijera, son del todo inocentes, al paso que bien examinadas, se descubre en ellas un gran fondo de malicia.

Viendo el demonio deshecha su primera tentacion, tomó á Jesucristo, permitiéndoselo Jesucristo mismo, y le trasportó sobre el cimborio del templo de Jerusalem, para armarle otra: *Tunc assumpsit eum diabolus in sanctam civitatem, et statuit eum super pinnaculum templi.* ¿Sobre el cimborio del templo cabalmente?... ¿Y por qué no le trasportó sobre la casa de Sion, ó sobre la fortaleza arábica, ó sobre la torre de Heródes, que eran edificios mas altos que el templo? Esta leccion va para vosotras, almas devotas y espirituales, y os dice que el demonio, furioso contra las personas que han llegado á un grado bastante elevado de virtud y perfeccion, nada procura tanto como hacerlas caer de su alta posicion, figurada por el cimborio del templo. Así como él cayó de lo mas alto de la gloria en lo mas profundo de la miseria, así trabaja para precipitar á las

---

<sup>1</sup> D. Thom. ib. art. 4, ad primum.

personas piadosas de lo mas encumbrado de la virtud en lo mas profundo de la culpa. ¡A cuántos ha precipitado! Cuidado, pues, y tened presente aquel aviso de san Pablo: *Qui se existimat stare, videat ne cadat*:<sup>1</sup> El que piensa que está en pié, mire no caiga.

Pero oigamos lo que el diablo dice á Jesucristo una vez le tiene sobre el cimborio del templo. *Si filius Dei es*, le dice, *mitte te deorsum*: Si eres Hijo de Dios, échate abajo sin temor de recibir daño alguno, pues está escrito que el Señor ha ordenado á sus ángeles que te preserven de todo mal.—Hasta un cierto punto el demonio lo acertaba, porque nunca se está mas en peligro de precipitarse abajo que cuando se está muy alto. Quien descuella sobre los demás, sea en saber, sea en riquezas, sea en honores, siempre se halla expuesto á caer en algun precipicio; porque la situacion muy alta acostumbra causar vahidos, y de quien padece vahidos no puede esperarse otra cosa que caídas. Se me dirá que quien está sobre los demás puede hacer mucho bien á su prójimo. Convengo en esto, pero tambien puede perjudicarse mucho á sí mismo. ¿Quién duda que el rico puede hacer mucho bien á los pobres, socorriéndolos, consolándolos y manteniéndolos en el orden? pero al mismo tiempo puede causarse gran daño á sí mismo, ó apeándose demasiado á las riquezas, ó haciendo de ellas un mal uso. ¿Quién duda que el sábio puede ser muy útil al público, instruyendo, enseñando, publicando buenas máximas? pero al mismo tiempo puede dañarse á sí propio, porque su mismo saber le pone en riesgo de ensoberbecerse, hacerse altivo y despreciar á los demás. Por esto el diablo trasportó á Jesucristo sobre lo mas alto del templo, porque creyó que aquel era lugar muy apropósito para hacerle dar una caída.

Pero oigamos la contestacion que el Salvador dió á la propuesta del tentador. Tú me dices, le dijo, que me eche abajo sin temor de hacerme daño, porque está escrito, que los ángeles me llevarán en sus manos: *In manibus portabunt te*; pero

---

<sup>1</sup> 1 Corint. X, 12.

yo te respondo que igualmente está escrito, que no se ha de tentar á Dios, exponiéndose temerariamente á los peligros: *Non tentabis Dominum Deum tuum*. Recoged este aviso, cristianos temerarios, porque va todo dirigido á vosotros. Vosotros os exponéis temerariamente á las ocasiones del pecado, creidos que Dios os ayudará, ó mandará á sus ángeles que vengan á sosteneros: *In manibus portabunt te*: vosotros sabéis, por ejemplo, que el pasar por tal calle, que el entrar en tal casa, que el hablar familiarmente con tal persona, son para vosotros ocasiones de pecar; y lo sabéis porque la conciencia os lo dice, porque los predicadores os lo inculcan, porque la experiencia os lo enseña. Entretanto vosotros no cuidais de evitar estas ocasiones, apoyados en la loca presuncion de que Dios os ayudará. ¿Dios os ayudará? os ayudará en aquellas ocasiones en que él os ponga, no en aquellas en que os pongais vosotros mismos: os ayudará en aquellas en que os coloque ó vuestro estado, ó la obediencia debida á los superiores, ó una necesidad grave y verdadera; pero ¿en esas que vosotros mismos os buscáis por humor y capricho?... ¡Ah! en esas no os ayudará Dios, sino que os dejará caer, y tal vez para no levantaros mas; porque está escrito, que no se ha de tentar á Dios: *Non tentabis Dominum Deum tuum*.

¿Quién no creeria que, viéndose el demonio vencido en este segundo combate, se daría por definitivamente rendido, y renunciaria á toda nueva tentacion? Pues no fué así, dice san Mateo: *Iterum*, otra vez quiso probar fortuna, otra vez pretendió luchar con el Salvador, retándole á un tercer combate: *Iterum*. ¿Con qué no basta vencer al diablo una, dos veces? No, ni basta vencerle diez, ni basta vencerle ciento, ni basta vencerle mil; porque despues que le hayais vencido mil veces, volverá á presentaros batalla con el mismo denuedo que la primera vez que os combatió. Por esto nunca podeis daros por seguros, por esto, mientras vivais, nunca podréis soltar las armas de la mano, nunca podréis contar con un instante de tregua; porque, como dice la Escritura, nuestro estado habitual, nuestra normal situacion en este mundo es la de la guerra, y guerra constante sin armisticio: *Militia est vita hominis super*

*terram.* <sup>1</sup> ¿Venceis al demonio en un terreno? él os ataca en otro. ¿Le derrotáis en punto de impureza, avaricia ó gula? él os asalta con la soberbia, con la jactancia, con la presuncion.

¿Veis lo que hizo con Jesucristo? primero le tentó de gula en el desierto, despues le tentó de vanagloria en el templo, y al fin le tentó de ambicion y de idolatría en el monte. Porque, dice san Mateo, al último le trasportó sobre la cumbre de un monte altísimo, y haciéndole ver todos los reinos del mundo con su majestad y grandeza, le dijo estas palabras: Todas estas cosas te daré, si postrándote me adorares: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Aquí parece que el demonio tuvo un momento de distraccion, y se olvidó de la astucia que le es tan propia; porque con su modo de hablar dió á entender claramente que no se le puede seguir, sin dar antes una caída muy funesta: *Si cadens adoraveris me.* Oyendo Jesucristo tan horrible blasfemia, indignado, le echó de su presencia, diciéndole: Vete, Satanás, porque escrito está: Adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás: *Vade, Satana: scriptum est enim: Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.* El demonio entonces se quitó luego de su presencia, y acercándose los santos ángeles á Jesucristo, le servian de comer: *Tunc reliquit eum diabolus; et ecce Angeli accesserunt, et ministrabant ei.* Este es el premio que el Señor tiene preparado á los que con el auxilio de su gracia salen victoriosos en las tentaciones, una mesa espléndida y eterna dispuesta en el paraíso. Sí, dice Jesucristo, yo dispongo que vosotros que permanecisteis fieles en las tentaciones... comais y bebais á mi mesa en el reino de los cielos: *Vos... qui permansistis mecum in tentationibus meis: ego dispono... ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo.* <sup>2</sup> ¿El cielo, pues, es la paga de los que pelean y triunfan? ¡Ah! entonces debe ser cosa deliciosa el pelear... entonces vencer es una necesidad imperiosa. Peleemos, vengamos, y... y en el cielo sabremos el premio que Dios tiene preparado á nuestros combates y triunfos. Amen.

<sup>1</sup> Job VII, 1.

<sup>2</sup> Luc. XXII, 28 et 29.

---

## SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

---

**Evangelio. Matth. XVII.**

*Sabiendo Jesús el escándalo que su muerte, de la que les habia hablado seis dias antes, habia de causar en el corazon de sus discípulos, y queriendo anticipadamente fortificar su fe, y prevenir este escándalo, tomó consigo á Pedro, á Santiago y á Juan su hermano, y los llevó aparte á un monte alto, que, segun la antigua y constante tradicion de la Iglesia, fué el Tabor, y se trasfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Y hé aquí que se les aparecieron Moisés y Elías, los cuales representaban la ley y los profetas dando testimonio del Evangelio, hablando con él de la pasion y muerte que habia de padecer en Jerusalem. Y tomando Pedro la palabra, dijo á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elías. Estando él hablando aun, vino una nube luminosa que los cubrió. Y hé aquí una voz de la nube, diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien yo mucho me he complacido: escuchadle, creedle y obedecedle en todo lo que os diga. Y oyéndolo los discípulos, cayeron en tierra sobre sus rostros, y quedaron poseidos de un gran temor. Más Jesús se acercó y los tocó, y les dijo: Levantaos, no temais. Y alzando ellos sus ojos, á nadie vieron, sino solo á Jesús. Y al bajar ellos del monte, les mandó Jesús, diciendo: A nadie digais lo que acabais de ver, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.*

## Discurso 1.º *La confesion sacramental.*

Transfiguratus est. *Matth. XVII, 2.*

Lo que el presente Evangelio dice históricamente de nuestro Señor Jesucristo, ¿no podría decirse en sentido místico de todo pecador que se justifica por la penitencia?... ¿no podría afirmarse de él que se ha trasfigurado? *Transfiguratus est*: ¿que su rostro espiritual se ha puesto brillante como el sol? *Resplenduit facies ejus sicut sol*: ¿que sus vestiduras interiores se han parado blancas como la nieve? *Vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix*. Sin duda que sí; pues, como dice un grande expositor, uno de los fines que el Salvador tuvo en trasfigurarse, fué dar una muestra de la feliz trasfiguracion que se verifica en el pecador cuando de la fealdad de la culpa pasa á la luz de la gracia: *Voluit Christus... typum dare transfigurationis animæ peccatis nigræ in lucem gratiæ*.<sup>1</sup> Si, en el resplandor de su rostro trasfigurado quiso que viésemos una imágen de la claridad del alma nuevamente vestida de la gracia santificante: en la blancura de sus vestidos quiso que descubriésemos un modelo de la belleza del alma adornada de las virtudes infusas en virtud de la trasfiguracion mística obrada por la penitencia: *Voluit Christus... typum dare transfigurationis animæ peccatis nigræ in lucem gratiæ*.

¡Dichosa trasfiguracion! ¡trasformacion admirable!... ¿habrá pecador que no desee y procure verificarla en sí en esta Cuaresma? ¡Ah! pecador que no la desee difícilmente lo habrá: pecadores que no la procuren sin duda habrá muchos. ¿Y porqué no procurarla, puesto que se desea? Porque esta trasfiguracion no suele obrarse sino en virtud de la confesion sacra-

---

<sup>1</sup> Alap. in expos. vers. 2, cap. 17 D. Matth.

mental bien hecha, y esto de confesion es cosa que á muchos los desconcierta y desorienta, porque les parece que es un medio de justificarse sumamente árduo y difícil. ¡Y qué! dicen: ¿no hubiera Jesucristo podido instituir otro medio de justificarnos fuera de la confesion sacramental?—¿Quién duda que hubiera podido?—¿Por qué, pues, escogió este?—Algo atrevida es la pregunta, pues que para someterse dócilmente á la confesion sacramental debe bastar el saber que Jesucristo la instituyó; sin embargo no me resistiré á contestarla, porque sé que la contestacion ha de desengañar á los que miran la confesion sacramental como medio de justificarse muy árduo y molesto. ¿Sabeis, pues, por qué Jesucristo, pudiendo perdonarnos nuestros pecados por muchos otros medios, escogió precisamente el de la confesion? Porque, entre todos los que podia escoger, este es el que mas honra á Dios, el que mejor se acomoda á nuestra condicion miserable, y el que nos da mas seguridad del perdon de nuestras culpas.

---

Si á Dios le es muy honroso el que la criatura se le someta, le ame y lo espere todo de su poder y bondad, preciso es confesar que por medio de la confesion sacramental le honramos de un modo muy especial; porque con ella le damos pruebas de la sumision mas humilde, del amor mas sincero y de la confianza mas ilimitada.

Pruebas de sumision la mas humilde. ¿Qué dice, sino, con las obras el que confiesa sus culpas á los piés del sagrado ministro? Dice: «Humillo mi frente ante la augusta Magestad del Señor á quien ofendí, depongo aquí públicamente las armas que tomé para hacerle guerra, me declaro impotente para haberme las con un Señor tan poderoso y grande; y de consiguiente me le rindo á discrecion, me le entrego sin reserva, para que haga de mí lo que quiera.» Así como el general que en lo mas recio de la batalla rompe la espada, por lo mismo reconoce la superioridad del enemigo, se confiesa vencido por él, y le cede el honor de la victoria; del mismo modo nosotros, por el solo hecho de postrarnos á los piés del confesor, declaramos solemnemente que Dios es mas fuerte que nosotros, que



no queremos luchar mas con él, que deponemos las armas de la culpa, y las deponemos por siempre. Este acto de sumision lo mira Dios tan honroso para sí, que no ha cesado de castigar á ciertos hombres protervos y contumaces hasta que se han doblegado á hacerlo. A Faraon, que con arrogancia inaudita decía: No conozco al Señor: *Nescio Dominum*,<sup>1</sup> le afligió con plagas hasta que, humillado y sometido, dijo: Pequé... el Señor es justo; yo y mi pueblo somos unos impíos: *Peccavi... Dominus justus est: ego et populus meus, impii*.<sup>2</sup> A Nabuco, que se insolentaba por su gran poder, le trasformó en fiera, y le tuvo comiendo yerba en los bosques hasta que, deponiendo su altanería, dijo: Yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo; porque... él puede humillar á los que, como yo, se ensoberbecen: *Ego Nabuchodonosor laudo, et magnifico, et glorifico Regem cæli: quia... gradientes in superbia potest humiliare*.<sup>3</sup> ¿Se quiere prueba mas clara de que, sometiéndonos á Dios en la confesion, hacemos un acto que le honra mucho?

No solo esto, sino que tambien le damos una prueba de amor muy cordial y sincero. ¿Por qué? porque siempre se ha tenido por prueba de amor verdadero el confiar á una persona los secretos mas ocultos del corazon, así como siempre se ha tenido por señal de poco amor el proceder con ella con reserva y desconfianza. Tú dices que me amas, decía Dálila á Samson; pero yo no puedo creerte. Si verdaderamente me amas, ¿cómo es que no te franqueas conmigo? ¿cómo es que me encubres tus secretos? Tres veces te he preguntado en qué consiste tu grandísima fuerza, y nunca has querido decírmelo, y siempre me has engañado: *Quomodo dicis quòd amas me?... Per tres vices mentitus es mihi, et noluisti dicere in quo sit maxima fortitudo tua*.<sup>4</sup> Por el contrario, Jesucristo no nos ha ocultado á nosotros ninguno de sus secretos, sino que nos los ha manifestado todos con la mayor ingenuidad y franqueza: *Omnia quæcumque*

---

<sup>1</sup> Exod. V, 2.

<sup>2</sup> Ib. cap. IX, 27.

<sup>3</sup> Dan. IV, 34.

<sup>4</sup> Judic. XVI, 13.

*audivi à Patre meo nota feci vobis.* <sup>1</sup> ¿Y por qué nos los ha manifestado todos? Porque, como él mismo ha dicho, nos ha amado como á verdaderos amigos: *Vos autem dixi amicos.* <sup>2</sup> Pues por la misma razon, cuando nosotros en la confesion manifestamos al lugarteniente de Dios nuestros pecados secretos, y le descubrimos ingenuamente unas flaquezas que no descubriríamos á ningun otro, entonces manifestamos amar á Dios con amor cordial y sincero, entonces le damos una prueba de afecto, y de afecto libre de toda sospecha; porque es como revelar á Dios los pecados el manifestarlos al sacerdote que le representa. Y esto ¿no le es muy honroso?

Es mas: confesando nuestros pecados, mostramos tener en él una confianza sin límites, pues le presentamos por curar las llagas de nuestra alma, que á veces son profundas, cangrenadas y de sí del todo incurables. ¡Qué honor para un médico á quien acudiesen todos los enfermos ya del todo desahuciados! ¡Qué gloria para un cirujano que lograrse curar las heridas que, segun dictámen de los sábios, son incapaces de curacion! Pues esta gloria la damos nosotros á Dios cuando, acudiendo á la confesion cubiertos de heridas incurables, en virtud de la gracia sacramental quedamos pronta y perfectamente curados. Esto es lo que pondera el padre san Agustin. «¿Piensas, dice, que cuando confiesas tus culpas no das gloria á Dios? se la das, y muy grande; porque tanto mas honrado queda el médico, quanto mas desahuciado estaba el enfermo: tanto mayor es la gloria del que perdona, quanto mas grande es la iniquidad del reo que confiesa.» Y esta es la primera razon porque Jesucristo, pudiendo señalarnos otros medios de justificacion, prefirió el de la confesion sacramental, porque es el que mas honra á Dios.

La segunda es, porque este medio de perdonarnos es el que mas se acomoda á nuestra condicion frágil y miserable; pues en la confesion se nos da un juez enteramente semejante á

---

<sup>1</sup> Joan. XV, 15.

<sup>2</sup> Ib.

nosotros, semejante en la naturaleza, semejante en la fragilidad, y hasta semejante en el pecado. Supóngase que solo tuviésemos á Dios por Juez: ¿sabria acomodarse á esto nuestra fragilidad? No, porque, como dice san Pablo, los juicios de Dios son incomprensibles, así como son impenetrables las maneras con que los ejecuta: *Quàm incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viæ ejus!* <sup>1</sup> Supóngase que solo tuviésemos por juez á Jesucristo: ¿se resignaria fácilmente á ello nuestra miseria? No, porque, siendo él un Pontífice santo, inocente y segregado de los pecadores, como dice el mismo Apóstol, <sup>2</sup> naturalmente nos ocurriria sospechar que, viendo nuestras grandes culpas, habia de tratarnos con mucha dureza y rigor. ¿Qué hizo, pues, Jesucristo, teniendo en consideracion nuestra nulidad y flaqueza? Dispuso que nuestro juez inmediato fuese un hombre simple y puro como nosotros mismos, á fin de que, confesando un pecador con otro pecador, y sujetándose un penitente al fallo de otro penitente, la declaracion de las culpas resultase menos repugnante, y fuese mas fácil obtener de ellas el perdon.

¿Qué juez mas acomodado á mi miseria pudiera dárseme? ¿á qué tribunal mas benigno se me pudiera llevar? En este tribunal no hay otro acusador, otro testigo, otro fiscal que yo mismo, que soy el delincuente: yo solo soy quien hablo, quien me acuso, quien me defiende. El juez no recibe otra declaracion que la mia, él me juzga por las revelaciones espontáneas que yo mismo le hago, él tiene que dar crédito á todo cuanto le digo, sea que hable en mi favor, sea que hable en contra de mí. Yo mismo me presento libremente á él, nadie me conduce, nadie me acompaña, nadie me sigue: escojo al juez que mejor me parece, al que mas me gusta: si el uno no me agrada, me dirijo al otro: si este me parece demasiado severo, me entiendo con aquel que es mas benigno. Mi juez no es ningun ángel; es hombre como yo, frágil como yo, tal vez mas pecador que yo:

---

<sup>1</sup> Rom. XI, 33.

<sup>2</sup> Hebr. VII, 26.

es hombre que tiene sus debilidades, sus defectos, sus miserias; y que por lo mismo está obligado á compadecerse de las mias, á tratarme con benignidad y dulzura, á no cargarme con una penitencia superior á lo que permiten mi edad, mi complexion, mi estado, mis obligaciones y mis fuerzas. Cuanto le digo, cuanto le descubro, sea culpa grave ó leve, sea defecto de cuerpo ó de alma, todo queda eternamente sepultado en su corazon; sin que pueda revelarlo á nadie sin expreso consentimiento mio, sin que pueda recordármelo á mí mismo fuera de la confesion sin mi licencia, ni con palabras ni por señas, ni directa ni indirectamente, aunque fuese provocado á decirlo por el mismo papa, aunque se le conminase con mil muertes, aunque de no manifestarlo hubiese de seguirse la ruina del mundo entero. ¿Puedo yo desear un modo de perdonármeme los pecados mas acomodado á mi frágil condicion? ¿podia Jesucristo instituirlo? Ved, pues, porque, pudiendo él perdonarnos nuestras culpas por otros medios, eligió precisamente el de la confesion, porque es el que mejor se apaña á nuestra miseria.

No solo por esto, sino porque es el medio de dejarnos mas tranquilos y consolados, en razon á que es el que nos da mas seguridad del perdon de nuestras culpas. Por la confesion, y en virtud de la absolucion que la acompaña, no tan solo el pecador recibe el perdon, sino, lo que es aun mas, se le da una señal *sensible* de que queda efectivamente perdonado. ¡Cuánto deseaba el penitente David obtener esta señal sensible! ¡con qué instancia la pedia á Dios! ¡Ah, Señor! decia, el día que vos os digneis manifestarme de un modo sensible que quedo perdonado de mis grandes culpas, el gozo inundará mi alma, la alegría entrará á torrentes en mi corazon, y estos mis huesos, ahora abatidos por el temor, se regocijarán llenos de júbilo y contento: *Auditui meo dabis gaudium et letitiam, et exultabunt ossa humiliata.*<sup>1</sup> Bien sé, Dios mio, que sois benigno con el pecador que se humilla; pero quisiera saber si lo sois tam-

---

<sup>1</sup> Psalm. L, 40.

bien respecto de mí, y saberlo por un medio sensible que aquietase todas mis dudas y ansiedades.—Súpolo, en efecto, del modo que deseaba saberlo, cuando oyó de boca del profeta Natan estas consoladoras palabras: *Dominus... transtulit peccatum tuum*: <sup>1</sup> el Señor ha perdonado tu pecado. ¡Oh palabras llenas de consuelo!... ¡Qué dicha oír con el sentido corporal que Dios ha perdonado, y oírlo de los mismos lábios de un profeta!

¿Y no es esto también lo que oye el pecador en el acto de la confesión? ¿no es esta igualmente la señal sensible que Dios le da de que quedan borradas sus culpas? *Ego te absolvo*, le dice el sacerdote con voz sensible y clara, *Yo te absolvo*. ¡Oh palabras llenas de consuelo! ¡palabras mágicas que llenais de gozo á un corazón un momento antes lleno de congoja! ¡Ah! el pecador las escucha extasiado, porque le revelan lo que él más deseaba saber. Él sabía en general que Dios perdona al pecador sinceramente arrepentido, pero dudaba si él merecería también esta gracia. El sacerdote le dice que sí, se lo asegura; y en términos tan explícitos, que ya no le queda de ello fundada duda: *Ego te absolvo*. ¡Qué dicha!

Él sabe ya de la boca del mismo representante de Dios... ¡oh, y cuántas cosas sabe, á cual más venturosa! Sabe que Dios, olvidando todo lo pasado, acaba de reconocerle nuevamente por hijo, y que, á semejanza del buen padre del Hijo pródigo, ha dispuesto una gran fiesta en el cielo para celebrar su penitencia: *Gaudium erit in caelo super uno peccatore penitentiam agente*. <sup>2</sup> Él sabe que Dios le ha perdonado toda la pena eterna que merecía por sus pecados, diciéndole lo que el benigno amo del Evangelio dijo á su criado: *Omne debitum dimisi tibi, quoniam rogasti me*. <sup>3</sup> Él sabe que puede ya levantarse gozoso, porque, como á san Pedro dijo el ángel, las cadenas que le oprimían han caído dichosamente á sus pies: *Surge... et ceci-*

---

<sup>1</sup> 2 Reg. XII, 13.

<sup>2</sup> Luc. XV, 7.

<sup>3</sup> Matth. XVIII, 32.

*derunt catena de manibus ejus.* <sup>1</sup> Él sabe que su nombre queda de nuevo inscrito en el libro de la vida, y que Dios, según había prometido, no se acordará más de sus pecados: *Peccatorum tuorum non recordabor.* <sup>2</sup> Él sabe, en fin, que se le ha restituido todo el mérito de las obras buenas practicadas en gracia, y que el pecado subsiguiente había destruido; viendo así cumplida aquella palabra de Dios, dada por Joel á los verdaderos penitentes: *Os recompensaré los años que comió la langosta, el pulgon, la roya y la oruga.* <sup>3</sup>

Y el saber todas estas cosas ¿puede menos de llenarle el corazón de un consuelo inefable? ¿Qué consuelo no experimentaría aquel leproso á quien dijo Jesucristo: Queda limpio de tu lepra: *Mundare!* <sup>4</sup> ¿Qué satisfacción no sentiría aquel parálítico á quien dijo el mismo Salvador: Confía, hijo, que perdónados te son tus pecados: *Confide, fili, remittuntur tibi peccata tua!* <sup>5</sup> ¿Qué gozo tendría aquella mujer adúltera al oír que el mismo Salvador le decía: ¿Nadie te ha condenado?... pues tampoco te condenaré yo: vete: *Nemo te condemnavit?... Nec ego te condemnabo: vade!* <sup>6</sup> Pues si todo esto dice el sacerdote al proferir las palabras *Ego te absolvo*, ¿qué consuelo, satisfacción y gozo no experimenta el penitente que lo oye?

Yo os hago ahora jueces á vosotros, para que decidais si entre todos los medios que Jesucristo podía instituir para perdonarnos nuestras culpas, era posible hallar otro más glorioso á Dios, más acomodado á nuestra miseria y que nos dejase más consolados, que el de la confesión sacramental. ¡Ah! bendigámosle mil veces por haberla instituido, y léjos de mirarla como un suplicio, aprovechémonos de ella para justificarnos y abrirnos el cielo. Amen.

<sup>1</sup> Act. XII, 7.

<sup>2</sup> Isai. XLIII, 25.

<sup>3</sup> Joel II, 25.

<sup>4</sup> Matth. VIII, 3.

<sup>5</sup> Ib. IX, 2.

<sup>6</sup> Joan. VIII, 10 et 11.

## Discurso 2.º *Contraseñas de la buena confesion.*

*Transfiguratus est. Matt. XVII, 2.*

Si expresion hay en toda la Escritura sagrada que deba hacernos temblar, es ciertamente aquella del Eclesiástico que nos dice, que no debemos vivir sin temor del pecado que hemos confesado y del que creemos haber hecho digna penitencia: *De propitiato peccato noli esse sine metu.* <sup>1</sup> ¡Dios bueno! si de nuestra misma penitencia hemos de temer, ¿en qué podremos tener confianza? ¿Posible hayamos de dudar del perdon de las culpas que hemos confesado con sinceridad y arrepentimiento? Así es: Dios lo dice, y no puede cabernos de ello la menor duda: *De propitiato peccato noli esse sine metu.* No ya que si la confesion es buena, sea dudoso de parte de Dios el perdon, pues Dios mismo lo ha prometido á todo el que legítimamente confiese; sino porque, por mucho que nos parezca haber confesado bien, nunca tenemos de ello entera seguridad, siendo muy posible que por culpa nuestra haya faltado alguna de las condiciones que son esencialmente necesarias para la validez de la confesion.

¿Qué, pues? ¿habremos de vivir siempre ansiosos, siempre inquietos y desasosegados acerca del valor de nuestras confesiones? No, porque, si bien no podemos tener de él una certeza metafísica que excluya todo temor, podemos tener de él una certeza moral que, sin quitarnos enteramente el temor, nos inspire gran confianza; pues no faltan reglas bastante seguras para discernir la confesion buena de la mala, y resolver prácticamente si uno ha confesado mal ó bien. ¿Y cuáles son estas reglas? Todas vienen á reducirse al *Transfiguratus est* del presente Evangelio; por manera que si de un pecador que confe-

---

<sup>1</sup> Eccli V, 3.

só, puede decirse con toda verdad que se ha místicamente trasfigurado obrando en sí un cambio radical de conducta, es moralmente cierto que ha confesado bien; así como hay certeza moral de que ha confesado mal si, siguiendo el mismo tenor de vida de antes, no puede decirse que verdaderamente se ha trasfigurado: *Transfiguratus est*.

Partiendo de este principio, me propongo resolver hoy uno de los puntos mas delicados é interesantes de la teología moral, cual es señalar las verdaderas contraseñas de la buena confesion, ó, lo que viene á ser igual, establecer reglas para juzgar prácticamente de la bondad de las confesiones que se han hecho, y esto al objeto de que confie quien tenga razones para confiar, y tema quien tenga motivos para temer.

¿Cómo podrá conocerse, pues, si un pecador ha confesado bien ó mal, y de consiguiente si en virtud de su confesion ha logrado ó no ponerse en gracia? Antes de responder á esta delicada cuestion, oigamos los principios que acerca de ella establece santo Tomás en su *Suma teológica*. «Fuera de una revelacion expresa, dice, nadie puede saber con toda certeza si posee ó no la gracia santificante, porque, teniendo nosotros un conocimiento muy imperfecto de Dios, que es quien con su presencia especial la produce en nosotros, no conseguimos conocer bien ni cuando Dios nos está presente por amor, ni cuando nos está ausente; debiendo en consecuencia decir con Job: Si Dios viniere á mí, no lo veré; si se retirare, no lo conoceré: *Si venerit ad me, non videbo eum: si abierit, non intelligam*.<sup>1</sup> Pero ya que no nos sea dado conocer con certeza si Dios está en nosotros por gracia y amor, nos es concedido conjeturarlo con bastante probabilidad, atendiendo á algunas señales que con mas ó menos verosimilitud lo indican y manifiestan: *Cognoscitur aliquid conjecturaliter per aliqua signa, et hoc modo aliquis cognoscere potest se habere gratiam*.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Job IX, 11.

<sup>2</sup> D. Thom. 1.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup> quæst. 112, art. 5.



Ahora bien: ya que, segun santo Tomás, hay algunas señales que con bastante fundamento indican si se está ó no en gracia de Dios, ¿cuáles podran ser éstas respecto del pecador que ha confesado sus culpas? La primera, y en mi concepto la mas segura, es aquella que el profeta Samuel dió al jóven Saúl para que se convenciera de que Dios le habia elegido por rey de Israel. Esta será la señal, le dijo, de que Dios te ha ungido por príncipe: *Hoc tibi signum, quia unxit te Deus in principem*:<sup>1</sup> vendrá sobre tí el espíritu del Señor, y serás mudado en otro hombre: *Insiliet in te spiritus Domini... et mutaberis in virum alium*.<sup>2</sup> Luego que notes en tí este cambio ó mudanza, cree que el Señor está contigo: *Quando ergo evenerint signa hæc... tibi... Dominus tecum est*.<sup>3</sup>

Hé aquí la gran regla que debe aplicarse á sí mismo el pecador que ha confesado sus culpas, y desea conocer si se ha justificado ó no: *Hoc tibi signum*. Que vea si se ha mudado en otro hombre, si despues de la confesion es todo diferente del que era antes; y si nota en sí un cambio radical de conducta, si advierte en sí una mudanza completa de costumbres, piense que ha confesado bien, y que la gracia del Señor está en él. *Hoc tibi signum... mutaberis in virum alium... Dominus tecum est*. Antes que confesaseis, hermano mio, erais soberbio, vengativo, blasfemo, avaro, destemplado, impuro... ¿sois ahora humilde, pacífico, caritativo, sobrio, honesto, bien hablado? pues teneis en esto una señal casi segura de que vuestra confesion fué la que ser debia: *Hoc tibi signum... mutaberis in virum alium... Dominus tecum est*. Antes de vuestra confesion erais un decidido partidario del mundo, profesabais sus máximas depravadas, seguiais sus costumbres perversas, corriais tras sus placeres criminales... ¿detestais al presente estas máximas, estas costumbres, estos placeres? pues teneis una razon muy poderosa para creer que vuestra confesion fué legítima y saludable: *Hoc tibi signum... mutaberis in virum alium... Domi-*

---

<sup>1</sup> 1 Reg. X, 1.

<sup>2</sup> Ib. vers. 6.

<sup>3</sup> Ib. vers. 7.

*nis tecum est.* Antes que os llegaseis á la confesion erais perezoso para todas las cosas espirituales: la oracion os fastidiaba, el hablar de Dios os era molesto, el tener que emplear un poco de tiempo en cosas del alma se os hacia insoportable... ¿podeis ahora asegurarme que ni la oracion os fastidia, ni el tratar de Dios os molesta, ni el ocuparos en cosas espirituales os repugna, antes hallais en ello satisfaccion y contento? pues tenéis una prueba mas de que vuestra confesion fué buena: *Hoc tibi signum... mutaberis in virum alium... Dominus tecum est.* Razon: si vuestra confesion no hubiese sido buena, no habriais recibido la gracia santificante; y sin la gracia santificante ¿bubiera podido obrarse en vos ese cambio de costumbres tan radical y dichoso? No sé persuadirmelo. El mudaros en hombre enteramente nuevo, el cambiaros de terreno en espiritual, de impuro en honesto, de mundano en devoto, de libertino en religioso, no sé persuadirme que haya sido obra del humor, del capricho ó de la sola fuerza de vuestra voluntad: mudanza tan admirable no puedo atribuirla á otra cosa que al poder de la gracia divina: *Hæc mutatio dextere Excelsi.*<sup>1</sup>

De un modo muy diferente he de hablaros, hermanos míos, si despues de vuestra confesion no notais un cambio profundo en vuestra conducta, antes continuais siendo los mismos que erais antes. ¡Ah! en este tristisimo caso es mi deber deciros, que tenéis grandes motivos para sospechar de vuestra confesion, y suponerla mala, nula, sacrilega. Observo que la expresion os afecta, y no lo admiro; porque darpor sacrilega una confesion que tal vez en vuestro concepto era muy buena y santa, es cosa que no puede menos de causar una sensacion muy profunda y penosa. Pero decidme: ¿puedo yo suponer buena una confesion que lleva todas las señas de haber sido hecha sin dolor y propósito verdaderos? Todos me concederéis que no, puesto que el dolor y el propósito son partes intrínsecas y esenciales del sacramento de la Penitencia. ¿Y qué dolor ni propósito pudo tener en el acto de confesarse quien, hecha la confesion, continúa siendo impuro, deslenguado, colérico, ven-

---

<sup>1</sup> Psalm. LXXVI, 11.

gativo como era, sin que se vea en él ni enmienda, ni correccion, ni mudanza? ¿Es posible dijese con sinceridad: *Tengo un dolor sumo de haber ofendido á Dios, y propongo morir mil veces antes que volver á ofenderle*, quien, luego de haberlo dicho, vuelve á las mismas ofensas? Si el dolor y el propósito no hubiesen sido puras fórmulas, si el primero hubiese sido *sumo* y el segundo *eficacísimo*, como debian ser, ¿no se habrian hecho diligencias para romper aquel trato, huir aquella conversacion, apartarse de aquella compañía y desarraigar aquel mal hábito? Pues si nada de esto se ha hecho, si despues de la confesion duran las mismas amistades, siguen los mismos tratos, continuan los mismos vicios, ¿se puede creer que, cuando á los piés del confesor se protestaba no querer pecar mas, esto se decia de veras? ¿esto no se decia por burla? No, esto no puede creerse.

Pero ¿qué? habrá quien diga, ¿no podria suceder que hubiese sido sumo el dolor, eficacísimo el propósito, muy buena la confesion, y que á pesar de esto, por la fragilidad humana, se hubiese vuelto al antiguo tenor de vida? — Sí que pudiera suceder, ¿pero sabeis cuándo? cuando la vuelta á la vida mala fuese muy posterior á la confesion, y procediese de tentaciones mas fuertes de lo regular, y se hubiese resistido por mas ó menos tiempo á estas tentaciones: en este caso convengo en que podria conciliarse el haber confesado bien con el volver á la vida mala. Pero cuando se vuelve á ella el dia inmediato ó pocos dias despues de haber confesado, y se vuelve sin que hayan mediado ni grandes tentaciones ni notable resistencia, ¡oh! entonces la causa no puede ser la humana fragilidad, sino el no haber sido buena la confesion. Cuando la confesion es buena, dice santo Tomás, produce en el alma una gracia llamada *sacramental*, la que con poderosos auxilios la ayuda á conseguir el fin de este sacramento, que es la destruccion del pecado y la enmienda de la vida: *Gratia sacramentalis addit super gratiam communiter dictam... quoddam divinum auxilium ad consequendum sacramenti finem.*<sup>1</sup> ¿Qué indica, pues, el no enmendar la

<sup>1</sup> D. Thom. 3 part. quæst. 62, art. 2.

vida una vez hecha la confesion? Por regla general indica que el sacramento no produjo efecto, y de consiguiente que la confesion fué un verdadero sacrilegio.

Esta regla que acabo de establecer pudiera bastar para que cada uno juzgara del valor ó nulidad de su confesion; pero al objeto de que podais formar un juicio aun mas fundado acerca de este punto interesantísimo, voy á sentar otra que nos ha dejado escrita el príncipe de los teólogos santo Tomás. El hombre, dice, puede creer con fundamento que se ha justificado, siempre que experimente en sí estas dos cosas: primera, que se deleita en las acciones que miran al servicio de Dios: segunda, que no siente que la conciencia, bien formada, le recuerda de ningun pecado mortal: *Aliquis potest cognoscere se habere gratiam, in quantum percipit se delectari in Deo... et in quantum non est conscius sibi alicujus peccati mortalis.*<sup>1</sup>

Conforme á esta doctrina, puede cada uno de vosotros venir en conocimiento de si ha confesado bien ó mal, aplicando un medio muy sencillo. ¿Cuál? Fijais la mirada en vosotros mismos, y sin prevencion ni parcialidad os poneis á observar atentamente si se cumple ó no en vosotros el *Sentire, se delectari in Deo* del Doctor angélico, es decir, si hallais contentamiento espiritual en las cosas de Dios, por ejemplo, si el tratar con él en la oracion os gusta, si el hablar de él os agrada, si el pensar en él os consuela, si el servirle á él os es satisfactorio: observais si sentís placer cuando él es glorificado, si experimentais disgusto cuando él es ofendido, si procurais darle gusto en las cosas que sabeis le agradan. ¿Hallais que sí? ¡Dichosos! teneis certeza moral de que la confesion os puso en gracia. ¿Hallais que no? ¡Desgraciados! teneis casi seguridad de que la confesion no produjo efecto. ¿Por qué? Oid.

Toda especie de vida se da á conocer por medio de operaciones que le son propias; y nosotros, sin mas que atender á estas operaciones, conocemos desde luego qué clase de vida tiene cada sér viviente. Miramos la piedra, y como no descu-

---

<sup>1</sup> D. Thom. 1.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup> quæst. 112, art. 5.

brimos en ella operacion alguna, concluimos que no tiene ninguna vida. Miramos la planta, y como notamos en ella aumento sin sensacion, inferimos que solo tiene vida vegetativa. Miramos el bruto, y como observamos en él sensacion sin inteligencia, deducimos que solo tiene vida sensitiva. Miramos al hombre, y como descubrimos en él operaciones intelectuales, sentamos que tiene vida racional. Ahora bien: la gracia es una vida sobrenatural del hombre, y en todo hombre que tenga esta vida sobrenatural deben descubrirse actos sobrenaturales. Pero ¿qué actos sobrenaturales? ¿de fe? ¿de esperanza? No basta, porque la fe y la esperanza son compatibles con el pecado mortal. Deben, de consiguiente, descubrirse en él actos de caridad, actos de amor hácia Dios. Pues si, despues de la confesion, no descubris en vosotros ninguna cosa que revele que amais á Dios, si el tratar con él os fastidia, si el hablar de él os incomoda, si el servirle á él os es penoso, ¿cómo podeis creer que teneis la vida sobrenatural de la gracia? ¿cómo podeis persuadiros que confesasteis bien?

¿Tal vez en virtud de la segunda regla que da santo Tomás, que es el no tener remordimiento de ningun pecado mortal? *Aliquis potest cognoscere se habere gratiam... inquantum non est conscius sibi alicujus peccati mortalis*. Verdaderamente el no remorder la conciencia de ninguna culpa grave, es buen indicio de que se está en gracia y de que la confesion fué saludable; pero ¿cuándo? Cuando la conciencia está bien formada, quiero decir, cuando es conciencia de persona que vela sobre sus propias acciones, y no ignora sus deberes, y no es negligente en examinarse con imparcialidad y detenimiento: cuando verificándose todo esto, la conciencia no remuerde, no cabe duda que se tiene un bello indicio de que se posee la gracia. ¿Pero si la persona fuese de aquellas que viven en ignorancia culpable de las propias obligaciones, ó vigilan poco sobre sus potencias y sentidos, ó, como suele decirse, miran las cosas á la lijera? entonces el no experimentar remordimientos de cosa grave no querria decir nada, porque esto podria provenir ó de ignorancia culpable, ó de poco exámen, ó de falta de conocimiento de sí mismo.

Ved ahora en cuál de estos dos extremos os hallais. ¿Os hallais en el primero? pues descansad, vivid tranquilos, dad por buena vuestra confesion. ¿Os hallais en el segundo? temed, sospechad, suponed que vuestra confesion ha sido mala. ¿Y qué en este supuesto? ¡Ah! en este supuesto es menester reparar con una nueva confesion la nulidad de la confesion pasada; haciendo nuevo exámen, pero mas diligente; formando nuevo dolor, pero mas verdadero; concibiendo nuevo propósito, pero mas eficaz; declarando otra vez vuestras culpas, pero con mas exactitud, con mas sinceridad, con mas distincion del número, de las especies, de las circunstancias de los pecados. ¿Decís que renovar la confesion seria muy engorroso? ¿Pues qué? ¿quereis dejarlo así? ¡Mal para vosotros, si lo haceis! porque, mientras no renoveis la confesion mal hecha, serán malas, infructuosas, sacrilegas cuantas hagais en lo sucesivo: y muy lejos de remediar el gran mal de vuestra alma, no harán mas que agravarlo y hacerlo de mas difícil curacion. ¿Veis al enfermo que, teniendo materias indigestas en el estómago, reusa tomar el purgante que le prescribe el médico? No solo toda otra medicina le es enteramente inútil, sino que, cuanta mas toma, peor se encuentra. Pues del mismo modo vosotros, mientras no os purgueis de los pecados que la mala confesion precedente dejó como materias indigestas en vuestra alma, cuantos mas sacramentos recibireis, mas se agravará vuestro mal; cuantas mas confesiones repitais, mas crítica y peligrosa irá haciéndose vuestra situacion. ¿Pues? pues resolverse inmediatamente, y hacer lo que en la hora de la muerte no os sabrá mal haber hecho. Haga Dios que tomeis mi consejo cuantos tenéis necesidad de tomarlo. Amen.

---

## Homilia sobre el Evangelio *Assumpsit Jesus.*

Todo el Evangelio de hoy consiste en la relacion que san Mateo nos hace del hecho admirable de la trasfiguracion de nuestro Señor Jesucristo, y de algunas circunstancias muy notables que en ella concurrieron. Aunque la relacion del santo Evangelista es bastante sucinta, da pié para hacer muchas y muy útiles reflexiones sobre el paraíso, del que aquella trasfiguracion fué símbolo y figura; por lo que, prescindiendo de todo otro preámbulo, comienzo desde luego la exposicion del texto, no sin advertiros que conviene la oigais con espíritu atento y devoto.

---

Queriendo, pues, Jesucristo trasfigurarse, es decir, queriendo dejar ver á los hombres algunos rayos de aquella gloria inefable que le rodea en el paraíso, y de la que algun dia hará participantes á sus fieles servidores, trasformando tambien sus cuerpos y haciéndolos incorruptibles y gloriosos á semejanza del suyo, como dice san Pablo: *Reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ*; <sup>1</sup> tomó consigo á san Pedro, á Santiago y á san Juan, y conduciéndolos á la cumbre del monte Tabor, se trasfiguró en su presencia: *Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem, et duxit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos.*

En estas palabras que forman como el preámbulo de la narracion, noto ya una circunstancia que no quiero se os pase desapercibida, por mas que su consideracion haya de seros poco halagüeña. De doce apóstoles que tenia Jesucristo, solamente los tres que acabo de nombrar tuvieron la dicha de ser espectadores de su trasfiguracion gloriosa, quedando todos los demás excluidos. Esta circunstancia ¿no os hace venir nada á la memoria? ¡Ay! á mí me recuerda aquel tristísimo texto del

---

<sup>1</sup> Philip. III, 21.

Evangelio que dice, que cuando el mismo Jesucristo venga rodeado de poder y majestad á juzgarnos á todos, unos serán tomados para ir á gozar de su vista en el cielo, y otros serán dejados para quedar eternamente privados de ella: *Ita erit adventus filii hominis... unus assumetur, et unus relinquetur;*<sup>1</sup> debiendo entonces verificarse la mas triste separacion, no solo entre personas extrañas y desconocidas, sino entre personas que tal vez en este mundo habrán estado unidas con los vínculos mas íntimos y mas estrechos. ¿Qué vínculo mas íntimo que el fraternal? y con todo de dos hermanitos que durmieron en la misma cuna, el uno irá con Jesucristo, el otro no irá: *Unus assumetur, et unus relinquetur.* ¿Qué lazo mas estrecho que el del matrimonio? y no obstante de dos esposos que se amaron tiernamente, el uno entrará en el paraíso, el otro no entrará: *Unus assumetur, et unus relinquetur.* ¿Qué union mas tierna que la de la amistad? y sin embargo de dos amigos que formaron un solo corazon, el uno verá á Dios, el otro no le verá: *Unus assumetur, et unus relinquetur.*

¿Y quienes son los que tienen probabilidad de ir con Jesucristo al cielo? Sepamos antes la razon y el porque Jesucristo escogió á san Pedro, á Santiago y á san Juan para gozar de la vista de su sacratísima humanidad trasfigurada. Los escogió, dice un clásico expositor, porque entre todos los apóstoles eran los que mas sobresalian en virtud: *Hos tres elegit, quoniam aliis potiores erant.*<sup>2</sup> Pedro se distinguia por su celo ardiente, Santiago por su mansedumbre admirable, san Juan por su castidad angélica. ¿Entendeis? Tienen, pues, gran probabilidad de ir con Jesucristo al cielo: 1.º los que, como san Pedro, tienen celo de la salvacion de su prójimo: 2.º los que, como Santiago, poseen la mansedumbre evangélica: 3.º los que, como san Juan, son castos en el espíritu y en el cuerpo.

En primer lugar, tienen gran probabilidad de salvarse los que procuran con celo la salvacion de su prójimo. ¿Por qué? porque el celo siempre se ha mirado como señal verdadera de

---

<sup>1</sup> Matth. XXIV, 39 et 40.

<sup>2</sup> Alapide in comm. super cap 17 D. Matth.



predestinacion, así como siempre se ha tenido por fatal pronóstico de reprobacion el escándalo. Así como corre gran riesgo de no entrar jamás en el cielo quien con sus escándalos lo cierra á los otros, así tiene gran probabilidad de poseerlo quien practica diligencias para que otros lo posean. Si así es, pensará alguno, solamente los eclesiásticos tendrán probabilidad de salvarse.—Se equivoca quien así lo piense. ¿Y que por ventura los seglares no pueden trabajar por la salvacion de su prójimo? Sí, y de una manera eficacísima. ¿Cómo? dándole buen ejemplo, rogando por él á Dios, amonestándole con caridad, corrigiéndole con dulzura, instruyéndole con paciencia. ¡Oh cuánto bien pudierais hacer, si de veras os propusierais hacerlo!... Pero es el caso que, contentos á lo sumo con ser buenos vosotros, suele importaros poco que los demás se salven ó se condenen.

En segundo lugar tienen gran probabilidad de salvarse los que son verdaderamente mansos. ¿Por qué? porque, segun el Evangelio, la mansedumbre cristiana es tambien feliz presagio de salvacion. ¿Quién poseerá la tierra mística de promision, que es el paraíso? Los mansos, responde Jesucristo; los que tengan un verdadero espíritu de tolerancia, de paciencia, de dulzura; los que amen á los que les aborrecen, los que bendigan á los que les maldicen, los que hagan bien á los que les hacen mal. Dichosos estos, porque poseerán la verdadera tierra de promision, que es el cielo: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.*<sup>1</sup>

En fin, tienen gran probabilidad de ver á Dios los que son castos en sus pensamientos, deseos, palabras y acciones. Así como nadie tiene mas seguridad de condenarse que los deshonestos, porque la deshonestidad es el vicio que mas dificilmente se enmienda, en términos de poderse decir que los deshonestos forman el mayor número de los condenados que arden en los infiernos; así por el contrario nadie puede prometerse el cielo con mas razon y fundamento que el casto, no solo porque la castidad es la virtud que mas nos aproxima á los ángeles,

---

<sup>1</sup> Matth. V, 4.

sino tambien porque quien ha logrado vencer la impureza, que es el principal enemigo del hombre, tiene ya muy expedito el camino de su eterna salvacion; por lo que dijo Jesucristo: Dichosos los limpios de corazon, es decir, los castos, porque ellos verán á Dios: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* <sup>1</sup>

Sabemos ya porque san Pedro, Santiago y san Juan consiguieron la dicha especial de presenciar la trasfiguracion de Jesucristo, como y tambien quienes son entre nosotros los que con mas fundamento pueden esperar verle un dia glorioso en el cielo; indaguemos ahora los misterios morales que nos descubre el hecho mismo de la trasfiguracion. Esta no tuvo lugar hasta que Jesucristo y los tres citados apóstoles hubieron llegado á la cumbre del monte Tabor: *Duxit illos in montem excelsum.* ¿Por qué no antes? para que entendamos que al paraíso no se llega sino subiendo mucho, y de consiguiente que para llegar á él es menester resignarse á soportar algun trabajo y fatiga. El reino de los cielos, decia Jesucristo, no lo consiguen los poltrones que no quieren cansarse ni mortificarse en nada, sino los que trabajan y se hacen violencia: *Regnum calorum vim patitur, et violenti rapiunt illud.* <sup>2</sup> ¿Comprendeis? Quiere decir que con una vida cómoda, ociosa, afeminada, sin nada de trabajo, de abnegacion, de cruz, es imposible lleguemos al paraíso. ¿Es que la vida del todo inmortificada es ya de sí pecado mortal? Si no es esto, es otra cosa equivalente; porque quien nunca se mortifica en las cosas lícitas, es imposible deje de propasarse á las cosas prohibidas.

Puestos Jesucristo y los tres apóstoles predilectos en la cumbre del Tabor, de improviso el rostro del Salvador resplandeció como el sol, y sus vestiduras se pusieron blancas como la nieve: *Resplenduit facies ejus sicut sol, vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix.* Si así fué, nadie espere entrar en el cielo si no se presenta allí con vestido blanco: quien lo tenga oscurecido, aunque no sea mas que con una sola culpa mortal, que renuncie á toda esperanza de meter un pié en él;

<sup>1</sup> Ib. vers. 8.

<sup>2</sup> Ib. XI, 12.

porque hay un decreto eterno que dice: No entrará en él ninguna cosa contaminada: *Non intrabit in eam aliquod coinquatum.* <sup>1</sup> ¿Qué recurso, pues, para el que tiene manchado el vestido de la inocencia? no otro que lavarle con las lágrimas de la penitencia. Si no lo lava así, digámoslo otra vez, no entrará un pié en el reino de Dios: *Non intrabit in eam aliquod coinquatum.* ¿Lo oisteis vos, que teneis la conciencia manchada, no con una, sino con muchas culpas mortales?... Es que la indirecta va principalmente para vos.

Sigamos. Extasiado san Pedro con la encantadora vista del Salvador trasfigurado, á la que daba nuevo realce la venerable presencia de Moisés y Elías comparecidos allí en sus propias personas; ¡oh, Señor! exclamó, bueno es que nos estemos siempre aquí, y que, levantando tiendas, establezcamos en este lugar nuestra definitiva morada: *Domine, bonum est nos híc esse: si vis, faciamus híc tria tabernacula.* Refiriendo san Márcos esta expresion del Príncipe de los apóstoles, dice que habló como un hombre que, ébrio de gozo, no sabe lo que se dice: *Non enim sciebat quid diceret.* <sup>2</sup> «Efectivamente, añade un grande expositor, queriendo san Pedro fijar su residencia perpétua en el Tabor para gozar de la vista de Jesucristo trasfigurado, á mas de decir un gran despropósito, manifestó estar poseido de un deseo poco discreto: primero, porque buscaba la felicidad en la tierra, olvidando que solo puede esperarse en el cielo: segundo, porque preferia su propia conveniencia á la salvacion de todo el mundo, siendo evidente que si Jesucristo hubiese accedido á sus deseos, hubiera tenido que prescindir de la predicacion, de la pasion y muerte que era menester sufririese por nosotros: tercero, porque queria la gloria antes del trabajo, la corona antes del combate, el premio antes del mérito, el descanso antes de la fatiga.» <sup>3</sup>

¿Viéronse jamás deseos mas impertinentes? diria que no, si desgraciadamente no viésemos otros mas impertinentes toda-

<sup>1</sup> Apoc. XXI, 27.

<sup>2</sup> Marc. IX, 5.

<sup>3</sup> Alapide super cap. 17 D. Matth.

vía. ¿Dónde? En esos cristianos que, ni mas ni menos que si Dios los hubiese criado únicamente para la tierra, aquí buscan todo su contentamiento, aquí esperan toda su felicidad, diciendo con las obras, ya que no siempre lo digan con palabras: *Bonum est nos hinc esse*, bueno es gozar de los bienes groseros y caducos que este mundo nos ofrece, bueno disfrutar de sus honores, placeres y riquezas. ¡Ah! si Dios quisiese dejarnos fijar aquí en la tierra nuestra morada eterna, de buena gana renunciaríamos el cielo á favor de cualquiera que lo quisiese: *Bonum est nos hinc esse*.— ¡Oh almas bajas! ¡oh corazones materializados! ¿á disfrutar de lo presente se limitan todos vuestros deseos y aspiraciones? ¿con lo de esta vida os daríais por contentos y satisfechos? Entonces no os sepa mal que yo os aplique aquella afrentosa reprension del Real Profeta: *Homo... comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis*:<sup>1</sup> estos hombres se igualan á las bestias insensatas, y se hacen semejantes á ellas; porque contentarse con lo de la tierra, porque no aspirar sino á lo presente, es el destino propio de los jumentos, es el instinto característico de los brutos. ¡Y qué! ¿el cielo, para el cual fuisteis criados, no os merece un suspiro, un deseo, una mirada? Entonces bien podeis contentaros con lo de la tierra, que el paraíso seguramente no ha de ser para vosotros.

Aun no habia san Pedro acabado de proferir su despropósito, cuando vino una nube luminosa que los cubrió, y de la nube salió una voz que dijo: Este es mi Hijo el amado... escuchadle: *Adhuc eo loquente, ecce nubes lucida obumbravit eos. Et ecce vox de nube, dicens: Hic est Filius meus dilectus... ipsum audite*. ¡Dichosos los que escuchan la palabra de Dios! decia el mismo Jesucristo: *Beati qui audiunt verbum Dei*.<sup>2</sup> ¿Por qué? porque, como dice san Bernardo, oír con gusto la palabra de Dios, ó leída, ó meditada, ó predicada, es la principal señal de predestinacion: *Nullum majus est signum prædestinationis æter-*

---

<sup>1</sup> Psalm. XLVIII, 21.

<sup>2</sup> Luc. XI, 28.

*nae, quàm Dei verba libenter audire.* <sup>1</sup> Y por esto, añade el santo Doctor, cuando veais que alguno va con piadosa avidez á escuchar sermones, catecismos, instrucciones, llamadle dichoso, tenedle por predestinado, creed que el paraíso será suyo; porque, segun el oráculo del Salvador, el que escucha su palabra tiene vida eterna: *Qui verbum meum audit... habet vitam æternam.* <sup>2</sup> Así como, por el contrario, cuando veais á alguno que ni lee la palabra de Dios, ni la medita, ni la escucha en las iglesias, tenedle por desgraciado; porque, si su condenacion no es cierta, está en gran peligro, y no puede hacerse de él sino muy mal pronóstico: *Nullum pejus et signum damnationis æternæ, quàm Dei verba contemnere.* <sup>3</sup> Me abstengo de hacer sobre esto aplicacion alguna, pero quisiera se diesen por entendidos los que nunca ó rarísimas veces se dignan honrar con su presencia nuestros sermones y catecismos. El que es de Dios, decia Jesucristo á los judíos, oye las palabras de Dios: por esto vosotros no las oís, porque no sois de Dios: *Qui ex Deo est, verba Dei audit. Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.* <sup>4</sup>

No bien oyeron los tres apóstoles la voz que salió de la nube, cuando fueron poseidos de un gran temor y cayeron sobre sus rostros: *Et audientes discipuli ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valde.* No sin razon temieron mucho, porque el pensamiento del paraíso, si por un lado consuela, por otro espanta. El paraíso ¿será para nosotros? ¿veremos nosotros el paraíso?... Aquí no sé contestar otra cosa que aquello que dice san Pedro en su segunda carta: Aplicaos á toda suerte de obras buenas, para que estas os den una justa confianza de que conseguiréis la vida eterna: *Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis.* <sup>5</sup> Amen.

---

<sup>1</sup> D. Bern. serm. de Septuag.

<sup>2</sup> Joan. V, 24.

<sup>3</sup> D. Bern. ib.

<sup>4</sup> Joan. VIII, 47.

<sup>5</sup> 2 Petr. I, 10.

---

## TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

---

Evangelio. *Luc. XI.*

Estaba Jesús echando un demonio *del cuerpo de un hombre* que era mudo. Y cuando hubo echado al demonio, habló el mudo, y se admiraron las turbas. Más *los fariseos habian concebido tal ódio contra él, que algunos dijeron: Lanza los demonios en virtud de Belzebú príncipe de los demonios. Y otros para probarle y ver si verdaderamente tenia el poder que se le atribuía, le pedian que hiciese algun milagro. Pero él, viendo sus pensamientos é intenciones, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, será destruido, y caerá casa sobre casa. Pues si Satanás está tambien dividido contra sí mismo, como lo suponeis cuando decís que en su virtud lanzo los demonios, ¿cómo subsistirá su reino? porque decís que yo lanzo los demonios por virtud de Belzebú. ¿Pues si por virtud de Belzebú lanzo yo los demonios, vuestros hijos por virtud de quien los lanzan? Responderéis que los lanzan por virtud de Dios, y por esto digo yo que ellos serán vuestros jueces, y os condenarán en el juicio divino por atribuir en mí á la virtud del demonio lo que en ellos atribuíis al poder de Dios. Ciertamente si por el dedo ó poder de Dios lanzo yo los demonios, como no podeis menos de reconocerlo, sin duda el reino de Dios ha llegado á vosotros. Porque cuando un*

*hombre fuerte y armado guarda su casa, todas las cosas que posee están en seguridad; pero si sobreviniendo otro mas fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas en que confiaba, y repartirá sus despojos. El que no es conmigo, es contra de mí, y el que no recoge conmigo, desparrama y disipa la obra de Dios. Dirigiéndose despues Jesús al hombre que acababa de librar del demonio, y queriendo hacerle comprender los esfuerzos que este enemigo haria para volver á posesionarse de él, y el cuidado con que debia resistirle, le habló así: Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares áridos buscando reposo, y no hallándolo, dice: volveré á mi casa de donde salí. Y viniendo á ella, la halla barrida y equipada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando dentro, allí moran. Y el último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero. Y sucedió que, diciendo él estas cosas, una mujer de enmedio del pueblo levantó la voz, y le dijo: Dichoso el vientre que te trajo, y los pechos que te alimentaron. Y él dijo: Antes bien son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la observan.*

---

## Discurso 1.º Apología de la confesion.

Erat Jesus ejiciens demonium, et illud erat mutum.  
*Luc. XI, 14.*

Jamás se ha visto tumulto igual al que movian los judíos mientras estaban acusando á nuestro Señor Jesucristo en presencia de Pilato. Es un blasfemo, gritaban unos: subleva al pueblo, clamaban otros: trata de hacerse rey, decian estos: prohíbe pagar el tributo al César, decian aquellos: que muera en una cruz, clamaban todos: *Tolle, tolle, crucifige eum.* ¡Pobre Jesús! ¡cuánta calumnia, cuánta injusticia contra de vos! No busca sino la gloria de su Padre celestial, y dicen que es un blasfemo: no predica sino el reino del cielo, y dicen que conmueve la plebe: no ama sino la pobreza y las humillaciones, y dicen que trata de coronarse por rey: no inculca sino que se dé á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, y dicen que prohíbe se paguen á este las contribuciones: no se ocupa sino en hacer bien á todos, y dicen que se le debe quitar de enmedio y hacerle morir en una cruz: *Tolle, tolle, crucifige eum.* ¿Viéronse jamás imputaciones mas falsas, mas absurdas, mas inícuas?

Otra cosa hay que ha sido, y continúa siendo tambien objeto de acusaciones las mas injustas y absurdas, y es la confesion sacramental instituida por el mismo Jesucristo. ¡Qué falsedades, que imposturas y calumnias no se propalan contra esta divina institucion! ¡qué clamoreo y alboroto no levantan contra ella sus implacables detractores! La confesion no ha estado siempre en uso, gritan unos: la confesion fué inventada por los papas, claman otros: la confesion es una institucion bárbara, dicen estos: la confesion no trae utilidad alguna, dicen aquellos: la confesion deberia ser abolida por siempre, claman todos. *Tolle, tolle, crucifige eum.* ¡Pobre confesion! ¡cuán-



ta mentira, cuánta impostura contra de tí! Eres tan antigua como la Iglesia, y dicen que no has estado siempre en uso: fuiste instituida por Jesucristo, y dicen que te inventaron los papas: eres llena de dulzura, y dicen que eres una institucion bárbara: produces los efectos mas saludables en la sociedad, en la familia y en el individuo, y dicen que no traes utilidad alguna: eres el escudo de la virtud, y dicen que mereces ser abolida por siempre: *Tolle, tolle, crucifige eum*. ¡Pobre confesion! ¿te sucederá á tí lo que aconteció á Jesucristo, que no tuvo quien saliera en su defensa?

No, tomando yo pié del milagro que obró nuestro Señor Jesucristo echando de un hombre un demonio que le hacia mudo, el cual demonio puede decirse que es el que capitanea á todos los enemigos de la confesion, me empeño hoy en defenderla de todas las calumnias y falsedades con que se la combate, á fin de que ninguno de vosotros se deje seducir. Atencion.

---

Lo primero de que se acusa á la confesion, es de novedad. La confesion de los pecados, dicen, no era conocida en los primeros siglos de la Iglesia.—El que esto dice, respondo yo, ó se hace el tonto, ó lo es en grado superlativo; pues basta tener un mediano conocimiento de la historia para saber que la confesion de los pecados ha estado siempre en uso, no solo en tiempo de la ley de gracia, sino tambien en el de la ley escrita, y, lo que es todavía mas, en tiempo de la ley natural que databa desde el principio del mundo. ¿Quereis ver como demuestro con hechos innegables que desde que hubo pecadores en el mundo, hubo confesion de los pecados?

Pues entremos en el paraíso terrenal, donde Adan y Eva han pecado, comiendo del árbol que les era prohibido; y verémos que, no bien han cometido esta culpa, cuando Dios ya los llama á la confesion, ¿Dónde estás, Adan? dice al uno: *Adam, ubi es?* ¿Por qué has hecho esto, Eva? dice á la otra: *Quare hoc fecisti?* Estas preguntas se las hizo Dios, dice san Agustín, no porque ignorase lo que habian hecho, sino porque quiso que ellos mismos lo confesasen con sus propios labios, como efectivamente lo hicieron diciendo cada uno: *Comedi*, es verdad, Se-

ñor, no podemos negarlo: hemos comido del fruto que tan severamente nos teniais prohibido.

Salgamos ahora del paraíso, y vámonos á aquel campo donde Cain ha asesinado á su hermanito Abel, y verémos que apenas ha cometido este delito, cuando Dios ya le insta á confesarlo. ¿Dónde está, le dice, tu hermano Abel? *Ubi est Abel frater tuus?* Y porque Cain se resistia á confesar que le hubiese muerto, alegando que, no siendo su guardian, no tenia que dar cuenta de él, díjole Dios: Ya que tú no quieres declarar tu pecado, yo lo declararé por tí: á Abel le has asesinado inhumanamente, y su sangre me está pidiendo á grandes voces venganza contra de tí: *Vox sanguinis fratris tui clamat ad me.* Tenemos, pues, que la confesion de los pecados no es cosa tan nueva como quieren suponer sus calumniadores, puesto que la vemos ya practicada en tiempo de la ley natural, y aun en el mismo principio del mundo.

Que si de la ley natural pasamos á la ley escrita, hallarémos mil preceptos que mandan y ordenan la confesion. En el capítulo quinto del libro de los Números hallarémos escritas estas palabras: El hombre ó la mujer que cometiere alguno de los pecados que suelen acaecer á los hombres, y por negligencia traspasaren el precepto del Señor, y delinquieren, confesarán su pecado: *Vir sive mulier, cum fecerint ex omnibus peccatis, quæ solent hominibus accidere, et per negligentiam transgressi fuerint mandatum Domini... confitebuntur peccatum suum.*<sup>1</sup> En el capítulo vigésimo sexto del Levítico hallarémos que Dios dijo á Moisés: Visitaré con castigos á los hijos de tu pueblo, y serán afligidos por sus pecados y por los de sus padres, hasta que confiesen sus iniquidades: *Propter peccata patrum suorum, et sua affligentur, donec confiteantur iniquitates suas.*<sup>2</sup> En los capítulos cuarto, quinto y sexto del mismo libro hallarémos que Dios mandó á los hebreos, que por cada especie de pecado ofreciesen por manos del sacerdote una victima diferente: por

---

<sup>1</sup> Num. V. 6 et 7.

<sup>2</sup> Levit. XXVI, 39 et 40.

el pecado de ignorancia una cabra sin mancha, por el de perjurio una oveja, por el de injusticia un carnero, etc.: todo lo que venia á ser una especie de confesion, y confesion bien clara y explícita, puesto que por la víctima que el pecador presentaba, el sacerdote conocia perfectamente en qué materia habia delinquido. Pregunto ahora: los que dicen que la confesion es una invencion moderna, ¿saben ó no saben que Dios impuso estas leyes á los hebreos? Si lo saben, ¿cómo osan mentir con tanta frescura? si no lo saben, ¿cómo se atreven á sostener públicamente lo que no entienden?

Vengamos á la ley evangélica, y ella nos suministrará pruebas aun mas irrefragables de que la confesion estaba ya en uso al principio del cristianismo. Ahí está el evangelio de san Mateo, en el que se nos dice, que predicando el Bautista en las riberas del Jordan, muchas personas de Jerusalem, y aun de toda la Judea, acudian á él para ser bautizadas, confesando sus pecados: *Exibat ad eum Jerosolyma, et omnis Judæa... et baptizabantur ab eo... confitentes peccata sua.*<sup>1</sup> Ahí están los Hechos de los apóstoles, donde leemos que, hallándose san Pablo en Éfeso, muchos de los fieles acudian á él, confesando y declarando sus culpas: *Multique credentium veniebant confitentes, et annuntiantes actus suos.*<sup>2</sup> Ahí está la primera carta de san Juan, en la que el santo Apóstol exhorta á los fieles de su tiempo á que confiesen sus pecados, bajo la persuasion de que, confesándolos, Dios fiel y justo se los perdonará: *Si confiteamur peccata nostra, fidelis est et justus, ut remittat nobis peccata nostra.*<sup>3</sup> ¿No es, pues, una calumnia, y calumnia muy grosera, decir que la confesion no ha estado siempre en uso en la Iglesia de Dios? Sed vosotros jueces: yo sigo.

La segunda cosa de que se acusa á la confesion es de procedencia ilegítima. La confesion, dicen, no la instituyó Jesucristo, sino que ha sido inventada por los papas, á fin de que el clero se hiciese dueño de las conciencias, y por este medio

---

<sup>1</sup> Matth. III, 5 et 6.

<sup>2</sup> Act. XIX, 18.

<sup>3</sup> 1 Joan. I, 9.

pudiese avasallar mejor al pueblo.—Los que esto dicen, respondo yo, deberian tomarse la molestia de decirnos cual fué el papa que la inventó, y cual fué el tiempo, el lugar, la forma con que elevó á ley eclesiástica su invencion; porque mientras no nos designen en la historia el lugar, el tiempo y el autor de la confesion, tendremos derecho á sospechar que fingen y mienten. Pues aquí estoy yo para designarlos, responde uno de ellos: <sup>1</sup> el lugar fué Roma, el tiempo fué el principio del siglo trece, el autor fué el papa Inocencio tercero en el cuarto Concilio de Letran. Véase sino lo que establece el Cánón XXI de este Concilio. «Todo fiel... dice, que hubiere llegado á la edad de discrecion, confesará... todos sus pecados á su propio sacerdote, al menos una vez al año... y si no lo hiciere así, mientras viviere se le prive de entrar en la iglesia, y despues de muerto séale negada la sepultura eclesiástica.» ¿Quién no ve en este Cánón la institucion clara y patente de la confesion? —¡Ah, hombre sofista y de mala fe! ¿es posible que así bagais mofa de la verdad? Basta no ser ciego para echar de ver que en este Cánón no se trata de la confesion como de una cosa que se establece, sino como de una cosa establecida ya, y practicada por todo el mundo. No es la institucion de la confesion lo que este Cánón contiene y expresa, sino la obligacion de confesarse al menos una vez cada año bajo pena de excomunion. La confesion sacramental estaba ya establecida por la institucion divina del sacramento de la Penitencia; pero como muchos cristianos apenas confesaban en toda la vida, y solo lo hacian cuando se hallaban en el artículo de la muerte, lo que hizo el Concilio fué, mandar que no se dejase pasar un año sin confesar al menos una vez. ¿Es esto inventar ó establecer la confesion?... Porque el mismo Concilio ordenó en el mismo Cánón que todo fiel comulgase al menos por la Pascua: *Suscipiens, ad minus in Pascha, Eucharistiæ Sacramentum*, ¿dirémos que inventó la Eucaristia? Porque la Iglesia arregló y fijó el número de los dias festivos, ¿habrémos de concluir que inventó la santificacion de las fiestas?

---

<sup>1</sup> Kemnitz exam. Conc. Trid.

He querido, hermanos, enteraros bien de este punto de disciplina eclesiástica, á fin de precaveros contra los engaños de ciertos hombres que, haciéndose instrumentos de las sectas protestantes, van propalando maliciosamente que la confesion fué instituida por los papas, á fin de que el clero adquiriese un dominio absoluto sobre el pueblo, y así pudiese esclavizarlo mejor á su gusto. Quien instituyó la confesion fué el mismo Jesucristo cuando, despues de su resurreccion, se presentó á los apóstoles, y les dijo: Recibid al Espíritu-santo: á los que perdonáreis los pecados, perdonados les son: y á los que los retuviereis, les son retenidos: *Accipite Spiritum Sanctum: quorum remisieritis peccata, remittuntur eis: et quorum retinueritis, retenta sunt.*<sup>1</sup> Ved aquí la institucion; porque ¿cómo hubieran podido los apóstoles perdonar unos pecados y retener otros, sin saberlos? ¿y cómo hubieran podido saberlos, si los mismos pecadores no los confesaran?

La tercera inculpacion que se hace á la confesion sacramental, es la de ser una institucion inhumana. Es cosa bárbara, dicen, obligar á descubrir las propias flaquezas, y á infamarse á sí mismo en el concepto del confesor.—Los que dicen esto, respondo yo, sírvanse proponernos otro medio de justificarnos mas humano y mas benigno. Todos los hombres, á excepcion de los protestantes y de los católicos que adoptan sus máximas, han creído siempre que, para alcanzar el perdon de sus culpas, era necesario sujetarse á cosas molestas y penosas. ¿Qué no hicieron los mismos gentiles para aplacar á sus dioses cuando los creyeron ofendidos? Unos se azotaban horriblemente, como los cartagineses: otros sacrificaban sus hijos, como los ammonitas: otros daban vueltas al contorno de un altar diciendo en voz alta sus culpas, como los lacedemonios. ¿Qué diré del modo penoso que los hebreos alcanzaban el perdon de sus pecados? Como tengo ya dicho, segun era el pecado que habian cometido, debian ofrecer un toro, una oveja ó un carnero, para ser sacrificados; y con la mano puesta sobre la ca-

---

<sup>1</sup> Joan. XX, 22 et 23.

beza de la víctima que presentaban, debian dar á conocer el pecado que habian hecho: *Ponetque manum super caput hostiæ, et acceptabilis erit, atque in expiationem ejus proficiens.*<sup>1</sup> ¿Qué, si, como los cartagineses, estuviésemos precisados á azotarnos horriblemente? ¿qué, si, á imitacion de los ammonitas, hubiésemos de sacrificar los hijos? ¿qué, si, á semejanza de los lacedemonios, hubiésemos de publicar nuestras flaquezas dando vueltas al rededor de un altar? ¿qué, en fin, si, como los hebreos, hubiésemos de ofrecer animales? ¡Ah! los que acusan á la confesion secreta de los pecados de institucion bárbara, sírvanse compararla con todo lo que acabo de decir, y desde luego verán la injusticia de su acusacion.

Por último, se la acusa de inutilidad. La confesion, dicen, no aprovecha ni á la sociedad, ni á las familias, ni á los individuos.—Los que así hablan, contesto yo, ó no saben lo que se dicen, ó no les importa nada mentir á la cara de todo el mundo; porque los saludables efectos que la confesion produce en estas tres clases son tan visibles y patentes, que no hay hombre que no los vea. Dejando aparte los efectos espirituales que todos sabeis produce invisiblemente en el alma, como son la remision de los pecados actuales, la infusion ó el acrecentamiento de la gracia santificante, la conmutacion de la pena eterna en temporal, la rehabilitacion de todos los méritos precedentes, ¡cuántos bienes no produce, cuántos males no impide en el orden social y político!

Me atrevo á decir, que mas bienes reporta el Estado de la confesion auricular, que de la accion combinada de todos los tribunales; y que mas disgustos ahorra á la sociedad un confesor sin mas que dirigir algunas amonestaciones paternales á sus penitentes, que un magistrado con todo el aparato de leyes, procesos, multas, cárceles y destierros. En la confesion, sin estrépito ni ruido, se impiden muchos delitos y se cortan infinitos desórdenes que todas las leyes humanas serian incapaces de impedir ó cortar: en la confesion, sin ninguna coac-

---

<sup>1</sup> Lev. I, 4.

cion ni violencia, se reparan infinitas injusticias que en el fuero externo no podrian repararse de modo alguno. ¡Cuántos bienes usurpados son restituidos por medio de ella! ¡cuántos contratos injustos son anulados! ¡cuántas venganzas son impedidas! ¡cuántos agravios son perdonados! ¡cuántos ódios, cuántos escándalos, cuántos desórdenes son ahogados en su origen! ¡Ah! dadme un país donde todos confiesen bien y con alguna frecuencia, y desde luego os aseguro que en él no será menester, como lo es ahora, ni aumentar la guardia civil, ni ensanchar las cárceles, ni emplear la mitad de la poblacion para mantener en el órden á la otra mitad. La confesion... sí, la sola confesion bastará para que todos sean obedientes, justos, honestos, honrados y pacíficos: ella sola hará que todos los vasallos sean fieles, que todos los gobernantes sean discretos, que todos los comerciantes sean justos, que todos los hijos sean sumisos, que todos los padres sean ejemplares, que el órden, la paz y la dicha reinen en las familias, en los pueblos, en la sociedad entera.

¿Veis cuán diferente es la confesion de lo que la suponen sus eternos enemigos? La suponen inventada de pocos siglos, y la hemos vista tan antigua como el mundo: la fingen establecida por los papas, y la hemos hallado instituida por el mismo Jesucristo: la tildan de institucion bárbara, y la hemos encontrado llena de dulzura: la llaman inútil, y la hemos visto fecunda de bienes. ¿Qué debeis hacer, pues, en vista de la mala fe de sus detractores? Compadecer sus personas, despreciar sus doctrinas, no dar importancia á sus sofismas; y vosotros, digan ellos lo que quieran, manteneros constantes en la doctrina de la Iglesia acerca de la confesion, aprovechándoos de ella para purificaros de vuestras culpas, fortificaros en la virtud, y enriqueceros de méritos para el cielo. Amen.

---

## Discurso 2.º *La castidad.*

Erat Jesus ejiciens dæmonium. *Luc. XI, 14.*

La Iglesia nos hace leer hoy en la misa una parte del capítulo undécimo de san Lucas, en el que el santo Evangelista nos refiere cómo el Salvador echó del cuerpo de un hombre un demonio horrible que, entre otros males que le causaba, uno era tenerle la lengua atada para que no pudiese hablar: *Erat Jesus ejiciens dæmonium, et illud erat mutum.* ¿Qué motivos habrá tenido la Iglesia para recordarnos hoy este hecho? Como insta el precepto de la comunión pascual, y es ya tiempo de que los cristianos se dispongan para recibir dignamente el cuerpo adorable de nuestro Señor Jesucristo, opino que uno de los motivos que ha tenido para recordarles este hecho histórico, es hacerles presente á todos el deber en que están de echar de sus almas el pecado que les hace esclavos del demonio, y los incapacita para recibir con fruto la sagrada Comunión; sobre todo el pecado impuro, que es el que tiene una oposición mas directa con la sagrada Eucaristía, y el que la profana de una manera mas horrible.

Si en algun tiempo los cristianos deben purificarse de toda impureza y adornarse con el vestido hermoso de la castidad, es principalmente en el tiempo de Cuaresma en que la Iglesia les ordena comulgar; pues lo que principalmente hace á un gran número de cristianos indignos de acercarse á la sagrada mesa, y ocasiona una infinidad de comuniones sacrílegas, es el vicio opuesto á la santa pureza, del que desgraciadamente muchos son esclavos. Permitidme, pues, que yo, siguiendo el espíritu y secundando las intenciones de la santa Iglesia, os recuerde hoy el precepto de la castidad, haciéndoos ver la obligación indispensable en que todos os hallais de conservaros



castos, sobre todo tratando de recibir sacramentalmente el Cuerpo purísimo de Jesucristo.

Siendo mi propósito manifestaros la monstruosa oposicion que el pecado puesto á la castidad tiene con la sagrada Comunión, y de consiguiente la estrechísima obligacion en que os hallais de adornaros, antes de recibirla, con la virtud de la santa pureza, creo conveniente encabezar mi discurso con las siguientes textuales palabras escritas por san Pablo en su primera carta á los tesalonicenses. Ya sabeis, les dijo, qué preceptos os he dado en nombre de Jesús por lo que mira á vuestra conducta y modo de conduciros: *Scitis... quæ præcepta dederim vobis per Dominum Jesum.* <sup>1</sup> Pues esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion; que os abstengais de la impureza, que sepa cada uno de vosotros conservar su cuerpo en santificacion y honor, no accediendo á los instintos de la concupiscencia, como lo hacen los gentiles que no conocen á Dios: *Hæc est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra: ut abstineatis vos à fornicatione, ut sciat unusquisque vestrum vas suum possidere in sanctificatione, et honore: non in passione desiderii, sicut et gentes quæ ignorant Deum.*

Si, como supongo, habeis parado atencion en estas terminantes palabras del grande Apóstol, habeis podido notar que no se contenta con decirnos simplemente que debemos ser castos, sino que al mismo tiempo nos da las razones y nos señala los motivos porque debemos serlo. La primera razon, el primer motivo es la voluntad de Dios, que así lo ha ordenado: *Hæc est enim voluntas Dei... ut abstineatis vos à fornicatione.* Sí, dice, Dios ha mandado que cada uno guarde la castidad propia de su estado, el virgen la que conviene á la virginidad, el casado la que corresponde al matrimonio, el viudo la que es propia de la viudez, evitando diligentemente todo lo que ofende al pudor, todo lo que se opone á la pureza, todo lo que hiere á la honestidad, pensamientos lúbricos, deseos sensuales, palabras obs-

---

<sup>1</sup> 1 Thes. IV. 2.

cenas, acciones torpes, todo, todo lo que tenga resabio de fornicacion: *ut abstineatis vos à fornicatione*. Y lo ha mandado tan severamente, añade, que jamás admitirá en su reino á ningun deshonesto sea de la clase que fuere, sea adúltero, sea sodomita, sea incestuoso, sea simple fornicador: *Neque fornicarii... neque adulteri, neque molles, neque masculorum concubitores regnum Dei possidebunt*.<sup>1</sup> Y no solo esto, concluye, sino que á los impuros los sujetará Dios á un juicio terrible, y les hará sentir todo el peso de su tremenda justicia: *Fornicadores... judicabit Deus*.<sup>2</sup> ¡Palabras formidables, capaces de desconcertar á todo impuro que no tenga ya el corazon petrificado!

La segunda razon que nos da el santo Apóstol para probarnos que debemos ser castos, es nuestra vocacion al cristianismo: *Non in passione desiderii, sicut et gentes quæ ignorant Deum*. Que un gentil, dice, que un turco ó un idólatra sea impuro, es un gran mal, pues, aunque no conoce claramente la ley de Dios, viola el precepto de la castidad impuesto por la misma ley natural que él no ignora; pero que lo sea un cristiano... un cristiano cuyo cuerpo ha sido santificado por el Bautismo, dedicado á Dios por la Confirmacion y hecho templo de Jesucristo por la recepcion de la sagrada Eucaristia... ¡ah! esta es una monstruosidad apenas concebible. Porque cualquier otro pecado que él cometiera, aunque pecado es, es pecado fuera del cuerpo; pero cuando comete impureza, peca contra su mismo cuerpo y profana el templo místico del Espíritu-santo: *Omne peccatum quodcumque fecerit... extra corpus est: qui autem fornicatur, in corpus suum peccat*.<sup>3</sup> ¿Ignorais acaso que vuestros miembros son templo de un Dios purísimo, y que ya no sois vuestros para poder hacer de vuestro cuerpo lo que quisierais? *An nescitis quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti... et non estis vestri?*<sup>4</sup> Dad, pues, gloria á Dios con una vida inocente y pura: *Glorificate, et portate Deum in corpore vestro*.<sup>5</sup>—Ved aqui

<sup>1</sup> 1 Corint. VI, 9 et 10.

<sup>2</sup> Hebr. XIII, 4.

<sup>3</sup> 1 Corint. VI, 18.

<sup>4</sup> Ib. vers. 19.

<sup>5</sup> Ib. vers. 20.

las razones con que el Apóstol os demuestra la estrechísima obligacion que tenéis de ser castos, razones fundadas en principios tan altos, que deberian bastar por sí solas á inspiraros el mas grande horror á todo lo que hiede á impureza.

Quiero, sin embargo, añadir otra fundada en la dignidad de la sagrada Eucaristía que os será fuerza recibir antes de mucho para cumplir el precepto pascual, sentando por principio que el pecado impuro tiene una oposicion tan formal y directa con el cuerpo purísimo de Jesucristo, que no hay otro que lo profane de una manera mas indigna. ¿Lo dudais? oíd, oíd. Fugitivo David del palacio del rey Saúl, llega á Nobe ciudad sacerdotal, y acosado del hambre, se presenta al pontífice Aquimelec, y le dice: Yo y algunos jóvenes que he dejado fuera de la ciudad, estamos verdaderamente hambrientos, y nos precisa comer cualquiera cosa que sea. Vé, pues, si tienes algo á mano: aunque no sean mas que algunos panes, dámelos por favor. Lo que es pan comun, responde Aquimelec, no puedo dártelo, porque no lo tengo: solo tengo el pan santo, ó sean los doce panes de proposicion que están dedicados al Señor. Pero antes de entregártelos debo hacerte una pregunta: los jóvenes que has dicho haber quedado fuera de la ciudad ¿están del todo limpios, sobre todo en lo que toca á impureza? *Non habeo panes laicos, sed tantum panem sanctum: si mundi sunt pueri, maxime à mulieribus?*<sup>1</sup>— Esto fué como decirle con gran cortesía: si tú me aseguras que todos están limpios, te entregaré el pan santo, y, atendida vuestra gran necesidad, podréis comerlo: de lo contrario, me guardaré mucho de dártelo, por no exponerlo á una indigna profanacion.

¡Dios eterno! si hubiera sido una profanacion indigna dar á comer á hombres no limpios un pan que no tenia otra particularidad que la de haber sido ofrecido á Dios con algunas ceremonias legales, ¿qué horrible profanacion no será recibir en un cuerpo impuro el Pan del cielo, el Pan de los ángeles, el Cuerpo real y verdadero de todo un Dios hecho hombre? Sé

---

<sup>1</sup> 1 Reg. XXI, 4.

que todo pecado mortal, sea de la especie que fuere, con el que se recibe el Cuerpo purísimo de Jesucristo, lo profana indignamente; pero á mi juicio ninguno mas que el pecado deshonesto. ¿Por qué? porque, aunque absolutamente hablando, no sea el mayor de todos, es al que el Verbo humanado ha manifestado siempre mas horror y aversion. ¿Por qué, cuando trató de hacerse hombre por nuestro amor, quiso nacer de una vírgen, y vírgen mas pura que los mismos ángeles? ¿por qué no quiso tener por padre presuntivo sino á un hombre castísimo y consagrado á Dios con el voto de virginidad? La respuesta cae de su peso: porque, siendo él la misma pureza, una madre no vírgen y un padre no casto hubieran sido á sus ojos objetos de horror y abominacion. ¿Y no lo será quien, siendo tocado del infame vicio de la deshonestidad, se atreva á recibirle sacramentalmente?...

Apóstoles míos, dijo él mismo en cierta ocasion, no queráis dar lo santo á los perros, es decir, á los cristianos que, semejantes á los brutos, se entregan á la lascivia: *Nolite dare sanctum canibus.* <sup>1</sup> Bien sé que, al dar Jesucristo este aviso á sus apóstoles, su principal intento fué que no expusieran la palabra de Dios al desprecio de los libertinos, ¿pero no podria decirse que tambien se propuso rogarles que no diesen su sagrado Cuerpo á los impúdicos y deshonestos? Ciertamente sí, dice un grande expositor, puesto que el Crisóstomo por *lo santo* entiende la sagrada Eucaristia, que no debe darse á los perros, es decir, á los inmundos: *Crysostomus... per sanctum accipit... Eucharistiam, quæ non debet dari canibus... id est, immundis.* <sup>2</sup>

Y ya que he nombrado al Crisóstomo, oíd con respeto las siguientes palabras que son todas tuyas. ¿Qué pureza, dice, no debe tener el que participa de este admirable Sacramento? *Quo non oportet esse puriorem tali fruentem Sacrificio?* Y la boca que se llena de este fuego espiritual, y la lengua que se embermejece con esta Sangre divina ¿no deberian sobrepujar en

---

<sup>1</sup> Matth. VII, 6.

<sup>2</sup> Alap. in exposit. cap. 7 D. Matth.

pureza á los mismos rayos del sol? *Quo solari radio non splendidius... os quod igni spirituali repletur, lingua que tremendo nimis Sanguine rubescit?*<sup>1</sup>—Cierto que sí; porque, si por la santa Comunion nuestra carne se une á la carne purísima de Jesucristo, y nuestro corazón viene á hacerse vaso, ó mas bien, templo y santuario donde reposan sus miembros, sus huesos, su sangre y toda su sacratísima Humanidad, justo seria que tuviésemos una castidad parecida á la de los ángeles, y que en limpieza excediésemos á la luz del mismo sol. Pero ya que no seamos capaces de tanto, ¿no deberemos, al menos, comparecer limpios de todo lo que sea contrario á la honestidad? ¡Oh manos, que teneis el honor de tocar á vuestro Dios! ¿os arriesgaríais tocarle estando manchadas de impureza?... ¡Oh ojos, que mirais en las manos del sacerdote al que los ángeles contemplan extasiados en el cielo! ¿os atreveríais á mirarle siendo culpables de miradas impúdicas?... ¡Oh bocas, que teneis la dicha de recibir el Cuerpo adorable de todo un Dios hecho hombre! ¿tendríais valor de recibirle estando contaminadas con palabras impuras?... Y vosotros corazones cristianos, que estais próximos á servir de urna á un Dios Sacramentado, ¿tendríais el descaro de abrirle vuestros senos sin purificarlos antes de todo deseo, afecto y amor sensual ó profano?...

¡Ah, cristianos! considerad que es el Dios de toda pureza el que debeis recibir en la santa Comunion, el Dios que quiso tener por Madre á una Virgen purísima y por protector á un santo castísimo, el Dios que ha ordenado severamente la castidad, y sujetará á castigos horribles á los impuros. No seais tan desalmados, que llegueis á presentaros á la sagrada mesa con el alma rea de la lascivia... no seais tan temerarios, que oseis desafiar los rayos de la justicia del cielo. Yo os lo encargo, yo os lo suplico, yo os lo mando en nombre de este Dios Sacramentado, que algun dia ha de pedirnos estrecha cuenta de todas vuestras comuniones. ¿Seré atendido? Así sea. Amen.

---

<sup>1</sup> Chrysost. Homil. 83 in Matth.

## Homilia sobre el Evangelio *Erat Jesus ejiciens.*

Una historia muy instructiva se nos ofrece hoy por meditar, y es la de un hombre á quien el Salvador libró de un demonio horrible que estaba posesionado de él, y le tenia atada la lengua para que no pudiese hablar. Sobre este hecho histórico, que representa vivamente el infeliz estado del alma puesta en pecado, así como su dicha indecible cuando viene á ser librada de él por la gracia de Jesucristo, haré pocas reflexiones, pero muy útiles si sabeis apreciarlas. Comienzo.

La posesion diabólica, muy rara al presente, sobre todo entre los cristianos, era frecuentísima cuando el Hijo de Dios vino al mundo; disponiéndolo él tal vez así, para que se comprendiera que venia á destruir el imperio del demonio, echándole de los cuerpos igualmente que de las almas. Por la relacion que los santos evangelistas nos hacen de algunos casos podréis juzgar del infeliz estado de una persona, que teniendo al demonio alojado en el cuerpo, es lo que propiamente llamamos *poseso, energúmeno ó endemoniado.*

San Mateo y san Márcos nos hablan de uno que, dominado del demonio que tenia dentro, se estaba siempre escondido en los sepulcros y en las cavernas de los montes, golpeándose horriblemente con una piedra, y dando gritos tan espantosos que nadie se atrevia á acercarse á aquellos lugares. <sup>1</sup> El mismo san Márcos nos hace mencion de otro que, agitado del espíritu maligno que moraba en él, ya se tiraba contra la tierra echando espumarajos, ya cruja feísicamente los dientes, ya se arrojaba al fuego, ya corria á lanzarse en las lagunas y en los charcos. <sup>2</sup> San Lúcas nos habla hoy de uno que, ocupado

---

<sup>1</sup> Matth. VIII, 28.—Marc. V, 5.

<sup>2</sup> Marc. IX, 17.

del mismo espíritu maligno, tenia la lengua atada sin poder decir palabra: *Illud erat mutum*. ¿Visteis jamás estado mas infeliz, situacion mas triste y deplorable?

¿Y qué, si yo ahora os dijese que aquí entre vosotros hay algunos que están poseidos del demonio?... ¿y que de estos unos son como el primer energúmeno que se estaba siempre escondido en las tumbas y cavernas, otros como el segundo que se arrojaba ora en el fuego ora en el agua, y otros como el último que tenia impedida la lengua sin poder articular una palabra?... ¿No os llenaríais de espanto? Pues creed que hay aquí personas en quienes el demonio habita de una manera mucho mas espantosa, bien que mucho menos sensible: creed que aquí hay sugetos sobre quienes el espíritu maligno ejerce un furor verdaderamente diabólico, si no patentemente sobre los cuerpos, al menos invisiblemente sobre las almas. ¿Lo dudais?

Abrid por un momento los ojos de la fe, y por los efectos reconoceréis esta posesion diabólica en alguno de vuestros prójimos, y tal vez en vosotros mismos. Ese hombre anciano que muchos años há vive sepultado en el vicio, sin que hasta ahora hayan bastado á sacarle de él ni los desengaños de la edad, ni la experiencia del mundo, ni los gritos de los predicadores, ni las amenazas del mismo Dios, ¿no está poseido de un demonio mil veces peor que aquel que oprimia al primer poseso que nunca salia de los sepulcros y de las cuevas?... Ese jóven que alternativamente va entregándose á toda suerte de pecados, una vez á la destemplanza, otra á la blasfemia, otra á la lujuria, etc., ¿no aloja dentro de sí á un diablo mucho mas fiero que aquel que agitaba al otro endemoniado que ora se estrellaba contra la tierra, ora se echaba al fuego ó al agua?... Ese padre que nunca tiene una palabra para corregir á sus hijos, esa mujer que hace tiempo se está callando pecados en la confesion, ese hombre que en toda la semana abre la boca para encomendarse á Dios, ¿no están en poder de un demonio incomparablemente mas temible que aquel que tenia atada la lengua del mudo de nuestro Evangelio?...

¿Qué digo en poder de un demonio? ¡ay! si al demonio que

habita en alguno de los que me escuchan, le hiciésemos aquella pregunta que Jesucristo hizo al que moraba dentro del primer poseso: *Quod tibi nomen est?* ¿cuál es tu nombre? tal vez nos responderia como aquel: Mi nombre es *Legion*, porque aquí somos muchos: *Legio mihi nomen, quia multi sumus*:<sup>1</sup> tantos somos nosotros, cuantas son las especies de pecado de que este infeliz es esclavo. Y si, estrechándoles en particular, les preguntásemos qué nombre especial tiene cada uno de ellos: *Quod tibi nomen est*, tal vez, tal vez nos harian oír esta lista espantosa: *Superbia, Avaricia, Lujuria, Ira, Gula, Envidia, Pereza*. ¡Dios eterno! ¿tantos y tan horribles demonios alojados en un solo hombre? ¿Cómo echarlos fuera?

Hablando san Márcos del segundo energúmeno que el Salvador curó, dice que sus discípulos habian antes intentado echar de él al demonio, y que no pudieron conseguirlo: *Dixi discipulis tuis ut ejicerent illum, et non potuerunt*;<sup>2</sup> y que preguntándole ellos despues por qué no habian podido, les respondió: Porque esta casta de demonios no se lanza sino en virtud de la oracion y del ayuno: *Discipuli ejus... interrogabant eum: Quare nos non potuimus ejicere eum? Et dixit illis: Hoc genus in nullo potest exire nisi in oratione, et jejunio*.<sup>3</sup> ¿Oisteis? no podeis esperar que nosotros, con todo el poder espiritual que Jesucristo nos ha dado, consigamos lanzar al demonio de vuestras almas, si primero vosotros no os disponeis con la oracion y el ayuno, es decir, con la mortificacion del cuerpo y la plegaria del espíritu. Esta es una condicion necesaria, este es un requisito indispensable. ¿Por qué hasta ahora no hemos podido echar de vosotros el pecado, á pesar de que lo hemos intentado muchas veces en el sacramento de la Penitencia? *Quare nos non potuimus ejicere eum?* Porque no os presentasteis dispuestos, porque, al recibir el sacramento, no habia en vosotros ninguno de los requisitos indispensables para su valor y eficacia. ¡Ah! si quereis que esta vez seamos mas afortunados,

<sup>1</sup> Marc. V, 9.

<sup>2</sup> Marc. IX, 17.

<sup>3</sup> Ib. vers. 27 et 28.



si deseais que en la presente Cuaresma desalojemos al demonio de vuestras almas, preciso será que vuestra confesion sea algo mejor de lo que fueron las anteriores, mas sincera, mas dolorosa, mas humilde, mas animada del propósito de no pecar mas.

¡Qué dicha tan grande va á ser la vuestra, si lo haceis asil Porque si la situacion de una alma esclava del demonio es lo mas triste y deplorable que puede verse, el estado en que se encuentra despues que ha sido librada de él por la gracia de Jesucristo, es lo mas dichoso y feliz que pueda darse. Penitentes dichosos que habeis experimentado ambas cosas, hablad por mí, y decidnos qué sintió vuestro corazon en aquella mañana afortunada en que os levantasteis absueltos de los piés del sagrado ministro, y quedasteis libres del gran tirano que interiormente os oprimia. ¡Ah! apenas fueron pronunciadas las palabras de la santa absolucion, cuando vuestro corazon quedó inundado de una tal suavidad y dulzura que no cabiais en vosotros mismos. Levantasteis la frente, y mirando quizás por primera vez el paraíso como vuestro, sacasteis de lo mas profundo del corazon un gran suspiro, como quien se siente dichosamente descargado de un peso insoportable que le agobiaba. Despues os recogisteis en el lugar mas retirado y oscuro de una capilla, y allí, reflexionando con detenimiento sobre la gran bondad de Dios que acababa de ostentar en vosotros sus inagotables misericordias, comenzasteis á enterneceros, á suspirar amorosamente, á verter lágrimas en abundancia. Pero no pudiendo desahogaros con bastante libertad en el templo, os fuisteis á casa, os encerrasteis en vuestro aposento, y tomando en la mano la imágen de vuestro Redentor crucificado, os la apretasteis afectuosamente al corazon, la besasteis mil veces con ternura, rociasteis una á una todas sus preciosas llagas con las lágrimas mas dulces y ardientes que jamás hubiesen brotado de vuestros ojos. No sabiais lo que os estaba pasando: os parecia no estar ya en este mundo: os figurabais hallaros ya en el paraíso: se os antojaba creer que oiais á los ángeles que con cánticos y músicas celebraban en el cielo vuestra dicha y os ayudaban á dar gracias al Dios de las misericordias y al

Padre de toda consolacion. Decid si la cosa anduvo ó no así: decid si fué esta ó no la dicha que experimentasteis el dia que os visteis libres de la tiranía del demonio. La paz sucedió á la perturbacion, la calma á la tempestad, la alegría á la tristeza; pero paz, pero calma, pero alegría que sobrepujaba á todo cuanto puede decirse.

Hé aquí lo que vais á experimentar tambien vosotros, pecadores actualmente esclavos del demonio, si con una buena confesion nos dais ocasion de echarlo de vuestras almas: pasaréis de la culpa á la gracia, de la muerte á la vida, de la esclavitud á la libertad; y llenos de gozo y de contento por esta dichosa mudanza, como el endemoniado de nuestro Evangelio, desataréis vuestra lengua para bendecir, alabar y cantar las inefables bondades del Señor: *Et cum ejecisset demonium, locutus est mutus*. Pero ¿qué, si los pecadores á quienes hablo, se quedasen insensibles á mi invitacion, y no se resolviesen á hacer de su parte lo que conviene para que echemos al demonio de sus almas? ¡Ah! entonces me dirijo á vosotros, padres, madres, hermanos, parientes, amigos y cuantos teneis alguna relacion de amistad ó parentesco con esos miserables, y os exhorto á todos á rogar fervientemente á Dios por ellos. ¿Qué hizo el padre de uno de los posesos de que ya he hablado, viendo que su hijo no sabia pedir por sí á Jesucristo que le librara del demonio? Se le presentó él mismo, y le dijo: ¡Ah, Señor! si podeis algo sobre este espíritu infernal, ayudadnos, compadecido de nosotros: *Si quid potes, adjuva nos, misertus nostri*.<sup>1</sup> Y respondiéndole el Salvador que si él tenia fe, su hijo podria ser curado: la tengo, Señor, exclamó, pero vos suplid con vuestra bondad lo que faltare á ella: *Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam*.<sup>2</sup> Ved aquí lo que debeis hacer vosotros tambien viendo que vuestros interesados, quedándose insensibles á sus males, no hacen diligencia alguna para obtener su curacion: como aquel desventurado padre, debeis presenta-

---

<sup>1</sup> Marc. IX, 21.

<sup>2</sup> Ib. vers. 23.

ros vosotros mismos al Señor, y con oracion humilde, constante y confiada debeis decirle: ¡Oh Señor! que todo lo podeis, y para quien no hay cosa imposible; compadeceos del hijo, del esposo, del hermano, del pariente, del amigo, y ayudadle con vuestra gracia á conocer su infeliz estado, á horrorizarse de su desventurada situacion, y á practicar los medios convenientes para salir de ella: *Adjuva nos, misertus nostri*. Y confiad que vuestra oracion no será vana, y esperad que vuestras lágrimas no serán perdidas; porque, como dijo el Salvador á aquel padre afligido, para el que ruega con fe y confianza todas las cosas son posibles: *Omnia possibilia sunt credenti*.<sup>1</sup> ¡Cuántas madres han alcanzado la conversion de sus hijos! ¡cuántas esposas han obtenido la santificacion de sus maridos! Rogar, pues, y rogar mucho por ellos á Dios y á María santísima, y no desconfiar... y no darlos decididamente por perdidos.

A vosotras me vuelvo ahora, almas esclavas del demonio, y recordándoos otra vez la dicha que vais á tener si con una confesion buena lograis echarle de vosotros, os repetiré aquella advertencia que Jesucristo dió á nuestro energúmeno una vez le hubo curado. Mira, le dijo, cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, no pienses que pierda la esperanza de volver á entrar en él. Anda por algun tiempo errante y fugitivo por lugares áridos buscando reposo; pero como no lo halla, dice: ¿Qué hago yo así? me volveré al mismo hombre del que fui echado: *Cum immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca inaquosa, quærens requiem, et non inveniens dicit: Revertar in domum meam unde exivi*. Y si este hombre no se cautela mucho, si no le cierra bien todas las entradas, toma consigo otros siete demonios peores que él, y entrando de nuevo, allí establece otra vez su morada, allí levanta de nuevo su bandera, allí vuelve á reinar como déspota y tirano: *Tunc vadit, et assumit septem alios spiritus secum, nequiores se, et ingressi habitant ibi*. Resultado, que la segunda esclavitud de aquel hombre viene á ser mucho peor que la primera: *Et sunt novissima hominis illius pejora prioribus*.

---

<sup>1</sup> 1b. vers. 22.

Esta advertencia debe quedaros altamente impresa en la memoria, porque de su olvido pudiera resultaros gran perjuicio. No basta echar al demonio por medio de una confesion buena y saludable: es menester despues cautelarse mucho de él, cerrarle bien todas las entradas, obstruirle cuidadosamente todos los pasos, no dejarle ni una rendija por donde pueda entrar de nuevo. Porque él, tenedlo por cierto, aunque ahora os deje libres, no perderá por esto la esperanza de cargaros otro dia de nuevas cadenas. Por algun tiempo puede que vaya errante y fugitivo, pero volverá de seguro á ver si halla ocasion favorable; y si la halla, contad que la aprovechará. Y si consigue posesionarse nuevamente de vosotros; ¡ah! esta nueva esclavitud será mucho mas infeliz que la anterior: *Fiunt novissima hominis illius pejora prioribus*. El hombre que despues de haber convalidado de una enfermedad muy grave, recae en ella, dificilmente cura. El reo que, habiendo sido perdonado una vez, repite el mismo delito, con trabajo alcanza el perdon. El prisionero que, habiendo logrado escapar de la cárcel, es cogido de nuevo, por milagro recobra la libertad. ¿Entendeis? esto os dice que debeis poner todo cuidado en que el demonio no se os meta otra vez en casa, huyendo las ocasiones de pecar, velando sobre vosotros mismos, dándoos á la oracion, frecuentando los sacramentos, ejercitándoos en obras buenas. Así, y solo así podeis evitar una segunda posesion diabólica, que tal vez seria perpétua y definitiva: así, y solo así podeis prometeros esa estabilidad en la gracia que mi corazon os desea, y que pido fervientemente á Dios os conceda á todos. Amen.



---

## CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

---

Evangelio. Joan. VI.

Pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea, *atravesando un golfo de él*, que es el de Tiberiades: y le seguía una gran multitud de personas, porque veían los milagros que hacía sobre los enfermos. Subió, pues, Jesús á un monte, y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la Pascua, día de *gran* fiesta de los judíos. Habiendo, pues, Jesús levantado los ojos, y viendo que venía á él una tan gran multitud, dijo á Felipe: ¿De dónde compraremos pan, para que coman estos? Esto empero lo decía por probarle, pues él sabía lo que había de hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no les bastan, para que cada uno coma un poco. Díjole otro de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tanta gente? Y dijo Jesús: Haced sentar la gente. Había allí mucha yerba, y se sentaron á comer cerca cinco mil personas. Tomó, pues, Jesús los panes, y habiendo dado gracias á Dios su Padre, los distribuyó *por medio de sus discípulos* á los que estaban sentados: y así mismo de los peces, cuanto querían. Y cuando hubieron quedado satisfechos, dijo á sus discípulos: Recoged los fragmentos que han sobrado, para que no se pierdan. Recogieronlos, pues, y llenaron doce cestos de pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron á los que habían comido. Aquellos hombres, viendo el milagro que Jesús había hecho, decían: Este es el verdadero Profeta ó Mesías que ha de venir al mundo. Y cuando Jesús conoció que habían de venir para arrebatarle y hacerle Rey, huyó otra vez al monte él solo.

## Discurso 1.º *Las ventajas de la virtud.*

Accipit ergo Jesus panes,  
et... distribuit discumbenti-  
bus. *Joan. VI, 11.*

Después de haber yo discurrido muchas veces inútilmente sobre cuál puede ser la causa de que entre los mismos cristianos sean tantos los que siguen los vicios, y tan contados los que siguen la virtud, sin saberme dar la razón de este desorden lamentable; hallo al fin que la causa principal consiste en que la mayor parte de ellos están neciamente persuadidos de que el premio de la virtud está todo reservado para la otra vida, y que en la presente ninguna utilidad ni ventaja trae al hombre el servir á Dios y ser virtuoso. Estos insensatos dicen para sí lo que decían aquellos impíos de quienes habla el profeta Malaquías: Tonto es el que sirve á Dios: ¿y qué provecho nos ha traído á nosotros el haber observado sus preceptos? *Vanus est qui servit Deo: et quod emolumentum quia custodivimus præcepta ejus?* <sup>1</sup> De ahí es que, no solo abandonan ellos la virtud, sino que se mofan de los que la practican, diciéndoles en tono burlesco aquello que decían á Tobías sus deudos y parientes: ¿Qué esperas de tu virtud? ¿qué te traerá el pan á casa?... ¿qué te dará para pasarlo bien? *Parentes et cognati ejus irridebant vitam ejus, dicentes: ubi est spes tua?...* <sup>2</sup> Sí, sí, siguen diciendo y repitiendo aquel amargo sarcasmo que la mujer de Job dirigía á su virtuoso marido: Sigue sirviendo á Dios, y en tretanto muérete de hambre: *Benedic Deo, et morere.* <sup>3</sup>

Así discurren estos necios, así hablan estos tontos; pero su

---

<sup>1</sup> Malach. III, 14.

<sup>2</sup> Tob. II, 15 et 16.

<sup>3</sup> Job II, 9.

nécio discurrir, pero su tonto hablar está completamente refutado por el hecho admirable que nos refiere hoy el santo Evangelio. A las turbas hambrientas que iban en pos de Jesucristo para escuchar su santísima palabra ¿acáso las abandonó el buen Salvador? ¿por ventura les negó el alimento que necesitaban? No, que les dió una prueba la mas auténtica de su paternal providencia: no, que, antes que dejarlas padecer, puso en accion su poder omnipotente, y multiplicando milagrosamente cinco panes, ocurrió abundantemente á la necesidad de todos: *Acceptit ergo Jesus panes, et... distribuit discumbentibus.* Falso, pues, que la virtud no lleve ninguna ventaja temporal, falso que el servir á Dios sea inútil bajo el punto de vista terreno, falso, en fin, que al cristiano virtuoso Dios le reserve todo el premio para la otra vida. El premio principal, el premio absoluto, el premio que ha de ser la corona de todos los premios, sí, convengo en ello, se lo reserva para cuando estará en el cielo; pero entretanto que vive en este mundo, no deja de darle pruebas de su benevolencia, ni de consignarle bienes que jamás conseguirá el hombre vicioso. Verdad importante, que por ser desconocida de muchos, me propongo demostrar en el presente discurso.

---

Si yo dijese que la virtud ha casi desaparecido del mundo, y que, á excepcion de un harto reducido número de justos que la practican, todo el resto la ha proscrito y desterrado de su corazon, ¿habria quien se quejase de que levanto una calumnia á la actual generacion? Dudo que á nadie le ocurriese formular semejante queja, porque la falta de virtud entre los cristianos es cosa tan pública y sabida, que está en la conciencia de todos; no habiendo apenas quien no la vea, quien no la confiese, quien no la deplora. No solo la deploran las almas justas y sinceramente cristianas; hasta los mismos que no la quieren para sí la echan de menos, sienten su desaparicion y desean ardentemente ver restablecido pronto su imperio. ¿No están diciéndonos todos los dias, que la sociedad no marcha bien, que no es posible continuar así, que es menester reorganizarla pronto, muy pronto, y que el restablecimiento de las

virtudes cristianas es una necesidad imperiosa, perentoria, urgentísima?

Y bien, respondo yo: si tan urgente es, ¿por qué no se emprende desde luego? ¿por qué no comienza cada uno por restablecerla en sí mismo? Lo comprendo: la virtud es útil, es conveniente, es necesaria; pero ¿qué quereis? no tiene atractivo... no lleva ventajas positivas... no recibe el premio de presente. No soy yo quien digo esto: es ese mundo tonto que, empeñado en ver todas las cosas al revés, y en llamar dulce lo amargo y amargo lo dulce, está en la creencia de que la virtud, mientras vive en la tierra, la pasa mal, muy mal; marchando siempre por medio de privaciones, angustias, penas y desdichas. ¿Verá claro ese mundo ciego, si hacemos brillar la luz ante sus ojos? pues probémosle que á la virtud le cabe, aun en este mundo, mejor suerte de la que él se figura; y que, si bien su corona debe esperarla en el cielo, no deja de tener sus ventajas mientras vive en este destierro.

He pronunciado el nombre *destierro*, y con esto queda ya dicho y concedido que el hombre virtuoso, por serlo, no queda libre de todos los males que son propios del triste país en que habita, sino que, siguiendo la suerte de todos los demás hijos de Adán, tiene sus contratiempos, sus tribulaciones y sus amarguras. Pero ¿cuántas le ahorra su misma virtud? ¿de cuántas le preserva? Y ya que no le preserve de todas, porque esto, al paso que sería incompatible con la calidad de viador, le quitaría una gran parte de mérito, hacen que apenas lleguen á perturbar su paz interior.

Así como cuando el corazón recibe alguna impresión muy dolorosa, inmediatamente toda la sangre del cuerpo corre hácia él como para prestarle socorro; del mismo modo cuando el hombre justo se halla en alguna tribulación ó angustia, al momento acuden á él todas las virtudes para animarle, consolarle y socorrerle cada cual á su manera. Acude la fe con sus luces, acude la esperanza con sus promesas, acude la caridad con sus dulzuras, acude la obediencia con sus méritos, acude la paciencia con sus ejemplos, y acude la fortaleza con su energía y sus bríos. ¿Y qué le dicen? Dícele la fe: Anímate, que esa tri-



bulacion es una correccion paternal y amorosa que Dios te da, y te la da precisamente porque te ama y se complace en tí cual padre en su hijo: *Quem enim diligit Dominus, corripit; et quasi pater in filio complacet sibi.* <sup>1</sup> Dicele la esperanza: Consuélate, que esa tribulacion pasará presto, y por ella obtendrás despues un peso eterno de gloria: *Momentaneum, et leve tribulationis nostræ... æternum gloriæ pondus operatur in nobis.* <sup>2</sup> Dicele la caridad: ¡Dichoso tú, á quien esa afliccion hace semejante á Jesucristo, objeto de tus amores y suspiros; conviniéndote padecer ahora con él, para ser despues con él eternamente glorificado! *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* <sup>3</sup> Dicele la obediencia: ¿Rehusarias someterte á la voluntad de Dios en ese pequeño mal, cuando su Hijo unigénito se sometió á ella hasta beber el cáliz amargo de su pasion?... *Pater mi, si non potest hic calix transire nisi bibam illum, fiat voluntas tua.* <sup>4</sup> Dicele la paciencia: ¿Desmayas? levanta los ojos al Calvario, y aprende de un Dios que desde el madero en que padece te dice: *Qui vult venire post me... tollat crucem suam:* Si quieres ser discípulo mio, lleva esa cruz. Dicele la fortaleza: ¿Y por qué aturdirte por ese desastre que sufres? compáralo con la gloria venidera, y verás que es nada: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam.* <sup>5</sup> Así van hablando sucesivamente al justo afligido sus mismas virtudes, así van vertiendo cada una el suavísimo bálsamo sobre la llaga de su corazon; resultando de aquí que él, bebe sí del caliz amargo que necesariamente ha de beber todo hijo de Adan, pero lo bebe sin casi percibir el amargor, porque sus virtudes mismas se lo quitan en gran parte.

No así el hombre vicioso, no así: puesto en una tribulacion, se halla como oveja sin pastor en dias de tempestad, como nave sin piloto en tiempo de tormenta, como soldado sin gefe en

---

<sup>1</sup> Prov. III, 12.

<sup>2</sup> 2 Corint. IV, 17.

<sup>3</sup> Rom. VIII, 17.

<sup>4</sup> Matth. XXVI, 42.

<sup>5</sup> Rom. VIII, 18.

momentos de derrota. No tiene quien le ofrezca un consuelo verdadero, no hay quien venga á darle un alivio real y sólido. ¿Y quién habia de dárselo? ¿Dios?... ¡ah! que á Dios ni tan solo se atreve á invocarle; y si tal vez, abrumado con el peso de la desgracia, levanta instintivamente hácia él los ojos como pidiéndole socorro, al punto vuelve á bajarlos avergonzado, sabiendo que no tiene derecho á alivio alguno. ¿Quién, pues, habia de dárselo? ¿su conciencia?... ¡ah! que su conciencia, poniéndole un rostro severo y amenazador, no solo no le dice una palabra de consuelo, sino que, para mayor desesperacion suya, le recuerda que la pena temporal que sufre no es mas que el proemio y como un ensayo de las penas atrocísimas y eternas que ha de padecer en el infierno. ¿Quién, pues, habia de dárselo? ¿la fe?... ¡ah! que la fe, si se digna hablarle, no es sino para hacerle amargas reconvenções, cargos terribles y amenazas las mas tremendas. Vedle, vedle cuando se halla acometido de alguno de esos males tan frecuentes en el curso de la vida humana, sea un revés de fortuna, sea una penosa enfermedad, sea la pérdida de una persona muy querida: ¡qué turbulento! ¡qué furioso! ¡qué desesperado! ¡Cómo blasfema de Dios!... ¡cómo maldice su estrella!... ¡cómo reniega estúpidamente de los hados y del destino!... Es como la fiera que ruge contra la flecha que lleva clavada, es como el perro que muere con rabia la piedra que le ha herido, es como la víbora que aguza el aguijón venenoso contra el pié que la aplasta. No le habéis de Dios, porque se os pone mas furioso: no le nombréis la paciencia, porque se os irrita mas: no le recordeis la otra vida, porque le excitais á proferir mayores blasfemias. Ciego de rabia, nada comprende: lleno de furor, nada escucha. ¡Ah! ese miserable tal vez habrá dicho mil veces, que es tonto quien sirve á Dios, y que la virtud ninguna ventaja trae al hombre: *Vanus est qui servit Deo; et quod emolumentum, quia custodivimus præcepta ejus?* Que compare ahora su perturbacion horrible con la santa paz y la serenidad envidiable que el hombre virtuoso muestra en casos idénticos, y verá la inmensa ventaja que la virtud lleva sobre el vicio.

Pero yo debo llamar ya vuestra atencion sobre otro objeto,

sobre esa alegría real y sólida de que habitualmente goza el justo, y que es una de las mayores dichas que pueden caber en la vida presente. ¡Qué dicha, en efecto, invitar á la propia conciencia á que diga sin rodeos ni ambages, si se reconoce ó no culpable de alguna cosa que pueda comprometer la salvacion, y oir que responde: *Nihil mihi conscius sum*: De nada me reconozco culpable! ¡Ah! desde el momento que el justo recibe esta plausible respuesta, la alegría entra á raudales en su corazon, y adonde quiera que vuelva la vista, ya no descubre sino motivos de satisfaccion y contento. ¿La levanta al cielo? el cielo le sonríe, y parece mostrarle ya entreabiertos sus portales. ¿La fija en Dios? Dios se le muestra afable, y parece decirle: *Modicum, et videbis me*: Espera un poco, y me verás. ¿La pone en María santísima? María santísima parece largarle los brazos diciéndole: *Ego Mater*: Cuenta conmigo, que soy tu Madre. ¿La vuelve hácia la muerte? la muerte le dice: *Noli timere*: No me temas, que si te saco un dia de este mundo, no será sino para llevarte al cielo. ¡Qué dicha! Confesemos que de vez en cuando no dejan de presentársele al justo algunos recuerdos un tanto tristes y melancólicos, porque ¿quién hay que no tenga algun punto negro en la historia de su vida? ¿quién hay que no esté precisado á lamentar algunos errores cometidos en los años de irreflexion? Pero si la memoria de sus desaciertos pasados suscita alguna vez en su espíritu aprènsiones y temores, Dios no tarda en venir á calmárselos, diciéndole en el secreto del corazon aquello que fué dicho á un apóstol que se alarmaba viendo la agitacion del mar: *Modice fidei, quare dubitasti?* Alma de poca fe, ¿por qué dudas? ¿No te he dado pruebas bien claras de mi bondad y misericordia? ¿Acaso te saqué del camino de la perdicion para verte perecer mas tarde ante mis ojos?

¡Qué suerte tan diferente, Dios mio, la del hombre vicioso! Adonde quiera que vuelva la vista, no descubre sino objetos de espanto y de horror. ¿La levanta al cielo? le ve cerrado para sí. ¿La fija en Dios? le ve lleno de indignacion. ¿La pone en María santísima? la ve rígida y severa. ¿La vuelve á la muerte? la ve espantosa. ¿La fija dentro de sí mismo? ¡ah! tiene

que retirarla pronto, porque su conciencia se le presenta con visage horrible y aterrador. Diriais que él mismo se ha ya juzgado, diriais que ya ve escrita su condenacion sobre todos cuantos objetos le rodean. ¿Veis á Baltasar? Sentado en una suntuosa mesa, y rodeado de todos los grandes de su reino, de repente palidece, suda y tiembla de tal modo, que, como dice el texto sagrado, sus huesos parecian descoyuntársele, y sus rodillas se batian la una con la otra: *Compages renum ejus solvebantur, et genua ejus ad se invicem collidebant.*<sup>1</sup> Preguntadle la causa de este repentino y horrible espanto. ¡Ay! os responderá, es que he visto una mano: *Apparuerunt digiti, quasi manus hominis.*—¿Qué! ¿y por una mano se espanta un monarca tan poderoso?... ¿Estaria acaso armada de alguna espada formidable ó de fuego destructor? No, dice, estaba armada de una simple pluma que parecia escribir: *Quasi manus hominis scribentis.* ¡Una mano, una pluma! ved lo que le llena de horror. ¡Ah! es que este rey infame sabe bien que esta mano y esta pluma no pueden escribir otra cosa que su condenacion. Así es de todo pecador, así es de toda alma enemiga de Dios: parecele ver escrita su condenacion en todo cuanto mira y toca: de noche parecele ver sombras y espectros que le amenazan: de dia parecele oir ruidos siniestros y de mal agüero: á toda hora se presentan á su imaginacion consternada imágenes espantosas imposibles de describir. Las cosas mas naturales, los sucesos mas indiferentes bastan para aturdirle y aterrorizarle. Preguntadle la causa. ¡Ah! os dirá, *Apparuerunt digiti, quasi manus hominis scribentis,* he visto una mano que parecia escribir la sentencia de mi condenacion.—Pero ¿por qué presumes que escribia eso?—¡Mi conciencia me lo dicta!... ¡Ay! tal vez ese desgraciado se ha mofado mil veces de la suerte del justo, tal vez le ha tenido por nécio porque sirve á Dios: *Vanus est qui servit Deo.* Que coteje su consternacion continua con la alegría perenne de que el justo disfruta, y verá si es la virtud ó el vicio lo que hace dichoso al hombre.

---

<sup>1</sup> Dan. V, 6.

40 Digamos sucintamente y como de corrida algunas cosas mas, para que se acabe de comprender bien la gran ventaja que la virtud alcanza sobre el vicio aun en lo que mira á la vida presente. El justo se considera como peregrino y extranjero sobre la tierra, y por esto ni la enfermedad le abate, ni la calumnia le amilana, ni la pobreza le postra, ni la persecucion le aturde, ni otro mal alguno le quita la calma; porque dice con san Pablo: No es en la tierra donde tengo fijada mi morada, sino que voy en busca de otra mas dichosa que está por venir: *Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus:* <sup>1</sup> el vicioso mas allá de esta vida no espera nada, y por lo mismo cualquier mal pasajero es para él una pérdida irreparable, porque tiene que decir con un grande impío: *Esto es padecer dos veces, acá y allá.* El justo tiene refrenadas sus pasiones, y así se libra de la inquietud que ocasiona la avaricia, de los insomnios que causa la ambicion y de la vergüenza que acarrea la lujuria: el vicioso es esclavo de las pasiones mas turbulentas, y de este modo viene á ser víctima continua y desventurada de encontrados afectos que, como enemigos encarnizados, se disputan su posesion: ora le desconcierta la cólera, ora le atormenta el amor sensual, ora le agita el deseo de adquirir, ora le arrastra el prurito de figurar; resultando de aquí que su corazon es siempre como mar batido de horrenda tempestad que conmueve horriblemente sus olas. El justo, en fin, tiene moderados todos sus deseos; y así vive contento con lo que posee, y de lo que le falta se priva con mucha facilidad: el vicioso es juguete de aspiraciones las mas caprichosas; y de este modo nunca consigue estar contento: lo que posee le fastidia, y lo que le falta le causa envidia y desesperacion.

Decídme ahora: prescindiendo del premio que el hombre virtuoso tendrá en el cielo y del castigo que en el infierno cabrá al vicioso, y tomando solo en consideracion las ventajas que de presente lleva la virtud, así como las penas que acarrea el vicio, ¿no os parece mil veces preferible seguir á aquella

---

<sup>1</sup> Hebr. XIII, 14.

que abandonarse á este? Pues si es preferible, tomarla desde luego por compañera, que ella, y solo ella puede hacer tolerable la vida, tranquila la muerte y dichosa la eternidad. Y si hay quien diga, que es tonto quien sirve á Dios y que de presente ninguna ganancia hay en ser virtuoso: *Vanus est qui servit Deo: et quod emolumentum quia custodivimus præcepta ejus?* contestarle, que mas tonto es quien sirve al vicio, y que menos utilidad trae aun el ser mundano. Al menos el justo goza de la alegría que le causa el testimonio de su buena conciencia: ¿la goza el vicioso? Al menos el que sirve á Dios lo pasa menos mal en las tribulaciones que son inseparables de esta vida: ¿es así del que sirve al mundo? Ya lo hemos visto, y la misma experiencia ha venido á enseñarnos ser muy exacto lo que dijo Jesucristo á sus apóstoles, y en persona de ellos á todos los hombres. ¿Pensais, les dijo, que la virtud solo ha de ser premiada en el otro mundo, y que en esta vida no ha de tener ninguna paga ni recompensa? pues os equivocais. En verdad os digo, que quien me sirva fielmente, de presente recibirá el ciento por uno, y despues por premio total y completo poseerá la vida eterna: *Centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.*<sup>1</sup> Este ciento por uno en vida, y la vida eterna despues de la muerte es lo que mi corazon os desea ardientemente. Amen.

---

<sup>1</sup> Matth. XIX, 29.

## Discurso 2.º La gracia santificante.

Sequebatur eum multitudo magna. Joan. VI, 2.

Una gran multitud de pueblo, compuesta como de unas cinco mil personas, suspende sus negocios, abandona sus casas, deja sus bienes, se separa de todo lo que en este mundo mas estima, para ir en seguimiento de Jesucristo: *Sequebatur eum multitudo magna*. Y le sigue con tal empeño, que soporta el hambre, la sed, el cansancio y todo género de privaciones antes que renunciar al consuelo de estar con él. ¿Por qué tanto empeño en seguir al Salvador? ¿Qué espera de él esa turba piadosa? Digámoslo no tanto para nuestra confusion cuanto para nuestra enseñanza: síguele con tanto empeño, porque, en vista de los milagros que cada dia está haciendo sobre los enfermos, descubre en él algo de sobrenatural y divino: *Sequebatur eum multitudo magna, quia videbant signa, quæ faciebat super his, qui infirmabantur*: empiñase tanto en estar cerca de él, no porque busque ni espere, como en recompensa, bienes mundanales y terrenos, sino porque desea escuchar las palabras de vida que salen de sus lábios divinos, porque quiere instruirse acerca del reino de Dios que él incesantemente inculca y predica, porque está ávida de los tesoros de la gracia que él distribuye á manos llenas. Ved porque abandona todo lo de este mundo, ved porque soporta toda especie de molestias, ved porque no sabe privarse de la presencia del amabilísimo Redentor; porque ha llegado á vislumbrar los resplandores de la gracia. No ha hecho mas que vislumbrarla, y su belleza ya la encanta, y su valor ya la enamora, y su excelencia ya la atrae, en términos de preferirla á todo lo de este mundo, y no ocuparse ya de otra cosa sino de conseguirla.

¡Y muy justamente! porque tal es el mérito de este preclaro don de Dios que llamamos gracia, que no hay cosa creada á

que no deba ser preferido. Ella es, segun Jesucristo, aquel rico tesoro escondido en el campo, que cuando lo halla un hombre, lleno de gozo, va y vende cuanto tiene por comprarlo: *Simile est regnum cælorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit... et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit.* <sup>1</sup> Ella es, segun el mismo Jesucristo, aquella perla preciosísima, que habiéndola encontrado el comerciante, se fué, vendió cuanto poseía, y la compró: *Simile est regnum cælorum homini negotiatori quærenti bonas margaritas: inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam.* <sup>2</sup> La desgracia es que, tan preciosa, bella y noble como es la gracia, no se conoce comunmente su mérito; y de aquí esa indiferencia con que se la mira, ese desprecio casi positivo que de ella se hace, y esa facilidad con que se la posterga á cualquier otra cosa. Óigaseme con atencion, y se verá cuán digna es ella de que se la tenga en la mayor estimacion, y de que se la prefiera á todo lo de este mundo.

---

Si, como nos advierte Jesucristo en el Evangelio, antes que todo debemos buscar el reino de Dios y su justicia: *Quærite ergo primùm regnum Dei, et justitiam ejus,* <sup>3</sup> bien se deja conocer que poseer esta justicia, que equivale á decir la gracia santificante, importa mas que ninguna otra cosa. ¿Mas que ninguna otra cosa? habrá quien piense. ¡Y qué! ¿no puede haber alguna otra cosa tan útil, tan necesaria, tan indispensable, que convenga preferirla á la misma gracia, ya que no siempre, al menos en ciertas circunstancias apuradas en que pudieran colocarnos la casualidad, la desgracia, ó, mejor dicho, la Providencia? No, no hay, nunca habrá, es imposible haya jamás un lance en que la gracia y la amistad de Dios no deba ser preferida á toda otra cosa, sea ella la que fuere.

¿Y cuál seria esa cosa tan rica y preciosa que pudiese pre-

---

<sup>1</sup> Matth. XIII, 44.

<sup>2</sup> Ib. vers. 43 et 46.

<sup>3</sup> Matth. VI, 33.



ferirse á la gracia y amistad de Dios? ¿seria tal vez la hermosura ó la salud? Pues la gracia es, y debe ser para nosotros, mil veces preferible á toda salud y hermosura, como de la sabiduria decia el Sábio: *Super salutem, et speciem dilexi illam.* <sup>1</sup> ¿Seria quizás algun honor, alguna dignidad, algun empleo, reino ó trono? Pues la gracia y la amistad de Dios es, y debe ser para nosotros, mucho mas preciosa que todos los honores, empleos, títulos, cetros y tronos del mundo, como de la sabiduria decia el mismo Sábio: *Et præposui illam regnis et sedibus.* <sup>2</sup> ¿Seria por ventura un gran cúmulo de oro, plata, piedras preciosas y de cuanto se llama riqueza? Pues la gracia y la amistad de Dios es, y debe ser para nosotros, infinitamente mas amable que todo esto; porque en comparacion suya la plata es barro despreciable, el oro es arena menuda, y todas las riquezas son un puro nada, como el Sábio decia de la sabiduria: *Divitias nihil esse duxi in comparatione illius, nec comparavi illi lapidem pretiosum: quoniam omne aurum in comparatione illius arena est exigua, et tanquam lutum aestimabitur argentum in conspectu illius.* <sup>3</sup> ¿Seria acaso la vida? Pues la vida, no obstante ser el principal bien en la línea de los bienes naturales, debe ser pospuesta, debe ser mil veces sacrificada, si menester fuere, antes que perder la gracia y la amistad de Dios. Asi lo comprendió aquella insigne matrona del antiguo testamento, la por muchos títulos ilustre Susana, la cual, hallándose en la angustiosa alternativa ó de perder la vida ó de perder la gracia y amistad de Dios, no vaciló en optar por el primer extremo; porque juzgó, y juzgó bien, segun todos los principios de la fe, que era muy preferible el sufrir una muerte violenta á pecar contra de Dios y perder su gracia: *Melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quàm peccare in conspectu Domini.* <sup>4</sup>

¿Y por qué la gracia debe ser preferida á todo, hasta á la misma vida? Porque, responde Job, su valor es tan grande,

---

<sup>1</sup> Sap. VII, 10.

<sup>2</sup> Ib. vers. 8.

<sup>3</sup> Ib. vers. 8 et 9.

<sup>4</sup> Dan. XIII, 23.

que el hombre no llega á conocerlo: *Nescit homo pretium ejus*:<sup>1</sup> porque, responde san Buenaventura, es el mas excelente entre todos los bienes creados: *Excellentissimum inter bona creata*: porque, dice santo Tomás, vale mas un solo grado de gracia que todo cuanto hay de rico en la naturaleza: *Bonum gratiæ unius, majus est quàm bonum naturæ totius universi*.<sup>2</sup> ¿Os admira esta expresion? Poned un solo grado de gracia en un hombre: desde el mismo instante que lo tenga, todas sus acciones adquirirán un valor tan grande, que hasta las mas pequeñas valdrán tanto como el mismo paraíso; al paso que sin la gracia las acciones mas heroicas no tienen precio alguno en orden al premio eterno: ¡ved si es cosa rica! Poned un grado de gracia en una alma: desde el momento que la posea, aunque esté encerrada en un cuerpo el mas feo y disforme, quedará tan bella y hermosa, que vendrá á ser objeto de complacencia á los ojos de todo un Dios: ¡ved si es cosa bella! Poned un solo grado de gracia en cualquiera de nosotros: desde el instante que la tengamos, seremos elevados á un estado tan sublime, que á pesar de la vileza de nuestro origen, y de la bajeza de nuestro cuerpo, con toda verdad seremos amigos de Dios, hijos adoptivos de Dios, herederos del reino de Dios, y... pasmaos... y participantes de la misma naturaleza de Dios: *Divinæ consortes naturæ*:<sup>3</sup> ¡ved si es cosa noble!

De ahí es que debemos estar dispuestos á perderlo todo, á sacrificarlo todo antes que perder la gracia cuando dichosamente la poseemos; honores, riquezas, parientes, vida, todo; conduciéndonos respecto de ella cómo se condujo Jacob con su amada Raquel una vez que creyó estar en riesgo de perderla. Mientras este santo patriarca volvía á Canaan con toda su familia, que era muy numerosa, supo que su hermano Esaú le salía al encuentro con cuatrocientos hombres para matarle ó prenderle. ¿Qué hizo él en este caso? Ordenó toda su familia al estilo que un general ordena su ejército, formando de ella

---

<sup>1</sup> Job XXVIII, 13.

<sup>2</sup> D. Thom. 1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup> quæst. 113, art. 9, ad secund.

<sup>3</sup> 1 Petr. I, 4.

como tres divisiones, que podríamos denominar vanguardia, centro y retaguardia. En la primera division, ó sea á la vanguardia, colocó las dos esclavas con todos sus hijos: *Posuit utramque ancillam et liberos earum in principio*:<sup>1</sup> en la segunda, ó sea en el centro, puso á Lia y sus hijos: *Liam verò et filios ejus in secundo loco*: en la tercera, ó sea á retaguardia, colocó á su amada Raquel y á su querido hijo José: *Rachel autem et Joseph novissimos*. Así se condujo Jacob en aquel lance apurado, mostrando ser buen señor, tierno padre y excelente esposo. Porque á las dos esclavas debia amarlas menos que á Lia, las puso en el lugar mas peligroso, y que naturalmente debia ser primeramente acometido por el enemigo: *In principio*. Porque á Lia debia quererla mas que á las esclavas, pero menos que á Raquel, la puso en el centro, lugar no ya tan peligroso: *In secundo loco*. Pero porque á Raquel debia amarla, y la amaba en efecto, mas que á Lia, á las esclavas y todas las riquezas juntas, la puso á retaguardia, en el puesto mas seguro, en el mas distante del enemigo y mas próximo á su persona; prefiriendo perderlo todo antes que perderla á ella, que era el objeto principal de su amor: *Rachel autem et Joseph novissimos*.

Hé aquí cómo debemos portarnos con nuestros bienes siempre que preveamos algun peligro de perderlos. Los menos importantes que vayan á la vanguardia, para que sean los primeros que sufran, si algo se ha de sufrir: *Utramque ancillam et liberos earum in principio*: y así, á la vanguardia los honores, las riquezas, los empleos, los títulos y todo lo que pudiéramos llamar bienes artificiales. Los que sean de mas valor, que queden en el centro, para que disten un poco mas del enemigo: *Liam verò et filios ejus in secundo*: y así, en el centro padre, madre, esposa, hijos, parientes, salud, vida y todo lo que se denomina bien natural. Pero la gracia de Dios... ¡ah! esta debe ser nuestra querida Raquel, de esta debemos cuidar mas que de ninguna otra cosa, esta debemos colocarla á retaguardia, en el lugar mas seguro, en el mas inmediato á nuestro corazon; dispuestos

---

<sup>1</sup> Gen. XXXIII, 2.

á aventurar, á perder todo lo restante antes que perderla y aventurarla á ella: *Rachel autem et Joseph novissimos.*

Pero ¿es así, Dios mio, como se conducen con la gracia muchos cristianos? ¡Ay de mí que muy lejos de custodiarla con preferencia á todo lo demás, es lo primero que exponen y sacrifican. ¿Qué sucede, por ejemplo, si viene el caso, ó de sacrificar la gracia ó de renunciar á un interés, á un empleo, á una amistad? A la gracia se la sacrifica en la vanguardia, porque es lo que menos se estima: *Utramque ancillam et liberos ejus in principio*; y al interés, al empleo, á la amistad se les pone en el lugar mas seguro, porque es lo que mas se aprecia: *Rachel autem et Joseph novissimos.* ¿Qué digo? contentos podríamos estar ya de que la gracia solo quedase postergada cuando la competencia es entre ella y alguna cosa de importancia: lo mas triste es que se la expone, se la posterga, se la sacrifica por solo gusto, por sola diversion, por puro capricho. ¿Y que no es exponer la gracia entrar en esas reuniones donde los discursos obscenos, las miradas impúdicas, los chistes y equívocos deshonestos hacen horrible escarnio de la decencia?... ¿Y que no es postergar la gracia mantener esas relaciones apasionadas, fomentándolas uno y otro dia con cartas amorosas, con regalos significativos, con secretas correspondencias?... ¿Y que no es sacrificar la gracia tomar parte en esos juegos ruinosos, en esos bailes profanísimos, en esas diversiones indignas, no solo de personas cristianas y piadosas, sino de personas cultas y bien educadas?... Sí que lo es: y si vuestro criterio no os lo dicta, os lo enseña san Gregorio el grande cuando dice: Exponer la gracia á peligros tan evidentes, es buscar quien la robe, es querer perderla adrede y muy intencionadamente: *Depredari ergo desiderat qui thesaurum publicè portat in via.*<sup>1</sup>

¡Oh gracia, bellísima, riquísima, nobilísima gracia! tuvo razon el santo Job cuando dijo que los hombres no conocen tu valor: *Nescit homo pretium ejus.* Que si lo conociesen, ¿serian tan poco solícitos de tí? Aturde ver la serenidad con que no

---

<sup>1</sup> D. Greg. Homil. 11 in Evang.

pocos te pierden. Piérdase la reputacion... ¡qué sentimiento! Piérdase la hacienda... ¡qué desesperacion! Piérdase una persona querida... ¡qué llantos! Y por tu pérdida, ó gracia de mi Dios, ni una lágrima, ni un gemido, ni un ay. ¿Y cómo he de hacerlo yo, para que los hombres te aprecien en lo que vales?

Venid, hombres, venid y escuchad. Tres grandes espectáculos se presentan á vuestra vista, el cielo, la tierra y el infierno. En el cielo despliega Dios una munificencia infinita, en la tierra manifiesta una providencia sorprendente, en el infierno ejercita una justicia inexorable. ¿Para qué la munificencia preparada en el cielo? para llenar de gloria á los que mueran en gracia. ¿Para qué la providencia manifestada en la tierra? para alentar la esperanza de los que viven en gracia. ¿Para qué la justicia ejercitada en el infierno? para castigar eternamente á los que despreciaron la gracia. ¿Veis cuán grande es su valor?

Oid mas. El Hijo del Eterno se hizo hombre, el Unigénito del Padre se hizo esclavo, el Verbo de Dios se hizo carne: *Verbum caro factum est*. ¿Por qué? por merecernos la gracia. Este Hijo de Dios padeció tormentos inauditos: su nacimiento fué en un pesebre, su vida fué pobrísima, su muerte fué en una cruz. ¿Por qué? por darnos la gracia. En la sangre de este Cordero de Dios inmolado se funda una nueva Iglesia: se nombran apóstoles que la propaguen, se instituyen sacramentos que la santifiquen, se destinan ángeles que la defiendan, se crean pastores que la dirijan, doctores que la instruyan, santos que la embellezcan. ¿Para qué todo esto? para dilatar el reino de la gracia. ¿Veis cuánta es su dignidad?

Y despues de esto, ¿será posible la estimeis en tan poco que la sacrifiqueis por cualquiera cosa? ¿será posible no lo sacrifiqueis todo antes que perderla á ella? ¿y que, caso de haberla perdido, no hagais pronto las diligencias mas exquisitas por recobrarla? ¡Ah! buscad la gracia con solicitud, cultivadla con esmero, guardadla con todo cuidado; que si teneis la dicha de conservarla hasta la muerte, ella os abrirá paso para ir á gozar eternamente de Dios en el paraíso. Amen.

## Homilia sobre el Evangelio *Abiit Jesus.*

No sin gusto y edificacion creo oiréis el hecho, ó mas bien, el milagro que san Juan nos refiere haber obrado el Salvador allá al otro lado del mar de Galilea, multiplicando cinco panes de cebada para alimentar una gran multitud de gente que le seguia. La exposicion de aquel milagro es tanto mas digna de que la oigais con atencion, cuanto que él fué un símbolo del Pan eucarístico que recibimos en la sagrada comunion, y nos enseña el modo práctico de comerlo con fruto. Díguese la gracia del Espíritu-santo iluminar mi entendimiento y disponer vuestros corazones.

---

Antes de comenzar el santo Evangelista la narracion del gran milagro de la conversion de los panes, nos hace saber que Jesucristo, para obrarlo, salió de Jerusalem, y pasó á la otra parte del mar de Galilea, dicho el mar de Tiberiades: *Post hæc abiit Jesus trans mare Galilææ, quod est Tiberiadis.* ¿Y por qué no lo obró en la misma Jerusalem, donde hubiera sido mucho mas público y manifiesto, puesto que á la sazón bullia en ella la gente que de todas partes acudia á celebrar la gran festividad de la Pascua? Tal vez fué porque sus moradores se habian hecho indignos de verlo con el desprecio positivo que hicieron de la predicacion del mismo Salvador. Jesucristo habia estado con ellos algunos dias, predicándoles el reino de Dios y diciéndoles verdades las mas apropósito para iluminarlos, compungirlos y convertirlos; pero sin fruto alguno, porque continuaron tercios en su incredulidad y málícia. ¿Cómo, pues, habia Jesucristo de hacer en su presencia el gran milagro de la multiplicacion de los panes, si su ceguedad voluntaria les habia hecho positivamente indignos de verlo?

Aviso interesante á todos los pecadores que, no obstante las terribles verdades que les hemos predicado durante esta Cuaresma, y las enérgicas exhortaciones que les hemos dirigi-

do, como los ciudadanos de Jerusalem, siguen obstinados en sus culpas. Nosotros vamos á multiplicar y distribuir en estos dias, no un pan material que alimente los cuerpos, sino el Pan sobrenatural, el Pan eucarístico que alimenta y nutre las almas. Pero ¿son ellos merecedores de gustarlo? Cuidado, decia antiguamente el diácono en el momento que se iba á dar la sagrada comunión, *Sancta sanctis*: entiéndase que las cosas santas son únicamente para los santos, y que no tienen derecho á gustarlas los que son esclavos de la culpa. «Y esto, dice san Juan Crisóstomo, lo decia el diácono en voz alta desde un lugar eminente y teniendo la mano levantada, haciendo resonar su imperiosa voz en medio del silencio mas profundo y respetuoso.»<sup>1</sup> Con lo que queria decir: El que esté limpio de pecados, acérquese á recibir el Cuerpo adorable del Señor; pero el que esté manchado de culpas, guárdese de recibirlo, porque no le comprenda aquella terrible sentencia de san Pablo: El que come indignamente el Cuerpo del Señor y bebe indignamente su sangre, come y bebe su propia condenacion: *Qui enim manducat et bibit indignè, judicium sibi manducat et bibit.*<sup>2</sup> Esta espantosa sentencia del Apóstol no se os recuerda ahora en el momento que vais á comulgar, como antiguamente se hacia por boca del diácono; pero deben recordárosla, pecadores, vuestra misma fe y vuestra misma conciencia, para absteneros de recibir el Cuerpo del Hijo de Dios mientras no os pongais en estado de gracia. Porque si los de Jerusalem fueron indignos de ver y aun mas de comer el pan material multiplicado prodigiosamente por Jesucristo, ¿cuánto mas indignos sois vosotros de gustar el Pan eucarístico, del que aquel no era sino símbolo y figura?

Viendo el Salvador que le seguia una gran multitud de gente venida de lejos, y que, por el gran deseo de seguirle, ni tan solo se habia provisto de lo necesario para el camino, tiernamente compadecido de ella, multiplicó cinco panes de cebada

---

<sup>1</sup> D. Crisost. Hom. 17 in epist. ad Hebr.

<sup>2</sup> 1 Corint. XI, 29.

que casualmente llevaba un muchacho, y con ellos ocurrió á la necesidad de todos, que eran como unos cinco mil: *Accepit ergo Jesus panes, et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus.* ¡Qué bondad!... Pero ¿es menor la que nos manifiesta á nosotros en la Eucaristía? ¡Qué diferencia entre el Pan consagrado con que nos alimenta á nosotros, y el pan multiplicado con que alimentó á aquella turba! La gran diferencia resalta con solo considerar un poco la naturaleza y los efectos de uno y otro pan.

El pan con que alimentó á aquella turba, era milagroso, es cierto; pero al mismo tiempo era material, grosero y terrestre, bueno únicamente para alimentar el cuerpo. ¿Y el Pan que á nosotros nos da en la Eucaristía? Es su mismo Cuerpo, es su propia sangre, es todo el entero. ¿Cabe beneficio mayor? ¿Quién hubiera jamás osado, no digo pedirlo, no digo desearlo, pero ni tan solo creerlo? Supóngase que en tiempo de la ley antigua, cuando Dios apenas se dignaba hablar á los hombres, y si alguna vez lo hacia, era entre el estampido de pavorosos rayos y truenos, hubiese dicho algun profeta: «Vendrá tiempo en que este Dios, ahora tan severo, no solo depondrá toda su severidad, sino que, lleno de ternura y misericordia, vestirá carne humana, se encerrará dentro la estrecha circunferencia de una pequeña hostia, y cual corderillo inmolado en aras del amor, vendrá á hacerse alimento del hombre, de suerte que en el momento de dárselo á comer se le dirá con toda verdad: *Eccce Agnus Dei*: Hé aquí al Cordero de Dios que viene á alimentarte.» Si algun profeta, digo, hubiese hablado así, ¿se le hubiera creído? ¿se habria tenido por posible el cumplimiento de su prediccion? Y sin embargo, lo que entonces nadie hubiera creído, lo que á la sazón se hubiera tenido por imposible, nosotros lo vemos puntualmente cumplido en el Pan eucarístico. ¿Y con qué méritos de nuestra parte? Al menos aquella piadosa multitud en cuyo favor el Salvador multiplicó los panes, se habia hecho un tanto merecedora de ello con la constancia que tuvo en seguirle; pero por merecer nosotros el Pan eucarístico ¿qué hemos hecho? ¿qué?...

Y lo que agranda todavía mas el beneficio, son los efectos admirables que este Pan sagrado produce en nosotros siempre



que dignamente lo comemos. Santo Tomás, que muy justamente lleva el título de *Doctor eucarístico* por lo mucho y muy bien que ha escrito sobre el Sacramento de nuestros altares, declara estos admirables efectos con las cuatro palabras siguientes: *Sustentat, auget, reparat, delectat*: <sup>1</sup> Mantiene, aumenta, repara, deleita. Mantiene en nosotros la vida espiritual ó de la gracia, como el alimento material conserva la vida del cuerpo: *Sustentat*. Aumenta en nosotros la gracia y las virtudes, como en virtud del manjar corporal crecemos en estatura: *Auget*. Repara las fuerzas de nuestra alma gastadas por los defectos diarios, como el alimento natural repara las de nuestro cuerpo gastadas por el calor y el ejercicio: *Reparat*. Nos llena de una dulzura espiritual y purísima, como el alimento material recrea el paladar con su sabor: *Delectat*. ¿Caben efectos mas saludables?

No que el Pan eucarístico los produzca indistintamente en todos los que lo reciben, porque, como escribió el mismo santo Tomás, y lo canta la Iglesia, la Eucaristía la reciben buenos y malos, pero con resultado muy diferente: *Sumunt boni, sumunt mali, sorte tamen inæquali*. Porque á los malos les da la muerte, y á los buenos les da la vida: *Mors est malis, vita bonis*; siguiéndose de aquí, que una misma comida, segun es la disposicion del que la recibe, produce efectos tan contrarios como son la vida y la muerte: *Vide paris sumptionis quàm sit dispar exitus*. ¿La recibes en pecado? entonces te da la muerte: *Mors est malis*. ¿La recibes en gracia? entonces te da la vida: *Vita bonis*.

Bien que no basta estar en gracia para recibir todo el fruto de este admirable Sacramento. Recibiéndolo precisamente en gracia, se logra sí que él no sea un bocado de muerte para el alma, se logra tambien que el recibirlo no se convierta en un horrible sacrilegio, se logran así mismo aquellas gracias que son propias del Sacramento mismo; pero si, á mas de la gracia, no se tienen otras disposiciones, ni se consiguen todos los frutos que se podrian conseguir, ni se obtienen todos los efectos

---

<sup>1</sup> D. Thom 3 part. quæst. 76, art. 4.

tos que serian de desear. ¿Quereis saber cuáles son estas disposiciones? en la conducta de aquella multitud piadosa que seguia á Jesucristo, teneis de ellas un hermoso modelo. ¿Qué hicieron aquellas gentes?

En primer lugar, dejaron sus casas, abandonaron sus negocios, se separaron de todo lo que en este mundo les era mas caro. Esto os dice que, para recibir los frutos de la Eucaristía en toda su extension, es menester renunciar á ciertos efectos desordenados, á ciertos apegos terrenos que, si bien son compatibles con la gracia, no dejan de ser muy desagradables á Jesucristo, y por lo tanto le privan de verter la abundancia de sus favores sobre el alma. ¡Y qué! ¿quereis que Jesucristo derrame abundantemente sus beneficios sobre una alma que, si bien posee la caridad, está poseida de la vanidad y del mundo? ¿quereis que él se muestre generoso con una alma que, aunque le ama, está habitualmente dominada ó del orgullo, ó de la envidia, ó de la aversion, ó del amor propio? Muy injusta seria esta pretension. Si quereis que la Eucaristía sea para vosotros una fuente rica de gracias, afuera del corazon ciertos objetos terrenos, tanto mas nocivos cuanto mas estimados; porque cuanto mas agradan á vosotros, mas desagradan á Jesucristo. Y así, afuera esa amistad que, aunque no enteramente ilícita, es toda terrena, toda natural, y os roba muchos afectos que deberiais darlos á Dios. ¿Decís que no es un pecado? pues yo respondo, que cuando menos es un obstáculo para que Jesucristo derrame en la comunión la abundancia de sus riquezas sobre vosotros. Afuera esa aversion contra quien os ha disgustado, la que, si bien no llega á ser ódio formal, no deja de ser motivo de que le habéis serio, le digais pocas palabras y eviteis cuanto podais el encontraros con él. ¿Decís que lo haceis por cautela? pues yo respondo, que esa cautela no dejará de privaros de muchos beneficios que Jesucristo os haria en la sagrada comunión. Afuera ese desmedido afan por los bienes terrenos, ese inmoderado apego al lujo, esa loca aficion á las diversiones mundanas. ¿Decís que en todo ello no descubrís culpa grave? pues yo contesto, que mientras vuestro corazon no quede limpio de esas afecciones, nunca recibirá de lleno los

favores que Jesucristo dispensa en la Eucaristía á las almas puras.

No basta: quien quiera percibir los frutos del Pan eucarístico, menester es que lo coma con vivo deseo, con santa avidez, y, si puedo expresarme así, con verdadera hambre espiritual. ¿Veis la multitud piadosa? Tal es el anhelo, tal es el ansia que tiene de gozar de la amabilísima presencia del Salvador, que, por conseguirlo, no solo olvida cuanto tiene de mas caro en la tierra, sino que se resigna gustosa al hambre, á la sed, á la fatiga y á toda suerte de molestias y privaciones; pudiendo en algun sentido decir con David: A la manera que el ciervo apetece las fuentes de las aguas, así te desean nuestras almas ¡oh Jesús verdadero Dios! Y por esto Jesucristo la recibe con amor, le hace experimentar los efectos de ternura, y la alimenta con el pan milagrosamente multiplicado: *Accipit ergo Jesus panes, et... distribuit discumbentibus*. Ejemplo admirable, que por no imitarlo siempre los cristianos, hacen no pocas comuniones inútiles, estériles, infructuosas, pudiéndoseles aplicar muy oportunamente aquellas palabras de un profeta: *Come-distis, et non estis saturati: bibistis, et non estis inebriati:* <sup>1</sup> Comisteis el Cuerpo adorable de Jesucristo, y no habeis sentido los afectos de un manjar tan divino: bebisteis su sangre preciosísima, y no habeis experimentado el fruto de esa bebida toda celestial. ¿Por qué? porque en vez de llegaros á la sagrada mesa con deseos vivos, ardientes, fervorosos; os habeis acercado tibios, flojos y casi con fastidio. Presentándoos así, ¿podia Jesucristo abriros las fuentes de su inagotable amor?

Bien sé que él, segun lo habia predicho un profeta, ha abierto en la Eucaristía un manantial copiosísimo de gracias y bendiciones: *In die illa erit fons patens domui David;* <sup>2</sup> pero sé tambien que estas gracias y bendiciones solo las promete Jesucristo á los que se llegan á él con sed viva y ardiente: *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat.* <sup>3</sup> Promete que en este manantial eu-

---

<sup>1</sup> Agg. I, 6.

<sup>2</sup> Zachar. XIII, 1.

<sup>3</sup> Joan. VII, 37.

carístico quedará apagado el fuego de la concupiscencia; que en él serán amortiguadas las pasiones; que en él se recibirán fuerzas para vencer al demonio, al mundo y á los malos hábitos; que en él, en fin, el entendimiento quedará lleno de santos pensamientos, la voluntad de efectos celestiales, el corazon de deseos puros: *In die illa erit fons patens domui David*: pero lo promete á condicion de que una sed ardiente nos impulse á beber las aguas de este manantial sagrado: *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat*. ¿Vais á la comunion lánguidos, frios, casi indiferentes? poco ó ningun fruto sacaréis. ¿Vais animados de un deseo vivo, fervoroso, vehemente de estrecharos con Jesu-  
cristo? copioso será el fruto de vuestra comunion.

Mas: para conseguir todos los frutos del Pan eucarístico es menester comerlo con gratitud y reconocimiento. Al ver la multitud piadosa que el Salvador la habia alimentado con el pan milagroso, no solo le reconoció por el verdadero Mesías, sino que, agradecida á un beneficio tan señalado, trató de proclamarle por rey de Judea, y sin duda lo hubiera hecho, si Jesucristo, conociendo su intento, no se lo hubiese frustrado, huyendo al monte: *Illi ergo homines cum vidissent quòd Jesus fecerat signum, dicebant: Quia hic est verè propheta, qui venturus est in mundum. Jesus ergo cum cognovisset quia venturi essent ut raperent eum, et facerent eum regem, fugit iterum in montem ipse solus*. ¡Hermosa leccion de gratitud que los judíos dan á los cristianos! Pero ¿saben estos practicarla siempre, despues que han recibido el inestimable beneficio de la sagrada comunion? ¡Ay! que toda su accion de gracias suele consistir en un recogimiento de pocos instantes. Se están algunos momentos con Dios, y despues corren á distraerse, á disiparse, á entregarse á mil ocupaciones impertinentes, sin acordarse mas de él en todo el dia. Y ¿lo diré? tal vez el mismo dia que han comulgado, los hallaréis en el teatro, en el baile, y en concurrencias las mas peligrosas. ¿Y nos admirarémos luego de que saquen tan poco fruto de sus comuniones? ¡Quiera Dios que muchas comuniones, en vez de ser un capital de méritos, no sean un motivo de cargos terribles en el dia de la cuenta! Amen.

---

## DOMINGO DE PASION.

---

Evangelio. Joan. VIII.

¿Quién de vosotros, preguntó Jesús á los judíos, me argüirá con justicia de pecado ó de mentira? Pues si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es hijo de Dios, oye las palabras de Dios y las cumple. Por eso vosotros no las oís, porque no sois hijos de Dios. Entonces los judíos respondieron, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y de consiguiente enemigo del pueblo de Dios, y que estás poseído del demonio que te inspira semejantes ideas? Jesús respondió: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí. Más yo como hombre no busco mi gloria: hay quien la busque y haga justicia, vengándose de las injurias que me haceis. En verdad, en verdad os digo: Si alguno guardare mi palabra, no verá jamás la muerte eterna del alma. Ahora conocemos bien, le dijeron los judíos, que estás poseído del demonio. Abrahan murió, y los profetas murieron tambien, y tú dices: El que guardare mi palabra, nunca jamás gustará la muerte. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abrahan, el cual murió, y que los profetas, que murieron tambien? ¿Quién pretendes tú ser? Respondió Jesús: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria es nada. Mi Padre es el que

me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios, y no le conocéis: más yo le conozco; y si dijese que no le conozco, sería mentiroso como vosotros. Más le conozco, y guardo su palabra. *Respecto de lo que me preguntais, si soy mayor que Abraham, os diré que Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi día, el día de mi venida al mundo: viólo con la vista de la fe, porque Dios se lo reveló, y, viéndolo, se llenó de gozo. Y dijéronle los judíos: ¿Aun no tienes cincuenta años, y has visto á Abraham, que hace muchos siglos murió?* Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: antes que Abraham existiese, soy yo *en cuanto Dios*. Entonces cogieron piedras para tirárselas, y Jesús se ocultó *haciéndose invisible á sus ojos*, y salió del templo.

## **Discurso 1.º** *Carácter de la gracia actual.*

Jesus autem abscondit se.  
*Joan. VIII, 59.*

Todos cuantos adultos se salvan, se salvan porque han correspondido fielmente á las gracias actuales que Dios les ha concedido; así como, por el contrario, todos cuantos adultos se condenan, se condenan porque han abusado de las gracias actuales con que Dios los ha llamado. Como las gracias actuales son muchas y muy variadas, pues son tantas cuantos son los medios que la misericordia divina emplea para apartarnos del mal y conducirnos al bien, yo no sabré decir cuál es precisamente la que decide de nuestra salvacion ó condenacion, ni de consiguiente cuál es la que exige de nosotros absoluta fidelidad. Solamente diré que es muy peligroso despreciar alguna de ellas, y que quien deja de corresponder á una sola, corre riesgo de perderse; porque ¡son de un carácter tan especial estas gracias!...

Tienen, en primer lugar, que suelen pasar aprisa y como volando, y si no se aprovechan en el momento que pasan, es inútil llamarlas despues, porque han pasado ya. Tienen, en segundo lugar, que, mientras pasan, no manifiestan toda su importancia, es decir, no indica cada una de ellas si es ó no la que va á decidir de nuestra salvacion ó condenacion; resultando de aquí que, si por desgracia no se corresponde á la que en los decretos de Dios es la decisiva, entonces la condenacion es infalible. Tienen, en fin, que son en número determinado y fijo para cada hombre, sin que nadie, sin revelacion especial, pueda saber cuál es el que Dios [tiene] prefijado para él; siguiéndose de esto que es muy fácil sea la última la que en nuestro concepto es de las primeras, y que esperando [otras, esté ya cumplido el número, y puesto el sello á nuestra] reprobacion.

El Evangelio de hoy nos suministra una prueba tan triste

como incontestable de esta tremenda verdad. Varias fueron las gracias actuales con que el Hijo de Dios excitó á los judíos á creer en él y convertirse; pero todas las rechazaron, de ninguna quisieron aprovecharse. Vieron milagros, y no los creyeron: oyeron sermones, y los desdennaron: brilló la luz ante sus ojos, y permanecieron ciegos. ¿Si? pues acabóse: Jesucristo desaparece de entre ellos, y los abandona á su ceguedad y malicia: *Jesus autem abscondit se*. Escarmentad, pecadores: las gracias que Dios os concede para convertirlos, pasan aprisa: ¡ay si no las aprovechais mientras pasan! Pueden pareceros indiferentes siendo decisivas: ¡ay si lo son! Pueden ser las últimas figurándoos que aun vendrán otras: ¡ay si os equivocais!

¿Pero es verdad que las gracias actuales con que Dios excita á la conversion, suelen pasar con gran velocidad y rapidez, por manera que pueda decirse *¡ay de tí!* á quien no corresponde á ellas en el mismo acto que pasan? Sí, es verdad; y fuera de algunos casos excepcionales en que estas gracias están llamando constante y repetidamente al corazon de algun pecador diré privilegiado, de lo restante puede decirse que pasan como volando. Esta verdad podria probarla con el testimonio de Isaías que dice, que á la manera de las aves que vuelan, así protegerá el Señor á Jerusalem, que es la figura acostumbrada del alma: *Sicut aves volantes, sic proteget Dominus exercituum Jerusalem*; <sup>1</sup> y con la autoridad de Elías que asegura, que cuando el Señor quiso hacerle oír su voz, lo hizo á la manera de un vientecico suave que apenas deja percibir su silbo: *Et ecce Dominus transit... sibilus auræ tenuis*; <sup>2</sup> y con las palabras de David que afirma, que la palabra del Señor corre velozmente cual correo que va á la posta: *Velociter currit sermo ejus*. <sup>3</sup> Pero prefiero demostrarlo con los ejemplos prácticos que nos propone el Evangelio, porque las pruebas de hecho, al paso que son absolutamente incontestables, están mas al alcance de todos. Veamos,

<sup>1</sup> Isai. XXXI, 5.

<sup>2</sup> 3 Reg. XIX, 11 et 12.

<sup>3</sup> Psalm. CXLVII, 4.



pues, cómo ha acostumbrado Dios conceder sus gracias á los que se ha dignado excitar á la conversion, y sin duda hallaremos que se las ha concedido como si dijésemos de paso y corriendo.

Invita el Salvador á Pedro y á Andrés su hermano á seguirle y á cambiar el oficio de pescadores por el de apóstoles; pero ¿cómo los invita? ¿deteniéndose mucho tiempo en hablar con ellos? ¿rogándoles y haciéndoles largos discursos? No: los invita mientras va viajando por la playa del mar de Galilea, y diciéndoles, sin apenas pararse, estas simples palabras: Seguidme, y haré que seais pescadores de hombres: *Ambulans... Jesus juxta mare Galilææ, vidit duos fratres... et ait illis: Venite post me.*<sup>1</sup> ¡Ay de Pedro y de Andrés si no hubiesen correspondido á aquella invitacion en el acto mismo que les fué hecha! Invita á Mateo á dejar el oficio de banquero y á agregarse al número de sus discípulos; pero ¿cómo le invita? ¿entreteniéndose en hablarle muy despacio? ¿exhortándole una y otra vez? No: le invita mientras pasa por delante de su casa, y sin decirle otra expresion que esta: Sígueme: *Et cum transiret inde Jesus, vidit hominem sedentem in telonio, Matthæum nomine. Et ait illi: Sequere me.*<sup>2</sup> ¡Ay de Mateo si hubiese despreciado aquella excitacion! Invita á Zaqueo publicano y pecador á hacerse discípulo suyo; pero ¿cómo le invita? ¿instándole largo tiempo? ¿trabando con él extensos diálogos? No: le invita mientras pasa por Jericó, y sin decirle mas que esta sola expresion: Zaqueo, baja presto: *Et ingressus perambulabat Jericho... et dixit ad eum: Zachæe, festinans descende.*<sup>3</sup> ¡Ay de Zaqueo si hubiese desoído aquella voz! En suma, leyendo el Evangelio atentamente se observa, que todas las gracias que repartió Jesucristo, las repartió pasando y como de corrida. ¿Cómo curó al ciego de Jericó? *pasando.*<sup>4</sup> ¿Cómo curó á la mujer que padecía flujo de sangre? *pasando.*<sup>5</sup> ¿Cómo derramó sus beneficios sobre las tur-

<sup>1</sup> Matth. IV, 18 et 19.

<sup>2</sup> Ib. IX, 9.

<sup>3</sup> Luc. XIX, 1 et 5.

<sup>4</sup> Ib. XVIII, 42.

<sup>5</sup> Matth. IX, 22.

bas? *pasando: Pertransiit benefaciendo.* <sup>1</sup> ¡Ah! exclamaba san Agustín considerando esto, ese pasar de Jesucristo me espanta, porque no sé si habré sido pronto en corresponder á sus llamadas pasajeras: *Timeo Jesum transeuntem.*

Y con razón temía san Agustín, porque quien no responde á la voz de Dios en el mismo acto que llama, se expone á no oirla mas. O Esposa de los Cantares, tú sabes por experiencia propia los males que resultan de no ser pronto en responder al primer llamamiento divino. Y así, dime, hermosa doncella, ¿cuál fué el motivo de ser tú despojada de aquellos ricos vestidos que tan amable te hacían á los ojos de tu divino Esposo? ¿Quién te privó de aquella rara hermosura, en cuya comparacion eran oscuros los rayos del mismo sol? ¿quién cubrió tu delicadísimo cuerpo de sangre y de heridas? ¡Ah! me responde ella toda confusa y avergonzada, la causa de mis desgracias no fué otra que mi tardanza en abrir á mi esposo. Mientras yo estaba durmiendo, vino él á llamar á mi puerta, diciéndome: Ábreme, hermana mia, ábreme: *Ego dormio... vox dilecti mei pulsantis: Aperi mihi soror mea.* <sup>2</sup> Más yo, vencida de la pereza, en vez de abrirle inmediatamente, comencé á excusarme diciendo: Despojéme de mi túnica: ¿cómo me la vestiré? lavé mis piés: ¿como me los ensuciaré? Poco despues me levanté y abrí á mi amado el pestillo de mi puerta; más ¡oh dolor! él, resentido sin duda, habia ya pasado adelante: *Surrexi... pessulum ostii mei aperui dilecto meo: at ille... transierat.* <sup>3</sup> ¡Figuraos si hice diligencias para encontrarle! pero en vano, pero sin fruto. Le busqué por todas partes, y no le hallé: le llamé con tiernos y amorosos gemidos, y no me respondió: *Quæsivi illum, et non inveni: vocavi, et non respondit mihi.* <sup>4</sup> Para colmo de mi desgracia, mientras yo le buscaba por la ciudad, me halló una de las patrullas que rondan de noche, y me hirió, me cubrió de llagas, y se me llevó el manto. Todo esto me costó el no haber

<sup>1</sup> Act. X, 38.

<sup>2</sup> Cant. V, 2.

<sup>3</sup> Ib. vers. 5 et 6.

<sup>4</sup> Ib.

sido pronta en abrir á mi esposo á la primera aldabada que dió á la puerta.

¿Oisteis? así suele castigar Dios á los que no son prontos en corresponder á su llamamiento, así acostumbra hacerlo con los que no aprovechan sus gracias mientras pasan. ¡Ah! que es muy cierto que de corresponder ó no corresponder pronto á estas gracias puede depender, y depende las mas veces, el salvarse ó el condenarse. Decidlo sino vosotras, desventuradas almas, que sabéis ya el motivo porque sois condenadas. Tú Caín, que, despues de seis mil años de padecer, aun no has llegado al principio de tus tormentos, habla y dínos: ¿cuál fué el origen de tu eterna perdicion? ¡Ah! dice, fué el no responder pronto á la voz de Dios que, pidiéndome cuenta de mi hermano cuya sangre derramé, me estimulaba á la penitencia. ¿Y tú Júdas?... ¿y tú Epulon?... ¿y tú... no preguntemos mas; porque casi todos cuantos condenados hay en el infierno contestarian unánimemente que, por no haber sido prontos en responder á las invitaciones de la gracia, padecen y padecerán siempre en aquel fuego intensísimo. ¡Ay de aquel, pues, repito yo, que no aprovecha las gracias actuales mientras pasan, y no las coge como quien dice al vuelo! Estas gracias acostumbran hacer su curso con la velocidad del ave: *Sicut aves volantes*; y pasado que han, no vuelven.

Si mientras pasan, cada una llevase una señal que indicase si es ó no la decisiva, y si á ella va ó no va infaliblemente unida la suerte eterna de nuestra alma, aun podríamos, sin riesgo evidente, no hacer caso de algunas, y dejarlas pasar sin saludarlas. Pero no, que ellas nada indican; y aunque sabemos de cierto que á una de ellas está vinculada nuestra salvacion, ignoramos completamente cual es. Podemos presumir que es alguna de las mas relevantes que Dios acostumbra conceder, como una mision, un jubileo, un castigo visible, un toque interior extraordinario, etc.; pero tambien es muy posible que sea alguna de esas gracias comunes que Dios nos está concediendo todos los dias, y de las que apenas se hace caso, como son sermones, lecturas espirituales, buenos ejemplos, etc. ¿Que no? leed las vidas de los santos, y hallaréis que en mu-

chos, no solo su salvacion, sino su misma santidad estuvo vinculada á una de esas gracias que, si las hubiese, podríamos llamar indiferentes; y que en tanto se salvaron y fueron santos, en cuanto supieron corresponder fielmente á ella. ¿De dónde tomó origen la santidad de un san Nicolás de Tolentino? de una de esas gracias vulgares que Dios nos concede todos los dias, de un sermon que oyó. ¿Qué, si él no hubiese correspondido á aquella gracia? probablemente no seria santo, ni tal vez estaria en el cielo. ¿Qué decidió á san Agustin á dejar el pecado y darse enteramente á Dios? una de esas gracias comunes que Dios nos dispensa á toda hora, la lectura de la vida de un santo. ¿Qué, si él hubiese abusado de aquella gracia? es de pensar que, como ahora es una de las principales lumbreras de la Iglesia, seria uno de los mas desventurados réprobos del abismo. ¿Os choca el que de una infidelidad tan pequeña hubiese podido derivarse su reprobacion? Pero decidme: ¿y qué no tuvo origen de una cosa en sí bien pequeña la ruina de todo el género humano y la condenacion de innumerables almas? ¿Quién no sabe que la causa de todos nuestros males fué una simple manzana comida por nuestros primeros padres? Que si de una cosa tan insignificante como una manzana pudo resultar un mal tan grande como es la ruina del género humano, ¿no podrá depender la condenacion de una alma del abuso que haga de la menor de las gracias que Dios le concede? Yo quisiera que reflexionaseis bien esto, vosotros que de las muchísimas gracias que Dios os ha dado y os está dando para que os convirtais á él, hasta el presente ningun fruto habeis sacado: quisiera que lo reflexionaseis bien.

Porque estas gracias son en número determinado y fijo para cada uno de nosotros, concediendo Dios mas al uno y menos al otro, segun place á su voluntad siempre recta y santísima. ¡Y qué! el que ha prefijado número, grado y medida á todos los séres creados, aun á los mas pequeños, como enseña la fe: *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti*,<sup>1</sup> ¿no habrá

---

<sup>1</sup> Sap. XI, 21.

prefijado el número y la medida de las gracias sobrenaturales que han de concederse á cada criatura humana? El que tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, como dijo el Salvador: *Capilli capitis vestri omnes numerati sunt*,<sup>1</sup> ¿no tendrá contados todos los auxilios que ha de recibir cada uno de nosotros? En esto no puede caber duda, como ni tampoco en que Dios, como dueño absoluto de sus gracias, á unos las da en mayor abundancia, á otros las concede con mas escasez, segun y conforme le agrada. ¿Veis al Señor del Evangelio? no dió igual número de talentos á sus criados, sino que al uno le dió cinco, al otro dos, al otro uno: *Uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum*.<sup>2</sup> Pues tampoco Dios, á quien el Señor del Evangelio figuraba, concede igual número de gracias á todos los hombres para que se salven, sino que á Pedro, por ejemplo, le concede mil, á Juan quinientas, á Antonio diez, á Francisco cinco; no faltando ejemplos de personas que solo recibieron una, de suerte que la primera fué la última. ¿Estais? pues parad atencion en lo que ahora voy á decir.

¿Qué hace Dios cuando una alma ha llegado á abusar de todas las gracias que él le tenia señaladas? En el momento mismo que abusa de la última, dice él mismo por David, la abandono á la dureza de su mal corazon, y dejo que siga en su pecado: *Non audivit populus meus vocem meam, et Israel non intendit mihi. Et dimisi eos secundùm desideria cordis eorum, ibunt in adinventionibus suis*.<sup>3</sup> Dígalo Israel, dígalo Babilonia, díganlo las vírgenes fátuas, figuras todos del alma ingrata. Israel fué abusando uno á uno de todos los beneficios que le dispensó para sacarlo de Egipto. ¿Qué vino tras del último beneficio despreciado? el exterminio: *In solitudine hac jacebunt cada-vera vestra*.<sup>4</sup> Babilonia fué rechazando uno tras otro todos los remedios que empleó para curarla. ¿Qué siguió al último remedio inutilizado? el abandono: *Derelinquamus eam*.<sup>5</sup> Las virge-

<sup>1</sup> Luc. XII, 7.

<sup>2</sup> Matth. XXV, 15.

<sup>3</sup> Psalm. LXXX, 12 et 13.

<sup>4</sup> Num. XIV, 29.

<sup>5</sup> Jer. LI, 9.

nes fátuas despreciaron todos los avisos que les dió de que estuvieran prevenidas para cuando el esposo llegase. ¿Qué oyeron despues de esto? el terrible *Nescio vos*, el fatal *Clausa est janua*.

Resumamos ahora, y apliquemos las doctrinas hasta aquí expuestas. Es cosa cierta que las gracias con que Dios nos excita al bien pasan aprisa y como volando; cierta cosa es tambien que el número de estas gracias está prefijado para cada uno de nosotros, sin que nadie sepa si el suyo es grande ó pequeño, no siendo igual en todos; cosa cierta es igualmente que á alguna de estas gracias va infaliblemente ligada nuestra salvacion ó condenacion, siendo posible que vaya ligada á alguna de esas que llamamos comunes, y de las que apenas se hace caso; cosa cierta es otrosí que tan pronto como se abusa de la gracia que completa el número señalado, sigue el abandono de Dios; cierto es, en fin, que... atencion, pecadores: cierto es que vosotros habeis ya abusado de un grandísimo número de estas gracias, siendo tantas las que habeis despreciado cuantos son los sermones oídos, los avisos recibidos, los buenos ejemplos vistos, los castigos presenciados, las lecturas escuchadas, los remordimientos sentidos, las inspiraciones recibidas. Podria, de consiguiente, deciros que teneis grandes motivos para sospechar que el número de vuestras gracias está ya cumplido, y que habiéndolas despreciado todas, es muy posible que Dios os tenga ya abandonados. Pero no, libreme Dios de deciros cosa alguna que pueda conducirnos á la desesperacion, ni siquiera debilitar un ápice vuestra confianza. Me contento, pues, con advertiros que, despues de haber abusado de tantas gracias, el peligro que correis de ser abandonados de Dios y morir condenados, es grande, es inminente; y que si desgraciadamente abusaseis tambien de la que en este momento el Señor os está dando, haciéndoos oír mis exhortaciones, pudiendo ser que esta sea la última, entonces... ¡ah! entonces vuestro peligro seria todavía mayor, vuestra condenacion seria mucho mas probable. Espero que no querreis hacer la prueba, y que, conociendo la situacion sumamente crítica en que os hallais, procuraréis salir de ella inmediatamente, respondiendo á la invitacion paternal que quizás por última vez os hace hoy el Señor. Amen.

### Discurso 3.º El CLAUSA EST JANUA.

Si quis sermonem meum servaverit, mortem non videbit in æternum. Joan. VIII, 51.

Jesucristo aseguró á los judíos, segun el Evangelio de hoy, que quien guarde su palabra y cumpla fielmente sus preceptos, jamás verá la muerte: *Si quis sermonem meum servaverit, mortem non videbit in æternum*. Hé aquí una promesa, dijeron los judíos al oirla, que en cualquier sentido que se la tome, ofrece dificultad. Porque ¿de qué muerte nos habla? ¿nos habla de la del cuerpo? Entonces su promesa es una mentira, porque la observancia de sus preceptos á nadie ha de librar de morir. ¿Nos habla de la muerte del alma? entonces su promesa es una burla, porque, que se cumplan ó no se cumplan sus preceptos, el alma nunca muere, pues, como espíritu, es esencialmente inmortal.

Vosotros, mucho mas ilustrados que los groseros judíos, ya comprendéis que el Salvador no habló de la muerte del cuerpo, que es inevitable; ni de la muerte física del alma, que es imposible; sino que habló de la muerte moral del condenado, que consiste en la eterna privacion de Dios, que es la *verdadera vida*, y en la perpétua exclusion del paraíso, que es la *propia tierra de los vivientes*. Lo que tal vez no comprendéis, al menos con toda la perfeccion que convendria, es lo que quiere decir *eterna privacion de Dios, y perpétua exclusion del paraíso*; que si lo comprendieseis... ¡ah! os haria temblar la sola posibilidad de incurrirlas. Porque ¿qué otra cosa significan, sino que la puerta del cielo está cerrada para el condenado, y lo está por siempre? *Clausus est janua*. ¿Qué otra cosa quieren decir, sino que el condenado está encerrado en una cárcel, cuya puerta no se abrirá mientras Dios fuere Dios? *Clausus est janua*. ¡Cerrada está la puerta!... ¡palabras amargas! ¡palabras ater-

radoras! ¡palabras llenas de veneno mortal! ¡Oh si se comprendiese, dice un santo, cuánta hiel contienen estas breves palabras: La puerta está cerrada! *O si sapere posses, quid amaritudinis habet: Clausa est janua.* ¿Con qué el cielo cerrado al infeliz réprobo?... ¿y sin abrirsele jamás la puerta?... ¿y sin esperanza de que jamás se le abra?... Profundicemos este pensamiento, que pensamiento tan saludable vale la pena de que se le profundice bien.

---

Aunque san Juan dice en su Apocalipsis que doce son las puertas de la Jerusalem celestial, cierto es, sin embargo, que solamente por cinco pueden los hombres entrar en ella, á saber, por la de la *Justicia*, la de la *Misericordia*, la de la *Intercession*, la del *Mérito* y la de la *Gracia*. Recorrámoslas, si os place, llamemos á cada una de estas cinco puertas, y veamos si alguna se abre al infeliz condenado.

Y comenzando por la de la *Justicia*, digamos con san Pablo: Jesucristo, Pontífice de los bienes venideros, por su propia sangre entró una vez por esta puerta, habiendo hallado una redencion eterna: *Christus... Pontifex futurorum bonorum... per proprium sanguinem introivit semel in sancta, aeterna redemptione inventa.*<sup>1</sup> Habiendo, pues, Jesucristo abierto con su sangre esta puerta á los pecadores, y abiértola en rigor de justicia, puesto que mas mereció la sangre de todo un Dios que no desmerece la culpa del hombre miserable, justo es que se abra al infeliz condenado, concediéndole entrada libre.—Respuesta: *Clausu est janua:* Esta puerta está cerrada para él, y lo estará eternamente. Cierto es que Jesucristo con su sangre mereció en rigor de justicia que esta puerta se abriera á todos los pecadores; pero su mérito solo es aplicable á los pecadores que aun viven en la tierra, no á los pecadores que ya están en el infierno. Porque, si al tiempo mismo de derramarse aquella sangre divina en el Calvario, su virtud no llevó la redencion á los impíos que padecian en el infierno, ¿cómo se quiere que la lleve ahora?

---

<sup>1</sup> . Hebr. IX, 11 et 12.



Repliquemos, sin embargo, y digamos: Jesucristo está obligado en rigor de justicia á cumplir sus promesas. Él ha dicho: Al que venga á mí no le echaré fuera: *Eum, qui venit ad me, non ejiciam foras*: <sup>1</sup> ha dicho igualmente: Llamad, y se os abrirá: *Pulsate, et aperietur vobis*. <sup>2</sup> O que retire estas palabras, ó que admita al condenado que acude á él, y pide entrar en el cielo. — Contestacion: El condenado es ya incapaz de venir á Jesucristo, y aun mas de encontrarle, porque dicho está por Oseas: Irán á buscar al Señor, y no le hallarán, porque se retiró definitivamente de ellos: *Vadent ad quærendum Dominum, et non invenient: ablatus est ab eis*. <sup>3</sup> Que si Jesucristo ha prometido abrir la puerta al que llame, lo ha prometido muy sinceramente y con ánimo de cumplir. Llamad, ha dicho, y se os abrirá: *Pulsate, et aperietur vobis*. Llamad, sí; pero ¿cuándo? Se os abrirá, cierto; pero ¿en qué tiempo? Cuando sea tiempo de misericordia, no cuando lo sea de justicia. Tiempo de misericordia es la vida, tiempo de justicia es la eternidad. ¿Llamas mientras estás en vida? De seguro te se abrirá. ¿Llamas solamente cuando estás en la eternidad? Cuenta que te se dará con la puerta al rostro: *Clausa est janua*.

Pero llamemos una vez mas, y digamos: ¿Es justo ser castigado con penas eternas por culpas temporales? ¿No está escrito: Segun la medida del pecado será la tasa del castigo? *Pro mensura peccati erit et plagarum modus*. <sup>4</sup> O Juez, grita el Epulon, mide el tiempo de mis tormentos por el tiempo que empleé en ofenderte, cuenta los años de mi infierno por los años que viví en pecado; y si estos te parecen poco castigo, duplicalos, triplicalos, centuplicalos... Pero tenerme aquí entre llamas por infinitos millares de años... ¿por qué? ¿por qué? Oye la voz de la justicia, ya que no quieres escuchar la de mis llantos; y ábraseme de una vez la puerta del cielo.— ¿La justicia invocas? pues ella es cabalmente la que ordena un infierno

---

<sup>1</sup> Joan. VI, 37.

<sup>2</sup> Luc. XI, 9.

<sup>3</sup> Ose. V. 6.

<sup>4</sup> Deut. XXV, 2.

eterno. ¿No es el pecado una injuria enorme que se hace al mismo Dios? ¿no entraña de consiguiente una malicia infinita? ¿no merece por lo tanto un castigo infinito? ¿no ordena la justicia, no exige la equidad que la pena sea proporcionada á la culpa?... ¡Qué la culpa ha sido de corta duracion! ¿Y qué importa esto? ¿La duracion del castigo acaso se ha de medir matemáticamente por la duracion de la culpa? Entonces ¿por qué un hurto, que se comete en pocos instantes, se castiga con cadena perpétua? ¿por qué por un homicidio, que se hace en un momento, se envia al asesino al suplicio, donde por siempre se le priva de la vida? Déjese el condenado de invocar la justicia, porque ella es precisamente la que le cierra la puerta á toda esperanza: *Clausus est janua.*

Abandonemos, pues, esta puerta fatal de la *Justicia*, y vámonos á llamar á la de la *Misericordia* diciendo con David: *Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in seculum misericordia ejus.* <sup>1</sup> Confesemos que el Señor es bueno, y que su misericordia nunca acaba. ¡Ah, Señor! por vuestra gran misericordia abrid la puerta al condenado. No lo pedimos por las obras de justicia que él ha hecho, sino por vuestra misericordia infinita: por ella únicamente lo pedimos: *Non ex operibus justitiæ quæ fecimus nos, sed secundum suam misericordiam salvos nos fecit.* <sup>2</sup>—¡Ay! la misericordia no responde. Ya lo dijo Jeremías que el Señor habia puesto una nube delante de sí, para que la oracion de los réprobos no pudiese pasar hasta él: *Opposisti nubem tibi, ne transeat oratio.* <sup>3</sup> Si antes te hubieses explicado como te explicas ahora, dijo Joab á Abner, indudablemente el pueblo hubiera cesado desde la mañana de perseguir á sus hermanos: *Si locutus fuisses, manè recessisset populus.* <sup>4</sup> Si cuando era tiempo hubiese el condenado invocado sinceramente la misericordia del Señor, á buen seguro que no la habria invocado en vano. ¡Lo que tiene no hablar en tiempo oportuno!

---

<sup>1</sup> Psalm. CXVII, 1.

<sup>2</sup> Tit. III, 3.

<sup>3</sup> Tren. III, 44.

<sup>4</sup> 2 Reg. II, 27.

Calló cuando era tiempo de hablar: ahora clama, y Dios no le oye.

Pero ¿dónde está, Señor, vuestra antigua misericordia?— ¿Dónde está? preguntarlo á los elegidos, que ellos lo saben mejor que nadie. Buscáronla, y la encontraron: invocáronla, y ella les salió al paso: dijéronle: ¿Dónde estás? y ella les respondió: Aquí estoy, aquí me teneis: *Ecce adsum, vocastis enim me.*— ¡Y qué! Señor: ¿tan pobre sois que no tengais mas que una sola bendicion por dar? *Num unam tantum benedictionem habes?* <sup>1</sup> Bien que á los elegidos les deis la parte mas pingüe de vuestra herencia; rogásmos que concedais al condenado la porcion que todavía queda: *Mihi quoque, obsecro, ut benedicas.*— En vano es rogar: la puerta está cerrada: *Clausa est janua.*

Salgamos tambien de esta puerta, que en vano se llama ya puerta de la *Misericordia*, y pasemos á la del *Mérito*, prometiendo la mas formal enmienda de vida, y diciendo con aquel jóven del Evangelio: *Quid boni faciam, ut habeam vitam æternam?* <sup>2</sup> Señor, ¿qué quereis haga el condenado por entrar en el cielo? Decidlo, decidlo; que está dispuesto á todo. Si no basta observar diez preceptos, observará mil: si cumplir mil preceptos no es suficiente, cumplirá con perfeccion todos los consejos evangélicos: y si esto no es aun bastante, llorará tan amargamente sus culpas, que llenará de lágrimas el mar, la tierra y el infierno mismo. Sí, todo el fuego del infierno promete apagar con sus lágrimas, con tal que vos, Señor, le abrais despues la puerta del cielo.— Respuesta: en vano es ya prometer la observancia mas puntual de los mandamientos, en vano obligarse á abrazar la mas alta perfeccion evangélica, en vano comprometerse á verter lágrimas hasta haber apagado el fuego del infierno. Tambien las vírgenes fátuas se hubieran obligado á comprar el aceite que les faltaba, tambien estaban dispuestas á practicar toda clase de obras buenas, tambien habrian vertido lágrimas á raudales, si se les hubiese concedido; pero nada

---

<sup>1</sup> Gen. XXVII, 38.

<sup>2</sup> Matth. XIX, 16.

les aprovechó: la puerta les estaba cerrada, y cerrada definitivamente.—¿Y por qué el Señor no accede ya en vista de tantas promesas? Porque, como el ángel dijo á san Juan, ha pasado ya el tiempo de merecer: *Tempus non erit amplius*.<sup>1</sup> La muerte es para el hombre lo que fué para el ángel su caída: así como éste, una vez caído, no pudo levantarse mas; así el hombre, muerto una vez, no se halla en estado de contraer mérito alguno. En la guerra, dijo un general á un capitán que prometia no repetir una falta que habia cometido en un combate, en la guerra no se permite que nadie yerre dos veces: el primer error que se comete, es el último que se tolera: *In bello non licet bis errare*. Igualmente, no se permite al pecador morir dos veces: una vez muerto, muerto para siempre: una vez condenado, su condenacion es irrevocable. Por esto dijo san Agustín: ¿Has acabado de vivir? pues tambien has acabado el tiempo de merecer: *Finisti vitam? finisti viam*.

Si así es, si es ya imposible entrar por la puerta del *Mérito*, probemos la de la *Intercesion*, y levantando los ojos á los dichosos moradores del cielo, digámosles aquello que las vírgenes fátuas dijeron á las prudentes: *Date nobis de oleo vestro*.<sup>2</sup> O vosotros dichosos habitantes del paraíso y afortunados amigos de Dios, interceded por el infeliz condenado. Vos, María, que sois el amparo de los pecadores; tú, Pedro, que tienes confiadas las llaves del reino de los cielos; vosotros, santos, que tanto podeis para con Dios: interceded todos por el desventurado réprobo.—Contestacion: es imposible interceder por él, porque Dios nos lo tiene severamente prohibido. Los santos, segun ha dicho David, podemos interceder por el pecador cuando éste acude á nuestra intercesion en tiempo oportuno: *Pro hac orabit ad te omnis sanctus in tempore opportuno*;<sup>3</sup> pero cuando acude fuera de tiempo, y solo cuando ya está experimentando el diluvio de males con que le inunda la justicia di-

<sup>1</sup> Apoc. X, 6.

<sup>2</sup> Matth. XXV, 8.

<sup>3</sup> Psalm. XXXI, 6.

vina, entonces Dios ni tan solo permite nos acerquemos á su trono para hablarle á favor suyo: *Veruntamen in diluvio aquarum multarum ad eum non approximabunt*. A mas de que, nosotros somos ahora de una condicion muy diferente de la que éramos mientras vivimos en la tierra. Entonces podiamos compadecernos de los condenados, y nos era permitido lamentar su desventurada suerte; mas ahora que gozamos de Dios, ahora que nuestra voluntad está en todo y por todo conforme con la suya, no solo no sentimos su condenacion, sino que nos alegramos positivamente viendo que la venganza divina ha venido á caer sobre ellos. Esto ya lo predijo David cantando en uno de sus salmos: Se alegrará el justo cuando viere la venganza: *Latabitur justus cum viderit vindictam*.<sup>1</sup>

¿Con que, tan lejos estais de interceder por el condenado, que os alegrais de que la justicia de Dios brille sobre él? Entonces ¡ay! ya no le queda mas recurso que llamar á la puerta de la *Gracia*, y ver si, ya que ha de quedar eternamente excluido del cielo, consigue al menos una lijera mitigacion de las penas atroces que está sufriendo. Por lo tanto, vos supremo Dominador del cielo y de la tierra, escuchad una súplica, una no mas, y es la última que viene á haceros el desventurado réprobo. Ya, os dice, ya que por siempre me echais de vuestra presencia, ya que quedo eternamente excluido del paraíso, ya que encerrado en esta horrible cárcel he de padecer tormentos sin fin; tened al menos á bien concederme el pequeño consuelo que voy á pedir. Templad un poco el indecible ardor de este fuego que me devora: alijerad un tanto el insoportable peso de estas cadenas que me oprimen: permitidme siquiera cambiar de posicion en este dolorósísimo potro en que sufro. Esta gracia, Dios terrible y justo, esta gracia es ya la sola, la única, la última que os pido.—Respuesta: en vano es pedirla. El Eclesiastés ha dicho: Si el madero cayere hácia el Austro ó hácia el Aquilon, en cualquiera lugar que cayere, allí quedará por siempre: *Si ceciderit lignum ad Austrum aut ad Aquilonem, in*

<sup>1</sup> Psalm. LVII, 11.

*quocumque loco ceciderit, ibi erit.* <sup>1</sup> Él lo ha dicho, y así se cumplirá.

Discurramos ahora para nosotros, y preguntemos: Si Dios en este momento abriese la puerta del infierno á una de las innumerables almas que en él están ardiendo; cuando esta alma se viese fuera de aquel lugar horroroso del que ya no esperaba salir mas, ¿qué pensaria? ¿qué diria? ¿qué haria? Comprendo que en los primeros momentos estaria como trasportada sin saber pensar, decir ni hacer nada; pero cuando, pasadas ya las primeras impresiones de su dicha inesperada, se hallase en estado de poder pensar, ¿qué pensaria? ¿qué diria? ¿qué haria? ¿Se quedaria muda?... ¿se estaria indiferente?... ¿se mostraria ingrata á Dios? No, que profundamente reconocida, correria á echarse á sus piés: no, que con lágrimas de ternura besaria mil veces su paternal y bondadosísima mano; no, que con suspiros de arrepentimiento y amor le diria: *Domine, quid me vis facere?* ¿Qué quereis, Dios mio, qué quereis de esta alma, un momento há tan desdichada, y al presente tan feliz por vuestra misericordia? ¿Quereis que vaya á hacer penitencia en el mas hórrido desierto hasta el fin del mundo? ¿quereis que recorra toda la tierra publicando á voz en grito vuestras infinitas bondades?... ¿quereis que me vista un saco, que me cubra de un cilicio y coma no mas que pan de ceniza toda la vida? Hablad, Dios mio, hablad, que á todo estoy pronta, á todo.—Que si una alma sacada del infierno hablaria así, ¿qué no deberias decir, qué no deberias hacer tú, pecador mio, á quien Dios ha hecho un beneficio incomparablemente mas grande, cual es no haberte dejado entrar siquiera en el infierno, cuando tan justamente lo merecias? Dime por favor: ¿qué no deberias decir, qué no deberias hacer tú? ¿No deberias decir: Señor, aquí estoy yo para llorar mis pecados, hacer de ellos la debida penitencia y amaros tiernamente todo el resto de mi vida? ¡Infeliz si no lo haces! ¡Dichoso si lo cumples! Amen.

---

<sup>1</sup> Eccl. XI, 3.

## Homilia sobre el Evangelio *Quis ex vobis.*

Pasmados vais á quedaros cuando oigais el coloquio que, segun san Juan, tuvo el Salvador con los fariseos en el templo de Jerusalem, no sabiendo qué admirar mas, si la mansedumbre y cortesía con que el Salvador persuadia la verdad, ó la arrogancia y el descaro con que los fariseos la impugnaban. Aunque la relacion de aquel coloquio sea un tanto difusa, os encargo la escuchéis con atencion, pues por ella vendréis en conocimiento de algunas verdades importantes que conciernen al ministerio de nuestra predicacion.

El coloquio, como he dicho, tuvo lugar en el templo de Jerusalem, y todo el empeño del Salvador era persuadir á los escribas y fariseos una verdad importantísima para ellos, á saber, que él era el verdadero Mesías, y que por lo tanto debian recibir con docilidad sus doctrinas y sus leyes. Para probarles esto, entre otros argumentos, les hizo el siguiente dilema: ¿Quién de vosotros me argüirá con justicia de pecado ó de mentira? *Quis ex vobis arguet me de peccato?* Pues si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Y fué como decirles: O debeis probar que soy pecador y mentiroso, ó debeis creer lo que os digo: no podeis echarme en cara ningun pecado ni mentira: luego estais precisados á creerme.

Confieso que cuando nosotros os predicamos las verdades de nuestra fe y os inculcamos la observancia de los preceptos divinos, no podemos hacerlos un semejante argumento, y nos guardaremos mucho de decir: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? *Quis ex vobis arguet me de peccato?* Porque si dijésemos que somos del todo justos, y que estamos limpios de todo defecto, nos engañaríamos á nosotros mismos, y faltaríamos á la verdad: *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus,*

*ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est.* <sup>1</sup> Antes debemos confesar, y lo confesamos ingenuamente, que somos hombres semejantes á vosotros: *Similes vobis homines;* <sup>2</sup> y que, cercados tambien de fragilidad y miseria, estamos precisados á ofrecer sacrificios á Dios, no solo por los pecados del pueblo que dirigimos, sino tambien por los que nos son propios y personales: *Quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet, quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis.* <sup>3</sup> Pero el ser nosotros hombres frágiles y pecadores ¿os autorizaria á vosotros para no hacer caso ni de las doctrinas que os exponemos, ni de los preceptos que os inculcamos? De ningun modo, porque ni las doctrinas son invencion nuestra, ni los preceptos derivan de nuestra autoridad; sino que dimanen de la autoridad suprema de Dios, y nosotros no hacemos mas que intimároslos en su nombre como ministros suyos; pudiéndoos decir con toda verdad, que las doctrinas que os predicamos, no son nuestras, sino de Dios que nos ha enviado: *Mea doctrina non est mea, sed ejus qui misit me.* <sup>4</sup> Inferid de aquí que obran muy mal esos cristianos que desprecian nuestra predicacion, bajo el pretexto de que nosotros hacemos lo contrario de lo que predicamos. Esto será exacto ó no lo será, podrá ser una verdad y podrá ser una calumnia; pero jamás será motivo legítimo para despreciar nuestra palabra, que es la de Dios. Yo estoy plenamente convencido de que no es por razon de nuestra conducta que algunos se resisten á creernos, sino por otra causa muy diferente. ¿Cuál? Sigamos el Evangelio, que tal vez él nos la dirá.

Yo, decia Jesucristo á los escribas y fariseos, no os predico otra cosa que la verdad: ¿por qué, pues, no me creéis? *Quare non creditis mihi?* El motivo porque no le creian era precisamente porque les predicaba la verdad; que si les hubiese predicado la mentira, es regular que le habrian dado crédito. Si

<sup>1</sup> 1 Joan. I, 8.

<sup>2</sup> Act. XIV, 14.

<sup>3</sup> Hebr. V, 2 et 3.

<sup>4</sup> Joan. VII, 16.



les hubiese alabado, adulado y aprobado sus vicios y malas costumbres, no solo le hubieran creído, sino que le hubieran aclamado cuando menos por el más insigne de todos los profetas; pero como les quitaba la máscara, y les tiraba al rostro su hipocresía, y reprendía con libertad sus grandes vicios, y los presentaba al público tales cuales eran; por esta razón, lejos de creerle, le trataron de endemoniado, de samaritano, de apóstata, de enemigo del pueblo de Dios. Hé aquí el tipo, el tipo verdadero de lo que nos acontece á nosotros. Si á ciertos cristianos les predicásemos errores y mentiras, si les dijésemos por ejemplo que la impureza no es pecado, que la usura es lícita, que el robo es permitido, que la seducción es honesta, que el escándalo está autorizado, que el libertinaje es verdadera ilustración, ¡oh! no solo nos creerían, sino que nos tendrían por oráculos y nos cubrirían de flores. Pero como les predicamos la verdad, como decimos que la deshonestidad es un delito, la usura un robo, la seducción una infamia, el libertinaje una bajeza, el escándalo un atentado; por esto no somos dignos de crédito, porque *predicamos una cosa y hacemos otra*. Pero es esta la verdadera causa? No, dijo Jesucristo á los escribas y fariseos, la causa verdadera porque no me creéis no es otra sino porque no sois de Dios: el que es de Dios, escucha sus palabras: *Qui ex Deo est, verba Dei audit: propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis*. Sí, sí, y nadie tome á mal el que lo diga: la razón verdadera porque algunos desprecian nuestra palabra, es porque no son de Dios; que si lo fuesen, seguro es que no la despreciarían: *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis*..

Dice san Juan, que cuando los escribas y fariseos oyeron esta reconvencción del Salvador, le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que eres samaritano y estás poseído del demonio? *Nonne benè dicimus nos, quia samaritanus es tu, et demonium habes?*—Dejemos el llamarle *samaritano*, que fué una mentira manifiesta, y el decirle que era *endemoniado*, que fué una blasfemia horrible; y fijémonos solamente en la pretensión de que, profiriendo esta mentira y esta blasfemia, decían y hablaban bien: *Nonne benè dicimus nos?* No les bastó mentir y blasfemar

---

## DOMINGO DE PALMAS.

---

Evangelio. *Matth. XXI.*

Cuando *Jesús y sus discípulos* se acercaron á Jerusalem, y llegaron á Betfage, *aldea situada cerca del monte de los Olivos, y distante como unos seiscientos pasos de la ciudad*, envió entonces Jesús dos de sus discípulos, diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada y un pollino con ella: desatadla, y traédmelos. Y si alguno os dijere alguna cosa, decidle que el Señor los ha menester, y al instante os los dejará traer. Y todo esto fué hecho, para que se cumpliera lo que habia dicho el profeta *Zacarías*: Decid á *Jerusalem* la hija de Sion: hé aquí á tu rey que viene á tí manso sentado sobre una asna, y un pollino, hijo de la que está debajo de yugo. Y habiendo ido los discípulos, hicieron lo que Jesús les habia mandado. Y trajeron la asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima. Y una gran multitud de pueblo extendió tambien sus vestidos por el camino: y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendian por el camino *por donde él debia pasar*. Y las gentes que iban delante de él, y las que le seguian gritaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David, esto es, ¡oh Dios! salvad á este Jesús, que es el Hijo de David, ó el Mesías prometido: bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Hosanna, salud le sea concedida por el que habita en las alturas de los cielos.

*dæmonium non habeo, sed honorifico Patrem meum, et vos inhonorastis me.* Sabed no obstante, que, si bien yo no busco mi propia gloria, la busca mi Padre eterno, y él me hará justicia vengándome de los ultrajes que me haceis: *Ego autem non quæro gloriam meam: est qui quærat, et judicet.* Hé aquí la contestacion que los ministros del Evangelio tenemos orden de dar á los que nos desprecian, calumnian é infaman, porque predicamos verdades que les amargan. A nosotros no nos importa mucho ser despreciados, calumniados é infamados por decir la verdad; porque no es nuestra gloria la que buscamos, sino la de Dios: *Ego autem non quæro gloriam meam.* Y si nuestra reputacion sufre por este motivo, nos quedamos muy tranquilos y serenos, confiados en que Dios la defenderá y nos hará justicia: *Est qui quærat, et judicet.* De lo restante, nadie espere que por miedo á los desprecios, baldones é insultos dejemos de cumplir nuestro ministerio, que es avisar al incauto, reprender al díscolo, contener al escandaloso, y combatir el mal donde quiera que lo veamos; porque tenemos muy presentes aquellas palabras que san Pablo nos dirige á todos y á cada uno de los que tenemos cura de almas: Protesto delante de Dios y de Jesucristo que ha de juzgar vivos y muertos... que prediques la palabra de Dios, que instes á tiempo y fuera de tiempo, que reprendas, ruegues, amonestes con toda paciencia y doctrina: *Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos... prædica verbum, insta opportunè, importunè: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina.* Pero ¿qué, si á pesar de nuestro celo el pecador no se corrige? Tú, nos dice Dios, no ceses por esto de amonestarle que se aparte de su mal camino. ¿Desiste al fin de su pecado? entonces habrás salvado dos almas, la tuya y la suya. ¿Sigue en su iniquidad? entonces él morirá en su pecado, y tú, porque cumpliste tu deber, habrás puesto tu alma á salvo: *Si autem tu annuntiaveris impio, et ille non fuerit conversus ab impietate sua... ipse quidem in iniquitate sua morietur, tu autem animam tuam liberati.* <sup>1</sup> ¿Oisteis?

<sup>1</sup> Ezech. III, 19.

Despues de haber dicho Jesucristo á los escribas y fariseos, que él no buscaba su gloria, sino la de su Padre, añadió: En verdad, en verdad os digo, que quien guardare mi palabra jamás verá la muerte: *Amen, amen dico vobis: Si quis sermonem meum servaverit, mortem non videbit in æternum*. Un niño cualquiera habria conocido que el Salvador no hablaba de la muerte temporal del cuerpo, sino de la muerte eterna del alma; y no obstante—¿lo creeréis?—aquellos grandes sábios, aquellos insignes doctores, aquellos hombres eminentes que lucian tiara, creyeron que se referia á la muerte corporal. Y que lo creyeron así lo prueba la respuesta disparatadísima que dieron, porque dijeron: Ahora acabamos de conocer que estás poseído del demonio. Murió Abrahan, murieron los profetas, ¿y dices que quien guarde tu palabra nunca morirá? ¿Eres tú mas que Abrahan? ¿eres mas que los profetas? ¿Quién pretendes ser tú? *Nunc cognovimus quia dæmonium habes. Abraham mortuus est, et prophetæ, et tu dicis: Si quis sermonem meum servaverit, non gustabit mortem in æternum... Quem te ipsum facis?* ¡Lo que tiene escuchar la palabra de Dios con prevencion! Si aquellos hombres la hubiesen escuchado, no para combatirla, sino para aprenderla, ó al menos estudiarla desapasionadamente, seguro es que, en lugar de entenderla de la manera tonta que la entendieron, hubieran penetrado su verdadero sentido y experimentado su eficacia, como la experimentaron cuantos la oyeron con ánimo sincero de aprovecharse de ella.

Y aquí tengo la clave para explicarme un fenómeno del que apenas sabia darme la razon. ¿En qué consistirá, me preguntaba, que un mismo sermon hace en los ánimos efectos tan diferentes? Todos oyen las mismas verdades, la misma voz, la misma entonacion; y sin embargo unos se compungen, y otros se obstinan: unos creen, y otros se endurecen: unos salen convertidos, y otros salen tal vez peores. ¿Sabeis de qué depende esto? os lo diré, pues no es justo me reserve para mí el secreto: depende de las disposiciones diferentes, y tal vez contrarias, con que se viene á oír la palabra de Dios. Unos se presentan á oirla con el ánimo dócil, con el corazon humilde, con un deseo tan sincero como vivo de aprovecharse de ella; y en

estos produce los tres admirables efectos que le atribuye san Ambrosio: *Illuminat, mundat, accendit*: ilumina sus entendimientos, purifica sus corazones y los inflama en santos deseos. Otros, por el contrario, vienen á oírla con cierta prevención, con repugnancia mal disimulada, y tal vez con propósito deliberado de no rendirse á ella; y en estos no produce efecto alguno, menos que sea el de hacerlos mas culpables, y de consiguiendo merecedores de un castigo mas grande. ¿Cuál? volvamos al texto, y lo veremos.

Viendo el Salvador que nada conseguía con sus palabras, y que cuantas mas pruebas aducía de su divinidad, mas obstinadamente la negaban los judíos, y mas se enfurecían contra su sagrada persona, llegando al increíble exceso de coger piedras para tirárselas; los castigó ocultándoseles y haciéndose invisible á sus ojos: *Tulerunt ergo lapides ut jacerent in eum: Jesus autem abscondit se.* ¿Y esto, se me dirá, llamais castigo? Sí, castigo lo llamo, y el mas espantoso de todos; porque, como exclama san Agustin, ¡ay de aquellos á quienes Dios se oculta! *Vae illis à quorum cordibus Deus fugit.*<sup>1</sup> ¿Quereis conocer cuál sea este castigo, este castigo que Dios acostumbra dar á los que hacen el sordo á su palabra? oid lo que él mismo dice por boca de Isaías. Yo, dice, he hablado á ese pueblo y le he dicho una y mil veces, que no quería de él otra cosa sino que me amase y me obedeciese; pero veo que me he cansado en vano y que he hablado con sordos: *Cui dixit: Hæc est requies mea... et noluerunt audire.*<sup>2</sup> Pues bien, dice el Señor, de hoy mas mi palabra será para ellos la misma que hasta ahora me han dicho ellos á mí: Manda, y vuelve á mandar: espera, y vuelve á esperar: *Manda remanda, expecta reexpecta.* Es decir, les negaré mis luces interiores, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan; y de este modo irán cada dia de mal en peor: verán la luz de la verdad, y no la seguirán: oirán mi palabra, y no les hará impresion: volverán á oírla, y se quedarán indiferentes.

<sup>1</sup> Apud Alapide in expos. cap. 8 D. Matth.

<sup>2</sup> Isai. XXVIII, 12.

¡Ay de mí que temo que este castigo espantoso lo experimentan ya muchos cristianos. ¿Decís que no? no me empeñaré en sostenerlo, antes siento un consuelo en pensar que tal vez no es así; pero mis temores no acaban de disiparse viendo lo que creo veis también vosotros. ¿No veis hombres á quienes la palabra divina no hace ya impresion ni mella?... ¿que oyen predicar del juicio, del infierno y de la eternidad con la misma indiferencia y frescura que oirían referir trozos de novelas ó romances?... ¿á quienes ni las promesas de Dios ya halagan, ni sus amenazas ya intimidan, ni sus castigos ya espantan?... ¿que, léjos de impresionarse con las amonestaciones mas paternales y las reprensiones mas severas, se rien, se mofan, hacen brutal escarnio de aquellos en quienes notan que la palabra de Dios ha hecho sensacion? ¿No los veis á esos hombres, no los veis? ¿Y de dónde procede tanta insensibilidad, tanta dureza, obstinacion tanta? Si no procede de que Dios se les haya ya escondido, y de que, como los judíos, comienzan ya á experimentar los terribles efectos del *Jesus autem abscondit se*, si no procede de esto, francamente lo digo, no sé de qué puede proceder. La única cosa que puedo decir es, que procede de donde quiera su insensibilidad, es síntoma de condenacion. ¿Oís? es síntoma de condenacion el mostrarse insensible á la palabra de Dios, así como es prenda de vida eterna el oirla con interés y cumplirla con fidelidad. Esta vida eterna logremos todos: yo en premio de mi trabajo, y vosotros en recompensa de vuestra sumision. Amen.



---

## DOMINGO DE PALMAS.

---

Evangelio. *Matth. XXI.*

Cuando *Jesús y sus discípulos* se acercaron á Jerusalem, y llegaron á Betfage, *aldea situada cerca del monte de los Olivos, y distante como unos seiscientos pasos de la ciudad*, envió entonces Jesús dos de sus discípulos, diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada y un pollino con ella: desatadla, y traédmelos. Y si alguno os dijere alguna cosa, decidle que el Señor los ha menester, y al instante *os los dejará traer*. Y todo esto fué hecho, para que se cumpliera lo que habia dicho el profeta *Zacarías*: Decid á *Jerusalem* la hija de Sion: hé aquí á tu rey que viene á tí manso sentado sobre una asna, y un pollino, hijo de la que está debajo de yugo. Y habiendo ido los discípulos, hicieron lo que Jesús les habia mandado. Y trajeron la asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima. Y una gran multitud de pueblo extendió tambien sus vestidos por el camino: y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendian por el camino *por donde él debia pasar*. Y las gentes que iban delante *de él*, y las que *le seguian* gritaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David, *esto es, ¡oh Dios! salvad á este Jesús, que es el Hijo de David, ó el Mesías prometido: bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Hosanna, salud le sea concedida por el que habita en las alturas de los cielos.*

## Discurso 1.º *Inconstancia en el bien.*

Turbæ... clamabant, dicentes: Hosanna Filio David.  
*Matth. XXI, 9.*

Sabiendo Jesús que se acercaba el día, el día grande en que habia de morir por la salvacion del mundo, vino espontáneamente á Jerusalem con sus discípulos; porque allí era donde, segun los profetas, habia de consumarse el sacrificio de su vida. No bien se supo en la ciudad su próxima entrada, entrada que esta vez quiso hacer con cierta pompa y solemnidad, pues la hizo sentado sobre una jumenta enjaezada con las capas de sus discípulos, una inmensa multitud de pueblo salió á recibirle. Jamás á monarca alguno se ha hecho un recibimiento tan magnífico, jamás se ha visto tanto entusiasmo, tanto obsequio, ni demostraciones tan sinceras y cordiales. Unos se apresuraban á tender sus vestidos sobre el camino por donde él habia de pasar, otros corrian á cortar palmas y ramos de olivo para adornar los puntos principales de su tránsito, estos iban delante de él atronando el aire con vivas y aclamaciones, aquellos seguian detrás publicando sus virtudes y milagros, todos clamaban á una voz, diciendo: Gloria, salud, bendicion al Descendiente de David, que es el verdadero Rey de Israel y el Mesías prometido al mundo: *Turbæ... clamabant, dicentes: Hosanna Filio David.* ¡Qué pueblo tan bueno, tan afectuoso, tan adicto!

Pero no deis grande importancia á estas demostraciones de afecto, porque pronto veréis completamente cambiada la escena. Ese mismo pueblo que ahora oís gritar: Salud, gloria, alabanza al Hijo de David: *Hosanna Filio David;* dentro pocos dias gritará: Quitale, quitale, crucificalo: *Tolle, tolle, crucifige eum.* Esa misma turba que hoy veis despojarse de sus vestidos para tenderlos por donde Jesús ha de pasar; en breve le despojará



á él de sus propias vestiduras de la manera mas bárbara é ignominiosa: esa misma gente que al presente le recibe con palmas y ramos de olivo, símbolos de la victoria y de la paz; antes de mucho le pondrá una corona de espinas y le clavará en una cruz, emblemas de la maldicion y de la infamia: esa misma multitud que ahora ensalza sus virtudes y milagros; á no tardar hará mofa de sus humillaciones y tormentos: esa misma ciudad que actualmente se precipita en masa hácia el camino de Betfage para recibirle como Rey; de aquí á cinco dias correrá de tropel al Calvario para tener el gusto de verle morir como malhechor.

¡Ay de mí no parece sino que ciertos cristianos se han propuesto remedar en estos dias la conducta de aquel pueblo veleidoso é inconstante. Como él, tratan de hacer tambien á Jesucristo un recibimiento magnífico y verdaderamente regio. Mirad como se apresuran á despojarse de sus vestiduras, es decir, de sus pecados, y van á tirarlas á sus piés en el sacramento de la Penitencia: ved cómo corren á cortar palmas y ramos de olivo, esto es, á adornarse de virtudes para recibirle dignamente en el sacramento de la Eucaristía; oid cómo dicen tambien: *Hosanna Filio David*: Honor, gloria, bendicion á Jesucristo, que, oyendo misericordiosamente nuestros gemidos, y aceptando benignamente nuestra confesion dolorosa, se ha dignado reconciliarse con nosotros, mostrando así ser nuestro verdadero Padre y Salvador. ¿Caben demostraciones mas sinceras y cordiales?

Pero no les deis mucha importancia, porque presto veréis todo lo contrario. Sí, esos mismos que ahora se despojan de sus pecados, y juran que jamás volverán á cometerlos; dentro pocos dias olvidarán quizá su juramento y serán los mismos que eran: sí, esos mismos que al presente os edifican con su modestia, recogimiento y comportamiento cristiano; en breve tal vez os escandalizarán con sus palabras impuras, con sus costumbres profanas, con su vida libertina: sí, esos mismos que en estos dias se muestran tan adictos y afectuosos para con Jesucristo; antes de mucho volverán á ofenderle con nuevas culpas, crucificándole, como dice san Pablo, nuevamente en sí

mismos. ¡Oh funesta inestabilidad! ¡oh inconstancia lamentable! ¿Cuáles serán tus resultados? Lo veremos en el presente discurso.

Es ya cosa tan comun ver que los mismos que en tiempo de Cuaresma detestaron sus culpas y se reconciliaron con Dios, vuelven luego á sus antiguos pecados y vicios, que, aunque se siente, como no puede dejar de sentirse, apenas causa admiracion. ¿Qué es, en efecto, lo que tristemente presenciarnos todos los años? Muchas confesiones y pocas enmiendas, grandes esperanzas y ningun resultado, hermosas promesas y ningun cumplimiento. Y así lo vemos esta cuaresma, así lo vimos la cuaresma anterior, así lo habíamos visto en las cuaresmas precedentes. Por manera que no parece sino que muchos se han propuesto mofarse de Dios, de la Iglesia y de los sacramentos, confesando sus culpas y repitiéndolas luego, haciendo grandes propósitos y no cumpliendo ninguno, emprendiendo una vida cristiana y abandonándola pocos dias despues de haberla emprendido. Tal es su inestabilidad, tal su poca firmeza en el bien. Pero ¿y los resultados? ¡Oh! responden los autores sagrados, si de los resultados hablamos, es menester decir que son malos, pésimos y los peores que pueden ser.

El primero, dice Ezequiel, es que en el mismo acto que el justo comete el pecado, todo el bien que hizo mientras vivió en gracia, por mucho, por grande, por extraordinario que haya sido, queda enteramente borrado, y en lo que toca á premio eterno es lo mismo que si no lo hubiese hecho: *Si... averterit se justus à justitia sua, et fecerit iniquitatem... omnes justitiæ ejus, quas fecit, non recordabuntur.*<sup>1</sup> ¿Vertió, por ejemplo mas lágrimas de compuncion y amor que Magdalena? borradas. ¿Practicó mas austeridades y penitencias que Pacomio? borradas. ¿Sufrió con santa resignacion mas tribulaciones y desgracias que Job? borradas. ¿Convirtió á la fe mas almas, provincias y naciones que Pablo? borradas. Oraciones hechas con el mas

---

<sup>1</sup> Ezech. XVIII, 24.

gran fervor, comuniones recibidas con la mas santa disposicion, limosnas dadas con la mas heróica caridad, vigiliass, privaciones, virtudes, todo, todo borrado, sin que de nada pueda esperar premio en la otra vida: *Si averterit se justus à justitia sua, et fecerit iniquitatem... omnes justitiæ ejus, quas fecit, non recordabuntur.* Hé aquí la paga de la inconstancia, hé aquí el primer resultado que da el no estar firme en el bien. ¿Decís que todas estas pérdidas, aunque gravísimas, son reparables, y se reparan de hecho volviendo á convertirse á Dios? Os lo concedo, pero vosotros me concederéis tambien que esta conversion no es cierta, antes es muy dudosa, muy problemática, muy contingente; y que así como no es imposible que se haga, tampoco lo es que se deje de hacerla. ¿Qué digo? es presumible que no se hará.

Porque, como insinuá san Pablo, otro resultado de la inconstancia en el bien es, indisponer positivamente al hombre para hacer penitencia. Oid sus palabras, y decidme despues si hallais otras mas espantosas en toda la Escritura. Es imposible, dice, que aquellos que, habiendo sido una vez iluminados de Dios, caen de nuevo en el pecado, se conviertan otra vez y sean renovados por la penitencia: *Impossibile est enim eos, qui semel sunt illuminati... et prolapsi sunt, rursus renovari ad penitentiam.* <sup>1</sup> Sé que esta palabra imposible debe traducirse por muy difícil, como enseña la teología; pero no por esto deja de ser espantosisima la expresion: porque si cosa muy difícil es que se convierta y haga penitencia quien peca despues de haber sido iluminado de Dios y haber vivido mas ó menos tiempo en su amistad y gracia, ¿qué deberá decirse de aquel que no hace otra cosa que pecados y confesiones, confesiones y pecados? Deberá decirse lo que dijo Jesucristo, que el tal no es apto para el reino del cielo: *Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei.* <sup>2</sup> Notad la palabra *apto*, que es de una significacion muy particular. No dice

<sup>1</sup> Hebr. VI, 4 et 6.

<sup>2</sup> Luc. IX, 62.

simplemente, que el hombre inconstante, que hoy es penitente y mañana pecador, hoy compungido y mañana disoluto, no entrará en el reino de Dios, sino que ni siquiera es apto para ello; con lo que parece quiere decir, que para salvarse seria menester que se le refundiera el genio, se le cambiara el temperamento, y se hiciera de él un hombre del todo diferente. ¿No os gusta la interpretación? Pero decidme: ¿qué se intenta decir cuando se dice que un hombre no es apto para el comercio, la milicia ó las letras? Se intenta decir que, para que resultase buen comerciante, buen militar ó buen letrado, seria menester cambiarle el natural, el temperamento, la complexion, haciéndole un hombre todo nuevo. Pues eso mismo quiso indicar Jesucristo cuando aseguró, que el que pasa con frecuencia de la justicia á la culpa no es apto para el cielo.

Es esto tan así, que el apóstol san Pedro llega á asegurar que á este mucho mejor le seria no haber conocido jamás el camino de la justicia, que salirse de él despues de haberlo conocido: *Melius... erat illis non cognoscere viam justitiæ, quàm post agnitionem, retrorsum converti...* <sup>1</sup> ¿Por qué? porque si jamás hubiese conocido el camino de la justicia, su pecado tendria una circunstancia atenuante que le quitaria mucho de su malicia: tendria la ignorancia, la que ordinariamente, si no excusa del todo, excusa en gran parte. Pero, pecando despues de haber conocido el bien y haberlo practicado, su culpa viene revestida de tres circunstancias agravantes que aumentan su malicia de una manera espantosa; porque peca con claro conocimiento de la ley que viola y del mal que hace, y esto le hace malicioso: peca despues de haber recibido de Dios el don inestimable de su gracia, y esto le hace ingrato: peca despues de haber prometido á Dios no ofenderle jamás, y esto le hace perjuro. Circunstancias son estas tan horribles, que, teniéndolas en consideracion el Eclesiástico, exclama: ¡Ay de aquellos que, despues de haber comenzado bien, pierden la constancia, dejan la virtud y le vuelven las espaldas! *Væ his, qui perdide-*

---

<sup>1</sup> 2 Petr. II, 21.

*runt sustinentiam, et qui dereliquerunt vias rectas.* <sup>1</sup> Porque estos, como mucho mas culpables, experimentarán castigos mucho mas severos.

Despues de una amenaza tan terrible, será posible haya quien tenga valor para lanzarse de nuevo al camino de la maldad? ¿será posible esto? ¡Ah! diré con el Apóstol, los que habeis tenido la dicha de recobrar la gracia, manteneos firmes, y no querais someteros de nuevo al yugo del pecado: *State, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* <sup>2</sup> Vendrá el demonio á persuadiros que es menester conceder algun desahogo á la juventud, corresponder al amor de tal persona, y coger las rosas antes no se marchiten; pero vosotros... ¡ah! vosotros *State*, manteneos firmes, y no os dejeis imponer de nuevo su yugo: *Nolite iterum jugo servitutis contineri.* Vendrá el mundo y os dirá, que es conveniente, si no quereis os tengan por idiotas, que tomeis parte en sus pasatiempos, placeres y maldades; pero vosotros... ¡ah! vosotros *State*, sed constantes, y no os dejeis arrastrar otra vez al camino de la perdicion: *Nolite iterum jugo servitutis contineri.* Vendrán las pasiones y os dirán quejasas, que no pueden ya aguantar más tanta privacion, tanto freno, tanta violencia, y que necesitan un desahogo; pero vosotros... ¡ah! vosotros *State*, estad firmes, y de ninguna manera os rindais de nuevo á ellas: *Nolite iterum jugo servitutis contineri.* ¿Me preguntais cómo debeis hacerlo para tener esa firmeza que os recomiendo? Oid, oid; que entro en el período tal vez más importante de mi discurso.

Y lo comenzaré diciendo, que me pasma vengais preguntando qué es lo que debeis hacer para manteneros firmes en la virtud, porque esto nadie debe saberlo mejor que vosotros, á quienes la misma experiencia ha podido enseñar de donde proceden ordinariamente las recaídas en el pecado. Pero ya que he de decirlo yo, diré que lo primero que conviene hagais es evitar las ocasiones peligrosas; siendo esto de tanta necesi-

---

<sup>1</sup> Eccli. II, 16.

<sup>2</sup> Galat. V, 1.

dad, que sin ello es imposible tengais jamás estabilidad ni fija en el bien. ¿Creeis que ha de seros posible manteneros justos volviendo á vuestras conversaciones alegres, á vuestras amistades apasionadas, á vuestros divertimientos mundanos, á vuestros tratos amorosos, á vuestras compañías poco timoratas? ¿Pensais que ha de seros posible conservar la gracia frecuentando aquella casa, visitando aquella persona, manteniendo aquella relacion, continuando con aquel compañero, siguiendo en aquel juego? Pues yo os digo, y os lo digo con la Escritura santa, que si no os precaveis de todas esas tentaciones, vuestra virtud encontrará infaliblemente en ellas su muerte: *Qui amat periculum, in illo peribit.*<sup>1</sup> ¿Y que no os lo dice tambien vuestra propia experiencia? ¿De dónde provinieron vuestras recaídas pasadas, sino de vuestra no sé si diga indiscrecion ó temeridad en volver á las antiguas ocasiones? Huye, quita, aparta, dice Jesucristo, todo lo que puede ser ocasion ó motivo de pecar, y eso aunque fuese tu mano, aunque fuese tu pié, aunque fuese tu ojo: *Si manus tua... si pes tuus... si oculus tuus scandalizat te, abscinde... amputa... ejice.*<sup>2</sup>

No basta: es menester además, para acabar de una vez con vuestras recaídas deplorables, que acudais á la oracion. ¿Veis aquella nave que marcha segura hácia el puerto, no obstante que navega por medio de vientos y tempestades? ¿Qué es lo que la mantiene salva? Es el piloto que, al paso que por medio del timon la va apartando de los escollos que ve marcados en la carta, tiene fija la mirada en el polo que le señala el rumbo que ha de seguir. Así, hombre inconstante en el bien, así debéis hacerlo vos, os dice Jesucristo. Apartad con cuidado todo lo que pudiera induciros de nuevo al mal: *Vigilate*; pero levantad al mismo tiempo vuestro corazon á Dios, pidiéndole con oracion humilde y continua no permita caigais de nuevo en la tentacion: *Et orate, ut non intretis in tentationem.*<sup>3</sup> No basta la sola vigilancia, tampoco basta la sola oracion: es necesario

<sup>1</sup> Eccli. III, 27.

<sup>2</sup> Marc. IX, 42, 44 et 46.

<sup>3</sup> Matth. XXVI, 41.

el concurso simultáneo de una y otra: *Vigilate, et orate*; porque solo aquel se mantiene firme en la virtud que, velando y orando, aparta con la vigilancia los lazos que se le tienden, y adquiere con la oracion las fuerzas que necesita.

¿Bastará esto? todavía no; porque si al mismo tiempo no teneis un cuidado regular en evitar las faltas leves, éstas, poco á poco y sin casi que lo advertais, os conducirán á las culpas mas graves. No soy yo quien os doy este aviso: es el Eclesiástico: *Qui spernit modica, paulatim decidet*.<sup>1</sup> Tal vez á no tardar volverá á encenderse en vuestro corazon una pequeña aficioncilla hácia aquella persona que os visteis obligados á dejar, ó un lijero deseo de volver á aquella diversion de la que ha sido preciso retiraros, ó un si es no es de voluntad de visitar á aquel compañero cuya amistad os ha prohibido el confesor. ¡Ay de vosotros si, bajo la salvedad de que ya procuraréis evitar todo lo que pudiera haber de mal, comenzais á condescender con estas pequeñas inclinaciones! no tardaréis mucho en experimentar los tristes efectos de vuestra condescendencia. Pensad que una indiscrecion cualquiera podria conducirnos nuevamente á la culpa, que esta culpa podria poner el sello á vuestra reprobacion y privaros del cielo que os deseo y pido á Dios os conceda á todos. Amen.

---

<sup>1</sup> Eccli. XIX, 1.

## Discurso 2.º *El pecado y la pasion de Jesucristo.*

Ecce Rex tuus venit. *Matth. XXI, 5.*

Entre las varias leyes religiosas que Dios habia dado al pueblo hebreo, habia una que ordenaba que el cordero destinado á ser inmolado por la Pascua, fuese separado de los demás corderos el dia diez del mes de *Nisan*, que era el de Marzo, y así se le tuviese separado hasta el dia catorce del mismo mes, en cuya tarde debia sacrificarlo toda la congregacion del pueblo de Israel: *Decima die mensis hujus tollat unusquisque agnum... et servabitur eum usque ad quartam decimam diem mensis hujus: immolabitque eum universa multitudo.*<sup>1</sup> Como Jesucristo era el verdadero Cordero de Dios que debia ser sacrificado por la salvacion del mundo, quiso practicar en sí lo que dicha ley disponia acerca del cordero pascual, que era su tipo y su figura; y por esto, sabiendo que debia morir por la Pascua, para que la figura se cumpliese en todas sus circunstancias, cinco dias antes suspendió su predicacion, puso término á sus excursiones y viajes, y se vino á Jerusalem, para ahorrar á los verdugos el trabajo de ir á buscarle. Otras veces habia venido á Jerusalem, pero siempre en estado humilde, abyecto y destituido de toda gloria; más esta vez vino con un cierto aparato y solemnidad que tenia algo de regio; porque se presentó sentado sobre una jumenta enjaezada con los vestidos de sus discipulos, y rodeado de una turba inmensa de pueblo que, mecien-do por el aire palmas y ramos de olivo, gritaba llena de júbilo y de entusiasmo: *Hossanna Filio David*: Gloria, honor, bendiciones al Hijo de David, que es nuestro verdadero Rey que viene á salvarnos: *Ecce Rex tuus venit.*

¿Quién diria, en vista de estas demostraciones, que él fue-

---

<sup>1</sup> Exod. XII, 3 et 6.



se aquel manso cordero anunciado por Isaías, el cual será inmolado sin abrir sus labios para quejarse? Y sin embargo lo es. En Jerusalem, en la ingrata y deicida Jerusalem se cumplirá en breve respecto de él todo lo que han anunciado las figuras y las profecías: aquí será vendido por un discípulo traidor, abandonado de todos sus amigos, prendido por una tropa de asesinos, condenado por un consejo de sacerdotes infames, burlado por un pueblo vil y degradado, y clavado en una cruz en medio de los gritos y aplausos de una turba feroz y sedienta de su sangre. ¿Y por qué todo esto? ¡ay! por causa del pecado. ¡Oh pecado! ¡cuánta debe de ser tu malicia, puesto que causas la muerte al mismo Hijo de Dios! Nunca tan bien como ahora podreis, pecadores míos, conocer la malicia del pecado, porque nada hay que la ponga tan de manifiesto como el ver que, para destruirlo, ha sido menester que todo un Dios padeciese humillaciones inauditas, tormentos nunca vistos y muerte la mas afrentosa. Yo vengo á tratar extensamente este asunto, advirtiéndoo que si hoy no consigo que cobreis alto horror al pecado, casi desconfío de conseguirlo jamás.

De todas cuantas pruebas *á posteriori* suelen aducirse para demostrar la gran malicia que entraña el pecado mortal, una solamente, á mi juicio, no mas que una la demuestra en toda su extension y de una manera concluyente y decisiva. Y esta prueba ¿dónde pensais la encuentro? No la encuentro en la instantánea é irrevocable condenacion de innumerables ángeles entregados á tormentos eternos por un solo pensamiento desordenado, ni en el espantoso castigo dado á Adán y á toda su descendencia por la violacion de un solo precepto, ni en la destruccion de casi todo el linage humano, anegado en un diluvio universal, á causa de la intemperancia. Tampoco la encuentro en el fuego devorador que redujo á cenizas las cinco ciudades de Pentápolis, ni en la cautividad de Israel oprimido en Egipto por mas de trescientos años, ni en la destruccion de Jerusalem pasada á fuego y á sangre por el ejército romano, ni en las guerras, hambres y pestes con que Dios ha castigado tantas veces la tierra. Tampoco la encuentro... ¿creereis lo que

voy á decir? no la encuentro en el infierno mismo, que es el castigo mas horrendo que la justicia de todo un Dios indignado ha podido señalar al pecador. ¡Oh infierno! tu fuego es inextinguible, lo sé: tus tormentos son atrocísimos, me consta: tu duracion será eterna, no lo ignoro; pero ni en tu inextinguible fuego, ni en tus atrocísimos tormentos, ni en tu eterna duracion encuentro la prueba concluyente de que el pecado mortal encierra en sí una malicia infinita.

Solo en vos, mi dulce Jesús crucificado, en vos solo encuentro esta prueba clara, patente, incontestable que busco. Esa bendita cruz en que os miro difunto, esa acerba corona que taldra cruelmente vuestras sienes divinas, esos agudos clavos que traspasan vuestras sacratísimas manos y piés, ese costado abierto... esas llagas... esos esputos... esas ignominias... ¡ay de mí! ellas mejor que todo me hacen comprender cuanta malicia encierran mis culpas. ¿Vos ¡el mas santo entre los santos! ¡el mas inocente entre los inocentes! ¡el verdadero Hijo de Dios! vos, dulce Jesús mio, vos muerto por mi pecado? ¡Oh pecado! ahora sí que te presentas á mis ojos con tu propia fisonomía; ahora sí que veo claro todo tu horror, toda tu deformidad, toda tu malicia; ahora sí que comprendo cuán disforme y detestable eres.

Si vosotros deseais comprenderlo tambien, traed á vuestro pensamiento la inocencia, bondad y nobleza de aquel Jesús cuya pasion amarguísima vamos á recordar en estos próximos dias. Él es, segun se lee en san Mateo, el objeto mas caro de las complacencias de todo un Dios: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui*:<sup>1</sup> él es, segun san Pablo, la Imágen del Dios invisible, el Primogénito de toda criatura, en quien fueron criadas todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra: *Qui est imago Dei invisibilis, primogenitus omnis creaturæ: quoniam in ipso condita sunt universa*:<sup>2</sup> él es la fuente de todas las gracias, el compendio de todas las riquezas, la felicidad de los

---

<sup>1</sup> Matth. XVII, 5.

<sup>2</sup> Coloss. I, 15 et 16.

ángeles y la gloria del paraíso. Y sin embargo ¡ay de mí! yo le veo, como lo había predicho Isaías, despreciado, reputado como el mas vil de los hombres, cercado por todas partes de dolores, cual hombre que sabe por experiencia lo que es padecer: *Vidimus eum... despectum, et novissimum virorum, virum dolorum, et scientem infirmitatem;* <sup>1</sup> de suerte que con solo mirarle se conoce que quien le ha herido y humillado ha sido su mismo Padre Dios: *Putavimus eum... percussum à Deo et humiliatum.* <sup>2</sup> ¿Y por qué esto, por qué? ¡Ah! me responde el mismo Isaías, porque él, lleno de bondad y amor, se ha dignado tomar sobre sí nuestros pecados: *Verè languores nostros ipse tulit*, porque él ha querido cargar con todos los castigos que por nuestras culpas merecíamos: *Dolores nostros ipse portavit*. Sí, sí: si ha sido llagado, lo ha sido por nuestras iniquidades: *Vulneratus est propter iniquitates nostras*: si ha sido muerto, lo ha sido por nuestros delitos: *Attritus est propter scelera nostra*. Todos nosotros, como ovejas ingratas, nos habíamos extraviado, y cada uno había echado á andar por su camino: *Omnes nos quasi oves erravimus, unusquisque in viam suam declinavit*; y por esto el Señor ha cargado sobre sus hombros la iniquidad de todos nosotros: *Et posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum*. Si angustias mortales oprimen su espíritu en el huerto, si negras calumnias despedazan su honor en casa de Caifás, si crueles azotes desgarran su cuerpo en el Pretorio, si una triste cruz le acaba la vida en el Calvario, no lo atribuyais, como á causa principal, ni á la perfidia de Júdas que le vendió, ni á la cobardía de los discipulos que le abandonaron, ni á la malicia de los pontifices que le prendieron, ni á la ingratitud del pueblo que pidió su muerte, ni á la inconstancia de Pilato que dió la sentencia, ni á la fiereza de los soldados que le clavaron en la cruz: atribuidlo sí al pecado, ó mas bien, á la justicia de Dios que ha querido castigar en él todas nuestras culpas: *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum*.

<sup>1</sup> Isai. LIII, 2 et 3.

<sup>2</sup> Ib. vers. 4.

Y yo no sé aquí cuál de las dos cosas debo admirar mas, si el rigor del Padre en castigar á su inocentísimo Hijo por nuestros pecados, ó la sumision del Hijo en aceptar por nuestro amor todos los castigos que el Padre le impuso. Representaos á este Hijo inocentísimo en el acto que, sin fuerzas y sin aliento, llega con la cruz á la cumbre del Calvario. ¡Ay! no bien la ha dejado por un momento en el suelo, cuando me parece oigo la voz del Padre que le dice: Hijo mio, mi Hijo muy amado: Vos tendréis presente la hora en que me dijisteis que, ya que todos los sacrificios legales eran incapaces de aplacar mi justicia airada por los pecados de los hombres, os ofreciais voluntariamente á satisfacerla con el precio de vuestra propia vida. Pues bien, ha llegado la hora de que cumplais vuestra palabra. ¿Veis esa cruz? es para vos, mi amado Hijo, es para vos; y ella ha de ser el altar donde quede sacrificada vuestra persona, única hostia que puede aplacarme. ¿Convenís en esto? ¡Ah sí! Padre mio, responde Jesús con acento el mas tierno, sí que convengo en esto, y muy de buen grado, basta que esta sea vuestra voluntad siempre santa y adorable: *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.*—En este caso, dice el divino Padre, ya no tendreis dificultad en tenderos sobre esa cruz, para que mi justicia tome en vos la venganza que tiene derecho á tomar por tantos pecados como se han cometido y se cometerán en todo el mundo.—No, Padre mio, no tengo dificultad en tenderme sobre este leño, ya que así lo quereis vos, y así conviene para la redencion del hombre: *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.* (Y dicho esto, se tiende él mismo sobre la dolorosa cruz, cual corderillo inocente y manso que no se resiste á la espada que va á inmolarlo.) No basta, Hijo mio, dice el Padre eterno: vuestra mano derecha ha de pagarme todas las injurias que me han hecho y me harán los hombres con sus injurias, violencias é impiedades; de consiguiente, si os está bien, dadla al verdugo.—Pronto, Padre mio, pronto estoy para dársela, ya que así lo disponeis vos, y así lo reclaman tantas maldades hechas en el mundo: *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.* (Y diciendo esto, la entrega al verdugo y le dice: Clávala en su lugar.) Las ofensas, Hijo mio, dice el divino Pa-

dre, que los hombres me han hecho y me harán con sus ódios, blasfemias y obscenidades no tienen número, y de estas desecho desquitarme en vuestra mano izquierda. Quisiera, pues, que fuese clavada tambien en esa cruz.—Gustoso, Padre mio, gustoso la entregaré tambien, puesto que esta es vuestra soberana voluntad, y que de otro modo no quedaria satisfecha vuestra justicia: *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.* (Y acto continuo la larga al verdugo diciendo: Fijala donde corresponde.) Los ultrajes, mi amado Hijo, dice el Padre celestial, que se me han hecho y están por hacerseme con tanta destemplanza, inobediencia y violacion de mis justas leyes, son indecibles; y de todos han de darme razon vuestros piés sagrados. ¿Estais pronto á darlos tambien al verdugo?—Sí, Padre, si que lo estoy, pues no quiero sino lo que vos quereis, y lo que conviene para la redencion del hombre culpable: *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.* (Y sin dilacion los pone á disposicion del verdugo para que los taladre con el clavo horrible.) ¿Quereis mas, Padre mio, quereis mas? Hablad, que vuestro Hijo está dispuesto á todo, pues escrito está en el libro de mi destino que debo hacer en todo vuestra santísima voluntad: *In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam.* <sup>1</sup> Sí, Hijo, aun quiero mas: quiero que por espacio de tres horas sufrais en esa cruz los dolores mas acerbos en el espíritu y en el cuerpo; que sufrais ardentísima sed, sin haber quien venga á daros una gota de agua; que levanteis vuestra mirada al cielo, sin que éste os envíe un rayo de consuelo; que con mirada lánguida busqueis á vuestros amigos, y os veais abandonado de todos; que busqueis quien os compadezca, y no halleis sino insultos y mofas; que abrumado bajo el peso de tantas amarguras, desfallezcáis, perdáis el aliento y al fin exhaleis el alma. Hasta aquí debe llegar vuestra sumision, si quereis complacerme: ¿os resignais? *Ita, Pater;* sí, Padre mio, me resigno, me conformo; pues solo quiero que vuestra voluntad se cumpla en todo: *Quoniam sic fuit placitum ante te.*

<sup>1</sup> Psalm. XXXIX, 8.

Acá, pecadorés, á aprender lo que verdaderamente es el pecado. Por causa de él todo un Dios padece, agoniza y muere entre indecibles tormentos: ¿puede decirse algo mas expresivo, mas fuerte, mas eficaz para demostrar su malicia? *Agnosce, homo*, diré con san Bernardo, *agnosce quàm gravia sunt vulnera, pro quibus necesse est Dominum Christum vulnerari*:<sup>1</sup> comprende, hombre, comprende de una vez cuán profundas son las llagas de tu alma, viendo que para curarlas ha sido menester que muriese llagado todo un Dios. Jóven en tus costumbres tan estragado, *Agnosce*, comprende de una vez la gran malicia de tus enamoramientos, reniegos, impurezas y escándalos: doncella en tu conducta tan relajada, *Agnosce*, comprende ya todo el mal de tus vanidades, caprichos, inmodestias y malas condescendencias: mujer en vuestro comportamiento tan poco cristiana, *Agnosce*, comprended en fin todo el horror de vuestros ódios, envidias, críticas y murmuraciones: hombre en vuestros procedimientos tan libertino, *Agnosce*, comprended al cabo toda la enormidad de vuestras blasfemias, amores, intrigas, infidelidades é injusticias. ¿Veis al Hijo de Dios muerto en un patíbulo? Pues diga cada uno, pero dígalo con el rostro cubierto de confusion y el corazon lleno de amargura: Yo soy el autor indigno de una muerte tan dolorosa, yo el bárbaro que he fabricado esa cruz á mi Redentor, yo el cruel que he cubierto todo su cuerpo de sangre y de heridas, ¡yo! ¡yo!... ¡Ay! esa horrible corona que taladra sus sienas divinas, yo se la he fabricado con mis caprichos, vanidades y malos pensamientos: esos cardenales que oscurecen su bello rostro, yo se los he hecho con mis blasfemias, obscenidades y destemplanzas: esas llagas que cubren su sagrado cuerpo, y esas que sobre las demás resaltan en sus piés y manos, y esa tan profunda que le penetra hasta el corazon, yo se las he abierto con mis culpas y pecados, ¡yo! ¡yo!... *Vulneratus est propter iniquitates nostras*.

Y nadie diga como el hipócrita Pilato: Yo soy del todo inocente de la muerte de Jesús, yo no he tenido parte alguna en

---

<sup>1</sup> D Bern. serm. 3 de Nat.

su pasion dolorosísima: *Innocens ego sum à sanguine justis hujus;*<sup>1</sup> porque quien esto dijese, añadiría la mentira á la maldad y el insulto al deicidio. ¿Y que por ventura todo el que peca no renueva á Jesucristo los acerbos dolores que padeció en el Calvario? Sí, responde san Pablo, se los renueva indudablemente, volviéndole á crucificar en su propio corazon: *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.*<sup>2</sup> ¡Ay! Jesucristo, por un exceso de amor, y por un prodigio de caridad hácia nosotros, renueva todos los días el sacrificio de la cruz sobre nuestros altares; pero lo renueva solamente en lo que tuvo de saludable para nosotros y de glorioso para sí. Pero el pecador, por un prodigio de malicia, y por un exceso de crueldad hácia Jesucristo, lo renueva en su corazon, y lo renueva únicamente en lo que tuvo de inhumano y afrentoso. Y sino decidme: ¿qué hubo de bárbaro en toda la pasion de Jesucristo, que el cristiano no lo renueve cuando peca? ¿Hubo traiciones? pues el pecador le hace traicion pasando al bando del demonio su capital enemigo. ¿Hubo desprecios? pues el pecador le desprecia posponiéndole á un placer, á un interés, á un verdadero nonada. ¿Hubo insultos, escarnios, azotes, espinas, clavos, cruz? pues el pecador le insulta violando sus leyes, le escarnece despreciando sus ejemplos, le azota, le corona, le crucifica vilipendiando su majestad.

Mi adorado Jesús: ¿es posible que vuestra amarguísima pasion sea obra de nuestras manos? ¿es posible que nuestros pecados sean los que os han causado tantas penas y amarguras? ¡Ah, pecado! yo te detesto, yo te abomino, yo te maldigo. Sí, te detesto, porque tú has llagado á mi adorado Bien: te abomino, porque tú has puesto en cruz á mi amabilísimo Redentor: te maldigo, porque tú has dado muerte á mi dulcísimo Jesús. ¡Jesús! nunca mas ofenderos, nunca mas crucificaros, nunca mas pecar, nunca, nunca. Así lo deseo, así lo propongo, así lo cumpliré con vuestra gracia. Amen.

---

<sup>1</sup> Matth. XXVII, 24

<sup>2</sup> Hebr. VI, 6.

## **Homilia sobre el Evang. *Cum appropinquasset.***

En el Evangelio del corriente domingo, que es uno de los mas célebres del año, nos refiere san Mateo la entrada triunfal que Jesucristo hizo en Jerusalem cinco dias antes que muriese por nuestro amor. Como en aquella entrada el Salvador mostró del modo mas claro cuál era su espíritu y su carácter, conviene la expongamos en sus principales circunstancias; porque en tanto seremos buenos cristianos, en cuanto tengamos el espíritu de Jesucristo, que debe ser nuestro modelo.

El Evangelio, pues, comienza la relacion de aquel importantísimo hecho diciendo: *Cum appropinquasset Jesus Jerosolymis...* Cuando Jesús se acercaba á Jerusalem... Hagamos aquí un breve alto, porque estas palabras, aunque truncadas, comienzan ya á descubrirnos un poco el espíritu de Jesucristo que nos hemos propuesto estudiar. Jesucristo sabia que en Jerusalem vivian sus capitales enemigos; sabia que allí estaban los escribas, los fariseos y los príncipes de los sacerdotes que le profesaban un odio mortal; sabia que allí moraba un pueblo que no pocas veces habia despreciado su predicacion, escarnecido sus milagros, y hecho mofa de su misma persona; en suma, sabia que Jerusalem era una ciudad incrédula, obstinada, insensible á todas sus gracias y favores. Pero á pesar de todo esto, él no sabe olvidar á la ingrata Jerusalem, él quiere hacerse oír una vez mas de la pérfida Jerusalem, él viene á visitar con nuevos favores á la impía Jerusalem: *Cum appropinquasset Jesus Jerosolymis...*

En esto se ve claro que poseía el espíritu de paciencia y mansedumbre que muchos siglos antes le habian atribuido los profetas. Queriendo Isaías dar una idea anticipada de su espíritu, lo hizo con las siguientes palabras: Será tan blando, que jamás vocará, ni su voz será oída desde la calle cuando hable



dentro de una casa: *Non clamabit... nec audietur vox ejus foris*: <sup>1</sup> será tan manso, que parecerá incapaz de quebrar una caña ya cascada: *Calamum quassatum non conteret*: será tan dulce y amable, que no apagará la torcida que humea: *Linum fumigans non extinguet*. Jamás le dominará el enfado ó el mal humor, jamás pondrá mala cara á nadie, jamás mostrará estar disgustado ni resentido: *Non erit tristis, neque turbulentus*. Si le desprecian, callará: si le maldicen, guardará silencio: si le persiguen, bendecirá á sus perseguidores: si le maltratan, se vengará con gracias y beneficios. Tal debia ser el espíritu de Jesucristo, segun los oráculos y las profecias; y tal fué en efecto el que mostró toda su vida, especialmente el dia de su gloriosa entrada en Jerusalem. ¿Cuántos motivos de disgusto le habia dado aquella ciudad impía! Y con todo viene á ella tan manso, tan pacífico, tan lleno de apacibilidad y amor, que, viéndolo el profeta Zacarías, exclama: Rogocíjate, hija de Sion; canta alegre, dichosa Jerusalem: Mira que tu Rey vendrá á tí, no para castigarte como mereces, sino para traerte la gracia y la salvacion: *Exulta satis filia Sion, júbila filia Jerusalem: Ecce Rex tuus veniet tibi justus et salvator*. <sup>2</sup>

Aquí estarian como en su propio lugar las siguientes preguntas: Todos los que nos preciamos de cristianos y discípulos de Jesucristo ¿tenemos este espíritu de paciencia y mansedumbre que él nos enseña?... ¿somos mansos, pacíficos y benignos con nuestro prójimo?... ¿sufrimos con cristiana resignacion sus ingratitudes, sus desprecios, sus contradicciones?... ¿amamos á los que nos aborrecen?... ¿bendecimos á los que nos maldicen?... ¿estamos dispuestos á hacer bien á los que nos hacen mal?... Estas preguntas, digo, no dejarian de ser muy oportunas; pero dejando que cada cual se las aplique á sí mismo, me limitaré á decir, que quien, examinándose delante de Dios sin prevencion ni parcialidad, no vea en sí este espíritu de caridad y mansedumbre, no tiene el espíritu de Jesucristo, y de

---

<sup>1</sup> Isai. XLII, 2.

<sup>2</sup> Zachar. IX, 9.

consiguiente tampoco es verdadero cristiano. Pase la advertencia á quien corresponda, y sigamos.

Observa san Mateo que Jesucristo, viniendo esta vez á Jerusalem, se presentó de una manera desacostumbrada, pues vino montado en una jumenta enjaezada con las capas de sus discípulos, y acompañado de una gran multitud de pueblo que, meciendo por el aire palmas y ramos de olivo, gritaba: Viva, viva el Descendiente de David, que es nuestro legítimo Rey y el Mesías prometido al mundo: *Imposuerunt... vestimenta sua, et eum desuper sedere fecerunt... Alii autem cædebant ramos... turbæ autem clamabant, dicentes: Hosanna Filio David.* Si me preguntáis porque Jesucristo, que hasta entonces habia huido siempre de todo lo que tenia aire de gloria humana, quiso en esta ocasion entrar en Jerusalem con cierto aparato de grandeza y majestad, os responderé con un famosísimo expositor, <sup>1</sup> que quiso hacerlo así, no porque renunciase al espíritu de humildad que siempre habia enseñado con la palabra y con el ejemplo, sino porque era conveniente que tuviesen exacto y puntual cumplimiento las profecias y las figuras. A mas de que, mirémoslo bien, y desde luego veremos que en este mismo aparato de grandeza y majestad resalta de una manera muy visible el espíritu de humildad que siempre fué su virtud predilecta. Porque ¿á qué viene á reducirse al fin toda la magnificencia de su solemne entrada en la capital de Judea? ¡Ah! un reyezuelo cualquiera se avergonzaria de entrar de un modo tan humilde en la capital de sus Estados. Él no va vestido de púrpura, ni sentado en carroza dorada, ni rodeado de ministros y generales, ni acompañado de armas y batallones, ni circuido de nobles y cortesanos, ni aclamado con músicas y clarines. ¡No! él y todo cuanto le rodea no respira otra cosa que humildad, modestia y moderacion. Su gran carroza es una humilde jumenta, su rica púrpura son las capas de sus pobres discípulos, sus aguerridos batallones son una tropa de niños inocentes, sus nobles y cortesanos son un pueblo sencillo y piadoso, sus trofeos y lanzas

---

<sup>1</sup> Alapide in expos. cap. 21 D. Matth.

son palmas y ramos de olivo. ¡Así entra en la capital de Judea su legítimo Rey y Monarca! ¡así se glorifica hoy el Dios Salvador del mundo!

Si yo no temiese ahora mortificar á unos y excitar quizá la risa de otros, preguntaria: este espíritu de humildad de que Jesucristo nos da hoy un ejemplo tan hermoso ¿lo tienen todos los que se honran con el título de discípulos suyos? Y si algunos lo tienen ¿quiénes serán estos? ¿quiénes serán? ¿Será ese señor que apenas se digna honrar con una mirada á los pobres y pequeñuelos?... ¿será esa dama que vuelve la cara cuando pasa por su lado un infeliz andrajoso?... ¿será esa jóven que se presenta al público con todos los arreos de la vanidad y altanería mas insoportables?... ¿será ese hombre que no sueña otra cosa que puestos, títulos y honores?... ¿será ese otro que se sobrepone á todos porque Dios le ha concedido riquezas, talento ó hermosura?... ¿será aquel que pretende que todos le admiren porque á él se le ha antojado pensar que es gran cosa?... Estas y otras preguntas análogas me permitiría hacer, si no fuese el recelo de herir la susceptibilidad de alguno; mas ahora me contentaré con advertir, que quien no tiene el espíritu de humildad, tiene el espíritu de soberbia; y quien tiene el espíritu de soberbia, tiene el origen, la fuente, el principio de todos los vicios. Así lo enseña el Espíritu-santo por la pluma del Eclesiástico: *Initium omnis peccati est superbia.*<sup>1</sup> Y por esto decia san Agustin: Quita la soberbia, y habrás quitado todos los pecados: *Cura superbiam, et non erit iniquitas.* Y por esto dijo san Gregorio: Jesucristo, viniendo al mundo, vino principalmente para combatir la soberbia: *Propter magnum peccatum superbiam Deus humilis venit.* Y por esto nos dice el mismo Jesucristo: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Quien no tiene el espíritu de humildad, no tiene el espíritu de Jesucristo; y quien no tiene el espíritu de Jesucristo, en vano lleva el nombre de cristiano. Pase el aviso á quien lo necesite, y continuemos.

---

<sup>1</sup> Eccli. X, 13.

Jesucristo, como hemos visto, vino á Jerusalem sentado sobre una jumenta y acompañado de los vivas y bendiciones de un numeroso pueblo. ¿Por qué vino así? vino así llevado de su espíritu de caridad. En Jerusalem vivía la flor y la nata de los sábios de toda la Judea: allí estaban los pontífices, hombres muy instruidos en la ley; allí estaban los escribas y fariseos, personajes profundamente versados en la doctrina de los profetas: allí estaban los sacerdotes y los levitas, letrados que conocían bien la significacion de los sacrificios y de las figuras. De consiguiente, ellos no podían ignorar que una de las circunstancias con que se daría á conocer el verdadero Mesías cuando viniese, sería entrar un determinado día en Jerusalem sentado en una jumenta seguida de su pollino: y no podían ignorarlo, porque Zacarías se lo había anunciado muy claramente por las siguientes palabras: «Regocíjate mucho, hija de Sion: canta alegre, hija de Jerusalem: Mira que tu Rey vendrá á tí justo y salvador, él vendrá pobre y sentado sobre una asna.» Pues bien, Jesucristo, para que ellos tuviesen esta prueba mas de su divinidad, y si querían, pudiesen convencerse por ella de que él era el Salvador prometido, quiso, movido de su infinito amor, dársela el día de las Palmas, haciendo su entrada en Jerusalem del mismo modo que lo había predicho el Profeta. No importa que ellos hayan desmerecido este nuevo rasgo de caridad, y héchose positivamente indignos de él con su terquedad y malicia; por esto no deja el amantísimo Salvador de hacérselo, porque su espíritu caritativo no sufre lo contrario.

Aquí me permitiré preguntar: ¿este espíritu de caridad lo tienen todos los que llevan el nombre de cristiano, que suena lo mismo que *discípulo*, *secuaz* ó *imitador* de Jesucristo? Veámoslo, tomando por regla la descripcion que de él nos hace san Pablo. La caridad, dice, es paciente, es benigna: ayuda al prójimo siempre que puede, le socorre, le asiste, sin tomarse jamás licencia para ofenderle, mortificarle y aun menos injuriarle: *Charitas patiens est, benigna est.*<sup>1</sup> Nunca da lugar á la

---

<sup>1</sup> 1 Corint. XIII, 4.

malignidad ó á la envidia; antes se alegra del bien del prójimo, y lo mira como propio: *Charitas non æmulatur*. No es ambiciosa, sino modesta; y llena de apacibilidad, ni se enoja por los disgustos, ni se altera por las contradicciones, ni se indigna por las injurias: *Non est ambiciosa... non irritatur*. Todo lo sufre, todo lo soporta, todo lo disimula; y primero cede en sus propios derechos antes no se descompone contra nadie: *Omnia suffert... omnia sustinet*. En fin, no tanto busca la utilidad propia cuanto la ajena, y es enemiga de levantar su casa sobre las ruinas de la de su prójimo: *Non quærit quæ sua sunt*. Aquí tenemos la caridad, ó mas bien los indicios y las reglas para juzgar si la poseemos: demos ahora una mirada á nuestro alrededor, y veamos si conseguimos descubrirla en todos los que se llaman discípulos de Jesucristo.

¶ Pero ¡buen Dios! ¿qué es lo que ven mis ojos? Entro en las familias, y veo discordias entre los domésticos, disensiones entre los consortes, pendencias entre los hermanos: el padre vive en guerra con el hijo, el marido no está en paz con la mujer, el hermano y la hermana no caben juntos. ¿Es esa la caridad que, teniendo la union por alma, la paz por divisa y la concordia por distintivo, sufre con paciencia la diferencia de genios, la oposicion de temperamentos, la contrariedad de humores? *Charitas patiens est*. Entro en las conversaciones, y oigo palabras picantes, sátiras mordaces, murmuraciones malignas: nada queda á cubierto de la maledicencia, ni el mérito mas reconocido, ni la inocencia mas probada, ni el grado mas respetable. ¿Es esa la caridad que, llena de benignidad y dulzura, no solo no sabe hablar mal, pero ni tan solo pensarlo? *Charitas benigna est*. Entro en la que hoy se llama gran sociedad, y veo traiciones entre los amigos, injusticias en los contratos, malevolencias y rivalidades entre los de una misma profesion: la codicia, la ambicion y el interés han sembrado por todas partes pleitos, envidias, rencores, ódios y venganzas. ¿Es esa la caridad que, léjos de envidiar el bien del prójimo, se alegra de él cual si fuese propio? *Charitas non æmulatur*. En fin, doy una mirada á mi contorno, y veo pobres que no hallan quien los socorra, afligidos que no tienen quien los consuele, enfermos

que no encuentran quien les asista, desnudos que no tienen quien los cubra. ¿Es esa la caridad benéfica, generosa, compasiva que no sabe ver la miseria ajena sin procurarle un pronto alivio? Aquí repetiré, que quien no posee la caridad, tampoco posee el espíritu de Jesucristo; y quien no tiene el espíritu de Jesucristo, no es cristiano mas que en el nombre.

Porque, entendámoslo de una vez, lo que propiamente hace que uno sea verdaderamente cristiano, no es el haber recibido el bautismo, ni el creer los dogmas que Jesucristo ha revelado por sí y por el órgano de su Iglesia; sino el tener el espíritu de Jesucristo, el seguir los ejemplos de Jesucristo, el hacerse semejante á Jesucristo. ¡Ah! Jesucristo no ha querido ignorásemos cuál fué su espíritu y su carácter: á mas de habérselo manifestado en todo el curso de su vida santísima, ha querido mostrárnoslo de una manera mas auténtica en este solemne dia de su entrada gloriosa en Jerusalem. Ha querido conociésemos hasta donde llegaba su mansedumbre, su humildad y su caridad para con los hombres, para que entendiésemos que estas tres virtudes, así como formaron su espíritu, así deben ser la divisa y el distintivo de sus verdaderos discípulos y secuaces. Seamos, pues, mansos como él lo fué, seamos humildes á imitación suya, seamos caritativos como él nos ha enseñado; que de este modo, haciéndonos semejantes á él en esta vida, conseguiremos ir á gozar de él en la eternidad. Amen.



## VIERNES SANTO.

Passio Domini nostri Jesu Christi.

El Hijo de Dios... la alegría del cielo... el gozo de los ángeles... el Salvador del mundo... nuestro Padre... nuestro Maestro... nuestro adorado Jesús... ¡ha muerto! ¡Ay! pronunciada esta tristísima palabra, ¿qué hacemos aquí? ¿por qué no nos retiramos á llorar donde nadie pueda interrumpir nuestro llanto? ¡Jesús ha muerto! ¿Qué mas queremos saber? ¿qué mas deseáis oír?... ¿Pretendeis que yo, ahogando mis suspiros, os haga una narracion detallada de la trágica escena que, habiendo comenzado en Getsemaní, ha venido á concluir en el Calvario? ¡Triste cosa haber de discurrir cuando solo se está para llorar! ¡Fuerte lance tener que hablar en público cuando el corazon solo pide silencio, cuando el alma solo desea recogimiento, cuando el lábio solo sabe pronunciar: ¡Jesús ha muerto! ¡Ay! esta tristísima palabra repetida á un tiempo por todas las criaturas, lleva la consternacion y el espanto á todo el universo. ¡Jesús ha muerto! dice el cielo, y hélo al momento vestido de luto. ¡Jesús ha muerto! dicen los astros, y hélos al punto tristemente eclipsados. ¡Jesús ha muerto! dicen los elementos, y hélos luego en la mayor perturbacion. ¡Jesús ha muerto! dice la tierra, y héla de improviso agitada y temblorosa. ¡Jesús ha

*muerto!* dice toda la naturaleza, y héla al instante puesta en mortales angustias.

Y cuando todas las criaturas están sumidas en la mayor consternacion porque *Jesús ha muerto*, ¿será posible tenga yo la luz y la serenidad que se necesitan para discurrir y hablar con algun órden? ¿Y quién me la concede esta serenidad? ¿á quién la pido esta luz? ¿Al Padre eterno?... ¿pero cómo, si su mismo Hijo se queja de que le ha abandonado? ¿A los ángeles?... ¿pero cómo, si ellos mismos lloran amargamente? ¿A los apóstoles?... ¿pero cómo, si andan dispersos como ovejas que han perdido á su pastor? Virgen bendita, dulcísima Madre, á Vos recurro... pero ¡ay de mí! esta Madre toda amor y hermosura, á quien acostumbraba yo recurrir en todos mis apuros oratorios, y cuya especial proteccion jamás me faltó, está tambien hundida en un mar de penas y amarguras. ¡Oh Cruz! ¡bendita Cruz! tú sola eres mi esperanza en este dia de universal llanto y desolacion: *O Crux ave spes unica hoc passionis tempore*. Yo te bendigo, Cruz bendita, yo te adoro y te abrazo, porque, á mas de haber sido el lecho doloroso donde ha muerto mi adorado Jesús, solo en ti encuentro hoy algun consuelo y esperanza. Confortame, Cruz bendita; dirígeme, Cruz sagrada; y pues que tan bien me recuerdas las indecibles penas que en tí ha padecido Jesús por mi amor, sé tú mi guía, para que sepa yo ponderarlas dignamente. *O Crux ave*.

II.

Concluida la última cena, instituido el augusto Sacramento de nuestros altares, rezados los siete salmos que era costumbre cantar despues de haber comido el cordero pascual, *Hymno dicto*, y siendo ya bien entrada la noche, sale Jesús con sus apóstoles del Cenáculo, atraviesa el torrente Cedron por el mismo vado que mil años antes lo habia atravesado David huyendo de Jerusalem, y se encamina al huerto de Getsemaní, queriendo que en un huerto de amarguras tuviese principio nuestra redencion, ya que en un paraíso de delicias habia tenido origen nuestra ruina. A la sazón, y mientras él se dirigia al



huerto, ya los príncipes de los sacerdotes estaban reunidos en Consejo para acordar los medios de apoderarse de su sagrada persona, ya el traidor Júdas iba reuniendo tropas y asesinos para ir á prenderle, ya se buscaban falsos testigos que depusiesen en juicio contra de él, ya se sobornaba secretamente al pueblo para que pidiese su muerte, ya se estaba preparando en silencio la triste cruz en la que debía morir el dia siguiente. Jesús, á quien nada de esto era oculto, parecia acelerar el paso hácia Getsemaní, deseoso de orar un buen rato antes de caer en manos de sus implacables enemigos.

Pero ¡gran Dios! ¿qué cambio repentino es ese que se nota en su sagrada persona tan pronto como entra en el huerto? Su frente se cubre repentinamente de tristeza, su rostro palidece, su corazon palpita, su alma se consterna, su cuerpo pierde las fuerzas. ¿Qué es esto, Dios mio? ¿qué imprevisto accidente ha sobrevenido á Jesús? Pocos momentos há manifestaba en el Cenáculo una alegría desacostumbrada, una serenidad embeladora, un deseo grande de morir por nosotros. Léjos de temer la muerte, él mismo animaba á sus amados apóstoles á presenciara con ánimo tranquilo, él mismo los consolaba con palabras llenas de dulzura, él mismo los reprendia amorosamente por la gran tristeza que manifestaban, diciéndoles, que si verdaderamente le amasen, en vez de entristecerse porque iba á morir, se alegrarian con él y le darian mil parabienes: *Si diligeretis me, gauderetis utique, quia vado ad Patrem.* <sup>1</sup> Pero apenas llegado al huerto, hête que de improviso se les muestra tan tímido, tan abatido, tan dominado de la tristeza y congoja, que él mismo se lo declara diciendo: Hijos míos, yo me siento próximo á morir bajo el insoportable peso de la tristeza que me abruma: *Tristis est anima mea usque ad mortem.* ¡Ay! si es verdad que me amais, yo os ruego que no me desampareis, que permanezcais aquí, y veleis conmigo: *Sustinete híc, et vigilate mecum.*

Dichas estas conmovedoras palabras, se separa de ellos, se

---

<sup>1</sup> Joan. XIV, 28.

interna en el huerto como un tiro de piedra, *Quantum jactus est lapidis*; <sup>1</sup> y llegado allí, no pudiendo resistir mas á la indecible angustia que interiormente le oprime, se postra en tierra sobre su rostro, y con humildísima plegaria suplica al divino Padre que, movido á piedad, aparte de él, si es posible, el amarguísimo cáliz, cuya sola aprension le pone en tales angustias. ¡Ah, Padre! dice, ¡ah, Padre mio! si es posible, pase de mí este cáliz horrible, cuyo amargor pone á vuestro Hijo en trance de muerte: *Pater mi, si possibile est, transeat à me calix iste*. No lo reüso absolutamente, porque vuestra voluntad es antes que la mia: *Non sicut ego volo, sed sicut tu*; pero si fuese posible, Padre mio, si fuese posible... que pase de mí, sin que haya de beberlo: *Si possibile est, transeat à me*. Así ruega al Padre celestial el afligidísimo Jesús, no una, no dos, sino hasta tres veces, repitiendo con tanto rendimiento como viveza la misma súplica: *Oravit tertio, eundem sermonem dicens*. Más ¡ay! el Padre se le muestra inexorable, el Padre le responde que, no solo ha de beber el cáliz que tanto horror le causa, sino que ha de apurarle hasta la última gota. Aquí el buen Jesús acaba de desfallecer, aquí entra en una formal agonía, aquí, abriéndosele todos los poros de su purísimo cuerpo, comienza á sudar, no con sudor ordinario, sino con una prodigiosa efusion de sangre derramada en tanta abundancia, que de sangre quedan empapados los vestidos, de sangre quedan rociadas las yerbas, y de sangre queda humedecida la misma tierra: *Factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram*.

¡Dios mio! ¿qué nuevo fenómeno es este? ¿cuándo se ha visto, cuándo se ha leído que una persona, por muy angustiada que estuviese, haya llegado á sudar sangre? Este fenómeno es inaudito, es único, es sin ejemplar. ¡Ay! tambien son inauditas, tambien son sin ejemplo las angustias interiores que el Salvador pasa en el huerto. Él se representa en su vivísima imaginacion todos los tormentos que muy en breve padecerá en el alma y en el cuerpo, ó si lo quereis de otro modo, pasa por su

---

<sup>1</sup> Luc. XXII, 41.

clarísimo entendimiento todo lo que ha de componer la trágica historia de su próxima y acerbísima pasión. Pasa la traición de Júdas, pasa el abandono de sus discípulos, pasa la negación de Pedro, pasa la malicia de los sacerdotes, pasa la ingratitud del pueblo judío, pasa la aflicción de su santísima Madre, pasan las cadenas, los golpes, los escarnios, los esputos, los azotes, las espinas, los clavos, la lanza, la cruz. ¿Qué digo pasan? no que se detienen en su entendimiento, no que se fijan en su espíritu, para que, contemplando y viendo á la vez todos estos tormentos con las circunstancias horribles que han de acompañarlos, beba de un solo sorbo todas las amarguras que tendrá que beber despues en porciones distintas, y sufra mil muertes con la aprension de una sola.

¡Ay! por la vivísima aprension con que concibe sus próximos padecimientos, puede decirse que ya los está sufriendo de hecho y en realidad. Sí, ya siente el peso de las cadenas con que será atado y conducido á Jerusalem; ya escucha los gritos de los esbirros, las calumnias de los acusadores y las imprecaciones con que un pueblo ingrato pedirá su muerte: ya oye el clamoreo de los indignos sacerdotes, la sentencia del cobarde Pilato, el sonido de la horrible trompeta que anuncia la próxima ejecucion: ya siente los golpes del cruel azote, el dolor de las penetrantes espinas, el tormento de los horribles clavos, el amargor de la hiel, la dureza de la cruz, las agonías precursoras de la muerte. Ya siente...

Pero dejemos estas angustias, que son delicias en comparacion de otras que sufre en su corazon. No son las penas personales que va á sufrir las que principalmente le angustian, le acaban, le hacen sudar sangre: otras tiene mas acerbadas, otras mas insoportables, otras mas desapiadadas. ¿Sabeis cuáles? el ver que va á morir por salvar á todos los hombres, y que no obstante la mayor parte de los hombres se condenarán: el considerar que una sola gota de su sangre bastaria á salvar mil mundos, y que á pesar de derramarla toda se salvarán pocas almas: el saber que va á sufrir tormentos inauditos para despojar al infierno, y que despues de todo el infierno estará lleno de condenados. Estas son sus principales angustias, estos sus

mayores tormentos. Sí, dice con acento lastimoso, yo voy á padecer, yo voy á morir; pero para muchos voy á padecer y morir en vano y sin ninguna utilidad: *In vacuum laboravi, sine causa et vanè fortitudinem meam consumpsi.*<sup>1</sup> En vano padeceré por tantos gentiles, herejes, judíos, protestantes y cismáticos que resistirán obstinadamente á las luces de mi fe: *In vacuum.* En vano verteré la sangre por tantísimos católicos que, si bien creerán en mí, no querrán aprovecharse de mis tormentos y de mi muerte: *Sine causa.* En vano moriré por tantos avaros que tendrán en mas un puñado de oro que toda mi sangre; en vano por tantos lascivos que antepondrán un placer brutal á mi amor y ternura; en vano por tantos vengativos que harán mas caso de un puntillo que de mi misma muerte; en vano por tantos libertinos, blasfemos y afeminados; en vano por tantas mujeres vanas, impuras y escandalosas; en vano por tantos eclesiásticos infieles, sacrilegos y mundanos: *Et vanè.* Sí, para todos estos en vano correrá mi sangre, sin fruto moriré en una cruz: *In vacuum laboravi, sine causa fortitudinem meam consumpsi.*—Mi adorado Jesús, ¿seré yo uno de estos desventurados?... ¿lo será alguno de los que están aquí?... Cuando os quejábais en el huerto del poco fruto de vuestra pasión, ¿hablabais tambien por mí? ¿aludiais á alguno de los que me oyen? ¡Ay, si así fuese!... ¡ay, si así fuese!...

## II.

Pero hé aquí llegada la hora del poder de las tinieblas, hé aquí el momento de consumarse el delito mas horrendo que jamás vieron los siglos. Jesús lo presiente, Jesús lo sabe; y por esto, levantándose repentinamente de su mortal agonía, va á despertar por tercera vez á sus discípulos, que pronto verán los resultados de no haber velado con él, y les dice: Levantaos pronto, y vamos; que el traidor se acerca: *Surgite, eamus. Ecce qui me tradet, prope est.* ¡Ay! no bien ha pronunciado estas pa-

---

<sup>1</sup> Isai. XLIX, 4.

labras, cuando se presenta Júdas á la cabeza de una turba de soldados y asesinos para prenderle. Ya le ha echado el ojo el malvado, ya se le acerca el hijo de perdicion, ya le saluda el infame, ya le abraza el vil, ya le besa el desvergonzado. ¡Cielos! ¿y no teneis un rayo para esa fiera? ¡Tierra! ¿y no te tragas á ese mónstruo? ¡Jesús Dios omnipotente! ¿y no aniquilais á ese aborto del infierno? No: Jesús le recibe con semblante apacible, Jesús admite su beso fementido y asqueroso, Jesús responde á su ósculo abominable con una mirada tiernísima y con estas únicas y agudas palabras: Júdas, ¿con un beso me entregas? *Juda, osculo Filium hominis tradis?* Imposible parece que, al oír el pérfido esta expresion amorosa y penetrante, no cayese arrepentido á los piés del Salvador, imposible parece... Pero al hombre obstinado ¿qué le conmueve? ¿qué le rinde? ¿qué le convierte? Cuando el desventurado no se ha convertido en el Cenáculo, cuando no le han compungido el corazon las finezas que allí ha recibido, cuando no han bastado á hacerle entrar en sí las muchas gracias que el Salvador al efecto le ha dado, ya dirigiéndole miradas muy significativas al tiempo de cenar, ya sirviéndole la comida con su propia mano, ya besándole cariñosamente los piés en el acto de lavárselos, ya significándole con palabras cubiertas que no ignoraba el plan de venderle que llevaba entre manos, ya diciendo públicamente: Uno de vosotros me entregará, pero ¡ay de aquel por quien será entregado!... cuando, digo, ninguna de estas demostraciones de Jesús le ha hecho impresion, ni le ha inducido á arrepentirse de su pecado, no esperemos que le conmuevan las palabras amorosas que le dirige en el huerto.

Jesús, pues, prescinde ya completamente de él, ya no se digna decirle una palabra mas; sino que, dirigiéndose á la turba de sacerdotes, magistrados, ancianos, soldados y asesinos que tiene delante, les dice: ¿Cómo á ladron habeis venido con espadas y palos á prenderme? Todos los días he estado con vosotros en el templo, y no habeis puesto las manos sobre mí; pero esta es la hora en que os es permitido á vosotros y al príncipe de las tinieblas emplear contra mí toda la rabia. Yo soy el que buscáis... aquí me teneis... prended á quien desca

ser prendido... pero dejad en paz á esos discípulos que veis aquí, y guardaos de hacerles daño alguno: *Sinite hos abire.*— Aquí comienza propiamente la Pasión de Jesús; aquí principian en rigor sus trabajos, sus penas y sus sufrimientos; de aquí arrancan todas las humillaciones, todas las amarguras, todos los dolores que han de formar la trágica y sangrienta historia de su acerbísima pasión. Preparemos lágrimas, que pronto las habremos menester: prevengamos suspiros, que luego nos serán necesarios.

Vedle cargado con tantas y tan pesadas cadenas que apenas puede andar; vedle colocado entre espadas y lanzas cual si fuese el mas insignie malhechor; vedle conducido preso á la ingrata Jerusalem, que si pocos dias há salió á recibirle con palmas y cánticos, ahora corre en tropel á agruparse en torno suyo para llenarle de escarnios y de insultos. ¡Ay! mis ojos se resisten á mirar cómo es recibido mi amable Redentor en la nefanda ciudad, mis oídos no pueden escuchar los horribles gritos que resuenan en todas partes contra él. Es de noche... y todos se levantan aprisa, y todos se precipitan á la calle, y todos se apiñan en los puntos por donde él ha de pasar, para tener el gusto brutal de hacerle alguna mofa y de dirigirle algun insulto. El uno le escupe á la cara, el otro le da un empujón, este le tira del cabello, aquel se divierte haciéndole muecas. No da paso que no encuentre un oprobio, no pasa calle en que no lleven sobre él nuevos escarnios y mayores insultos. Hombres, mujeres, niños, ancianos, todos se agitan contra de él, todos se aunan para insultarle y escarnecerle. Fuera de su santísima Madre que escucha consternada los horribles gritos que resuenan en toda la ciudad, fuera de algunas piadosas mujeres que lloran amargamente la prisión de su Maestro, fuera de unos pocos discípulos que se mantienen escondidos por el miedo y el susto; todos los demás están con él, gritando, llenándole de maldiciones, pidiendo con alaridos propios de salvajes su sangre y su vida. ¡Pobre Jesús!... ¡inocentísimo Jesús!... ¡cuán doloroso hubo de seros el veros tratado así por el mismo pueblo ¡que habiais alimentado con el pan milagroso, que habiais enseñado con tanto amor y dulzura, y del que po-

cos dias antes habiais recibido pruebas nada equívocas del mas grande respeto y cariño!

Pero en medio de tanta humillacion y escarnio aun brilla á mis ojos un rayo de esperanza. Jesús es conducido al tribunal, y hay motivo para presumir que allí será descubierta la verdad, vista la inocencia y amparada la justicia; tanto mas cuanto que el tribunal está todo compuesto de hombres que sirven al templo, de jueces que visten ornamentos sacerdotales, de magistrados que manejan el turíbulo, llevan mitra y cubren su pecho con el racional. Confíemos, confíemos... pero ¡iluso de mí! yo olvido que Jesús va á ser juzgado, no por jueces incorruptos y amantes de la justicia, sino por sus enemigos mas fieros, por sus adversarios mas implacables, por unos hombres que, por ser sacerdotes, no dejan de ser los mas impíos y malvados de toda la nacion. ¿No observais como se frotan las manos de contento viéndosele preso en su presencia? ¿no veis cómo con sus miradas aviesas muestran ya la gran sed que tienen de su sangre? ¿no oís cómo le preguntan tumultuosamente de su persona, de su doctrina y de sus discípulos, haciéndole mil preguntas capciosas á fin de hallar un pretexto cualquiera para condenarle? ¿no veis cómo son admitidos como testigos de grande autoridad hombres embusteros que se contradicen en el mismo acto que le acusan?... ¿cómo sus respuestas mas comedidas é inocentes se califican de desacatos á la autoridad y de blasfemias contra Dios?... ¿cómo, no solo se tolera, sino que se aprueba el que un vil criado descargue sobre su divino rostro una terrible bofetada?... ¿cómo el mismo sumo Pontífice hace la ridícula comedia de rasgar sus vestidos, afectando quedar horrorizado de que haya dicho que es Hijo de Dios vivo?... ¿cómo, en fin, sin haber encontrado en él ni sombra de culpa, gritan todos como energúmenos que es reo de muerte? ¡Ah! esto no es un tribunal; es un conciliábulo de demonios: estos no son jueces; son hienas sêdientas de sangre: esto no es un proceso; es una superchería, una infamia, una vileza jamás vista.

¿Y es posible que entre tantos que quieren muerto á Jesús no haya uno que le defienda? Pero ¿quién quereis que sea su

defensor? ¿aquellos hijos del Zebedeo que, cuando el peligro estaba léjos, declararon estar prontos á beber el cáliz de su pasion?... ¿aquel valiente Tomás que animaba á sus compañeros á seguirle y á morir con él?... ¿aquel amado Juan que tantas pruebas recibió de particular cariño? ¡Ay! ninguno de sus amados discípulos viene á defender su inocencia, porque todos, como tímidas ovejas, han abandonado á su pastor al verle herido con el primer golpe: *Omnes, relicto eo, fugerunt*. Es verdad que Pedro está cerca de él, pero no es ya para defenderle, sino para dirigirle el golpe mas atroz y mas sensible. *Non novi hominem*, dice á una vil criada, oyéndolo el mismo Jesús, no conozco á ese hombre, no sé quien es, y nada he tenido jamás que ver con él; y lo asegura, no una, no dos, sino hasta tres veces, afirmándolo con juramento. ¡Desventurado discípulo! observa cómo Jesús, dándote en este momento una mirada tiernísima, te dice: Pedro, ¿tú no me conoces? ¿tú no sabes quien soy? ¿tú nada has tenido que ver conmigo? Tres años has vivido en mi compañía, ¿y no me conoces? Tú mismo me reconociste por Hijo de Dios, ¿y no sabes quien soy? Conmigo has recorrido toda la Judea, conmigo estuviste en el Tabor, conmigo has comido, conversado y dormido mil veces, ¿y dices que nada has tenido jamás que ver conmigo? *Non novi hominem*. ¿Sí, eh? ¿no me conoces?... Dejemos que Pedro, herido en el corazon con la mirada dulce y compasiva de su Maestro, salga fuera á llorar amargamente su culpa, y vaya á presentarse á María santísima para darle noticia de su triste caída, y pedirle su proteccion y amparo. Nosotros escarmentemos con su caída deplorable, aprendamos á no presumir de nuestras fuerzas, y sigamos el hilo de la trágica historia.

Juntándose muy de mañana los sacerdotes en Consejo, discuten, deliberan, resuelven: ¿qué? Bien podeis presumirlo, que Jesús muera en el mismo dia. Sácanle, pues, de la cárcel en la que, durante la noche, ha sufrido todo género de insultos y malos tratamientos, y cargado de cadenas le conducen públicamente el palacio de Pilato, de aquí al de Heródes, y de allí nuevamente al de Pilato hasta que se obtenga lo que se desea. ¿Y qué acusacion llevais contra este hombre? les pregunta el



Presidente romano: *Quam accusationem habetis adversus hominem hunc?* ¿Qué nos hablas de acusacion? responden ellos; si este hombre no fuese culpable, ya no te le presentaríamos: *Si non esset hic malefactor, non tibi tradidissemus eum.* ¿Qué pues? replica Pilato, ¿sobre vuestra sola palabra deberé yo condenarle? Si es malhechor, ¿qué mal ha hecho? *Quid enim mali fecit?* —¿Qué mal ha hecho Jesús? O presidente, si sus acusadores no saben decirlo, yo os lo diré: ha dado vista á los ciegos, habla á los mudos, vida á los muertos: ha recorrido toda la Judea derramando á cada paso gracias, favores y bienes: ha predicado el reino de Dios, dejando en todas partes señales las mas visibles de su bondad y beneficencia: estos son sus delitos, estas sus malas obras. ¿Que no me creéis á mí, Pilato? Preguntad á los hombres, preguntad á la tierra, preguntad al mar, sobre los cuales vuestro divino preso ha extendido sus manos, y todos os dirán que no han recibido sino bendiciones.—Pero ¿qué dilaciones y entretenimientos son esos! gritan despechados los sacerdotes: nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley es indispensable que muera: *Nos legem habemus, et secundum legem nostram debet mori.* Pero ¿qué ley es esa? contesta Pilato: yo le examino diligentemente, y sin embargo no hallo en él cosa alguna digna de muerte: *Nullam invenio in eo causam.* Y nosotros te respondemos, claman furiosamente los sacerdotes, y nosotros te decimos que debe morir: *Reus est mortis.* Vamos, contesta el Presidente, yo por inocente le tengo y le declaro; pero ya que no quereis le absuelva por título de justicia, le absolveré por título de gracia. Sabeis que está ya cerca el dia de vuestra Pascua, en el que he de indultar á un reo sentenciado á pena capital: aquí teneis, pues, á Jesús de un lado, y á Barrabás de otro; el primero que no ha hecho ningun mal, el segundo que es reo convicto de homicidio. Decidme ahora: ¿á cuál de los dos quereis que suelte? *Quem vultis vobis de duobus dimitti? Barrabam, an Jesum?*

En este momento se levanta una gritería confusa que ensordece el aire. Son las turbas que con voces descompasadas vienen á pedir á Pilato que suelte á uno de los dos. Yo aqui respiro, porque confio que esas buenas turbas pedirán sea sol-

tado Jesús, de quien siempre se mostraron tan devotas. ¿Qué decís, pues, caras turbas, qué pedís? ¡Viva! gritan estrepitosamente, ¡viva!—Pero ¿quién viva, turbas piadosas, quién viva? ¿Jesús ó Barrabás?—¡Viva Barrabás, viva! ¡Oh Dios, qué es lo que oigo? ¿Barrabás ha de vivir? ¿Y de Jesús qué quereis hacer?—¡Quitale, quitale, y que vaya á la cruz! *Tolle, tolle, crucifige eum.*—¿A la cruz vuestro Maestro, vuestro Médico, vuestro Padre?... ¡ah! que no será esta la voluntad de todos, sino tan solo el deseo de algunos pocos... No, no, dicen, no es el deseo de algunos que Jesús sea crucificado: todos, todos pedimos sea puesto en la cruz: *Dicunt omnes: Crucifigatur.*—Pero ¿cómo, si poco há queriais coronarle por vuestro Rey? No importa, dicen, ahora queremos que sea crucificado: *Crucifigatur.*—Pero ¿no fué él quien, para remediar vuestra hambre, multiplicó milagrosamente los panes? Sí, dicen, él fué; con todo que vaya á la cruz: *Crucifigatur.*—¿Sobre un patíbulo, pues, deberá morir?—Sí, sí: sobre un patíbulo: *Crucifigatur.*—¡Ah pueblo ingrato! ¡ah pueblo indigno! ¡ah... pero mi voz queda ahogada por la vocería de un pueblo que cada vez grita mas alto: Quitale, quitale, y crucifícale: *Tolle, tolle, crucifige eum.* Mi dulce Jesús, amabilísimo Redentor mio: yo tenia ya abiertos mis labios para condenar la conducta de ese pueblo ingrato; pero los cierro avergonzado, viendo que yo, aun mas ingrato que él, tambien he levantado la voz para pedir vuestra muerte, tambien he gritado á mi vez: *Tolle, tolle, crucifige eum.* Esto lo hice, mi adorado Bien, cuando, como vos sabeis, cometí el pecado posponiéndoo á las criaturas.

### III.

Pasmado quedó Pilato viendo esta eleccion injustisima del pueblo judío; más, no resolviéndose, á pesar de ella, á condenar á Jesús, á quien reconocia del todo inocente, medita, piensa, discurre si por otro medio podrá librarle de la muerte. ¿Y qué discurre? ¿qué medio adopta? ¡Ay de mí! el de hacerle azotar horribilmente, á fin de hacerle objeto de compasion á aquellos corazones de tigre. ¡Ah juez imbécil! ¡ah juez malva-

do! ¿así se administra la justicia? Si tienes á Jesús por inocente, ¿por qué no le defiendes y amparas con tu autoridad? Si le reconoces por inculpable, ¿por qué ordenas sea azotado? Lo comprendo, juez inicuo, lo comprendo: no quieres muera Jesús, porque es muy clara su inocencia; pero mandas darle azotes, porque quieres complacer á los perversos judíos, ¡Malvada política! Pero dejemos la injusticia de esta inicua sentencia, y contemplemos su cruelísima ejecucion.

Conducido Jesús al gran patio del Presidente romano, y rodeado de una soldadesca brutal, es despojado de sus vestiduras, quedando desnudo á los ojos de aquella insolente canalla su cuerpo virginal y purísimo. Luego se le ata fuertemente á una coluna de piedra, y se le hace tener tal posicion que ningun golpe caiga en vano. Inmediatamente se presentan algunos sayones, se desnudan los brazos, se arman con varas, y los judíos están con los ojos impacientes, para ver cuando comienza la sangrienta escena. Ya silvan por el aire las varas terribles, ya batien de todos lados aquel cuerpo inocentísimo, ya caen sobre él como lluvia los espantosos golpes. A los primeros su carne bendita enrojece y se hincha, á los segundos se pone amoratada y se desgarrá, á los terceros forma llaga y chorrea sangre. No queda miembro intacto, no queda parte sobre la que no se impriman las sangrientas señales del azote. Los nervios se rompen, las venas se abren, los huesos aparecen; y no habiendo ya lugar sano por herir, se hiere á las mismas heridas, y se llaga á las mismas llagas. En pocos momentos queda el dulcísimo Redentor tan desfigurado, que apenas conserva la semejanza de hombre; y con todo el golpeo no disminuye, la lluvia de azotes no cesa, los verdugos no se cansan. Enmedio de este diluvio de golpes levanta Jesús su triste mirada como buscando un alivio; pero donde quiera que la fije no encuentra sino nuevos motivos de amargura. Si mira adelante, ve á un pueblo enemigo que se rie y hace mofa de sus padecimientos: si mira á los lados, observa que se preparan nuevas varas para herirle: si mira á lo alto, ve á su mismo Padre que le deja á discrecion de sus verdugos. No hay un corazon que le compadezca, no hay una voz que le defienda, no hay un ojo que vier-

ta una lágrima. Busqué, dice él por el Profeta, que alguno se compadeciese de mí, y no le hallé: esperé que alguno viniese á consolarme, y le esperé en vano: *Sustinui qui simul contristaretur, et non fui: et qui consolaretur, et non inveni.* <sup>1</sup>

Cansados, en fin, los verdugos de azotarle, menos por efecto de compasion que por deseo de prolongarle las penas, deponen los látigos, y casi moribundo le entregan á los soldados gentiles que daban la guardia al Presidente romano. ¿Pensais que estos, como estrangeros que son, van á usar con él de alguna humanidad, al menos de aquella que el militar acostumbra usar con el enemigo herido? Pues os engañais: cual si el demonio les inspirara, de repente se vuelven contra de él, le hacen mil burlas y mofas; y para escarnecer su majestad real, le cubren con un giron de púrpura sucia, le ponen en la mano una caña por cetro, y clavan en su bendita cabeza una corona de penetrantes espinas. ¡Ay! cada espina abre una herida, cada herida forma un rio de sangre; y esta sangre le empapa el cabello, le llena los ojos, le cubre las mejillas, le desfigura el rostro, y le hace objeto no sé si diga de lástima ó de horror.

¿Quedarán con esto satisfechos los fieros judíos? ¿cesarán ahora de pedir su muerte? Así lo juzga Pilato, así lo cree; y por esto, haciéndole salir al balcon en este estado lastimosísimo, le presenta á la muchedumbre apiñada en la plaza, y le dice: *Ecce homo*: Aquí teneis, pontífices; aquí teneis, magistrados; aquí tienes, pueblo hebreo, al hombre cuya muerte me pedisteis con tanta instancia. Mirad cómo todo él es una llaga, ved cómo chorrea sangre de todas partes, observad cómo apenas puede sostenerse en pié. Apenas tiene aliento, apenas respira, apenas le queda un hilo de vida. ¿Queda bastante castigado? ¿estais satisfechos? ¿puedo soltarle?—No, no, responden con clamoreo infernal, á la cruz el infame, á la cruz el malvado: *Tolle, tolle, crucifige eum*. ¡Y qué! dice Pilato, ¿á vuestro Rey he de crucificar? *Regem vestrum crucifigam?* ¡Qué rey, qué rey! gritan con mas furia, nosotros no tenemos mas rey que el

---

<sup>1</sup> Psalm. LXVIII, 21.

César: *Non habemus regem, ni Casarem.* A la cruz el infame, á la cruz el malvado: *Tolle, tolle, crucifige eum.*

IV.

En fin, en fin: Pilato, despues de haber sostenido una porfiada lucha de contestaciones con el pueblo amotinado, y haber agotado todos los recursos oratorios para convencerle de la injusticia de su peticion, y haber discurrido largo tiempo á solas sobre cual partido le convenia tomar; al último, por no incurrir en la desgracia del César, por no perder su empleo y grangearse la estimacion de los judios, accede cobardemente á su voluntad, y les entrega á Jesús para que sea crucificado: *Volens populo satisfacere, Jesum tradidit voluntati eorum, ut crucifigeretur.* ¡Ay! no bien el indigno Presidente ha pronunciado la última sílaba de su inícuca sentencia, cuando toda Jerusalem parece convertida en un infierno. Ya en toda ella no se oye otra cosa que rechinos de caballos, sonidos de trompetas, movimientos de tropa, estrépito de armas, y voces deregoneros que llaman al pueblo á presenciar la fatal ejecucion. ¡Desventurada Jerusalem! tú te alegras ahora, pero te alegras de tu propia desgracia: tú haces salir al Salvador para el Calvario, pero no tardarán en entrar en tí la mortandad, el estrago y el exterminio. Las trompetas que al presente oyes resonar con júbilo, en breve las oirás resonar con horror y espanto: las calles que ahora llenas de alegres vítores, dentro poco las verás inundadas de sangre y sembradas de cadáveres. Vendrán los romanos... y te pondrán estrecho sitio... y entrarán en tí victoriosos... y pasarán á fuego y á sangre cuanto encierras... y te echarán por el suelo... y no quedará en tí piedra sobre piedra. Entonces te quejarás, y nadie te compadecerá: entonces prorumpirás en tristes ayes, y todos te responderán: Bien te está, porque diste muerte al Hijo de Dios.

Pero Jerusalem está ciega, Jerusalem no escucha ni comprende; no piensa sino en cebarse con el horrible espectáculo que pronto va á ofrecer la cumbre del Calvario. Ven, pues, ciudad deicida, ven; y gózate mirando cómo tu Dios va ya á

abrazar el triste leño en que ha de morir por tu malicia. Jesús está extenuado de fuerzas, Jesús se halla débil hasta el extremo, Jesús apenas puede sostenerse en pié; y con todo, al presentársele la pesadísima cruz, no la rehusa, no le muestra repugnancia alguna; sino que la besa, la abraza, y del mejor modo que puede se la acomoda sobre sus desgarrados hombros. ¡Ya está en movimiento la tristísima procesion!... Marcha al frente un grupo de pregoneros, que á son de trompetas van proclamando el sanguinario edicto de Pilato: sigue luego una cohorte de soldados romanos, que tienen el encargo de contener las avenidas del pueblo y asegurar al divino sentenciado: viene despues un peloton de verdugos asquerosos, que llevan las cuerdas, los martillos, las tenazas, los clavos y demás enseres necesarios para la crucifixion: tras de estos, y con un facineroso á cada lado, comparece el Hijo de Dios, cargado de cadenas, con una soga al cuello que aguanta el jefe de los verdugos, y encorbado bajo el enorme peso de su propio patíbulo: por último cierra el lúgubre y horrible acompañamiento un mar de pueblo que está ansioso de presenciar la gran muerte.

Pero ¡cielos! ¿quién es aquella mujer que, puesta de pié junto al camino, parece aguardar con vivas ansias llegue á ella el triste cortejo? ¡Cómo está pálida! ¡cómo le tiemblan las rodillas! ¡cómo le palpita el corazon! ¡cómo siente angustias de muerte! ¡Ay! es María, la desolada, la afligidísima, la casi moribunda María, que deseosa de saludar á su dulcísimo Hijo, le espera allí para darle el adios con la mirada, ya que no pueda hacerlo con los lábios. ¡Ay Madre! ¡ay Hijo! ¡cuál va á ser vuestro dolor cuando os mireis mutuamente! Retiraos, Madre afligidísima, retiraos; porque ni vos debeis ver á vuestro Hijo en tanta angustia, ni vuestro Hijo debe veros á vos en tanta afliccion. Ya no estamos en Belen, en Nazaret ó en Egipto, donde os era concedido prodigar á vuestro Hijo vuestros cuidados maternos: ¡en el Calvario estamos, Señora, en el Calvario! donde ni vos podeis dar ningun alivio á Jesús, ni Jesús puede daros ningun consuelo á vos. Retiraos por tanto, retiraos... Más ¡ay! cuando yo digo esto, ya Jesús ha llegado á la vista de su carisima Madre, ya se cruzan sus tiernas miradas,

ya se hablan sus angustiados corazones, ya se aumentan recíprocamente las penas. ¡Ah Hijo! dice la Madre con una mirada afectuosísima, ¿en ese estado os encuentro?... ¡Ah Madre! contesta el Hijo en el corazon, ¿aquí estais vos?—Mi dulce Hijo, viendo vuestras penas, ¡cuánto padezco!—Mi cara Madre, viendo vuestra afliccion, ¡cuánto sufro!—¡Ah Hijo!... ¡Ah Madre!... Pero los verdugos cortan bruscamente este doloroso diálogo... se apresura el paso, se interrumpen las mútuas miradas, y se llega á la cumbre del Calvario, donde va á tener lugar el último y el mas doloroso acto de la sangrienta tragedia.

V.

No bien Jesús ha llegado allí, cuando, sin concederle un momento de descanso, sin darle una pequeña tregua para respirar, los verdugos se arrojan sobre él con la misma furia que el lobo hambriento se arroja sobre la mansa oveja. Mientras unos le despojan brutalmente de su túnica, que, por estar fuertemente pegada á las llagas, no se desprende de su bendito cuerpo sin arrancarle grandes pedazos de piel y de carne, renovándole así del modo más acerbo todos sus dolores pasados, y aun causándole otros mayores; otros disponen las cuerdas, otros preparan los clavos, otros barrenan la cruz, y otros abren el hoyo en el que ha de ser plantada: y ¡con qué satisfaccion de los sacerdotes! ¡con qué aplausos de los escribas! ¡con qué algazara del populacho! Luego un verdugo le presenta una bebida. ¿Creeis que es la que se acostumbra dar á los que van á ser crucificados, compuesta de vino y mirra, á fin de hacerles entrar en una especie de letargo, quitarles la razon y hacerlos casi insensibles á los dolores de la cruz? Pues os equivocais, los verdugos son incapaces de tanta humanidad. La bebida que se le ofrece está confeccionada de vinagre y de hiel, convirtiendo así en motivo de nuevo tormento lo que estaba dispuesto para algun alivio de los ajusticiados: *Dederunt ei vinum bibere cum felle mixtum.* ¡Pueblo ingrato! pensaria entonces Jesús: yo, para apagar tu sed en el desierto, hice manar agua de una piedra; y tú, para aumentar mis penas, me

das á beber hiel y vinagre... En seguida, y sin pérdida de tiempo, mostrándole la cruz que está tendida en el suelo, le ordenan que por sí mismo se extienda sobre ella: él obedece, se inclina, se extiende sobre el triste madero; pero piensa: ¡Pueblo desconocido! yo, para exaltarte, te dí el cetro real; y tú, para humillarme, me has preparado una amarga cruz... Luego un verdugo le pide la mano derecha: él se la da al momento, pero dice en su corazón: ¡Pueblo insensible! yo, por amor tuyo, quebranté las manos del cananeo y del amorreo, y tú en recompensa traspasas las mias con horribles clavos... Luego el verdugo fija en medio de la mano un clavo enorme, y haciendo retumbar sobre él un pesado martillo, no cesa de dar recios golpes hasta atravesar de parte á parte mano y madero. Jesús se estremece, Jesús da un tierno suspiro, Jesús vuelve la vista hácia los expectadores, y parece decirles: ¡Pueblo duro! yo te encumbré sobre todas las naciones; y tú vas á levantarme un infame patíbulo... Luego el verdugo le pide la mano izquierda: él no se resiste, él se la entrega al instante; pero dice: ¡Pueblo desnaturalizado! yo, por librarte de Faraon, te abrí paso en el mar Rojo; y tú, por complacer á mis enemigos, me abres desapiadadamente las venas... Por fin, el verdugo le pide los piés: él no se los rehusa; pero dice: ¡Pueblo cruel! yo te llevé en mis manos hasta introducirte en la tierra de promision; y tú taladras mis piés con crueldad inaudita.

Ya el verdadero Isaac está atado de piés y manos sobre el leño de su sacrificio, ya el Padre eterno mira tendida sobre el altar la preciosísima víctima que esperaba desde el principio del mundo: ¿qué falta ahora? Que para mayor gloria de la justicia divina, y mayor confusion del crucificado, y mas viva impresion de quien la mira, esta víctima sea levantada al aire. Entre los gritos horribles, pues, de los expectadores, se levanta la cruz, se la acerca á la cavidad abierta en el monte, y se la deja caer en ella con un sacudimiento tan brusco y fuerte, que el bendito cuerpo del crucificado chorrea nueva sangre por todas sus llagas y heridas. ¡Oh Adan! ¿dónde estás?... ¡Ah! si es verdad que yaces sepultado sobre la cumbre de este monte, despierta y mira lo que cuestan al Hijo de Dios tu pecado y los de



tus desgraciados hijos... Todo su sagrado cuerpo por la violenta posicion está en tortura: los miembros no pueden auxiliarse, porque están clavados: la cabeza no puede apoyarse en la cruz, porque está rodeada de espinas: la persona no puede cargar sobre los piés, porque se desgarran; ni descansar en las manos; porque se rasgan; ni inclinarse á ningun lado, porque con el peso se ensanchan las heridas. ¡Ay, dulcísimo Redentor mio! ¡ay, mi amado Jesús! ¿á ese deplorable estado os han reducido mis culpas? ¡Ay culpas, culpas indignas, que sois la causa de penas tan grandes! yo os detesto, yo os abomino, yo os lloraré mientras viva.

Pero todas estas penas corporales ¿qué son en comparacion de las que sufre en el espíritu? Adónde quiera que vuelva la vista, no encuentra sino objetos de amargura, y de amargura la mas grande. Si la vuelve á las turbas que le rodean, ve que se mofan de él y le insultan, diciendo: O tú, que dabas vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos, ¿por qué no te salvas á tí mismo, y no bajas de esa cruz? ¿Tanta caridad para los otros, y ninguna para tí mismo? ¿No decias que eras hijo de Dios? pues baja de ese patíbulo, y te creeremos. ¿No te gloriabas de que Dios era tu Padre? que venga, pues, á librarte: *Salvum fac temetipsum, descendens de cruce... Alios salvos fecit, seipsum non potest salvum facere... Si rex Israel est, descendat nunc de cruce, et credimus ei... Confidit in Deo: liberet nunc, si vult, eum.* Si inclina los ojos á tierra, ve á su augusta y alligidísima Madre que se está inmóvil al pié de la cruz, traspasada su bendita alma con una espada de acerbísimo dolor y recogiendo en su corazon todas las gotas de su preciosa y divina sangre. ¡Ah! fijando en ella su tierna y moribunda mirada: Mujer, le dice con voz debil y casi extinguida, pronto vais á quedar sin Hijo, pero no por esto dejaréis de ser Madre. Sedlo de Juan, y en él de todos los hombres. Yo os lo encargo, tenedlos á todos por hijos, y cuidadlos, así como hasta ahora cuidasteis de mí: *Ecce filius tuus.* Y tú Juan, dice al discípulo amado, que está allí lloroso, cuida en adelante de mi querida Madre, tómala por Madre tuya, y en tí encuentre ella un suplente del Hijo que pierde, un nuevo Jesús, un otro Yo: *Ecce*

*Mater tua.* Si levanta la mirada al cielo, se ve desamparado hasta de su amorosísimo Padre; y este desamparo le es tan sensible, tan amargo, tan insoportable, que, si hasta el presente le vimos sufrir todos los tormentos sin quejarse, ahora envía tiernas y dolorosas quejas al Padre diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

Justos motivos tiene de quejarse el amabilísimo Redentor, porque ¿qué resulta de este desamparo? que cerradas para él las fuentes de toda consolacion, y abiertos todos los manantiales del dolor, se halla sobre la cruz en un estado de padecimiento purísimo, porque padece sin ningun alivio; de sufrimiento amarguísimo, porque sufre en el centro del alma; de padecimiento universal, porque padece por todas las causas y en todas las maneras que padecer puede. Padece del cielo que le desampara, padece de la tierra que le persigue, padece en la Madre que desmaya de dolor, padece en los discípulos que de temor huyen, padece en los pecadores que inutilizan su sangre: padece en todos los sentidos, en todas las potencias, en todos los modos; en el cuerpo y en el espíritu, dentro y fuera, en sí y en los otros; y todo esto lo padece sin consuelo alguno, sin ningun alivio, sin ningun género de temperamento.

¡Ah! no es posible resistir mas... la sangre falta, el corazon desfallece, la vida huye... Jesús palidece, Jesús cierra los ojos, Jesús inclina la cabeza, Jesús... ¿habré de decirlo? Jesús, el Hijo de Dios, la Hermosura del cielo, el Señor del mundo, la Esperanza de los siglos, la Alegría de los ángeles, el Hijo de María, nuestro Padre, nuestro Esposo, nuestro Hermano, en la flor de sus años, en la dulce estacion de la primavera, en la vigilia de la gran Pascua, á la hora de nona, con un letrero escrito en tres idiomas, con un ladron á cada lado, á vista de su misma Madre, víctima de su amor, víctima de la humana perfidia, víctima de mis pecados y de los vuestros, fuera de Jerusalen, sobre el Gólgota, saciado de tormentos, encomienda al Padre su espíritu, y... Jesús, mi dulce Jesús... ¡ay de mí en vano le llamo: es ya difunto: *Emisit spiritum.*

Llorad, sacerdotes, porque ha muerto vuestro gran Pontifi-

ee: llorad, vírgenes, porque ha muerto vuestro Esposo: llorad, niños, porque ha muerto vuestro Maestro: llorad, justos, porque ha muerto vuestra Alegría: llorad, enfermos, porque ha muerto vuestro Médico: llorad, santos, porque ha muerto vuestro Modelo: llorad, huérfanos, porque ha muerto vuestro Padre: llorad, pecadores, porque ha muerto vuestro Redentor. Y tú, corazón mio, rómpete de dolor: y tú, alma mia, suspira y gime: y vosotros, ojos míos, convertíos en fuentes de copioso llanto. Jesús es ya difunto... Lágrimas, ¿dónde estais? Suspiros, ¿qué os habeis hecho? Todo el universo llora... lloran los cielos, llora el sol, lloran los elementos, llora la tierra, lloran las piedras, llora el templo, lloran los mismos judíos, llora el mismo Centurion... ¿y tú, corazón mio, no lloras? ¿y tú no te rompes? ¿y tú no mueres? Jesús es ya difunto, y lo es por mi amor, por mis pecados, por redimirme y salvarme. ¿Y me quedo insensible? ¡Ah, no! mi dulce Amor crucificado: vedme lloroso, vedme compungido, vedme humildemente postrado al pié de vuestra cruz ensangrentada. Aquí estoy, mi adorado Bien, aquí estoy para daros todo mi corazón, todo mi espíritu, todo mi mismo entero; y para llorar amargamente vuestra muerte, y mis grandes culpas que han sido la causa de ella. No mas ofenderos, dulce Amor mio: Amor mio dulcísimo, no mas ofenderos. Solo quiero vivir por quien se ha dignado morir por mí, y para amar á quien por mi amor ha querido espirar en una triste cruz. O cruz, bendita cruz, recibe mis ósculos, recibe mis lágrimas, recibe mis mas tiernos abrazos. Sé tú mi guía, sé tú mi gloria, sé tú mi único consuelo. A tí viva yo siempre unido, contigo muera abrazado. Amen.





# ÍNDICE.

Pág.

## **Primer domingo de Adviento.**

- |                                                       |    |
|-------------------------------------------------------|----|
| 1.º Los preludios del juicio final. . . . .           | 40 |
| 2.º La aparicion de Jesucristo en el Josafat. . . . . | 49 |

## **Segundo id. id.**

- |                              |    |
|------------------------------|----|
| 1.º El sensual. . . . .      | 29 |
| 2.º La sátira impía. . . . . | 37 |

## **Tercer id. id.**

- |                                        |    |
|----------------------------------------|----|
| 1.º El huésped de un solo dia. . . . . | 46 |
| 2.º Las excusas del pecador. . . . .   | 54 |

## **Cuarto id. id.**

- |                                         |    |
|-----------------------------------------|----|
| 1.º La reconciliacion con Dios. . . . . | 64 |
| 2.º La obstinacion. . . . .             | 72 |

## **Domingo de Septuagésima.**

- |                                              |    |
|----------------------------------------------|----|
| 1.º El cielo ofrecido por poca cosa. . . . . | 83 |
| 2.º La vida cristiana. . . . .               | 92 |

## **Domingo de Sexagésima.**

- |                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| 1.º Pérdida de Dios. . . . .     | 101 |
| 2.º Muertes sospechosas. . . . . | 109 |

## **Domingo de Quincuagésima.**

- |                                         |     |
|-----------------------------------------|-----|
| 1.º La Cuaresma. . . . .                | 119 |
| 2.º Cinco preguntas al pecador. . . . . | 127 |

## **Miércoles de Ceniza.**

- |                                              |     |
|----------------------------------------------|-----|
| 1.º Los obstáculos de la conversion. . . . . | 136 |
| 2.º Preparacion para la muerte. . . . .      | 144 |

**Primer domingo de Cuaresma.**

1.º El diablo tentador. . . . .	154
2.º El cautivo del diablo. . . . .	162
3.º Homilia sobre el Evangelio <i>Ductus est Jesus</i> . . . . .	171

**Segundo id. id.**

1.º La confesion sacramental. . . . .	179
2.º Contraseñas de la buena confesion. . . . .	187
3.º Homilia sobre el Evangelio <i>Assumpsit Jesus</i> . . . . .	195

**Tercer id. id.**

1.º Apología de la confesion. . . . .	204
2.º La castidad. . . . .	212
3.º Homilia sobre el Evangelio <i>Erat Jesus ejiciens</i> . . . . .	218

**Cuarto id. id.**

1.º Las ventajas de la virtud. . . . .	226
2.º La gracia santificante. . . . .	235
3.º Homilia sobre el Evangelio <i>Abiit Jesus</i> . . . . .	242

**Domingo de Pasion.**

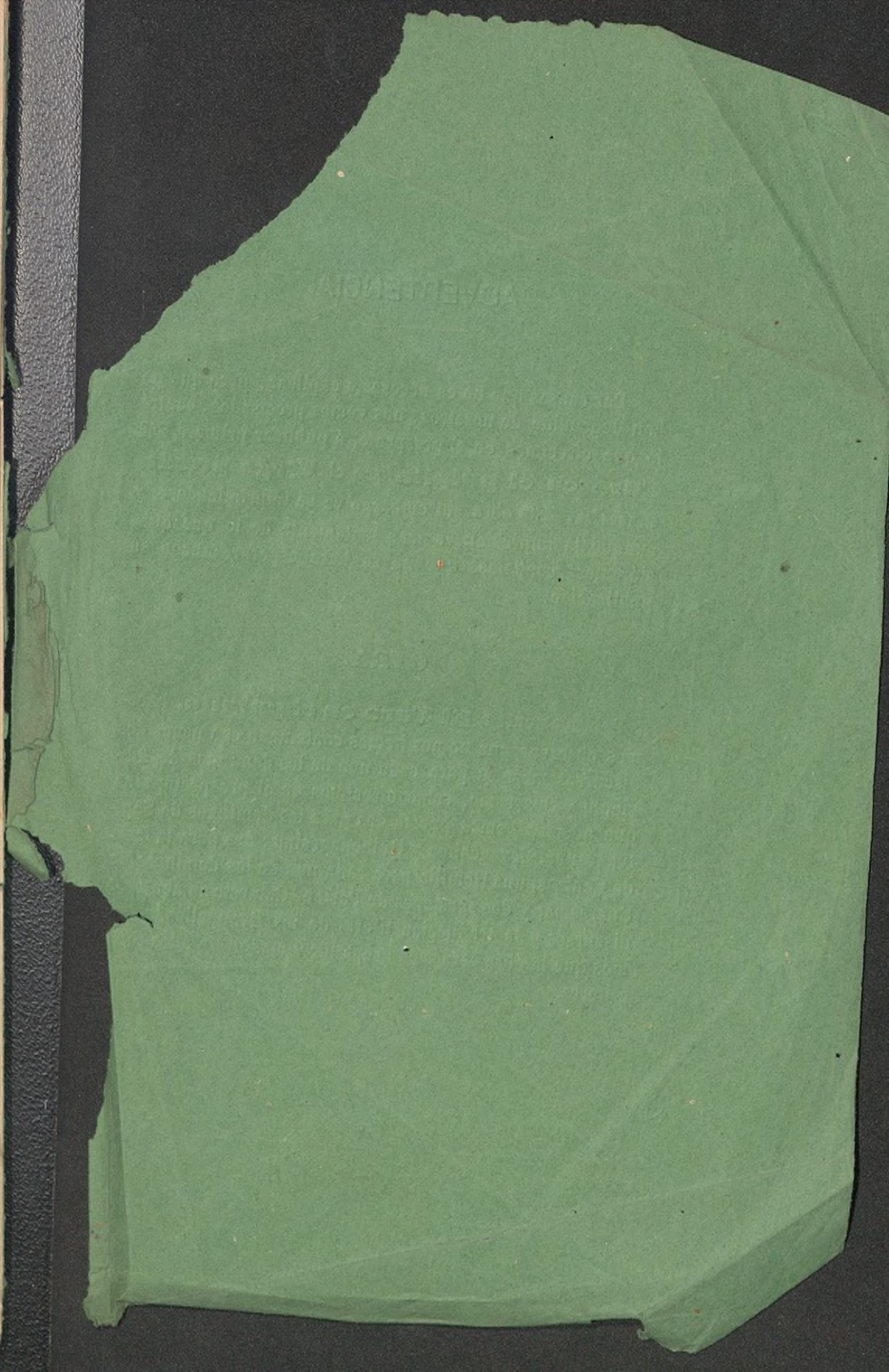
1.º Carácter de la gracia actual. . . . .	254
2.º El <i>Clausura est janua</i> . . . . .	259
3.º Homilia sobre el Evangelio <i>Quis ex vobis</i> . . . . .	267

**Domingo de Palmas.**

1.º Inconstancia en el bien. . . . .	276
2.º El pecado y la pasion de Jesucristo. . . . .	284
3.º Homilia sobre el Evangelio <i>Cum appropinquasset</i> . . . . .	292

**Viernes Santo.**

Sermon histórico sobre la pasion de Jesucristo. . . . .	299
---------------------------------------------------------	-----





## ADVERTENCIA.

---

Por causas que no es necesario explicar, pero que no han dependido de nosotros, nos vemos precisados, contra lo que ofrecimos en el prospecto, á publicar primero **El Cura en el púlpito** que el **Virgo prædicanda**. Esta obra sin embargo va ya imprimiéndose, y aunque la impresion va mas lentamente de lo que quisiéramos, confiamos que no se hará esperar mucho su publicacion.

## OTRA.

Relativamente á **El Cura en el púlpito**, hacemos observar que no nos hemos contentado con poner dos discursos morales para cada uno de los domingos de Adviento y Cuaresma, como ofrecimos en el prospecto; sino que además hemos puesto dos para los domingos de Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima; dos para la feria de Cenizas; una Homilia para cada uno de los domingos de Cuaresma; y dos sermones de Pasion. Con este aumento de discursos y la traduccion literal de los Evangelios, creemos que la obra será más aceptable y mas grata á los Suscritores.

